

LAS PALABRAS DE MODA

José Antonio Hernández Guerrero



UNIVERSIDAD
DE MURCIA

SERVICIO DE PUBLICACIONES



UCA

Universidad
de Cádiz

Servicio de Publicaciones

LAS PALABRAS DE MODA

José Antonio Hernández Guerrero

LAS PALABRAS DE MODA

Segunda edición muy aumentada

2006

Segunda edición muy aumentada

- © Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz
- © Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia
José Antonio Hernández Guerrero

Edita: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz
C/ Dr. Marañón, 3
11002 Cádiz (España)
<http://www.uca.es/publicaciones>
correo-e: publicaciones@uca.es

ISBN-13: 978-84-9828-048-7
ISBN-10: 84-9828-048-6
Depósito Legal: MU-820-2006

Edita: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia

ISBN-13: 978-84-8371-606-9
ISBN-10: 84-8371-606-2
Depósito Legal: MU-820-2006

Fotocomposición e impresión: Compobell, S.L. Murcia

*A Lola,
mi madre,
permanentemente intrigada con
las palabras «menúas».*



Índice

Prólogo de la primera edición, Alberto González Troyano	17
Prólogo de la segunda edición, Luis Charlo Brea.....	21
Nuestros propósitos.....	23
Abril	25
Aburrimiento	27
Academia	29
Achaque	31
Adefesio.....	33
Agosto	35
Agua	37
Alegría.....	39
Álgido.....	41
Aliñar	43
Alirón	45
Alopecia	48
Alucinar.....	50
Ameno.....	52
Amistad	54
Anacardo.....	56
Anciano.....	58
Anfitrión.....	60
Ántrax	62
Ariete.....	64
Autismo	66

Autoestima	68
Azafata	70
Baño de María.....	72
Bártulos	74
Becario	76
Bigote	78
Bikini	80
Birria	82
Borde.....	84
Braga.....	86
Broma.....	89
Bufón.....	91
Calendario	93
Cancerbero	95
Candidato	97
Capicúa	99
Carajote	101
Cardenal.....	103
Caricia.....	105
Cariño	107
Carisma	109
Carretera.....	111
Caspa	113
Catecismo.....	115
Centro	117
Cereal.....	119
Claudicar.....	121
Claustro.....	123
Cofradía	125
Coherencia.....	127

Colosal	129
Compañero	131
Conocimiento.....	133
Consideración	135
Cosmopolita	137
Cotilla.....	139
Cotillón	141
Crisis	143
Crispación	145
Cutre	147
Chabacano.....	149
Chapapote.....	151
Chisme	153
Chocho.....	155
Dechado	157
Deleznable.....	159
Denigrante	161
Depresión	163
Derby	165
Derecha.....	167
Descalabro	169
Desencanto.....	171
Despabilar	173
Diálogo.....	175
Diciembre.....	177
Dinero	179
Discípulo	181
Disfraz	183
Drácula	185
Emblemático	187

Embuste	189
Empecinarse.....	191
Enchufe	193
Enero.....	195
Engolliparse.....	197
Ensayo	199
Erótico.....	201
Escaquearse.....	203
Especular.....	205
Espíritu	207
Estudio	209
Extranjero	211
Familia.....	213
Fanático.....	215
Febrero	217
Filología.....	219
Fimosis	221
Foro	223
Frívolo	225
Gamberro.....	227
Gay.....	229
Género	231
Gimnasia	233
Glamour.....	235
Glotón	237
Goloso	239
Guay.....	241
Gusto.....	243
Hecatombe.....	245
Hijoputa.....	247

Hipócrita.....	249
Hortera.....	251
Huelga.....	253
Humildad.....	255
Humo.....	257
Idiota.....	259
Imbécil.....	261
Inocente.....	263
Izquierda.....	265
Julio.....	267
Junio.....	269
Laico.....	271
Lavabo.....	273
Lotería.....	275
Lúdico.....	277
Maestro (I).....	279
Maestro (II).....	281
Manta.....	283
Marzo.....	285
Masacre.....	287
Máscara.....	289
Mayo.....	291
Melancolía.....	293
Melindre.....	295
Metrosexual.....	297
Miopía.....	299
Mogollón.....	301
Mojiganga.....	303
Movilización.....	305
Muñeca.....	307

Museo.....	309
Narcisismo.....	311
Nefasto	313
Ningunear	315
Noviembre.....	317
Obsceno	319
Octubre	321
Olímpico	323
Oriente	325
Orquídea.....	327
Ostracismo	329
Pagano.....	331
Pamplina	333
Pan	335
Pánico.....	337
Parafernalia	339
Paranoia	341
Pascua	343
Pasquín.....	345
Patera	347
Pedante	349
Pelota.....	351
Perdón	353
Perillas	355
Peseta.....	357
Pestiño	359
Petardo	361
Petróleo	363
Picha.....	365
Pijota	367

Posesivos.....	369
Profano.....	371
Progreso.....	373
Proletario.....	375
Psicosis.....	377
Puñetas.....	379
Reacción.....	381
Rebozar.....	383
Regalo.....	385
Regata.....	387
Rémora.....	389
Rencor.....	391
Retórica.....	393
Sabiduría.....	395
Saeta.....	397
Sambenito.....	399
Sarcasmo.....	401
Satanizar.....	403
Secreto.....	405
Sectas.....	407
Seminario.....	409
Septiembre.....	411
Siesta.....	413
Sofisticado.....	415
Solidario.....	417
Subliminal.....	419
Suerte.....	421
Superstición.....	423
Talante.....	425
Tecnicismos.....	427

Ternura	429
Tertulia.....	431
Tiovivo	433
Tirabuzón	435
Torticera	437
Trepa.....	439
Tribunal	441
Trigo.....	443
Trofeo.....	445
Turrón	447
Utopía	449
Verano.....	451
Viejo.....	453
Virus	455
Vulgar.....	457
Xenofilia.....	459
Xenofobia.....	461

Prólogo a la primera edición

A veces, al encontrarse uno en la privilegiada situación de preparar un prólogo para el libro de un amigo, sucede que la imagen y los recuerdos del autor se superponen y se piensa que es la ocasión esperada para dar cuenta de cuánto ha significado esa amistad. Lo afectivo prevalece sobre las páginas escritas y se cae en la tentación de colmar entonces las deudas acumuladas en años de complicidad y de experiencias compartidas. Incluso, la retórica y la preceptiva del prólogo toleran esa desviación, esa tendencia a desplazar el enfoque de la obra por el de la persona del autor. A mí me hubiera gustado, en estas páginas, dejarme llevar por ese impulso y convertir la suerte que se me ofrece en ocasión propicia para hablar, para evocar las vivencias que tengo del autor, del amigo, de José Antonio Hernández Guerrero. Pero un cierto pudor me dice que he sido invitado a introducir *Las palabras de moda* y ése tiene que ser el medio del que debo valerme. Su libro debe ser, pues, el intermediario indicado si quiero aludir a quien lo ha escrito.

Porque, desde hace ya años, él ha elegido la palabra —la oral y la escrita— para llegar a los otros, convirtiéndola en su forma de estar y de reincidir en el mundo. Quizás por ello, comentar estas páginas viene a ser como hablar de quien ha puesto en la palabra, en la escritura, tanto entusiasmo como generoso empeño. Y así, *Las palabras de moda* transmiten la imagen de una voluntad que no ha querido quedarse encerrada en el reducido recinto académico. Es la obra de alguien que ha elegido también la calle, sus gentes, como un territorio merecedor de toda atención: para escucharlo y para conocerlo, pero también para dirigirse a él con el noble empeño de comunicar su saber.

Cumple de esta manera, una vez más, José Antonio Hernández Guerrero, con un rasgo que ha estado siempre latente en su carácter: la identificación con el mundo popular del que ha extraído, sin paternalismo alguno, gran parte de la idiosincrasia de su comportamiento gaditano. Un mundo del que ni el saber ni la dedicación universitaria le han alejado; quizás porque, precisamente, supo intuir, desde el principio, que de ese mundo no sólo no debía prescindir, sino que, además, de él podía alimentarse y, a su vez, alimentarlo.

Al plantearse, pues, reflexionar sobre la serie de palabras que constituyen la trama de esta nueva obra, no ha hecho, por tanto, más que mostrar su gusto por la lengua cotidiana y por los vaivenes que imponen los usos y costumbres de cada época. Inmerso en ese mundo y provisto de buenas antenas como observador y como filólogo, el fruto —este libro— se ha beneficiado de esas múltiples facetas que alientan en su persona.

Las palabras que la fuerza de las cosas impone, en la lengua cotidiana, no son meros resortes aislados; responden a unas afinidades de gustos, de tendencias, de conexiones; pueden ser rastreadas, y cuentan con unos orígenes y con unas etimologías que explican el porqué de su invención, de sus cambios, de sus recuperaciones. E hilvanándolas unas con otras, es posible entretejer una cierta radiografía social del mundo en que se vive. De manera casi imperceptible, al conjuntarse un término con el siguiente, establecen una red que se enriquece y cobra sentido gracias a unos apoyos que, en un principio, aparecían como independientes. Y en esto ha consistido la apuesta que sustenta este libro. José Antonio Hernández Guerrero, con el oído de quien sabe, a la vez, estar en la calle y en los libros, ha ido desgranando en la prensa, semana tras semana, esa palabra precisa a la que su uso o su abuso han

convertido en palanca para adentrarse en la vida pública que reclama nuestra atención día a día. Su compromiso ha consistido en buscar ese término que por su reiteración, en las conversaciones, en la prensa, daba pruebas de encerrar ciertas claves que, con perspicacia, ha sabido desvelar, entrelazándolas con cuestiones cuya urdimbre imprevisible apenas sospechábamos.

Hacía falta reunir el oído del lingüista, pero también la mirada del sociólogo atento a cuanto le rodea. Hacía falta, además, encontrar el tono de escritura que transmitiera la misma curiosidad que había movilizadado antes al autor, incitando a los lectores a reconocerse en sus propias voces. Pero a la búsqueda de esta adecuación, exigida en parte por el propio medio periodístico en el que se publicó la serie, José Antonio Hernández Guerrero ha querido añadir el juego de una cierta reflexión que queda ahí latente al finalizar el recorrido de cada una de *las palabras de moda*. Al lector parece decirsele sólo lo que puede fácilmente entender, pero, subrepticamente, se le obliga, sin dejarlo traslucir, a un cierto esfuerzo de reflexión y de larvada crítica. Ésta es la forma —nada fácil de lograr— que ha elegido José Antonio Hernández Guerrero para devolver a sus gentes, enriquecido, aquello mismo que de ellos, en la calle, supo aprender.

Alberto González Troyano

Prólogo de la segunda edición

Quiero confesarme antes que nada asiduo lector de José Antonio Hernández Guerrero. De todo lo que ha escrito y publicado, e incluso de aquello que todavía guarda en su recámara. Ya sean obras técnicas o científicas, ya lo sean divulgativas. Bien se trate de artículos de opinión, bien nos muestren su postura ante los distintos acontecimientos diarios, aunque pertenezcan éstos al mundo del fútbol. Cuando dibuja los rasgos característicos de un personaje, o cuando recuerda, emocionado, a algún amigo que se fue. Ahora, cuando escribe y proyecta, y antes, cuando sólo reflexionaba y proyectaba. Desde el comienzo, reitero, y siempre me he contado entre sus muchos lectores.

Por ello cuando releía, con más detenimiento que de costumbre, esta su segunda edición de *Las Palabras de Moda*, me iba preguntando, curioso, si no había alguna contradicción entre los dos sustantivos del título, y entre el título y algunas palabras de su contenido. *Moda* es, según la RAE, «Uso, modo o costumbre que está en boga durante algún tiempo». Las palabras, por su parte, tienen, digamos al menos, tendencia a permanecer. Y se me hace difícil aceptar, por otro lado, que palabras tales como cosmopolita, filología, melancolía, narcisismo, ostracismo, paranoia, retórica, por citar algunas, palabras en suma de tanta tradición, raigambre y contenido, sean unas simples palabras de moda.

La reciente lectura de la Introducción a *Máximo de Tiro. Disertaciones filosóficas*, Biblioteca Clásica Gredos nº 330, Madrid 2005, me ha ayudado a superar esa aparente contradicción. «El rasgo esencial de la palabra es ser actividad y obra con una función esencialmente comunicativa y soporte de la comunidad humana»,

escriben sus autores Juan Luis López Cruces y Javier Campos Daroca. *Palabras de Moda*, entonces, título del volumen, no hace tanto referencia a su contenido cuanto a la actitud de su autor y a la virtud o virtualidad de lo que escribe.

Palabras de Moda son, entonces y en primer lugar, palabras vivas que actúan sobre el lector invitándole en algunas ocasiones a reflexionar sobre lo que significan, abriéndole en otras su sentido etimológico, su devenir histórico o su acepción usual, dotándole siempre de instrumentos eficaces para entablar una consciente comunicación consigo mismo y con sus semejantes más cercanos. Pero cada una de estas *Palabras de Moda* ha requerido también del escritor una actividad constante de diálogo con sus lectores, una atenta escucha de lo que a su alrededor se dice y se escribe, una fina percepción y crítica para interpretar lo esencial y trascendente de los acontecimientos diarios, y una exquisita sensibilidad y gusto para, con sumo respeto, presentárselo a los demás. *Palabras de Moda* es así un viaje de ida y vuelta. Su verdadero autor somos todos: José Antonio Hernández Guerrero, yo mismo que escribo estas líneas, tú que lees sus reflexiones, y la comunidad entera de lectores a quienes están destinadas. *Palabras de Moda* tiene así una función esencialmente comunicativa, y sirve de soporte a la comunidad humana.

Pero *Palabras de Moda* retratan también perfectamente al autor que firma el libro. Afirmaban los antiguos escolásticos que la verdad consistía en la adecuación del pensamiento con la realidad, en la adecuación de la forma de ser con la realidad que la mente interpreta y comunica. José Antonio Hernández Guerrero ha hecho de la palabra, oral o escrita, su razón de ser, su signo de identidad. A ella ha dedicado todo lo que él es. De ahí que no sólo sea verdad lo que trasmite o enseña sino que también es verdad él mismo. Por eso sigo contándome entre sus más asiduos lectores.

Luis Charlo Brea

Nuestros propósitos

Más que la cara, el espejo del alma es la palabra. El lenguaje y cada uno de sus elementos —la peculiar pronunciación de los sonidos, la particular construcción gramatical, la singular elección de las palabras— retratan la diferente constitución psicológica, el característico talante moral y el singular gusto estético de cada ser humano: descubren la idiosincrasia del grupo humano en el que cada uno de nosotros está integrado.

Aunque no siempre sepamos formularlo con precisión, todos sabemos que, por la manera de hablar, podemos descubrir, no sólo los conocimientos, sino también el equilibrio, las estimaciones y las preocupaciones de nuestros interlocutores y, además, podremos apreciar los cambios de cotización de los valores culturales que se producen en nuestra sociedad.

En las páginas siguientes, señalaremos el significado actual de aquellas palabras que, de pronto y de manera sorprendente, irrumpen en nuestro vocabulario. Trataremos de identificar las razones por las que, a nuestro juicio, se ponen o pasan de moda unos términos modernos o antiguos. Comprobaremos cómo los tabúes —palabras malsonantes— se convierten en eufemismos —palabras delicadas—; los vulgarismos —palabras groseras— se usan como tecnicismos — palabras especializadas— y los extranjerismos —palabras de otras lenguas— se hacen localismos —palabras de nuestro entorno—.

En esta ocasión, por lo tanto, no nos guía una preocupación lingüística, sino un interés sociológico, ideológico y cultural. Partimos del supuesto de que las modas, los estilos, las corrientes y los

gustos son síntomas de unos cambios más profundos de mentalidad, de transformación de actitudes y de comportamientos.

La frivolidad consiste, precisamente en eso: en creer que las modas son «simples modas».

Abril —el cuarto mes del año en el calendario Gregoriano— era primitivamente el segundo en el calendario de Rómulo que empezaba en Marzo y constaba de diez meses. Después, Numa Pompilio agregó los meses de enero y de febrero para hacer coincidir el año civil con el solar. El nombre deriva de la palabra latina «aprilis» que es una contracción de «aperilis» del verbo «aperire» que significa «abrir». El lenguaje popular y la literatura culta consideran a este mes como el símbolo de la juventud: los jóvenes, más que años, cumplen abril y los autores clásicos como, por ejemplo, Garcilaso de la Vega, Pedro Calderón de la Barca, Francisco de Quevedo, Tirso de Molina, Moratín o Juan Valera califican los años juveniles de floridos, lozanos y tempranos.

Aunque la primavera ya entró en la segunda quincena de marzo, es en este mes de abril cuando el «primer verano» —primus-vere de los latinos— y el primer tiempo —prin-temps de los franceses— alcanza toda su fuerza y su pleno esplendor: es la época en la que, según afirman los especialistas, todos los seres vivos —las plantas, los animales y los seres humanos— adquieren su mayor vigor y su hermosura más cuajada.

Luis Felipe Monlau, en su obra *Higiene privada*, afirma que el mes de abril «es la juventud del año, la época de la animación, de la expansión y del júbilo general: sus días, en los que la temperatura es placentera e higiénica, constituyen una cadena de flores que enlaza los intensos hielos del invierno con los ardorosos fuegos de la canícula. Bajo su dominio desempeña el cuerpo todas sus funciones con facilidad y con energía, gozando de cierto delicioso bienestar. La estación de la primavera es generalmente

la más favorable para todas las edades y temperamentos; en ella suelen hallar casi todos los individuos su temperatura higiénica especial».

Abril es un mes tradicionalmente lluvioso —«en abril aguas mil»— y uno de los más importantes para el éxito de las faenas agrícolas. Según los juicios de los campesinos experimentados, de su comportamiento meteorológico dependen la abundancia de los frutos y la calidad de las cosechas. Los manuales escolares antiguos nos enseñaban que en este mes se plantaban las acelgas, las calabazas, las alfalfas, los melones, el maíz, el cáñamo, los guisantes, las judías, los pepinos, el perejil y las sandías. También nos explican que en este mes, se destetaban los corderos nacidos en Navidad y en el que se vendían los animales mejor cebados.

Abril es, efectivamente, la época de las ferias de ganado, espacio en que concurrían los «feriantes» para vender, para comprar o para cambiar sus mercancías y, que, como es sabido, constituyen el origen de las fiestas populares cuyo modelo y cumbre es la Feria Sevillana de Abril, que comenzó en el año 1847, gracias a una petición de los sevillanos de adopción, José María Ybarra y Narciso Bonaplata, a la reina Isabel II.

Aburrimiento

El «aburrimiento», esa desagradable sensación de desgana, de cansancio y de fastidio que nos producen la escucha o la lectura de algunos relatos, tiene su origen en la falta de interés de la historia que nos cuentan o en la escasa destreza de que adolece el narrador, cuando articula la trama o, incluso, en su irritante torpeza lingüística, cuando construye el texto escrito o cuando pronuncia el discurso oral.

El escritor, el conferenciante y el profesor han de tener en cuenta que un tema no es interesante por sí solo, sino que su atractivo depende de la relación que el asunto guarda con las expectativas, con las aspiraciones y con los afanes —inmediatos o lejanos— de los oyentes o de los lectores a los que les dirige la palabra. El interés, por lo tanto, no es un valor absoluto ni objetivo, sino una cualidad relativa y subjetiva. Una historia interesante para unos es aburrida para otros e, incluso, puede ocurrir que, contada por un autor nos agrade y nos divierta, y, relatada por otro escritor, nos resulte anodina y pesada.

No podemos generalizar afirmando que las distracciones, la apatía y el desinterés de los alumnos tienen su origen en la monotonía de las explicaciones tediosas, pero hemos de reconocer que la originalidad, la variedad, la creatividad, la sorpresa y la agilidad del profesor constituyen los rasgos característicos de la buena pedagogía. En mi opinión, la estrategia más eficaz para evitar que una lección sea aburrida es mostrar, de manera clara, las conexiones que tiene el tema que exponemos con las cuestiones vitales que ocupan la mente de los alumnos.

Aunque es cierto que agradar o divertir al público no pueden ser los objetivos supremos de las conferencias, de las clases ni de los libros, también es verdad que, si resultan aburridos, difícilmente lograrán alcanzar las otras metas que se proponen. Algunas clases resultan tales «rollos» que los alumnos no sólo no aprenden sino que, a veces, pueden llegar a odiar la asignatura.

Es posible que estas ideas nos resulten más claras si tenemos en cuenta que la palabra «aburrir» procede del verbo latino «abhorrere» que significa tener aversión a algo, y que éste deriva de «horrere» que quiere decir «erizarse», «ponerse los pelos de punta» a consecuencia del malestar corporal que producen las ideas y las palabras desagradables. El aburrimiento —cuya expresión externa es el bostezo— tiene, efectivamente, algo de disgusto, de fastidio, de molestia y de hastío. Los seres humanos, cuando nos aburrimos —como les ocurre a las plantas que se marchitan— nos ponemos mustios y tristes. Pero lo peor es ese aburrimiento de los que se han acostumbrado a vivir, de los que han automatizado las actividades profesionales y familiares de manera mecánica, de los que trabajan, comen, beben y aman por rutina, de los que, anestesiados, carecen de alicientes porque, se levantan por las mañanas sabiendo en qué va a consistir el día o porque no saben dotar a sus actividades de sentido o, de manera más clara, porque no son capaces de interpretar los gestos o las palabras de amor que las cosas y las personas les dirigen.

En la actualidad, la palabra «academia» designa determinados centros docentes privados —recordemos, por ejemplo, las academias de mecanografía—, las instituciones de enseñanzas militares, diversas sociedades de intelectuales reconocidos oficialmente como especialistas en una rama del saber e, incluso, los edificios en los que tienen lugar las reuniones. Entre las academias científicas de nuestro país, destaca la Real Academia Española, que se fundó en 1713 por iniciativa de Juan Manuel Fernández Pacheco, marqués de Villena. Felipe V aprobó su constitución el 3 de octubre de 1714 y la colocó bajo su «amparo y Real Protección».

Su propósito fue el de «fijar las voces y los vocablos de la lengua castellana en su mayor propiedad, elegancia y pureza». Tal finalidad se representó de manera gráfica mediante un emblema formado por un crisol al fuego con la leyenda «*Limpia, fija y da esplendor*», obediente al propósito enunciado de combatir cuanto alterara la elegancia y la pureza del idioma, y de fijarlo en el estado de plenitud alcanzado en el siglo XVI.

La institución ha ido adaptando sus funciones a las condiciones de los sucesivos tiempos y, actualmente, según lo establecido por el artículo primero de sus Estatutos, la Academia «tiene como misión principal velar porque los cambios que experimente la Lengua Española en su constante adaptación a las necesidades de sus hablantes no quiebren la esencial unidad que mantiene en todo el ámbito hispánico».

En nuestra Provincia de Cádiz también están establecidas cinco academias: la de San Romualdo, en San Fernando; San Dionisio de Ciencias, Artes y Letras en Jerez de la Frontera y la Real

A Academia Provincial de Bellas Artes; la Real Academia Hispano Americana de Ciencias, Letras y Artes, y la Real Academia de Medicina y Cirugía, en Cádiz.

La palabra «academia» tiene su origen en el nombre que los atenienses dieron a un paseo plantado de plátanos y de olivos al noroeste de Atenas que, en un principio, sirvió de gimnasio y fue legado a la República por un contemporáneo de Teseo, llamado Academos. Éste fue el lugar donde Platón acudía para explicar sus teorías filosóficas a sus discípulos que, desde entonces, se llamaron «académicos». Tras la muerte de su fundador, fue dirigida por Espeusipo (c. 407-399 a. C.), su sobrino, y, sucesivamente, pasó por cuatro fases diferentes: la Antigua (Espeusipo y otros, siglos IV y III a. n. e.), la Media (Arcesilao y otros, siglo III a. n. e.), la Nueva (Carnéades y otros, siglos II y I a. n. e.), que ahondó el escepticismo de la Academia Media, se manifestó contra la doctrina de los estoicos sobre el criterio de la verdad. En los períodos siguientes, la Academia une eclécticamente el platonismo, el estoicismo, el aristotelismo y las teorías de otras escuelas. En el año 529 fue cerrada por el emperador Justiniano. Durante el Renacimiento, se fundó en Florencia una escuela denominada Academia platónica (1459-1521) que, dirigida por Marsilio Ficino, luchaba desde las posiciones del platonismo contra las teorías escolásticas fundamentadas en las doctrinas de Aristóteles.

Achaque

«Achaque» es una de esas palabras que, usadas en distintos contextos, se llenan de significados completamente diferentes. Si un amigo nos dice, por ejemplo, que «ya está notando los achaques de la vejez, de la andropausia o de la menopausia», todos entendemos que ha empezado a sufrir las molestias habituales, los dolores permanentes, las dolencias crónicas, el fastidio físico o el malestar psíquico que son síntomas alarmantes de cierto deterioro de su cuerpo o manifestaciones claras de alguna debilidad de su mente.

«Achaques» son, por ejemplo, un leve reuma en las articulaciones, la digestión lenta, el cansancio al subir las escaleras, el dolor de espalda, la alopecia, el sueño o el insomnio, la «vista cansada», la desmemoria, la irritación y, a veces, cierto desasosiego, inquietud, desazón, irritación o ansiedad sin que identifiquemos su origen concreto. No son dolores agudos, ni enfermedades graves, ni dolencias peligrosas, sino malestares leves que fastidian e incomodan, que disminuyen la calidad de la vida, pero no su cantidad.

Si, por ejemplo, le decimos a una amiga que «las razones que me das son puros achaques para no confesarme la verdad», con esta misma palabra nos estamos refiriendo a simples excusas, a meros pretextos, a puras disculpas o a sencillas evasivas con las que nuestra interlocutora trata de justificar inútilmente su negativa, sin explicar las verdaderas causas de su determinación. Por eso le contestamos —o nos gustaría contestarle— de la siguiente manera: «La amenaza de lluvia no es una razón válida para que no me acompañes al cine; recuerda que tienes varios paraguas y

A un impermeable sin estrenar, y no pierdas de vista que la sala a la que te invito está aquí al lado». En el Cancionero Popular de Jaén podemos leer los siguientes versos: «Muchas con el *achaque* de tomar el fresco /se asoman a la ventana y con gran contento»

Si empleamos esta misma palabra en forma verbal —«achacar»— entonces su significado es completamente distinto ya que se refiere a comportamientos éticos o jurídicos: «achacar algo a alguien es acusar falsamente de una acción censurable a quien no la ha cometido»; «imputar injustamente» a alguien un hecho vituperable; es denunciar arbitrariamente una acción punible, delatar sin fundamento a un inocente. «Déjate —le decimos a nuestra hija mayor— de achacar todos tus descuidos a tu hermano menor».

A veces, esta palabra posee un significado genérico y sirve para designar cualquier asunto, cuestión o tema. En la *Celestina* podemos leer la siguiente frase: «Poco sabes de achaque de Iglesia». En este fragmento, no se trata de molestias sino, simplemente, de cuestiones eclesiásticas. Estos mismos significados ya los poseen las voces árabes de las que proceden nuestras palabras castellanas: el verbo «atsakka» significa acusar, y el sustantivo «saka», quejarse.

Adefesio



En la actualidad usamos la palabra «adefesio» para describir a las personas vestidas con trajes extravagantes o ataviadas con adornos ridículos. Pero, según el diccionario, también puede servir para designar los comportamientos disparatados, las acciones incoherentes o las prácticas chocantes.

Opinamos que la indagación de su origen etimológico y el conocimiento de las principales interpretaciones que han elaborado los especialistas nos pueden resultar interesantes, útiles e ilustrativos. Según la mayoría de los lexicólogos, esta palabra procede de la carta del apóstol Pablo dirigida a los fieles de Éfeso (*Epistola ad ephesios*) y se usó inicialmente para referirse a los oradores que se empeñaban inútilmente en lograr persuadir a sus oyentes.

Bastús, en su libro titulado *La sabiduría de las naciones*, siguiendo a Covarrubias, ofrece la siguiente explicación:

«Hubo en Éfeso un ciudadano llamado Hermodoro, a quien, por haber excitado con su brillante posición social la envidia de muchos de sus conciudadanos, resolvieron condenar al ostracismo: y, en efecto, fue inicuamente obligado a abandonar su patria por algunos años. Hermodoro y sus amigos intentaron varias veces hacer oír su voz y demostrar al pueblo de Éfeso su inculpabilidad e inocencia, mas nunca pudieron conseguir que dieran oído a sus disculpas, ni que se atendieran sus justificaciones, de donde nació el proverbio, hablar *ad efesios*, cuando no se hace caso a nuestras palabras u observaciones».

Otros autores —como Correas y Seijas Patiño— opinan que el significado de esta expresión tiene su origen en el escaso éxito de las palabras que San Pablo dirigió a los habitantes de Éfeso quienes —ciegos y sordos— siguieron acudiendo al templo de Diana para celebrar los cultos paganos.

Unamuno, oponiéndose a la explicación de Diccionario de la Real Academia, recuerda que esta epístola es la que se proclama ritualmente en la ceremonia religiosa del matrimonio cristiano. La experiencia confirma que, en la mayoría de los casos, los asistentes oyen las palabras sin prestarles la debida atención:

«hablar a adefesios o *ad Ephesios* —afirma— no es, en su principio y sentido originario, decir despropósitos, disparates y extravagancias como el adefésico Diccionario —en su edición de 899— da a entender, sino decir cosas que ni ha de hacer nadie caso de ellas ni han de ser oídas y que sólo un pobre iluso —no ya bestia— las dice, sabiendo que ni han de ser llegar a noticia del rey o de los reyes a quienes se dirigen. Y ¿por qué se dijo de esto de hablar ad-efesios y no hablar ad-gálatas, o ad-corintios o ad-romanos o ad-tesalonicenses o ad-filipenses? La cosa está clarísima para quien recuerde o aprenda que los consejos que se leen a los recién casados, han sido tomados del capítulo V de la *Epístola de San Pablo a los efesios*. Consejos adefesios que, en general, les entran por un oído y por otro les salen, y de los que maldito el caso que se hace».

Agosto

«Agosto», el octavo mes del año gregoriano, corresponde al «sextilis», el sexto mes del calendario de Rómulo, que inicialmente constaba de veintinueve días hasta que César le agregó los dos más que en la actualidad posee. Paradójicamente «agosto», el mes de las siestas largas y de las noches densas, es el tiempo del descanso por antonomasia para unos y la época de mayor trabajo para otros: en este mes desciende la tasa de desempleo gracias, sobre todo, a la intensa actividad laboral que, debido al turismo, se desarrolla en los hoteles, en los restaurantes y en los bares de nuestras costas y en los chiringuitos de los paseos marítimos y de las playas. Es, también, el mes, por excelencia, de los toros y de los trofeos futbolísticos veraniegos.

En virtud de un senatus-consulto posterior a la batalla de Accio, a este mes se le cambió el nombre de «julio», que llevaba desde el segundo año de la reforma juliana, por el de «Augustus», el renombre del Emperador Octavio, el primer emperador romano, miembro de una de las familias más ricas de Roma, que fue adoptado como hijo por Julio César, su tío abuelo, cuando contaba dieciocho años. Pero este cambio no se produjo porque el emperador hubiese nacido en el mes «sextile», sino porque en él, como dice Macrobio, obtuvo el consulado, triunfó tres veces, conquistó Egipto y puso fin a las guerras civiles. Según los manuales antiguos, «agosto» es la época de la cosecha de los granos y en él se efectúa la recolección de los higos y de las pasas; en algunas localidades de Andalucía y de Valencia se empieza la vendimia; en otras comarcas «hacen los preparativos, atando los sarmientos a lo alto, como a la mitad de su altura, y dejando al descubierto el fruto».

El nombre del mes de «agosto» sirve también para significar el éxito económico de una operación: «hacer el agosto» es lucrarse de una oportunidad, realizar un negocio ventajoso, ganar más dinero aprovechando una ocasión propicia. Antiguamente se decía «hacer su agosto y su vendimia». Esta expresión aparece en *La Gitanilla* de Cervantes: «Y así granizaron sobre ella (sobre Preciosa) cuartos, que la vieja no se daba manos a cogerlos. Hecho, pues, su agosto y su vendimia, repicó Preciosa sus sonajas...».

«Hacer el agosto» y tener un éxito «agosteño» alude a la grata tarea de la recolección, y significa literalmente «entrojar», «guardar» o «almacenar» la cosecha de cereales y de semillas. Solía agregarse lo de la vendimia, quizás por reminiscencia o por contagio de otro refrán que dice: «Agosto y vendimia no es cada día, y sí cada año, unos con provecho y otros con daño». El verbo «agostar», por el contrario, significa secarse las plantas y marchitarse las flores por el calor excesivo. Aunque, también, podemos citar el dicho popular «Agosto, frío en rostro» que nos recuerda que, a partir de la segunda quincena, las tardes refrescan e invitan a los paseos vespertinos y a las veladas nocturnas.

Agua

A

El agua —ese cuerpo formado por la combinación de un volumen de oxígeno y dos de hidrógeno; ese líquido, inodoro, insípido, en pequeña cantidad incoloro y verdoso en grandes masas, que refracta la luz, que disuelve muchas sustancias, que se solidifica por el frío, se evapora por el calor y, más o menos puro, forma la lluvia, las fuentes, los ríos y los mares— es actualmente un objeto de inquietud entre los campesinos y un tema de debate entre los políticos. Esta preocupación es comprensible, si tenemos en cuenta que el agua constituye uno de los elementos esenciales de todos los seres vivos. No debe extrañarnos, por lo tanto, que el agua haya ocupado siempre un lugar fundamental en el complejo mundo de los símbolos. En las mitologías más antiguas, entre las creencias de muchos pueblos primitivos y en los ritos sacramentales del cristianismo, el agua, elemento indispensable y generador de vida, ha simbolizado la salvación, la riqueza, la fecundidad, la salud y, también, la muerte y la resurrección.

La relación analógica que se establece entre el agua y la vida ha sido una constante de la simbología poética que llega hasta nuestros días y continúa presente en poetas tan importantes como, por ejemplo, Antonio Machado o Dámaso Alonso. El agua, bajo las formas de mar, río, fuente, lluvia o gota, es materia constitutiva de muchas de las composiciones poéticas de nuestra tradición literaria. Creemos, sin embargo que sería erróneo tratar de reducir el valor simbólico del agua a uno solo. Si extenso y variado es el campo que abarca el tema del agua, igualmente puede ser su relación analógica, por eso podemos hablar de varios simbolizados. Recordemos que ya Heráclito, para ejemplificar su

A

teoría de que todas las cosas cambian —fluyen—, había añadido: «Nadie se baña dos veces en el mismo río». En la imagen de las aguas de un río, siempre fluyendo, iba ya implícita la idea de vida, el camino del hombre hacia la muerte. Jorge Manrique identifica nuestras vidas con un río, y la muerte con el mar. Por encima de los límites —principio y fin— está el fluir constante de la vida en el tiempo.

Alegría

Leticia, el nombre que tanto han repetido los medios de comunicación en estos últimos años, es la castellanización del sustantivo latino «laetitia» que significa «alegría», «regocijo». Esta palabra castellana es un derivado del adjetivo «alegre» que proviene de la latina «alicer» que significa «vivo», «animado», «contento», «jubiloso», «gozoso».

La «alegría es la manifestación humana del gozo interior que nos produce la posesión de un bien o la esperanza de alcanzar un beneficio como, por ejemplo, el placer sereno o exultante de la existencia y de la vida, la dicha honda del amor, la fruición placentera de la contemplación apacible de la naturaleza, la paz íntima del trabajo esmerado, la satisfacción profunda del deber cumplido, el gusto de los bienes compartidos o de los servicios prestados. La alegría es, efectivamente, el resplandor directo y expansivo de una luz interior, el reflejo de un alma sencilla que disfruta cuando saborea la vida. Pero hemos de reconocer que, para sentir alegría, no son necesarias las grandes palabras, las elevadas metas ni los horizontes maravillosos, sino que son suficientes los paisajes cercanos, los momentos cotidianos y los pequeños pasos que damos para movernos por nuestra propia existencia.

La «alegría», por lo tanto, es un lenguaje que nos revela el bienestar que, «por dentro», experimenta la conciencia cuando, a pesar de todos los pesares, la realidad coincide con los deseos, los hechos con las esperanzas, los esfuerzos con los resultados. Es alegre el que, sabiendo encajar las dificultades y los contratiempos, descubre el sentido a la vida, dirige una mirada positiva a las cosas, a los sucesos y a las personas; el que extrae lo mejor de

la vida y mantiene el aliento, incluso, en los desalientos y, sobre todo, el que, por sentirse bien consigo mismo, tiene ganas de vivir. Pero, estoy convencido de que la senda más directa y más segura para lograr alegría es esforzarnos por transmitirla a los que nos rodean.

En mi opinión, deberíamos hacer un esfuerzo por recuperar, no la alegría forzada y obligatoria de las fiestas convencionales, sino esa otra alegría profunda, serena y constante que consiste en comprender y en sentirse comprendido, en amar y en sentirse amado; esa alegría sencilla que, paradójicamente, en la vida real, es a veces compatible con los golpes del dolor e, incluso, con los crujidos de la tristeza. Esta experiencia de mezcla agrisulce la expresa de manera aguda el poeta Claudio Rodríguez cuando dice:

«Déjame que te hable en esta hora
de dolor con alegres
palabras. [...] el dolor es la nube,
la alegría, el espacio,
el dolor es el huésped,
la alegría la casa. [...]
Déjame, que con vieja sabiduría, diga:
a pesar, a pesar
de todos los pesares
y aunque sea muy dolorosa y aunque
sea a veces inmunda, siempre, siempre
la más honda verdad es la alegría».

Recordemos las palabras del filósofo: «la paz es la perfección de la alegría».

«El momento álgido del partido fue el minuto noventa en el que el árbitro pitó un penalti inexistente. Varios cientos de aficionados, ya calientes por la presión que habían sufrido a lo largo de los noventa minutos, se lanzaron al césped, y las fuerzas del orden público fueron incapaces de controlar un tumulto que fue la consecuencia inevitable de un clima que había subido en grados de temperatura por los graves errores del colegiado».

Los lectores a los que he preguntado por el significado de esta palabra —«álgido»— me han contestado que se refiere «al momento supremo de ebullición, al nivel superior de calor emotivo, a una situación de alta temperatura sentimental». Se han sorprendido cuando les he dicho que, efectivamente, «álgido» es el momento clave, decisivo y cumbre, pero no exactamente por el calor sino por el frío; no por el fuego de las pasiones, sino por el frío de la calma y del sosiego. El diccionario nos dice que se refiere «al estado febril o morbosos acompañado de frío glacial». En su sentido coloquial, significa aquellas situaciones que producen un frío intenso y excesivo, un temblor glacial o un sudor gélido. Califica, por lo tanto, estados de sorpresa, como cuando afirmamos que nos hemos quedado helados, fríos o congelados.

Recordemos que este adjetivo, tomado del latín «algidus», es un derivado del verbo latino «algere», que significa tener frío. Inicialmente los médicos lo empleaban para designar el período «álgido» de ciertas enfermedades, como, por ejemplo el cólera.

Los manuales nos explican que estaba acompañado de frío glacial y que podía representar un momento crítico para la vida del enfermo. Podemos emplear este adjetivo para referirnos a una situación extrema o a un hecho culminante, pero a condición de que no posean características opuestas a su significado primitivo; esta palabra no es la más adecuada para indicar, por ejemplo, calor, ardor, entusiasmo, pasión, exaltación, fervor, vehemencia o excitación. Serviría, sin embargo, para definir estados de extrema apatía, de inexpresividad o de sosería.

«Aliño» es una de esas palabras pertenecientes a la cocina tradicional que, gracias a la gastronomía moderna, están adquiriendo renovada actualidad e, incluso, cierto prestigio social. Esta recuperación lingüística se debe a la rehabilitación de diferentes platos populares que, en tiempos de carestía, además de quitarnos el hambre, eran baratos y fáciles de elaborar. Como ejemplos más significativos en nuestra zona geográfica, podemos citar las «tortillas de la Guapa», las caballas asadas, los huevos de frailes, las panizas, las poleás, el pescado en sobreúsa, la «ropa vieja», las sopas de pan, las papas en alcauciles, los gazpachos y los potajes.

Cada vez resulta más normal que, en el momento en el que el camarero nos ofrece la carta con el menú, incluso en los restaurantes de lujo, nos sirva como aperitivo de la «casa» un plato de «papas o de aceitunas aliñadas». Los «aliños», como es sabido, son los ingredientes —ajos, cebollas, comino, aceite, orégano, pimienta, sal, apio, vinagre, limón, naranja, pomelo e, incluso modernamente, la menta— que condimentan los alimentos, mejorando el sabor, cambiando el color y aumentando las calorías. Los «aliños» están logrando un considerable prestigio en los menús de la alta sociedad y en la estimación en los acreditados gourmets.

En los modernos tratados de cocina, los términos más frecuentes para designar esta operación gastronómica que nosotros llamamos «aliñar» eran «aderezar», «condimentar», «sazonar» e, incluso, «adobar». Hemos de tener en cuenta que, aunque estas palabras se suelen usar como sinónimas, al menos en nuestra Baja Andalucía, cada una de ellas posee un significado diferente.

A No es adecuado, por ejemplo, decir «cazón aliñado» o «papas en adobo» y sí «cazón en adobo» y «papas aliñadas».

El significado de esta palabra ha evolucionado hasta tal punto que, si en la actualidad quiere decir justamente mezclar y combinar, en su origen designaba la acción contraria: etimológicamente significa «alinear», «poner en línea», «situar en orden», «ordenar colocando en una línea recta» y, de manera derivada, «gobernar», «administrar», «arreglar los huesos dislocados». Recordemos que el origen de estas dos palabras actuales «alinear» y «aliñar» es en latín una voz compuesta de «ad» y «lineare». Este significado lo conserva, al menos parcialmente, cuando lo usamos de forma negativa como, por ejemplo, si afirmamos de una persona que viste de una manera «desaliñada». En este caso el «desaliño» es desorden o desarreglo. A un señor que viste de manera desarreglada podemos decir que va desaliñado, pero si, por el contrario, está muy «compuesto», no afirmamos que está «aliñado».

Recordemos que esta palabra pertenece también al vocabulario taurino. Una «faena de aliño» es aquella en la que el matador prepara al toro carente de fuerzas, de nobleza o de bravura, para ejecutar la suerte suprema de una manera sobria, sin adornarse y sin cuidar la estética.

Como ha recogido la última edición del Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua, la palabra «alirón» es una interjección usada para celebrar la victoria en una competición deportiva y, de manera más especial, para aclamar el triunfo de un club en la liga futbolística: canta o entona «el alirón» el equipo que queda primero en la clasificación, el campeón.

La historia de este grito nos resulta sugestiva y, hasta cierto punto, divertida. En sus comienzos, «alirón» era una pronunciación vulgar del superlativo de «ala», «alón» o «alerón», y significaba «ala grande y desplumada de las aves domésticas» como, por ejemplo, el pavo, el capón o la gallina. Pero, como se podrá suponer, el significado actual de esta expresión de júbilo tiene otro origen. Bajo el pseudónimo «Camarón» el periódico «Arriba», publicó un artículo titulado «Historia del Alirón» cuyos datos fundamentales ha reproducido José María Iribarren en su libro «El porqué de los dichos» (1974).

Surgió por primera vez el año 1913, fecha en la que la cupletista «Marietina» estrenó la canción del «Alirón» en el teatro Romea de Madrid, del maestro Gaspar de Aquino, con letra de Álvaro Retana que decía así:

«En Madrid se ha puesto de moda
la canción del ¡Alirón!,
y no hay nadie en los Madriles
que no sepa esta canción.
Y las niñas ya no entregan
a un galán su corazón

si no sabe enamorarlas
 entonando el ¡Alirón!
 ¡Alirón, pon, pon, pon!».

Tras el éxito rotundo de este último verso que, convertido en estribillo, era coreado por el público, la mayoría de las cantantes, como, por ejemplo, «La Goyita», «Preciosilla», Paquita Escribano, Adelita Lulú y Teresita Zazá, incorporó este cuplé a su repertorio. Fue esta última artista la que lo estrenó en el Salón Vizcaya, de Bilbao, coincidiendo con los éxitos deportivos del Athletic. El público cambió el estribillo y, entusiasmado, cantó: «¡Alirón! ¡Alirón! / ¡El Athletic es campeón!».

La insospechada difusión del estribillo animó a los autores para que compusieran dos nuevas estrofas:

«Hoy el fútbol en España
 es la máxima afición,
 y la gente se emociona
 con los ases del balón.
 Y lo mismo en Indochina
 que en Italia y el Japón,
 todos cantan las proezas
 del Athletic campeón.
 ¡Alirón! ¡Alirón!
 ¡El Athletic, campeón!».

El grito de ¡Alirón! se extendió, primero, por toda España y, después, por algunos otros países de Hispanoamérica e, incluso, de Europa y, en la actualidad, es el himno triunfal que, entusiasmados, entonan los aficionados y los defensores del equipo que ha logrado quedar el primero en la clasificación.

Hoy, formando coro con los madridistas, los mallorquinistas, los murcianistas, los algeciristas y los chiclanistas, los cadistas, cantamos el alirón. Tras la triunfal campaña del Cádiz, club de Fútbol, los aficionados mostramos nuestra alegría y expresamos nuestra gratitud al entrenador, a toda la plantilla, al presidente Antonio Muñoz y a toda la directiva. ¡Alirón, el Cádiz campeón!

Alopecia

La palabra «alopecia» es un tecnicismo médico que usamos como sinónimo de «calvicie», y designa, por lo tanto, la carencia de pelo en las zonas de cuero cabelludo. Como me acaba de recordar Luis Charlo, el nombre «alopecia» viene de la palabra griega «álopex», que significa «zorro». Es posible, por lo tanto, que su origen se deba a la caída del pelo que sufre este animal en la primavera y en el otoño. Como ilustración nos puede servir el refrán que nos proporciona Antonio Ruiz Castellanos: «La zorra pierde la cola, pero no pierde la costumbre».

Aunque la historia nos recuerda que muchos personajes célebres han sido calvos como, por ejemplo, el poeta trágico Esquilo, el naturalista Charles Darwin, el Conde de Zeppelin —aquel industrial alemán que construyó el dirigible rígido—, el pacifista indio Mahatma Gandhi, el pintor Pablo Picasso o nuestro paisano, el compositor Manuel de Falla, los coloquialmente denominados «cocolisos», «bolas de billar» o «cabecipelaos» han sido tradicionalmente objeto de bromas y de burlas.

La «alopecia» ha sido motivo de preocupación desde la antigüedad, no sólo por razones estéticas, sino también porque constituye un síntoma de diferentes enfermedades corporales e, incluso, de algunos trastornos psicológicos. Si es cierto que los egipcios se afeitaban la cabeza para eliminar los parásitos, también es verdad que el primer especialista contra la caída del cabello del que se tienen noticias es el egipcio Hakiem Al Damagh del año 400 antes de Cristo. Luis XIII, a sus veinticinco años, ocultaba su calvicie con una peluca en unos tiempos en los que los hombres llevaban grandes cabelleras.

En la actualidad, sin embargo, tenemos la impresión de que la calvicie y la cabeza rapada se han puesto de moda. Es probable que fuera a partir de la década del 50, cuando el actor de Hollywood, Yul Brinner, se rasuró la cabeza para filmar Salomón y la reina de Saba, esa carencia que parecía un defecto se convirtiera en un estilo digno de imitación. Posteriormente, también veríamos completamente pelada a la actriz Demi Moore, en la película «La teniente O'Neill» (USA 1997).

Pero ha sido recientemente cuando se ha extendido la práctica de raparse el cráneo. En la actualidad se afeitan la cabeza, no sólo los semicalvos, los mediopelos y los de amplias entradas como Zinedine Zidane, sino también muchos de los que podrían lucir una abundante cabellera como, por ejemplo, Roberto Carlos y Ronaldo. Hoy día se sienten casi subestimados los que no tienen una buena cabeza, grande y redonda, para pasarse la navaja.

El origen del dicho popular «la ocasión la pintan calva», parece que se remonta a los tiempos de la diosa llamada Ocasión. Lisipo y Fidias la representan como mujer que corre de puntillas sobre una rueda sin quedarse fija en un determinado lugar. Está provista de alas en los pies porque es volátil como el viento, lleva una navaja en la mano derecha y su largo cabello le cubre la cara para no ser reconocida y para que la pueda agarrar quien se la encuentra de frente, pero tiene calva la cabeza para que, una vez pasada, nadie pueda asirla.

Alucinar

El uso y el abuso actual del término «alucinar» nos proporciona la ocasión para poner sobre el tapete los múltiples factores históricos, psicológicos y sociales que influyen en la aparición y en la desaparición de las palabras, y para reflexionar sobre los diferentes hechos que determinan los continuos cambios de significado. Como ocurre con otras palabras, el significante despista a muchos hablantes no especialistas que lo asocian con otras voces de pronunciación parecida. Es posible que, cuando dicen o escuchan que un discurso o una melodía, un libro o una película, una faena taurina o una jugada futbolística «alucinan», se acuerden del verbo «lucir» y piensen que ese discurso es brillante, que esa película es resplandeciente, esa faena taurina destella, esa jugada futbolística centellea o fulgura, pero, en realidad, están afirmando que, además, ofuscan, ciegan, enturbian y confunden.

La «alucinación» está relacionada también con el delirio, con la ilusión, con la mentira, con sueño y con el ensueño. El que «alucina» se siente deslumbrado y ofuscado y, por lo tanto, confundido: no percibe con nitidez los perfiles, los volúmenes ni los colores y, en consecuencia, entiende mal. Todos los hombres en todos los tiempos, desde que existen la palabra y la imaginación, vivimos en más de una realidad, en aquella o en aquellas circunstancias que forman el cuadro de nuestra vida ordinaria y en muchas otras situaciones que nos llegan de la ficción y que tienden a mezclarse las unas con las otras hasta formar una especie de sobrerrealidad o de subrealidad. Hasta nuestro siglo el hombre sólo contaba con la palabra hablada o escrita para conocer esa otra especie de realidad. Según Cervantes, Don Quijote se salió

del mundo real por la lectura constante y apasionada de los libros de caballería. El siglo que acaba de terminar ha presenciado con asombro la aparición sucesiva de otros grandes medios de creación de mundos irreales. Gracias al cine, a la radio y a la televisión, los seres humanos vivimos íntimamente —encarnamos— las experiencias y los conflictos de múltiples personajes y, por eso, es cierto que hoy «alucinamos» mucho más.

Ameno

En la tradición literaria, la amenidad era una cualidad eminentemente espacial. Recordemos que el «lugar ameno» era una característica fundamental —un «lugar común»— de toda la literatura europea; aparece ya en las primeras obras griegas y mantiene los mismos rasgos formales durante los veintiséis siglos de nuestra tradición cultural occidental. Es el «paisaje ideal» que, como lo define Curtius, representa la naturaleza transfigurada, interpretada como eternamente bella, fértil y serena, y caracterizada por un estatismo casi divino. Se refiere, por lo tanto, al territorio rural y exige la presencia de, al menos, un árbol —que proporciona una sombra protectora—, un prado verde —que invita al descanso— y una fuente o un riachuelo —que calma la sed—. A este esquema tipo los poetas suelen unir varios elementos decorativos como, por ejemplo, el canto de pájaros, el paso de animales, el aroma de flores y una leve brisa capaz de conciliar un dulce sueño, de mover plácidamente las nubes y de extender por el ambiente el perfume suave de las flores.

En realidad, estas convenciones literarias ponen de manifiesto el tradicional culto ecológico. Sabemos que, por ejemplo, ya en el mundo griego la naturaleza era profundamente sentida e intensamente amada, y que el escenario natural era considerado como un conjunto unitario en el que el ser humano estaba inserto, junto a las otras presencias vivas y operantes, como los seres atmosféricos, los vegetales, los animales o los personajes divinos. Y es que el hombre griego experimentaba un notable interés por todo lo que sucedía en el mundo circundante; esta «simpatía» era la consecuencia de su profundo convencimiento de que, entre todos los

seres, existía una armónica continuidad y un frágil equilibrio que sólo podía ser roto por la acción incontrolada de los seres humanos. Esta devoción explica la frecuencia con la que, en las obras clásicas, los elementos del paisaje sirven como imágenes, como términos de comparación para describir los valores supremos que han de adornar a los seres humanos: son metáforas que subrayan el carácter noble de los comportamientos y de las actitudes humanas, pero, además, son ilustraciones que testimonian un profundo conocimiento de la naturaleza y una estrecha familiaridad con ella. Sucesivamente, se fue retomando este procedimiento en la literatura de la Edad Media y en la del Renacimiento, y, si leemos los textos, comprobamos cómo —en el interior de esta naturaleza incontaminada, en la que domina una paz incontrastada y una profunda tranquilidad, no turbada por la acción del hombre— habitan Ninfas, Sátiros y Pastores: los seres que viven la existencia más próxima a la Naturaleza.

Amistad

Amistad —del latín «amicitia» que, a su vez, proviene de «amor»— es una de las formas de amor que se establecen entre personas iguales, unidas de una manera libre, recíproca, gratuita y estable. Es la «filia» de los griegos, opuesta a otros conceptos como los de «estorgué» —deseo—, «eros» —pasión— y «ágape» —caridad—. Los romanos también distinguían entre la «amistad», el «amor» y la «caridad».

La amistad es un sentimiento, un estímulo, un compromiso y, sobre todo, un ámbito de comunicación más que una obligación de colaboración. Es una relación interpersonal que, basada en una afinidad espiritual, tiende a un acompañamiento vital. El amigo es otro ser próximo y semejante que nos comprende, aunque no le expliquemos todas las razones de nuestros comportamientos; es el intérprete que identifica las claves de nuestra peculiar manera de ser, aunque no analice psicológicamente nuestro temperamento; es el exégeta que descifra el sentido profundo de nuestros pensamientos, aunque no se lo formulemos con palabras; es el experto que alcanza la razón última de nuestros deseos íntimos y llega hasta las raíces ocultas de nuestros temores secretos, aunque no haya vivido nuestras propias experiencias.

Dijimos en una ocasión que los seres humanos, para llegar a ser nosotros mismos —sea cual sea el escalón temporal o social en el que nos encontremos— necesitamos que alguien nos explique, con claridad y con tacto, quiénes y cómo somos; necesitamos que nos diga cómo suena nuestra voz, cómo cae nuestra figura y cómo se interpretan nuestras palabras. Pero hemos de completar nuestra reflexión afirmando que, para tener y para conservar los

amigos, hemos de despojarnos de todos los atributos que, por representar poder —aunque sea con minúscula—, nos elevan; y hemos de prescindir de todas las insignias que, por encerrarnos en instituciones —aunque sean abiertas— nos distancian afectiva y efectivamente. Los uniformes y los hábitos, las estrellas y las condecoraciones, las mitras y los bonetes constituyen escalones y barreras que no los puede saltar la amistad. Por eso hablamos de la soledad de los poderosos; de esa soledad, enfermedad mortal, que enfría el clima, seca la tierra y asfixia el aliento; que deteriora las condiciones ambientales imprescindibles para el cultivo de una flor tan vital, tan frágil y tan delicada como es la amistad.

El amigo —repetimos— es ese oidor atento y ese auditor respetuoso que nos escucha y nos entiende; que descubre el secreto hondo de nuestras aparentes contradicciones, que esclarece las claves secretas de nuestras engañosas incoherencias, que descifra el misterio que cada uno de nosotros encierra, que desvela el secreto que guardamos y que explica el ejemplar diferente y único de la compleja existencia personal. El amigo es un acompañante sensible, respetuoso, experto y generoso que capta las ondas sordas de nuestros latidos íntimos, que descubre nuestra verdad y al que confiamos nuestras fortalezas y, sobre todo, nuestras debilidades. Es un firme aliado con el que compartimos los secretos; es un confidente, fiel guardián y cómplice de lo más delicado, frágil y valioso de nuestra vida privada.

Anacardo

Hasta hace unos meses, en los vuelos domésticos de Iberia, nos ofrecían a todos los viajeros, además del periódico, un zumo de naranja; en la actualidad, sólo lo proporcionan al que lo solicita, y, antes de servírselo, la azafata le suele preguntar ¿desea también unos anacardos? «¿Anacardos? —le espetó, el señor que estaba sentado a mi lado— Si usted me explica qué son, a lo mejor los deseo pero, sin saber en qué consisten, la verdad es que no me atrevo a pedirselos». La azafata se limitó a responderle que eran unos frutos secos, y el señor, haciendo un gesto de aprobación, le dijo: «Ah sí almendras, cacahuets y avellanas». Y dirigiéndome una mirada cómplice me comentó: «Hay que ver lo cursis que son estas niñas usando esas palabras tan raras». Cumplo ahora la promesa que le hice de explicarle la palabra por escrito, con el fin de lograr un nuevo lector, aunque sólo sea ocasional.

«Anacardo» proviene del latín «anacardus» que es una deformación de «onokardion» que significa «una especie de cardo»; pero, si usted busca esta palabra en los diccionarios etimológicos actuales, es posible que algunos —como, por ejemplo, el de Anaya— le digan que «anacardo» es una vocablo compuesto de «ana» = contra y «kardia» = corazón. A partir de esta interpretación nos explican que la razón de tal denominación estriba, no sólo en su apariencia formal parecida a la del corazón humano, sino también en el peligro que supone su excesivo consumo para la víscera cardiaca.

Cuando a Vicente, un amigo naturista le he comentado esta interpretación, me ha respondido negándola categóricamente y proporcionándome una interminable lista de los beneficios que

nos aportan los «anacardos»: «estas semillas —me ha dicho textualmente— son, no sólo nutritivas y afrodisíacas sino que, además, curan la demencia, la pérdida de memoria, las alteraciones del impulso sexual, la debilidad de origen nervioso e, incluso, el edema de las piernas. Externamente el líquido rojizo que hay entre las dos cutículas y el jugo de la pulpa —que son ácidos y corrosivos— se usan para eliminar las durezas, los callos y las verrugas en la piel; diluidos, pueden servir como cicatrizantes de úlceras tórpidas, de eczemas y de psoriasis».

José Evaristo Fernández —el cirujano amigo que con tanto rigor y claridad me explica los misterios de la medicina— me ha precisado que, «al margen de los efectos mágicos y en contra de las fobias estimuladas por las modas ocasionales, las grasas, ingeridas en la proporción correcta, son nutrientes esenciales para disfrutar de una buena salud». Según algunas estadísticas recientes que he consultado personalmente, podemos llegar a la conclusión de que ciertas grasas reducen el riesgo de padecer algunos problemas de corazón, las alergias, las artritis, los eczemas, la depresión, la fatiga, las infecciones y hasta el síndrome premenstrual. Por el contrario, la lista de síntomas y de enfermedades asociadas a su deficiencia crece cada año. Si es cierto que algunas grasas predisponen al organismo para la enfermedad, también es verdad que otras favorecen la salud: dejarnos llevar por las fobias a las grasas nos puede privar de nutrientes esenciales para nuestro organismo.

Anciano

La palabra «anciano» es un derivado del antiguo adverbio romance «anzi» y éste del latín «ante». «Anciano» es el ser humano que ha nacido antes; a veces se aplica a los animales pero en sentido figurado; los animales que han cumplido muchos años son viejos. En todas las civilizaciones, con esta palabra, además de la edad, se indica un conjunto variable de cualidades personales que capacitan al sujeto que las posee para ejercer una serie de funciones familiares, sociales, políticas o religiosas; el que carece de ellas es, simplemente, un viejo. El anciano interpreta, comprende, valora disfruta y vive plenamente el mundo actual; el viejo, por el contrario, se instala en el tiempo pasado que añora y que espera que nuevamente volverá. Incluso sufre con todo lo actual y rechaza todas las manifestaciones por el solo hecho de que sean «modernas».

En nuestra civilización judeocristiana ser «anciano» implica estar dotado de una aguda inteligencia que le proporciona un conocimiento profundo de los problemas y de las soluciones de los tiempos modernos (*Job*, 12: 12). Por eso, el «anciano» está capacitado para aconsejar al rey y para representar a su pueblo (*Éxodo*, 3: 16). Estas virtudes lo facultan para ejercer altas responsabilidades y lo acreditan para ostentar dignidades. Recordemos que el Sanedrín judío estaba integrado por los «ancianos».

En el cristianismo, los «ancianos» eran personas nombradas en las iglesias locales para ejercer la autoridad espiritual sobre sus miembros (*Hechos*, 14: 23; 20: 17; *Tito*, 1: 5). Tanto en los *Hechos de los Apóstoles* como en las *Cartas de San Pablo*, la palabra «anciano» es sinónimo de obispo y, por lo tanto, en los dos casos ejercen

idénticas funciones (*Efesios*, 4: 11; *Hechos*, 20: 17,28). «Y llamó a los ancianos»... «Velad por vosotros y por el rebaño sobre el cual el Espíritu Santo os ha puesto por obispos para apacentar la Iglesia ...» (*Tito*, 1: 5-7). «Por esta causa te dejé en Creta... y para que establezca ancianos en cada ciudad». «El obispo debe ser sin mancha como mayordomo de Dios». El «anciano» ha de apacentar la Iglesia (*Hechos*, 20: 28), guardar el rebaño de los falsos maestros (*Hechos*, 20: 29-31), gobernar la iglesia (*Romanos*, 12: 8; 1 *Timoteo*, 5: 17). «Que no domine, sino que dé ejemplo» (1 *Pedro* 5:3), que supervise (1 *Pedro* 5: 2) y vigile (*Hebreos*, 13: 17).

San Pablo en la *Primera Carta a Timoteo* (3, 2-7) detalla las cualidades que han de adornar al «anciano», al obispo: ha de ser irreprochable, marido de una sola mujer, sobrio, prudente, decoroso, hospedador, apto para enseñar; no dado al vino, no pendenciero, no codicioso de ganancias deshonestas, sino amable, apacible, no avaro, que gobierne bien su casa; no un neófito, de buena reputación. Y en la *Epístola a Tito* (1: 6-9) insiste: el obispo ha de ser irreprochable, marido de una sola mujer, dueño de sí mismo, que tenga hijos creyentes que no estén acusados de disolución ni de rebeldía, no soberbio, no iracundo, no dado al vino, no pendenciero, no codicioso de ganancias deshonestas, sino hospedador, amante de lo bueno, sobrio, justo, santo, dueño de sí mismo, retenedor de la palabra fiel. Que no se haya nombrado a sí mismo (*Hechos*, 14: 23; *Tito*, 1: 5).

Anfitrión

La palabra «anfitrión» es un epónimo», o sea, un término que se ha formado a partir de un nombre propio. En Medicina, como es sabido, abunda este tipo de palabras como, por ejemplo, «el tendón de Aquiles» —el que une el talón con la pantorrilla—; «el síndrome de don Quijote» —la pasión enfermiza por los libros—; el «himen» —la membrana que reduce el orificio externo de la vagina— es una copia de Himen, el hijo de Apolo y el dios del matrimonio; la morfina es un analgésico y soporífero, que debe su nombre a Morfeo, dios de los sueños—; el diagnóstico «holmesiano», que se logra por exclusión, procede de Sherlock Holmes; la nuez, la saliente de la laringe en la garganta, también la llamamos la «manzana de Adán»; el nombre de la enfermedad «venérea», igual que el «monte de Venus», procede de la diosa mitológica; «afrodisíaco» —excitante del apetito sexual—, «anafrodisia» —ausencia parcial o total del apetito sexual—, tiene su origen en Afrodita, y «hermafrodita» —poseedor de dos sexos— es una palabra compuesta de los personajes mitológicos Hermes y de Afrodita.

La palabra «anfitrión» designa, en nuestros días, a la persona que recibe invitados. El Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua dice que este sustantivo común tiene su origen en el nombre propio Anfitrión, un rey de Tebas, que era espléndido en sus banquetes». Podemos recordar aquel relato de la mitología griega según el cual Zeus, impresionado por la belleza de Alcmena, hermosa princesa de Mecenas y la mujer de Anfitrión, hijo de Arceo (rey de Tirinto), urdió un plan para poseerla.

Aprovechando una noche en que Anfitrión cumplía con sus deberes militares —o al menos eso le dijo a Alcmena—, Zeus, haciendo gala de sus habilidades milagrosas, adoptó la forma del desdichado esposo y, ni tardo ni perezoso, se acostó con Alcmena sin que ésta advirtiera que no era su marido. De esa unión nacería posteriormente el legendario Hércules.

Plauto (254-184 a. C.), dramaturgo cómico romano desarrolló este episodio en la comedia Anfitrión que fue recreada mucho tiempo después —en 1668— por el francés Molière. En la escena final, se representa un banquete, donde Socia, que era el mensajero del capitán Anfitrión, no sabe si está hablando con su verdadero amo o con el dios Júpiter (Zeus para los romanos) convertido en éste. Y, cuando es invitado a la mesa, su preocupación termina y dice: «El verdadero Anfitrión, es el que invita a cenar».

La frase fue recibida con simpatía por el público y, pronto, la palabra «anfitrión se incorporó a la lengua francesa con el significado de: *«El que invita a cenar»*. Habría de pasar un tiempo para que la palabra se hiciera española. Apareció por primera vez en el diccionario de la Real Academia Española en la edición de 1869.

Este nombre «anfitrión», en su versión inglesa «host» —hospedaje cibernético «hosting»— es un «tecnicismo» muy utilizado en el lenguaje informático: se dice que un ordenador es anfitrión («host») de otro —su huésped— cuando proporciona servicios de almacenamiento de datos o de otro tipo al un cliente.

Ántrax

La noticia de que la red terrorista de Ben Laden se está entrenando con armas químicas y la confirmación de los múltiples casos de la enfermedad denominada «ántrax» o «carbunco», detectada en trabajadores del grupo periodístico de Boca Ratón (Florida) e, incluso, en la Cámara de representantes de los Estados Unidos, han desatado el pánico en todo el mundo. Este «bioterrorismo», que se realiza introduciendo simplemente algunos microorganismos en el teclado del ordenador de la víctima o en un sobre de correo, ya fue ensayado hace más de 80 años.

Esta afección, que en los animales no es grave, en los hombres puede ser mortal y su uso militar, por lo tanto, se convierte en un *arma bacteriológica* tremendamente cruel y espantosamente temida ya que puede ser cutánea, intestinal o pulmonar y se contrae, simplemente, al inhalar esporas de *Bacillus anthracis*. Sus síntomas varían según la forma en la que actúa la bacteria y se manifiestan generalmente siete días después de que el desafortunado paciente ha sido atacado. El ántrax pulmonar, por ejemplo, aparece inicialmente en forma de catarro común. Después de varios días, los síntomas se convierten en insuficiencia respiratoria y, finalmente, se desencadena un *shock*. La forma intestinal se desarrolla después de haber consumido alimentos contaminados y se caracteriza por una inflamación del tracto digestivo. A los primeros síntomas de náusea, pérdida de apetito, vómitos y fiebre siguen dolores abdominales, vómitos de sangre y una diarrea constante.

Su nombre, como ocurre en la mayoría de los términos de la medicina, tiene su origen en la palabra griega «ántrax» que significa «carbón» y se debe al color negruzco de la sangre infestada.

Recordemos otras voces de la misma raíz como, por ejemplo, «antracita» —denominación que se da al carbón fósil escasamente voluminoso—, «antracosis» —úlcera maligna y neucomiosis producida por el carbón—.

Ariete

A pesar de que el portugués Duda ya lleva marcados diez goles, el entrenador del Cádiz, Carlos Orúe, los críticos deportivos y muchos aficionados siguen reclamando el fichaje de un delantero centro nato, de un «punta» rompedor que culmine las jugadas. «Este equipo —afirman—, para que esté compensado, necesita un verdadero «ariete» que remate de cabeza como lo hicieron en su tiempo Zarra, Marcelino o Carlos Santillana, en la Selección Nacional, o Paquirri, Miguel o Paco Baena, en el Cádiz, C. F.

Este nombre —«ariete»—, que posee una dilatada y desigual historia, es una imagen metafórica, dotada de un notable valor expresivo. La palabra «ariete» procede del término latino *aries* (cuyo ablativo es *ariete*) que primitivamente significa carnero. Posteriormente, el «ariete» era una máquina militar, un arma guerra que usaban los soldados antiguamente para batir y para abrir brechas en las murallas de las ciudades. Se llamaban así porque su elemento principal era una gran viga de abeto o de fresno, provista, en uno de sus extremos, de un recio y pesado remate de hierro fundido con forma de cabeza de carnero.

Según Plinio el naturalista, el inventor de esta máquina fue el griego Epeus quien, según Vitrubio, fue el ingeniero Ateneo; pero otros autores defienden que fueron los cartagineses quienes lo usaron por primera vez para apoderarse precisamente de Cádiz. Estas noticias, sin embargo, parecen desmentidas por el testimonio de los bajos relieves asirios en los que aparecen arietes manejados con extraordinaria habilidad. Apiano habla de los arietes contruidos por los romanos dirigidos contra los muros de Cartago, cada uno de los cuales exigía la suma de los esfuerzos de

tres mil hombres. ¡Qué bien le vendría al Cádiz —dice Germán López— un «ariete» que, como esos artefactos guerreros, rompa las murallas defensivas de los equipos contrarios o, al menos, que, como los moruecos bravos, cabecee el balón hasta el fondo de la red».

Autismo

Siguiendo el ejemplo y las explicaciones de Lola Borbón, hace ya mucho tiempo que cultivo las relaciones de amistad y de respeto con aquellos seres que nuestra sociedad califica convencionalmente de subnormales, mutilados y tarados, y a los que, en consecuencia, coloca al margen de sus actividades ordinarias. Sí, me interesan los «locos», los «tontos», los «mariquitas» y los «viejos» en el peor sentido de estas palabras porque ellos son los que, de una manera más clara y más pedagógica, descubren nuestras carencias y quienes ilustran las «anormalidades» de los que estadísticamente nos tenemos por «normales». Si fijamos nuestra atención en ellos y si realizamos un detenido ejercicio de introspección, es posible que lleguemos a la conclusión de que las diferencias son meramente cuantitativas. Todos participamos de esas anomalías o irregularidades —fuera de las reglas— en mayor o en menor grado.

Tengo, sin embargo, menos afición por los entrecomillados «autistas», sobre todo por los autistas sociales, religiosos y políticos. Me asustan esos otros que manifiestan síntomas alarmantes de profundos síndromes de incomunicación. Me refiero a los que se autodenominan nacionalistas o localistas, y a los que los demás denominan integristas, dogmáticos o fanáticos. Estos «autistas» no son seres mutilados o enfermos sino que están dotados de todos los sentidos y facultades normales, pero los aplican exclusivamente a su persona y a sus tierras y a sus creencias. Estos «autistas» han volado sus puentes con el mundo y sólo hablan consigo mismo o con los suyos, empleando un lenguaje cifrado que se han inventado para sí. Naturalmente, ese lenguaje de gru-

po o de secta se le torna mítico y sagrado. No advierten que, con el paso del tiempo, sus palabras no comunican, sólo expresan sus silencios. Y lo malo es que del silencio reconcentrado, a veces pasan a la violencia sin contemplaciones. Hemos de permanecer en guardia porque este «autismo», nos puede contagiar y, quién sabe, si también destruir.

Autoestima

En los últimos veinte años, y no sólo en el ámbito de la Psicología y de la Psicopedagogía, sino también en las conversaciones entre padres y, a veces, en los comentarios de los hijos, se repite con insistente frecuencia la palabra «autoestima». Todos los autores coinciden en afirmar que la «autoestima» constituye un factor decisivo en la maduración humana, mental y psíquica, de los niños, de los adolescentes y de los jóvenes. La «autoestima» es el concepto que cada uno tiene de su valía personal, de sus cualidades y de sus capacidades. Es la suma de los sentimientos de respeto y de autoconfianza, que están apoyados en el conocimiento de la propia competencia y de la consideración que cada uno de nosotros tiene de sí mismo. Es el resultado de las palabras, de las sensaciones, de los sentimientos y de las experiencias que hemos acumulado, sobre todo, en los primeros años de nuestra vida.

Pero esa percepción personal y esa autoimagen positiva están construidas por los diversos mensajes que recibimos de nuestros padres, hermanos, familiares, amigos, compañeros y maestros. La consideración que los demás tienen de nosotros es el fondo, a veces inconsciente, de nuestra propia estimación. Sin «autoestima» carecemos de base firme sobre la que asentar y desarrollar los valores intelectuales, éticos e, incluso, las destrezas profesionales. Pero no podemos confundir la «autoestima» con la presunción, con los cuentos, con el autobombo, con la autocomplacencia, con la autosatisfacción ni con el estar encantado de haberse conocido. Hemos de ser extremadamente discretos con los triunfos personales; ya que pueden dañar nuestra personalidad y, paradójicamente, disminuir la estimación de los demás. Hemos de

evitar a toda costa que los demás adviertan que nos van las cosas medianamente bien y que vivimos en un relativo bienestar. El otro día me dijo un amigo sevillista: «yo sufro no cuando pierde el Sevilla, sino cuando gana el Betis».

Azafata

La palabra «azafata» es una metonimia tan antigua y tan lexicalizada que la mayoría de los hablantes españoles apenas si recuerda su origen etimológico. La metonimia, como es sabido, es una figura semántica que consiste en el empleo de una palabra por otra diferente cuyo significado guarda una relación lógica —de efecto/causa— con la primera.

Si decimos, por ejemplo, que «Juan gana el pan con el sudor de su frente», en realidad expresamos que «compra el pan y los demás alimentos con el dinero que gana en un trabajo que es duro y le causa sudor»; mencionamos, por lo tanto, el efecto —el «sudor»— en vez de la causa —el «trabajo»—. Cuando hablamos de la oportunidad y del acierto del «discurso televisado que la corona pronunció a final de año», no estamos concediendo capacidad lingüística a ese cerco dorado que ciñe la cabeza de los monarcas y simboliza su excelsa dignidad, sino que, en realidad, nos referimos a las cualidades retóricas del discurso del rey. Hemos sustituido la persona que pronuncia el discurso —el rey— por el objeto —la corona— que lo caracteriza y los simboliza. Empleamos este mismo procedimiento cuando decimos que la chirigota del Yuyu, por ejemplo, posee un buen bombo. Todos entendemos que hablamos del que lo toca —de Luciano Fernández— y no del instrumento.

El uso de la metonimia es frecuente en el lenguaje coloquial. Podemos fijarnos en expresiones tan usuales como la que acabo de escucharle a mi vecina: «En mi casa no tengo problemas, porque mi marido es un manitas». No es necesario que nos explique que su cónyuge posee habilidad para arreglar los electrodomés-

ticos, para limpiar el carburador del coche o, incluso, para abrir la maleta sin necesidad de usar la llave. Cuando escuchamos comentar que el isleño Rafael Ortega «era un espada de postín», todos interpretamos que era un torero diestro en la ejecución de la suerte de matar al toro. «Es una ágil pluma» el escritor dotado de ingenio

La palabra «azafata» que, como todos sabemos, en la actualidad designa a las camareras que atienden a los pasajeros de los aviones y a los congresistas, es un arcaísmo que, ya en el Renacimiento, servía para referirse a «enser donde las mujeres ponen sus perfumes, sus cremas, sus tintes, sus adornos y otros objetos destinados a sus afeites y a su arreglo personal». La hemos localizado en un documento del 1582 firmado por López de Velasco, y en 1588, en un libro titulado *Nobleza de Andalucía* cuyo autor es el sevillano Gonzalo Argote de Molina (1549-1590)

El *Diccionario de Autoridades* (1726-1739), la primera edición de los publicados por la Real Academia de la Lengua Española, define a la «azafata» de la siguiente manera: «Criada de la reina que le sirve los vestidos y las alhajas que se ha de poner, y los recoge cuando se desnuda». A continuación ofrece la siguiente explicación de su origen: «llámase azafata por el azafate que tiene en las manos mientras se viste a la reina». Este nombre deriva de «azafate», —del árabe «sáfat» cesta de hojas de palma— canastillo plano, tejido de mimbres, en cuya circunferencia se levanta un enrejado de la misma labor, de cuatro dedos de alta.

Baño de María

B

Como todos sabemos, las recetas culinarias emplean esta expresión para referirse a la técnica mediante la cual se consigue calentar de forma suave y uniforme una sustancia; es frecuente, especialmente, en la preparación de algunos postres como, por ejemplo, el chocolate, las cremas o los pudines. El «baño de María» —o «baño-maría»— es un procedimiento que consiste en introducir un recipiente en otro mayor, que contiene agua en ebullición. Esta técnica rudimentaria, también utilizada para calentar comidas en la hornilla, es una de las operaciones de laboratorio más antiguas empleadas tanto en labores industriales como domésticas, en nuestra civilización occidental. Sirve, por ejemplo, para destilar sustancias volátiles o aromáticas y para evaporar extractos.

Los orígenes, tanto del método como de su designación, han sido objeto de múltiples hipótesis y de diversas indagaciones históricas. La expresión «baño María» parece proceder del latín bajomedieval «*balneum Mariae*», aunque al español ha llegado, quizás a través del francés «*bain-marie*». Aunque todos los investigadores coinciden en atribuir a cierta María —conocida desde la antigüedad con el apelativo de Judía o Hebrea— el invento de este sistema de calentamiento uniforme de productos, su identidad está rodeada de ese halo de misterio y de la aureola mitológica que se asocian a los orígenes de la alquimia.

Aunque el cuna de María la Judía se pierde en la nebulosa de los tiempos, se especula con la tradición de que era Miriam, la hermana de Moisés y del profeta Aarón, a partir del texto del Libro de los Números 12, en el que se afirma que Miriam y

Aarón murmuraron a causa de la mujer etíope que había tomado su hermano; y Jehová como castigo expulsó a Miriam del Tabernáculo volviéndola «leprosa como la nieve», aunque fue sanada a los siete días.

Más sorprendente resulta la tesis defendida por Georges de Syncelles, un cronista bizantino del siglo VIII, quien presenta a María como maestra de Demócrito a quien conoció en Menfis en la época de Pericles. En la «Conversación entre el rey Calid y el Filósofo Morieno», cuando este filósofo responde al rey sobre la principal sustancia y Materia de su Magisterio, alega la autoridad de los antiguos citando, en primer término, a Hércules que sería contemporáneo de María: «El mismo africano dijo a María: nuestra Agua domina sobre nuestra Tierra, y es grande y luminosa y pura; pues la Tierra ha sido creada de partes, y con las partes más groseras del Agua».

El enciclopedista árabe Al-Nadim la cita en su catálogo del año 897 entre los cincuenta y dos alquimistas famosos, por conocer la preparación de la cabeza o *caput mortum*. Parece pues clara la importancia de María la Judía desde el punto de vista de la práctica operativa, en que es maestra, y, sobre todo, en la elevada cantidad de conocimientos, notablemente más amplios que los de los alquimistas griegos.

Los grandes maestros alquímicos consideran a María como un Adepto, —el que conoce los secretos del Padre—; el filósofo romano Morieno la llama «María la Profetisa» y los árabes la conocieron como la «Hija de Platón».

Bártulos

B

En la actualidad, todos sabemos que la palabra «bártulos» es un sustantivo que sólo se emplea en plural y significa utensilios, herramientas, bultos, trastos o enseres de uso corriente. Encontramos esta misma característica gramatical en otros nombres como, por ejemplo, «víveres», «comestibles», «afueras», «nupcias», «entendederas», «facciones», «vituallas», «plácemes» u «honorarios»: estos vocablos, cuando se refieren a objetos individuales, tampoco admiten su uso en singular. No sería correcto decir, por ejemplo, «esta tarde iré al supermercado, para comprar un viver» o «le ruego que me abone mi honorario». Otras palabras, por el contrario, las usamos sólo en singular, como, por ejemplo, «tez», «caos», «cariz», «salud», «sed», «este», «cenit» o «zodiaco». Intente formar los respectivos plurales y ya verá la impresión tan extraña y el efecto tan cómico que le produce: «mis dos hijos tienen saludes de hierro» o «con estos calores tan intensos padecemos unas sedes insaciables».

Pero, si nos preguntamos por el significado de la expresión «liar los bártulos», el Diccionario nos dice que es hacer los preparativos para realizar una mudanza, para efectuar una despedida o, incluso, para emprender un cambio de vida o para lograr otro fin. Hemos de tener en cuenta que este uso actual tan general no era el que poseía en sus orígenes. Los «bártulos» eran los «libros de estudio» y, más concretamente, los «libros de la carrera Derecho». Esta designación procede del nombre de su autor.

Bártulo, uno de los más acreditados «legistas» de la Edad Media, fue un famoso jurisconsulto del siglo XIV que nació en Sasso-Ferrato en 1313 y murió en Perusa en 1356. Sus obras, de-

nominadas «los bártulos», constaban de trece tomos y eran unos minuciosos comentarios a las leyes romanas que se estudiaron durante más de tres siglos en las universidades italianas de Pisa, Bolonia, Padua, Perugia y en otras muchas europeas como, por ejemplo, en la española de Salamanca.

Julio Monreal, en su detallado libro titulado *Cuadros viejos. Colección de pinceladas, toques y esbozos, representando costumbres españolas del siglo XVII*, refiere cómo los estudiantes de Derecho en la Universidad de Salamanca, de los siglos XVI y XVII, llevaban a las aulas, liados con cintas o con correas, los libros, vademécum y cartapacios de sus apuntes, los que recogían de igual modo al acabar sus lecciones. Por eso, siendo tan comunes las obras de Bártulo, se daba este nombre, por extensión, a todos los libros que llevaban a las escuelas los estudiantes, y al recogerlos, para irse a casa se decía liar los bártulos.

Gonzalo Correas, en su libro titulado *Vocabulario de refranes y frases proverbiales y otras fórmulas comunes de la Lengua Castellana* (1627), afirma que «liar los bártulos» significaba entre los alumnos, abandonar las clases. Más tarde, se amplió este significado para expresar la marcha de un lugar, el cambio de domicilio e, incluso, el abandono de alguna tarea u obligación.

Becario

B

Desde aquel percance bochornoso perpetrado en el despacho oval de la Casa Blanca, que protagonizaron el presidente Bill Clinton y Monica Lewinski —la «becaria» por antonomasia—, los lectores de periódicos hemos adquirido una mayor conciencia de la notable expansión que ha alcanzado, en casi todos los ámbitos laborales, la figura semiestudiantil y semiprofesional del becario. Encontramos becarios en las redacciones de los periódicos, en las emisoras de radio y en los estudios de televisión; en las universidades, en los centros de investigación científica y en los bancos. Con esta nueva figura laboral, que guarda cierta analogía con la de los antiguos aprendices, se pretende, al menos teóricamente, desarrollar en los alumnos las actitudes, las habilidades y los hábitos que los preparen de manera práctica para el ejercicio de tareas profesionales especializadas y, en algunos casos, constituye una vía de inserción laboral que facilita una progresiva integración en una institución pública o en una empresa privada.

¿Cuál es la utilidad de las becas? Básicamente permite que los estudiantes o los recién licenciados adquieran una experiencia laboral y, en consecuencia, que las empresas les proporcionen unos elementos imprescindibles para confeccionar el currículum. Hemos de tener en cuenta que, para que las becas —un período de formación y un primer contacto con el mundo del trabajo— cumplan con su objetivo, es necesario que, al menos, los horarios sean reducidos y flexibles, al objeto de que permitan al estudiante compaginar la actividad laboral con los estudios. Pero también es cierto que, en ocasiones, esa amplia oferta, tanto de los organismos públicos como de las empresas privadas, puede

esconder una fórmula disimulada de «contratos basuras», tanto por su precariedad temporal como por su escasa remuneración económica.

Este significado actual de la palabra «beca» difiere sensiblemente de su sentido tradicional. La beca, primitivamente, era la pensión del colegial; en su significado original este nombre designaba —y aún designa— la cantidad otorgada en especie al estudiante para su estancia y para su manutención. Posteriormente, mediante un cambio metonímico, pasó a significar la insignia de la prebenda que mostraba al estudiante que había recibido dicha ayuda económica. Es posible que la palabra derive del judeoespañol «becah» que era una medida equivalente a la mitad de un «siclo», voz de origen hebreo que ya aparece en la Biblia de Ferrara (1553).

La beca era un vestido clerical que bajaba de la cabeza hasta las espaldas. Este nombre se empleó también para designar el esbozo de la capa y, posteriormente, recibió esta denominación la banda roja que, doblada ante el pecho y echada a las espaldas por los hombros, los seminaristas del siglo pasado se colocaban para los paseos al Parque Genovés, a las Tres Marías o al Colegio de San Felipe Neri. En la actualidad es el distintivo que los estudiantes universitarios ostentan, en los solemnes actos académicos, para indicar, con los diferentes colores, la carrera que cursan.

Bigote

El «bigote», esa línea de pelos que nace en el labio superior de los varones a partir de la pubertad y en algunas hembras en la vejez, es un adorno facial que posee una dilatada tradición cultural. El nombre español, según Corominas, debe proceder de la frase germánica «bi Got» —por Dios—, juramento empleado para llamar a las personas con bigote, y, luego, para designar al bigote mismo. El ribete peludo era frecuente en Alemania ya a finales del siglo XV, especialmente como distintivo de los lansquenetes, —en alemán «landsknecht»— que eran los escuderos que acompañaban al hombre de armas, en Alemania. Con el tiempo, se dio el nombre a los mercenarios de los ejércitos de diversos reyes. Formaron la fuerza de choque, por ejemplo, con Maximiliano de Austria, y compartieron las hazañas de los Tercios Españoles. Las crónicas cuentan que eran famosos por el vicio de blasfemar. La palabra apareció en España, en 1530 aproximadamente, y se hizo frecuente por los años 50 del mismo siglo. Sería, pues, un resultado de la gran afluencia de tudescos en tiempos de Carlos V.

Como adorno indumentario, sin embargo, su uso es muy antiguo. Los egipcios, como lo demuestran los testimonios gráficos que conservamos e, incluso, las informaciones sobre las tareas de los barberos, se lo rasuraban. Pero unas pinturas tebanas de la dinastía XVIII, nos muestran a unos extranjeros asiáticos con bigotes largos y rizados. Los reyes que figuran en los relieves asirios lucen unos bigotes partidos y rizados los extremos en volutas sobre la espesa barba. Las esculturas fenicias, por el contrario, tienen barba corrida, pero sin bigote. Esta moda prevaleció en Grecia en los primeros tiempos, según se ve en las esculturas de

la época arcaica, y en Italia entre los etruscos. Cuando los eforos subieron al poder en Esparta, publicaron un edicto prescribiendo a todos los ciudadanos que se afeitaran el bigote. Los mármoles griegos de la época clásica y los romanos de la época imperial ofrecen repetidos ejemplos del bigote espeso y rizado formando parte de la barba corrida.

En el siglo V, el bigote servía de distintivo a los soldados de Meroveo y de Clodoveo, en Francia, y en tiempo de Carlo Magno, se llevaba bastante poblado y en forma de herradura sobre los labios, y hacia fines del siglo X, los laicos lo llevaban separado de la barba y cortado en línea recta. En Francia introdujeron los italianos el uso del bigote en tiempos de Francisco I, y desde entonces, fue una moda esencialmente militar en toda Europa. Había bigotes «a la turca», en forma de puñal, y mostachos retorcidos «a la española». El bigote y la perilla, desde Carlos V a Felipe V, caracterizaron las fisonomías de los españoles, que acostumbraban a rizárselos con tenacillas, como se describe en la novela picaresca *Estebanillo González*. Este bigote «a la Fernandina» lo llevaban, por ejemplo, el genial pintor ampurdanés, Salvador Dalí, el elegante jefe de los municipales gaditanos, Machuca, y, en la actualidad, el catedrático de la Facultad de Medicina, Manuel Rosety y el profesor de la Escuela de Arte, Nono Hurtado.

Bikini

B

Si, como todos sabemos, las prendas de vestir constituyen una de las muestras más elocuentes de los permanentes cambios de los criterios morales y de las pautas estéticas que experimenta una sociedad, los vestidos de baño ponen de manifiesto, de una manera todavía más clara, la rapidez y la amplitud con la que se suceden las modas convencionales y las convicciones éticas. Comparen, por ejemplo, la estampa que ofrecía nuestra playa Victoria de mitad del siglo pasado, con la que podemos contemplar en la actualidad. Ya hemos dicho en más de una ocasión que los vestidos cubren o disimulan y, al mismo tiempo, descubren o subrayan, no sólo las bellezas y defectos del cuerpo, sino también las virtudes y los vicios del espíritu.

Como ejemplos ilustrativos de estos cambios permanentes, podemos mencionar tres prendas playeras femeninas cuyo uso se ha generalizado en los últimos años. Es posible que, incluso algunas señoras que, ufanas, las lucen en la actualidad, se hayan olvidado de que, anteriormente, se habían escandalizado al contemplar su exigua pequeñez. Me refiero al «bikini», a la «tanga» y al «pareo»; los tres nombres tienen orígenes exóticos.

La palabra «trikini», que designa a los trajes de baño femeninos compuestos de tres piezas, nos sirve para comprobar que algunos hablantes están convencidos de que el término «bikini» —«conjunto de dos prendas femeninas de baño, constituido por un sujetador y una braguita ceñida»— está compuesto del prefijo «bi-» que, como en «bi-sexual», «bi-siesto», «bisnieto», «bi-céfalo» o «bi-polar», significa «doble». Este nombre, sin embargo, tiene un origen muy diferente: se le ocurrió al diseñador parisino Louis

Réad quien, por razones publicitarias, decidió designar su última creación —el atrevido y escaso bañador de dos piezas— con el nombre de aquel atolón de las Islas Marshall en Hawai donde, el año 1945, los Estados Unidos desalojaron a sus pobladores para experimentar la bomba atómica que, posteriormente, asolaría las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki.

«Tanga», nombre que damos a una braga reducida a su más mínima expresión, es una palabra de origen tupí según la Real Academia Española y, según algunos lexicólogos, procede de la lengua usada por la tribu angolana Quimbudú, en el Congo, actual Kenya y Guinea, que la usa para referirse las prendas con las que las mujeres cubren las partes más íntimas de sus cuerpos. A nosotros nos ha llegado a través del portugués.

«Pareo» es una palabra tahitiana que designa un retal de tela rectangular y de colores llamativos que, atada a la cintura y enrollada a modo de falda abierta, visten las mujeres en Polinesia. Entre nosotros, se usa haciendo juego con el bañador o bikini, para que, al trasladarse a las playas y a las piscinas o para ir de la orilla al chiringuito, se disimulen la celulitis del abdomen, la flacidez de los glúteos, las estrías del vientre, los michelines de los costados y las pistoleras que se forman a la altura de los bolsillos. Esta prenda le sienta mejor, sobre todo, a las que, por estar bien hechas, no lo necesitan.

Birria

B

La palabra «birria» —que, posiblemente, procede del latín vulgar «verrea» y ésta de «verres», que significa «verraco»— antiguamente servía para designar los comportamientos tercos, obstinados o caprichosos; las rabietas incontroladas, convulsivas o enardecidas y, en general, las reacciones irracionales. En la actualidad, la usamos como adjetivo para referirnos a los objetos o a las acciones defectuosas, grotescas o ridículas: a los «mamarrachos» o «adefesios». Un «birrioso» es un ser mezquino, tacaño, cicatero o, como dice Pepe, «chungo». «Ir hecho una birria» es tener una imagen ridícula, extravagante, grotesca o irrisoria; es «ir hecho una facha».

En algunas regiones del norte peninsular, la palabra «birria» pertenece al ámbito folklórico y se usa como nombre sustantivo con un significado totalmente diferente: sirve para designar a diferentes personajes, protagonistas característicos de las fiestas locales. Por ejemplo, en la danza de pastores de Maragatería —comarca de la provincia de León— el «birria» es el encargado de recibir y de transportar, ensartados en un asador, los regalos que los vecinos hacen a los pastores y, en otras zonas de Castilla, es el presidente o guía de los danzantes que bailan en las procesiones, en las bodas y en otros festejos populares.

Mi amigo Carlos me cuenta que en México, especialmente en Jalisco, la «birria» es una especie de barbacoa de chivo, de borrego o de puerco. Me ha explicado que se cocina a vapor siguiendo dos métodos diferentes: uno, poniendo una rejilla en la parte inferior de la olla para evitar que el líquido toque la carne; y el otro, utilizando, con esta misma finalidad, unas hojas de ma-

güey, el árbol de las maravillas que es nativo de América Central y, desde hace más de 10 mil años, constituye una parte importante del paisaje y de la cultura mexicana. Dice que en México existen más de 200. Él mismo, que conoce muy bien los significados que le asignan los diccionarios, con el afán de encontrar un origen, se arriesga a aventurar que, probablemente, le pusieron este nombre porque consideraron que este «platillo», como él le dice, era de escaso valor económico.

Hemos de advertir, sin embargo, que, en otros países hispanoamericanos, el verbo «birriar» significa exceder, sobrar o exagerar, y el sustantivo «birria» lo usan para referirse a los excesos o exageraciones. He anotado dos frases que, hace ya varios años, escuché personalmente y que, como es fácil de interpretar, ni el verbo ni el adjetivo denotan carencia, escasez, pobreza, insuficiencia o penuria: *Estuvimos birriando basketbol toda la tarde. ¡Qué birria la tarea de geometría que nos dejaron!*

Algunos otros autores creen que es posible pensar que la palabra «birria» se haya derivado del verbo «berrear», debido al sonido que emiten los chivos y los borregos que, en ocasiones, constituyen la sustancia fundamental de este plato popular. Los antropólogos consideran que la «birria» mejicana es un producto mestizo, puesto que, en su preparación, se utilizan carnes y condimentos originarios tanto del Viejo como del Nuevo Mundo.

Borde

B

La palabra «borde» es un sustantivo derivado del término francés «bord» y significa «orilla». Inicialmente en castellano se usó sólo en el lenguaje náutico —vacilando entre las formas «borde» y «bordo»— para designar los lados de los navíos, los márgenes de los cauces de los ríos y los límites de los mares. En la actualidad, «bordo» se reserva para los barcos y «borde» para los demás objetos, y así nos referimos a los bordes de una mesa, de un precipicio, de una estantería, de un libro o de una chaqueta. A veces usamos esta misma palabra para designar la inminencia o la proximidad del comienzo de una acción como, por ejemplo, «estar al borde de un ataque de nervios». A partir de estos nombres se han formado diferentes palabras de frecuente uso como «bordear» —rodear o andar por los bordes—, «desbordar» —salir de los bordes— o «abordar» —juntarse una embarcación con otra o chocar con ella, atracar una nave en un embarcadero y, en su sentido metafórico, empezar a tratar una cuestión. «Abordaje», además de la acción de «abordar», es una operación guerrera y significa la ocupación violenta de un barco. «Ir a bordo» es viajar en un barco. «Trasbordar» es pasar de un buque o de un vehículo a otro, y «trasbordador» es la embarcación que transporta viajeros de una orilla a otra como, por ejemplo, los barcos que diariamente hacen la ruta de Algeciras a Ceuta o a Tánger y viceversa. La «borda» es el borde superior del costado de un barco.

Pero hemos de advertir que existe otra palabra que, aunque comparte el mismo significante —«borde»— posee un origen, una categoría gramatical y un significado totalmente diferentes. Procede del latín tardío «burdus» que significa «mulo». Posterior-

mente pasó a designar a los hijos «bastardos» —los descendientes ilegítimos— o «espurios» —desprovistos de autenticidad— y, finalmente, lo usamos como adjetivo para calificar los comportamientos «groseros», «toscos», «bruscos», «bastos» o de «mal gusto». En este sentido lo emplearon algunos autores clásicos como, por ejemplo, Fray Luis de León. De este adjetivo se ha derivado el sustantivo «borderío» que también es muy usado en el lenguaje coloquial. Jesús Collantes me recuerda oportunamente el acierto del título del programa nocturno de Carlos Herrera —«el borde de la cama»— y el de la chirgota del Yuyu —«Los bordes del área»—.

El adjetivo «burdo», a pesar de su parecido en la pronunciación, no guarda relación alguna con las anteriores palabras. Su origen incierto, según la opinión de los lexicólogos, se aplicó originariamente a los carneros y a las ovejas de lana grosera, más áspera que la de los merinos. Con este sentido lo emplearon Cervantes, Góngora y Quevedo. En la actualidad, aunque el significado de la palabra «burdo» es parecido al de «borde», no coinciden totalmente. Fíjense cómo no podemos usar los dos vocablos en idénticos contextos. Podemos decir que un tejido, una palabra, un gesto o un comportamiento son «burdos» pero de «borde» sólo podremos calificar los comportamientos humanos y no los objetos: una palabra soez sí es un «borderío» mientras que un tejido áspero o basto es «burdo» pero no «borde».

Braga

«Mamá —gritó Antonio desde la calle— échame la braga por el balcón, que hoy hace demasiado frío». Juan, sorprendido por la extraña petición de este adolescente, detuvo su marcha para observar la reacción de la madre quien, tras escasos segundos, arrojó aquel trozo de tejido de punto de lana azul para que su hijo, camino del Colegio, se cubriera el cuello en aquella desaparecida mañana de enero. ¡Hay que ver —exclamó Juan— la manía esta de cambiar los nombres a las cosas! Toda la vida de Dios, las bragas han sido las bragas y, ahora, estos niños le llaman braga a cualquier cosa.»¹

Aunque sentí la tentación de explicarle, en aquel momento, que ni toda la vida de Dios se ha llamado «bragas a las bragas», ni que, en la actualidad, llamamos «braga» a cualquier cosa», he preferido dejar pasar algún tiempo para proporcionarle a Juan una información más detallada.

La palabra «braga», cuyo primer registro en nuestra lengua data de 1191 y que procede del galo a través del latín, significaba primitivamente «correa, cinta o cordón que sirve para amarrar un objeto pesado». Recordemos que el «braguero» es el aparato o vendaje ortopédico que tiene como función contener las hernias. El verbo «embragar» quiere decir, por lo tanto, amarrar, atar,

1 Fátima Coca nos cuenta la siguiente anécdota que le pasó a una amiga suya: «Salía ella con su pareja de casa de los padres de él. Al salir, en la casapuerta, se encontraron con los susodichos padres. Ella, con absoluta normalidad, comentó: «Anda, se me han olvidado las bragas arriba». Los padres de él se quedaron con los ojos pasmados e interrogantes. Acto seguido tuvieron que explicar a qué se referían cuando hablaban de esas bragas: era ese trozo de lana con forma de cuello para cubrirse dicha parte corporal del frío, que ellos utilizaban y suele utilizarse para ir en motocicleta.

rodear o envolver un objeto. En la actualidad, significa también hacer que un mecanismo transmita su movimiento a otro. Ésta es la función del embrague de los automóviles.

Es cierto que, en la actualidad, según el uso común de la lengua y la definición del Diccionario de la Real Academia Española, con esta palabra designamos la «prenda femenina que cubre desde la cintura hasta el nacimiento de las piernas», pero, tradicionalmente, servía para llamar al calzón masculino. No perdamos de vista que la «bragueta» era, hasta hace muy poco tiempo, la abertura delantera de los pantalones usados sólo por los hombres, y recordemos que, coloquialmente, con la palabra «braguetazo», nos referimos a la hábil maniobra que emplean algunos hombres astutos, para lograr la conquista de una mujer adinerada. Si examinamos el lenguaje vulgar, podremos comprobar que, con la expresión un «tío bragao»², nos referimos a un señor que hace gala de entereza, de fortaleza, de aguante, de firmeza o de tenacidad.

A pesar de tan antiguo origen de la palabra, lo cierto es que la braga es una pieza relativamente reciente en el vestuario femenino. Las pioneras en su uso fueron las bailarinas del famoso cabaré parisién Moulin Rouge, que, como todos sabemos, fue pintado y frecuentado asiduamente, en las últimas décadas del siglo pasado, por el pintor impresionista Henri Toulouse-Lautrec. Aquellas míticas artistas recurrieron a las bragas para cubrir estratégicamente su vello púbico durante sus provocativas danzas.

2 A Joaquín Pascual le ha venido a la mente, además, dos datos: para los antiguos romanos los bragados son los celtas y otros pueblos bárbaros que usaban esa especie de calzones, frente a los togados o, como decía un autor castellano renacentista, ensabanados (romanos y moros); en el lenguaje taurino, un toro bragao (normalmente también es meano), es el que tiene el vientre de color blanco.

B No es extraño que, para las francesas del siglo pasado, usar bragas era costumbre de mujeres «de vida alegre». Pero en pocos años, las bragas se tornaron en piezas imprescindibles en «el fondo de armario» de todas las mujeres. Al menos hasta 1992, cuando la guapa actriz, Sharon Stone, decidiera revivir el antiguo hábito de prescindir de la «prenda íntima», en el polémico y desconcertante filme norteamericano, «Instinto básico».

La «broma» es un procedimiento retórico de distanciamiento, es una clave interpretativa y es, también, un saludable instrumento de juego. «Bromear» es una manera cordial de desdramatizar los sucesos y de aligerar su peso psicológico o moral. Es una forma amable de hacer soportable la carga, a veces agotadora, de las preocupaciones propias y de las críticas ajenas. Es una fórmula benévola de suavizar el sabor amargo de los reproches, el escozor irritante de las censuras y las molestas magulladuras de las quejas.

Mediante la broma, provocamos la sonrisa y disolvemos las tensiones interpersonales. Aunque podemos distinguir entre las «bromas» simpáticas —que no molestan al destinatario y hacen reír a los interlocutores— y las pesadas —que molestan, irritan y, a veces, agreden a los que son objeto de ellas—, si consideramos la palabra «broma» en su significado original, podemos decir, con toda propiedad, que «todas las bromas son pesadas» y que «todos los bromistas son cargantes». Fíjense cómo usamos estos adjetivos —«pesado» o «cargante»— para designar a los «chistosos imperinentes», a los «graciosos indiscretos», a los «pelmas latosos», a los «jartibles» que no miden el volumen ni la cantidad de sus «gracias». En la actualidad, la palabra «broma» significa «burla», «chanza», «diversión», «chacota», «gracia» o «chiste», pero hemos de recordar que esta voz deriva de «bibrosko», un verbo griego que quiere decir «comer con avidez», «tragar», «engullir», «devorar», «socavar», «corroer» y «carcomer».

Si nos situamos en su uso marino, la palabra «broma» designa un molusco lamelibranquio que se introduce en las maderas

sumergidas en el mar y las destruye de la misma manera que las «caries» deshacen la dentadura o desmoronan el tejido leñoso de los árboles. En griego la palabra «broma» genéricamente significa picadura, perforación o putrefacción pero, en el uso técnico, generalizado ya en lenguaje coloquial, se suele emplear en un sentido específico para designar la lesión de la dentadura, producida por una pérdida de calcio en el esmalte, a la que sigue una infección de la dentina y, por último, su putrefacción. Remontándonos a su origen etimológico, hemos de recordar que la «broma», cosa pesada, procede de «bruma», palabra que designa la pesadez y la lentitud que experimentan los buques que, tras ser atacados por la «broma», se llenan, en los recovecos abiertos por dicho molusco.

En la actualidad, el verbo derivado «abrumar», compuesto de la preposición «a» y del sustantivo «bruma» —una variante fonética de «broma», que designa la niebla densa de mar—, significa oprimir psicológicamente al interlocutor con un peso excesivo de información; producirle una notable molestia con demasiadas reflexiones, empacharlo con sabias recomendaciones morales e, incluso, saturarlo con elogios desmedidos o inundarlo con atenciones exageradas. Abrumar es atosigar, fatigar, cansar y hartar.

La palabra «bufón», de procedencia italiana, la usamos en la actualidad para designar a los personajes graciosos que nos hacen reír, riéndose de ellos mismos. Con sus ingeniosas palabras, con sus expresiones exageradas, con sus gestos extraños y, sobre todo, mediante la exhibición de defectos físicos, morales o mentales —reales o ficticios— nos descubren los aspectos risibles que los demás humanos tratamos inútilmente de disimular.

Aunque la tarea desacralizadora y desdramatizadora del bufón —interpretada como reacción inevitable a la ostentación de la dignidad y al ritual de la solemnidad con el que tradicionalmente se ejercen los poderes— se desarrolla en todas las épocas de la historia humana, sus actividades están documentadas con detalle a partir de la Edad Media. Sabemos que en las cortes europeas existieron los bufones del rey cuya misión consistía en entretenerlos, en divertirlos y en aliviarles las pesadas cargas y las graves preocupaciones de su altas responsabilidades, pero, al mismo tiempo, blindándose con la suavidad de sus lenguajes humorísticos, denunciaban la gravedad de sus miserias, la ridiculez de sus defectos o la impopularidad de sus actuaciones.

Me recuerda Carmela que el bufón no sólo descompone la realidad mediante el uso de la ironía —su peculiar caleidoscopio— sino que, aplicando su ingenio, descubre la desnudez igualitaria que se oculta bajo las lujosas apariencias de las alhajas costosas, de los vestidos lujosos, de las palabras grandilocuentes y de los gestos solemnes. Su tarea, por lo tanto, es doble: con los vivos colores de sus extravagantes atuendos, con la voz artificial, con los gestos cómicos y, a veces, con las orejas de asno —animal sim-

bólico relacionado con Saturno y emblema de la humildad, de la paciencia y del coraje— declama unas graciosas tonterías que, en su fondo, encierran unas verdades molestas. En las tradiciones literarias y teatrales, se ha acentuado desde siempre, la estrecha relación que existe entre el lenguaje humorístico y la verdad. La habilidad estriba, sobre todo, en la ambigüedad polivalente de las palabras que permite sugerir toda la verdad dejando la responsabilidad a la interpretación maliciosa de los oyentes.

Este doble sentido de sus ocurrencias se simboliza mediante el signo de «géminis» caracterizado por su versatilidad, por su ligereza, por su agilidad, por su picardía, por su malicia y, sobre todo, por su facilidad de palabra.

La historia del arte y la de la literatura nos ofrecen famosas ilustraciones de este personaje peculiar como, por ejemplo, el bufón en «Rey Lear», de Shakespeare, los bufones Pablo y Sebastián de Morra, de Velásquez o «El loco» del tarot.

Aunque inicialmente los reyes se divertían con los bufones, poco a poco, sus bromas picarescas se fueron haciendo más incómodas, y los validos, los consejeros y los mayordomos —mejor preparados y más interesados en la dirección política de los asuntos estatales— se encargaron también de organizar otro tipo de fiestas que sirvieran de recreo real evitando los riesgos de caer en las fastidiosas burlas grotescas o en la peligrosa «chabacanería» de los bufones. Los reyes se reían menos pero mantenían la compostura que exigía su sagrada dignidad.

Calendario

La palabra «calendario» —como es sabido— designa el conjunto de divisiones del año civil —meses, semanas y días—, establecidas a partir de los ritmos y de los cambios que se suceden en el transcurso del año solar. Su origen se remonta a la voz «calenda», nombre con el que, en el antiguo cómputo romano y en el eclesiástico, se nombraba el primer día de cada mes.

El 2003 indica los años que han transcurrido desde el comienzo de la era cristiana. En nuestra civilización occidental hemos conocido dos eras: la era *ab urbe condita* (que se inicia con la fundación de Roma), y la era *ab incarnatione Domini* (desde la Encarnación del Señor). Ésta la propuso el año 527 el monje Dionisio el Exiguo, y el año 607 la asumió como propia el Papa Bonifacio IV. Esta fecha se fijó el 25 de marzo (fiesta de la Anunciación y, por tanto, de la Encarnación) del año 753 *ab urbe condita*; luego se desplazó hacia el 25 de diciembre y el 1 de enero, en el que se conmemora el nacimiento de Cristo.

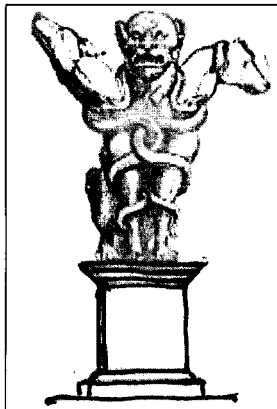
El actual «calendario» llamado «gregoriano» fue establecido por el Papa Gregorio XIII quien, en 1583, siguiendo las instrucciones del Concilio de Nicea, reunió a un grupo de expertos que, después de cinco años de estudios, propuso una reforma del año «juliano» que Julio César, auxiliado por el astrónomo egipcio, Sisigeno, había instituido el 47 antes de Cristo y el 707 de la era romana. Ésta fue una reforma del calendario atribuido a Rómulo cuyo año estaba dividido en diez meses de veinte y de cincuenta y cinco días. Habían pasado más de 1.600 años de vigencia del calendario juliano y los pequeños desajustes se habían hecho demasiado ostensibles.

C En esencia, la principal aportación de la reforma gregoriana consiste en la reformulación de los años bisiestos: la duración básica del año es de 365 días, pero serán bisiestos (tendrán 366 días) aquellos años cuyas dos últimas cifras sean divisibles por 4, exceptuando los años que expresan el número exacto del siglo (100, 200..., 800..., 1800, 1900, 2000...), de los que se excluyen, a su vez, aquellos cuyo número de siglo sea divisible por 4.

En este calendario gregoriano se corrigió también la duración de los meses, ya fijada básicamente en el calendario juliano. Se realizaron, además, las siguientes reformas: se excluyeron diez días —se dispuso que el 5 de octubre se contase como 15 del mismo mes—; se corrigió la duración del año solar —estableciéndose en 365 días, 5 horas, 49 minutos y 12 segundos—; se hizo empezar el año el 1 de enero; los años seculares se convirtieron en bisiestos sólo si resultaban divisibles por 400 y, de este modo, se ganaba la fracción de un día cada cien años, que en 15 siglos había ascendido a 10 días. El nuevo calendario fue inmediatamente adoptado en todos los países católicos, pero el resto del mundo tardó en aceptarlo. Rusia, el último país que lo acogió, lo hizo en 1918. Dejar un asunto para las «calendas griegas» —que no existían— es olvidarlo para siempre.

Cancerbero

La excelente actuación de Armando, como líder del equipo y como mediador para resolver los problemas administrativos, potencia su sobresaliente trayectoria a lo largo de toda la temporada deportiva, y lo sitúa a la altura de los grandes porteros que el Cádiz C.F ha tenido en su dilatada historia. Recordemos, sólo a manera de ejemplo, a Manolo Bueno, Braulio Rubio, Santos, Eguren, Argüelles, García Ojeda, Goyo, Claudio, Paco, Cedrún, Jaro, Sendrei y Férez. Todos ellos han sido calificados de manera unánime, por los críticos de la prensa, de la radio y de la televisión, como unos auténticos «cancerberos» de lujo, que estaban dotados, entre otras destrezas, de la agilidad y de la rapidez de reflejos de los «felinos». Los lectores que conozcan el origen etimológico del nombre «can-cerberos», habrán advertido la paradoja —contradicción de significados— que resulta al calificar a este sustantivo con el adjetivo «felino»: en realidad, dichos cronistas afirman que esos excelentes porteros son unos «perros gatunos» o unos «gatos perrunos».



C Según la Mitología griega, «Can-Cerbero» —uno de los hijos que el enemigo de Júpiter, el gigante infernal Tifón, tuvo con Edquidna— era un perro atroz y temible. La función de esta bestia, terrible por su ferocidad, consistía en guardar la entrada de Hades, la región subterránea o el infierno en el que las almas perversas estaban recluidas para siempre. El célebre poeta griego Hesiodo, en una primera descripción, lo retrata con cincuenta cabezas, y afirma que sus ladridos eran espantosos. Posteriormente, dice que sólo poseía tres cabezas, que su cola era una serpiente erizada y que su boca destilaba una negra ponzoña. El duodécimo y último de los peligrosísimos trabajos de Hércules —reputados como imposibles e impuestos por su hermano mayor— consistió en, tras pedir permiso a Plutón, rey de los infiernos, encarcelar a «Cancerbero» y en liberar a Teseo, héroe griego y décimo rey de Atenas.

Candidato

Durante los intensos y largos meses de precampañas y de campañas electorales, de nombramientos de ministros y de altos cargos del Gobierno, e, incluso, en el periodo de preparación de los Congresos en los que el Partido Obrero Español e Izquierda Unida elegirán sus respectivos líderes, los medios de comunicación y las conversaciones sobre política repiten, de manera insistente, la palabra «candidato».

Opino que el conocimiento del origen y del significado de este término nos puede resultar clarificador. «Candidato» es un vocablo derivado de «cándido» que, como muchos saben, significa «blanco», como la leche o como la nieve; «simple», como el trigo «candéal» con el que se elabora el pan blanco; «sencillo», como el niño que desconoce los artificios engañosos de la vana palabrería; «noble» y de buena fe, «sin malicia» y «sin doblez». El origen etimológico de esta palabra es el verbo latino «candere» que tiene dos sentidos complementarios: ser blanco y ponerse incandescente, arder.

«Candidatos» son los hombres o las mujeres «cándidos» y «candorosos»: esos seres humanos que, con generosidad, se ofrecen a su pueblo como portadores de la antorcha; son los ciudadanos que, con sus palabras sinceras, con sus gestos transparentes y con sus comportamientos coherentes, expresan que están limpios por dentro; proclaman que poseen candor y buena fe; muestran que no utilizan los juegos ventajistas ni los trucos. «Candidatos» son, además, los ciudadanos audaces y valientes que difunden, como el fuego o la candela, el calor de la esperanza ilusionada, el vigor de la generosa entrega, la fuerza del amor entusiasta, —el

entusiasmo de los amantes, de los héroes, de los mártires o de los poetas—.

C El «candidato» es ese candil que nos alumbra y nos calienta, el faro que nos orienta y nos estimula, el astro que, en las noches limpias, nos ilumina y nos empuja. En Roma a los ciudadanos que pretendían ocupar los cargos o los oficios de la República, se les llamaban «candidatos» porque se presentaban ante el pueblo vestidos con una elemental y sobria toga blanca.

Capicúa

Los números son los signos que mejor se prestan al apasionante juego de los simbolismos, de las alegorías e, incluso, de las supersticiones. Tanto las sugestivas formas acústicas que adoptan cuando los pronunciamos, como los sugerentes dibujos con los que los representamos gráficamente, constituyen unos soportes privilegiados de inquietantes augurios, de auspicios felices o de sombríos presagios: de buena fortuna o de mala suerte. En nuestra cultura occidental judeo-cristiana, el tres, el siete, el diez o el trece, por ejemplo, contienen promesas de venturas o amenazas de desventuras.

Pero hemos de advertir que cualquier otro número puede encerrar también significados múltiples e, incluso, valores opuestos para determinadas personas. Fíjense cómo, por ejemplo, algunos jugadores se abonan a un «número fijo» de la lotería, convencidos de que les proporciona suerte, y otros, por el contrario, aseguran que ese mismo número es el anuncio sombrío de presumibles desgracias. Recuerdo, en estos momentos, que Lola Borbón, por ejemplo, compraba todos y sólo los cupones del 529; tenía una fe firme de que, inevitablemente, sería el premiado en el sorteo de todas las noches.

A lo largo de todo el año en curso, hemos escuchado numerosos comentarios sobre las cualidades, las bondades y los desastres de los números «capicúas»: de esas cifras que, como es sabido, se leen igual de izquierda a derecha que de derecha a izquierda. Algunos lectores, aficionados a los juegos de mesa, me acaban de informar de que también se designa con este nombre a un lance del dominó que consiste en cerrar la jugada con una ficha de

puntos iguales a la del otro extremo de la hilera; es hacer que la cabeza coincida con la cola. Éste es, efectivamente, el significado etimológico de la palabra «capicúa».

Se trata de una palabra compuesta de origen catalán, en cuya lengua, «cap» significa «cabeza» y «cua», «cola». «Capicúa» significa, pues, cabeza y cola; se aplica propiamente a los números pero, a veces, por extensión, a los objetos o a las acciones que acaban de la misma manera que comienzan. El folklorista catalán José María Garrut, en una comunicación dirigida a la Asociación Tucumana de Folklore, afirma que la palabra «capicúa» (cap-y-cua) nació en Barcelona hacia finales del siglo XIX. «Se refiere a los números cuyo comienzo y final son iguales».

Inicialmente este nombre se aplicaba a los números de cinco cifras que figuraban en los billetes del tranvía. Muchos de los usuarios de este transporte público estaban convencidos de que el tiket «capicúa» era un anuncio de que el agraciado recibiría algún premio a lo largo de la jornada. Junto a estos números afortunados, se sitúan las aproximaciones, también llamadas las «lástimas» o los «¡huy!» —como en el fútbol— : era la exclamación que lanzaba el que obtenía un número al que le sobraba o le faltaba sólo una unidad para ser «capicúa».

Carajote

Este adjetivo, tan de moda en nuestros días, es un derivado de un nombre o de una interjección que pertenece en la actualidad al lenguaje soez y, en consecuencia, está desterrado de la sociedad considerada como culta o educada. Procede del verbo «charaxare» —escribir— y del sustantivo «caraxo» —punzón, el instrumento primitivo de la escritura— que, por su parecido con la «cola» o con el «rabo», se fue enriqueciendo o empobreciendo con los significados groseros actuales.

Aunque es cierto que no figura en los diccionarios modernos, también es verdad que podemos encontrarla ampliamente explicada en los glosarios antiguos.

El *Diccionario Enciclopédico Hispanoamericano* (1888), por ejemplo, indica que es una «interjección muy usada y característica del pueblo español, cuyo abolengo no permite que sea proferida en buena sociedad. Su significado es, naturalmente, muy elástico, dado que se presta a servir de intérprete a todos los afectos del ánimo, siquiera sean de alegría, tristeza, miedo, ira, admiración, etc.».

Según los autores de dicho *Diccionario*, este nombre, levemente modificado, lo llevan con honor en sus apellidos muchas familias distinguidas de nuestro país como, por ejemplo, lo *Carasos*, los *Carassos* y los *Caraxos*.

El *Primer Diccionario General Etimológico de la Lengua Española*, de Roque Barcia (1880) nos ofrece la siguiente anécdota para justificar su etimología:

«Hallándose Don Jaime I el Conquistador en el famoso cerco de Mallorca (1229), dispuso que una compa-

C

ña de su gente fuera al campo enemigo con el único fin de traer ajos, que eran muy del gusto del monarca. La fortuna fue tan rigurosa y extremada con los enviados, que no volvió ninguno de la expedición. Al tener Don Jaime noticia de lo desastroso de la empresa, exclamó bajando la frente: *¡car all! ¡caro ajo!* puesto que le costaba una compañía. Esta interjección, inocente entonces, se empleó después a guisa de voto o de conjuro, viniendo a ser una palabra baja y obscena».

Cardenal

Aunque muchos hablantes, haciendo un ejercicio de etimología popular, opinan que el nombre «cardenal», con el que designamos los hematomas y ciertos tipos de toros y de aves, deriva de su parecido con los hábitos talarés de los príncipes de la Iglesia Católica, hemos de recordar, sin embargo, que el origen de ambas denominaciones es diferente. El hematoma —tumor sanguíneo producido por la ruptura de vasos— toma su nombre del color morado claro, similar al de los lirios. El toro «cárdeno», por el contrario, es el bicolor, que posee el pelo mezclado de blanco y negro en sus distintas variedades: normal, franciscano, entrepelado, estornino, mosqueado, nevado, salpicado. También recibe el nombre de «cardenal» un pájaro dotado de cuerpo pequeños, de pico corto y de cola larga, cuya cabeza está provista de un moño eréctil y el plumaje rojo vivo como el de los cardenales romanos.

Pero el nombre de «cardenal» —que se asigna a los componentes del Sacro Colegio, el consejo que asesora al Papa en los asuntos importante y cuya misión principal es la elección del Sumo Pontífice— procede del término latino *cardine*, que significa el «gozne de la puerta», el elemento que, manteniéndose estrechamente unido al quicio, hace posible la comunicación con el exterior y la entrada y salida. En los primeros siglos de la Historia de la Iglesia, el oficio de consejeros papales y de ejecutores de sus normas pertenecía a los *presbíteros* de la iglesia de Roma y a los *diáconos* que vigilaban la administración de las limosnas en cada uno de los barrios o cuarteles. La importancia de este clero consultivo aumentó después del año mil, época en la que se le reservó la elección pontificia y se hizo más clara su colaboración

C en el despacho de los negocios eclesiásticos. Según Belarmino, los primeros cardenales eran los titulares de las parroquias de Roma que asistían a la misa del Papa, colocados en los extremos del altar, *ad cardinem altaris*.

Caricia

La palabra «caricia» procede del italiano «carezza», un derivado del adjetivo «caro», que significa «querido». Los diccionarios españoles definen la «caricia» como «el roce cariñoso de la mano sobre el cuerpo para mostrar de manera directa el amor». Es, por lo tanto, un lenguaje natural singularmente expresivo, directo y claro cuyo significante es el tacto y cuyo significado es un sentimiento amoroso; el vehículo es la piel.

La «caricia» constituye la forma más primitiva y el instrumento más eficaz que poseemos todos los seres animados para transmitir nuestros sentimientos auténticos de amor, de afecto, de ternura y de simpatía. Todos los animales, por muy ariscos que sean, lo emplean entre ellos e, incluso, con los seres humanos. Pero suele ocurrir también que algunas personas que se frenan a la hora de acariciar o de ser acariciados por otros semejantes, no tienen el menor pudor por acariciar a perros, a gatos o a caballos.

Los psicólogos están de acuerdo en que el contacto corporal, piel a piel, es una vía de comunicación humana indispensable, no sólo para la maduración espiritual sino también para el desarrollo corporal. La «caricia», además de ser una forma de comunicación primaria, es necesaria para lograr el bienestar de la persona y para experimentar un elemental sentimiento de seguridad; es también un estímulo indispensable para alcanzar el adecuado desarrollo físico y el equilibrio psíquico de todo ser humano.

Las experiencias llevadas a cabo por los especialistas explican cómo el contacto corporal es una necesidad tan vital para la supervivencia del recién nacido como es el oxígeno para su respiración corporal. Si éste le fallara, podría presentar graves trastornos

C en su desarrollo o, incluso, podría llegar a morir. Son conocidas las investigaciones que René Spitz llevó a cabo a principios de siglo en orfanatos británicos, con el fin de identificar la causa de la considerable mortandad de bebés en establecimientos de este tipo. Quedó demostrado que uno de cada tres bebés moría antes de alcanzar el año de edad por falta de lo que podríamos llamar «alimento táctil». Se trataba en todas las ocasiones de niños y de niñas que, aunque estaban bien cuidados en su higiene, calor y alimentación, les faltaba ese contacto piel a piel, esa atención y ese juego corporal que, en mayor o menor medida, los que hemos crecido en un ambiente familiar convencional, hemos disfrutado.

Pero, en mi opinión, la «caricia» —la fiesta de la piel y del cariño— sólo es verdadera y gratificante cuando no nace en los dedos, ni en la mano, ni en la boca, sino en el rincón más recóndito del alma. Sólo podemos llamar «caricia» en sentido estricto al contacto que, expresando respeto, cariño y gratitud, es recibido y aceptado como regalo placentero. El contacto físico impuesto pierde su sentido de comunicación y se convierte en una grosera agresión que, en vez de bienestar, nos produce miedo, vergüenza y dolor.

Cariño

En la actualidad, esta palabra es uno de los términos que empleamos para referirnos a una de las distintas formas del sentimiento afectivo. «Cariño» posee un significado preciso que incluye, colma y precisa el de las otras expresiones análogas como el afecto, la estima, el amor, el aprecio, la benevolencia o la caridad.

El cariño posee una textura emocional más tierna que el afecto, más intensa que la estima, más concreta que el aprecio, más directa que la benevolencia y más natural que la caridad. Es un sentimiento que lo experimentamos gozosa e íntimamente, y lo expresamos de una forma sensible, respetuosa, delicada, sencilla y personal. Pero es que, además, posee unos destinatarios diferentes a los de los otros sentimientos: podemos sentir afecto, por ejemplo, por un animal, estimar a un objeto valioso, apreciar a un personaje distante, ser benévolo con un comportamiento molesto o dispensar caridad a todo el género humano, pero el «cariño», en su sentido estricto, lo reservamos para los seres humanos próximos que nos inspiran confianza, nos incita a la caricia y nos hacen posible actuar con libertad.

Hemos de advertir, sin embargo, que este significado actual no es el original ni el único que, en la historia de la lengua, ha tenido. Aunque, a juicio de algunos autores, esta palabra es un portuguesismo o un galleguismo, y sería un diminutivo afectuoso del adjetivo «caro» —querido— la opinión más acreditada defiende que viene del verbo dialectal «cariñare», echar de menos, sentir nostalgia, que es un derivado de la palabra latina «carere» que quiere decir «carecer».

C En su primitiva acepción, por lo tanto, el cariño es un sentimiento similar a la nostalgia, a la tristeza que nos produce el recuerdo de un bien que hemos perdido. En una carta del erasmista Diego Gracián de Alderete, secretario de Carlos V, al doctor Vergara, en la que le cuenta un viaje a Zamora (1542), emplea la palabra con este significado refiriéndose a los animales: «cuando los apartan de los que con ellos se crían, parece que les queda un cariño y deseo». Cervantes emplea el mismo vocablo en el idéntico sentido cuando hace decir a Maese Pedro que «el cariño y el hambre» forzarían al mono del titiritero a que buscara a su dueño, de quien se había escapado; todos sabemos que el mono no es un animal cariñoso en el sentido que, en la actualidad, le damos a este adjetivo.

Pronto se pasó de este sentido nostálgico del pasado al de «deseo de un bien futuro» —a la tendencia de la voluntad de conseguir algo—, como, por ejemplo, en obras literarias como en el «Auto del Nacimiento de Nuestros Señor Jesucristo» (1500) del Maestro de Capilla de la Catedral de Salamanca, Lucas Fernández (1474?-1542), o en la obra titulada «Relaciones de la vida del escudero Marcos de Obregón», de Vicente Espinel (1550-1624) natural de Ronda. Desde este significado de «deseo» se pasó posteriormente a la acepción moderna de «tierno afecto».

Carisma

Los medios de comunicación acaban de decidir que, a partir de los resultados de las últimas elecciones, José María Aznar iguala a Adolfo Suárez y a Felipe González en el carisma. De repente al líder del Partido Popular le ha nacido una cualidad de la que, hasta este momento, carecía. Creo que, con cierto entusiasmo y nos sé si con alguna ironía, él mismo bromeaba con algunos de sus colaboradores diciéndoles: «ya tengo carisma».

Como todos sabemos, se asigna carisma a toreros como «El Cordobés» o Jesulín de Ubrique, a futbolistas como Butragueño, Raúl, «Mágico» González o Pepe Mejías, a calles como «Soprani» o «El Callejón del Tinte» y hasta a tabernas como «El Manteca» o el Bar Pedrín».

Pero, ¿qué es el carisma? se preguntan con cierta perplejidad los lectores, y hasta es posible que muchos de los hablantes que la emplean ignoren que esta palabra —tecnicismo teológico calcado del término griego *kharisma*— significa «don gratuito» y, quizás, que pocos conozcan que su raíz etimológica es *kharis* «gracia».

San Pablo nos dice que Cristo tenía carisma porque en él Dios nos ha «colmado de gracia» (*kharito-ô*) y porque nos «otorgará toda suerte de dones» (*kharizô*). Pero el carisma fundamental es el Espíritu Santo, el don que se derrama en la Iglesia y en los cristianos.

También es verdad que muchas palabras, que en su origen pertenecían al léxico religioso, fueron posteriormente secularizadas y así podemos comprobar cómo algunas personas «adoran las lentejas» sin caer en el pecado de la idolatría, otras «bendicen la tierra en que nacieron» aunque no sean sacerdotes, y otras dan

las «gracias a Dios» o «juran y perjuran» aunque confiesen que son agnósticos.

C Nosotros pensamos que, quizás, resulte impropio o al menos exagerado afirmar que los políticos tienen o carecen de carisma. Es posible que con mayor propiedad podamos hablar de «simpatía», «gancho», «atractivo», «estima» o, todo lo más, «gracia».

Carretera

C

La palabra «carretera», que debería ser un «arcaísmo» —un vocablo caído en desuso como, por ejemplo, anafe, soplador, quinqué, bajera, cómoda o peinadora—, se está convirtiendo en una palabra de moda muy repetida en nuestras conversaciones y en una noticia permanente, que está presente en los medios de comunicación, sobre todo, en los días festivos o en las épocas vacacionales. Las carreteras, vías de comunicación, arterias por las que corre la sangre del progreso y cauces por los que discurre la energía del desarrollo económico, se están transformando en canales siniestros que conducen a la tragedia y a la muerte. Por eso, los ciudadanos de este rincón de nuestra Provincia estamos de acuerdo en las continuas manifestaciones y en los reiterados cortes de la Nacional 340, que une o que separa a Cádiz de las diferentes poblaciones situadas al sur de nuestro litoral; por eso, nos unimos a los gritos indignados, cargados de poderosas razones, de los usuarios. No es sólo el tiempo excesivo que los transportistas han de invertir a la ida o a la vuelta de un viaje de trabajo los días laborables o de un simple paseo los fines de semana, sino los graves riesgos de accidentes a los que todos estamos expuestos.

Si la «carretera» es hoy un anacronismo, la palabra con la que se designa es un «arcaísmo» porque el significante y el significado deberían haber desaparecido en el momento en el que dejaron de usarse los carros y carretas tiradas por burros, mulos, caballos o bueyes. Las carreteras deberían ser sólo un eslabón histórico, un escalón intermedio entre las antiguas veredas, vías, calzadas, cañadas y caminos, y las autovías y las autopistas actuales. Cada uno de estos nombres designa sendas que, por cumplir diferentes

C funciones, poseen características distintas. Las carreteras eran inicialmente unos caminos públicos, anchos y espaciosos, por donde transitaban las «carretas» y los «carros» que, tirados por bueyes parsimoniosos, estaban dotados de amplias ruedas sin herrar y que, en la actualidad, sólo se usan en las romerías y, de manera especial, en la del Rocío.

P. D. Ayer se celebró en Cádiz una multitudinaria manifestación de todas las fuerzas sociales y políticas para reclamar el desdoblamiento de la Nacional 340. En vez de asistir, he preferido explicar la palabra «carretera».

Caspa

La palabra «caspa» significa, para la mayoría de los hablantes de la Lengua Española, unas molestas y desagradables «escamillas» que se desprenden del cuero cabelludo y de otras partes de la piel (herpes, heridas que sanan, piel transpirada). En los ambientes rurales, los campesinos usan este mismo término para designar ese musgo que se cría en la corteza de algunos árboles. Pero esta palabra, tal como dicen Sebastián de Covarrubias y Miguel de Cervantes, encierra un contenido más amplio y más genérico: significa «residuo», «resto» o «sobra». En realidad, este vocablo —al que se le unió posteriormente el sufijo *—acho*, de origen mozárabe andaluz— es la raíz de otro término —«gazpacho»— que ya ha sido explicado por Pedro Payán y que se repite durante el verano desde tiempos remotos, no sólo en Andalucía, sino también en toda la geografía rural española. Recordemos, por ejemplo, la frase cervantina: «más quiero hartarme de gazpachos —dijo Sancho—, que estar sujeto a la miseria de un médico impertinente, que me mate de hambre».

Esta palabra —«gazpacho»—, aplicada a sopas elaboradas con «restos de otras comidas», está en la boca de los andaluces de las diferentes provincias y de los extranjeros que nos visitan en busca de sol, de descanso y de diversiones. Los manuales de gastronomía más acreditados y los diccionarios más antiguos explican que, en su origen, el «gazpacho» era una «comida de segadores y de gente rústica», y precisan que, en la actualidad, es un «género de sopa fría, elaborada con pedacitos de pan, con agua, aceite, vinagre, ajos, pepino, tomate, pimiento verde y con otros ingredientes». Menor rigor poseen, a nuestro juicio, las

C opiniones de los lexicólogos que defienden que procede de «pastu», que, en latín significaba «pan», y de ahí han derivado otros vocablos como «empachar» —causar indigestión— «pachorra» —persona gorda, premiosa, lenta en los movimientos— y hasta el apellido «Pacheco» —señor de pan y de labranza—.

Catecismo

El nombre «catecismo» que, como es sabido, designa los libros que contienen las enseñanzas fundamentales de la religión, de la filosofía o de la política, es una palabra tomada del latín tardío «catechismus» y ésta del griego «katexismós, derivado de «katexiçein, «catequizar» y de katexein «resonar», «instruir de viva voz». Todos estos términos derivan, a su vez, «exos», sonido, eco.

Los catecismos religiosos aparecieron en el siglo VIII, en la época de Carlomagno. Eran unos compendios histórico-doctrinales, que partían de la narración de la creación del mundo y culminaban con la explicación del Padrenuestro y del Credo. En el siglo IX se publicó el *Catecismo cristiano* del monje Otiried y, posteriormente, el Concilio de Tortosa, en 1429, ordenó la elaboración del primer catecismo para niños. El Concilio de Trento (1546) propuso el *Catecismo romano* en lengua latina y vulgar redactado por San Carlos Borromeo y por una comisión de teólogos. En el siglo XVI aparecieron los dos catecismos cristianos que han tenido mayor influencia en España y en Hispanoamérica: *La Cartilla de la doctrina cristiana*, del padre Jerónimo Martínez de Ripalda (1591), y la *Doctrina cristiana* del jesuita Gaspar Astete, (1599). El 15 de agosto de 1997 se promulgó la carta apostólica con la que se aprobó la edición típica latina del Nuevo Catecismo de la Iglesia Católica.

Los catecismos filosóficos más conocidos y divulgados fueron los que explicaban las ideas de la Ilustración como, por ejemplo, el *Catecismo de filósofos o Sistema de la felicidad*, publicado en Madrid el 1788. Los catecismos políticos, surgieron con la Revolución de Occidente, entre 1750 y 1850, para difundir las nuevas ideas del demoliberalismo, de la democracia, de la justicia

C social, de la igualdad entre todos los hombres y de la fraternidad entre todos los pueblos del mundo. Durante la Guerra de la Independencia aparecieron varios catecismos políticos en España e Hispanoamérica para divulgar la Constitución de Cádiz de 1812 y para dar a conocer las bases de la monarquía constitucional y los fundamentos de la independencia o de los nuevos Estados Nacionales. Con motivo de la promulgación de la Constitución de las Cortes de Cádiz de 1812, aparecieron catecismos como, por ejemplo, el «*Catecismo político, arreglado a la Constitución de la monarquía española para ilustración del pueblo, instrucciones de la juventud y uso de las escuelas de primeras letras*».

El catecismo regio surgió en España y se difundió en Hispanoamérica para defender a la monarquía española. Así expresa la *Breve cartilla real*, escrita don Lázaro de Ribera y Espinosa de los Monteros (1796 en Asunción, Paraguay):

— «Pregunta: ¿Quién sois vos?»

— Respuesta: Soy un fiel vasallo del Rey de España.

— P. ¿Quién es el Rey de España?»

— R. Es un señor tan absoluto que no reconoce superioridad en la tierra.

— P. ¿Cómo se llama?»

— R. El Señor Don Carlos IV.

— P. ¿Y de dónde deriva su potestad Real?»

— R. Del mismo Dios.

— P. ¿Es sagrada su persona?»

— R. Sí, Padre [...]

— P. ¿Cuántos son los caracteres de la autoridad real?»

— R. Son cuatro: El primero, ser sagrada la autoridad real.

El segundo, ser paternal. El tercero, ser absoluta. El cuarto, estar sujeto a la razón.

Centro

Desde hace aproximadamente treinta años, esta palabra —«centro»—, usada como imagen espacial, goza de un notable prestigio social y encierra, como es sabido, un considerable valor político. Todos los ciudadanos somos testigos del notable esfuerzo que realizan los líderes de los principales partidos —sobre todo durante las campañas electorales— para demostrarnos que sus programas contienen propuestas que son de «centro» o, al menos, de «centro-derecha» o de «centro izquierda». Este mensaje lo transmiten empleando y explicando en sus mítines diversos términos como moderación, prudencia, sensatez, cautela, precaución, cordura, templanza, mesura, equilibrio o ponderación. Es posible que muchos de ellos desconozcan que la palabra «centro», en su origen significaba «aguijón»; es esa punta de hierro en la que terminan las picas o las «aguijadas» taurinas y es, también, las púas que, situadas en el abdomen de algunos insectos y arácnidos, les sirven de defensa. Posteriormente, la palabra «centro» pasó a significar la pierna fija del compás, entorno a la cual gira la otra para trazar la circunferencia, y, finalmente, usamos este mismo término para referirnos al punto donde se clava esta pierna del compás.

A pesar de este sentido inicial agresivo, —recordemos que el verbo griego «kentein» significa «punzar»— en nuestra literatura clásica se utiliza con un valor positivo y tanto Calderón de la Barca, en «*La vida es Sueño*», como Lope de Vega, en «*Pedro Carbonero*», usan la imagen del centro para referirse al lugar donde los seres humanos encontramos el mayor bienestar. No es extraño, por lo tanto, que el dicho popular lo interprete en clave ética y afirme

C que «en el centro está la virtud». Lo descentrado y lo excéntrico, por el contrario, es considerado —sobre todo por quien ha conseguido cierto nivel de bienestar— como aventurado, inseguro y, en consecuencia, comprometido, arriesgado y peligroso.

Cereal

La palabra «cereal» posee distintos significados si la usamos en el género masculino o en el femenino. En el primer caso, la empleamos para referirnos a las plantas farináceas —de las que se fabrica la harina— y a sus granos como, por ejemplo, el trigo, el centeno, la cebada, la avena, el arroz, el maíz o el panizo. A lo largo de toda la historia humana, los cereales han gozado de una notable popularidad ya que, como es sabido, las grandes civilizaciones antiguas se distinguían, entre otros rasgos, por el tipo de cereales con los que se alimentaban: los orientales con el arroz, los europeos con el trigo y los americanos con el maíz.

Este nombre —«cereal»— proviene de la diosa Ceres, la misma que era llamada por los griegos Deméter. Hija de Saturno y de Rea, y madre de Proserpina, era la deidad romana de la vida, la encargada de reverdecer los campos y la guardiana de las cosechas y de los granos. La razón mitológica de este patronazgo se debe a que, mientras su hija se encontraba en el infierno, los árboles, entristecidos, se deshojaban y, cuando ésta volvía junto a su madre, renacía, alegre, la vida vegetal. La leyenda cuenta que un día Proserpina fue raptada por el sombrío Plutón, dios de los dominios de los muertos, quien se la llevó al mundo subterráneo, al infierno o Averno, para hacerla su esposa. Su afligida madre la buscó por todas partes, descuidando así sus importantes deberes, por lo que se perdieron las cosechas y el hambre hizo estragos sobre la Tierra. Naturalmente, había que hacer algo para que la vida volviera a la normalidad. Según una de las versiones de la historia, Júpiter, el monarca de los dioses, al enterarse de lo que había hecho Plutón, lo obligó a renunciar a su esposa durante un

C período cada año, para que Proserpina pudiera regresar al lado de su madre y la Tierra volviera a ser fecunda y fructífera. Éste es el origen del verano —la estación en la que, gozosos, renacen los cultivos— y del invierno —la época de los glaciales fríos— cuando todas los organismos verdes mueren, porque Ceres se pasa el tiempo llorando a su hija.

Como me recuerda María del Carmen, las «cereales», en femenino, eran una fiestas que celebraban los romanos en honor de Ceres. El culto a esta diosa pasó a Roma en 493 antes de Cristo, pero siguió conservando el modelo de culto, y el templo que le fue dedicado, cerca del circo Máximo, fue construido por arquitectos griegos. En las fiestas que se celebraban en el mes de agosto para conmemorar el reencuentro de Ceres con Proserpina, las mujeres se separaban durante nueve noches de sus esposos, al cabo de los cuales se presentaban vestidas de blanco y coronadas de espigas tomadas de la nueva cosecha. Esta abstinencia impuesta por el culto, y el mito fundamental del dolor de la diosa por el rapto de su hija, fueron causa de que considerasen a Ceres como una divinidad contraria al matrimonio. Pero hemos de advertir que tal creencia no era exacta, ya que Ceres fue primitivamente una diosa de las bodas y, en recuerdo de su matrimonio con Orco, el dios romano que personificaba la muerte, se celebraban unas pomposas fiestas anuales.

Claudicar

Es probable que aquellos televidentes adultos que recuerden la serie titulada *Yo Claudio* no se sorprendan al comprobar que «claudicar» significa etimológicamente «cojear», «claudicación», «cojera» y «claudio», «cojo». La «cojera», como es sabido, es una irregularidad en la marcha del animal causada por la desigualdad física o funcional de su aparato locomotor, por un defecto de sus miembros inferiores o traseros, por una enfermedad de sus piernas o de sus patas.

En la actualidad, sin embargo, la «claudicación» es una cojera metafórica: es un comportamiento moralmente defectuoso y, por lo tanto, es una actitud indigna de la racionalidad y de la dignidad de los seres humanos. Claudica —«cojea»— quien actúa en desacuerdo con los principios éticos, políticos o religiosos que profesa; quien contradice con los hechos los dictados de su conciencia y las declaraciones de sus palabras.

Ayer mismo escuché la siguiente afirmación en un programa de notable audiencia, emitido en una de las grandes cadenas radiofónicas españolas: «No nos deben extrañar los comportamientos de algunos políticos, si tenemos en cuenta de qué pie cojean». Estamos seguros de que todos los oyentes interpretaron de manera adecuada la imagen: no se trata de una cojera física sino de una «claudicación ética»; el político aludido no padece enfermedad en sus piernas, sino que adolece de un mal moral: sufre una tendencia incontrolada, por ejemplo, a la vana autocomplacencia, a la codicia insaciable, a la ira permanente o a la desidia irresponsable.

Recordemos que Claudio I fue un emperador romano que se entregó a la embriaguez y a la orgía; fue cobarde, débil y misera-

ble, pero, aunque también padeciera una cojera orgánica, hemos de tener en cuenta que su nombre, como el de otros personajes históricos tocayos suyos, no lo recibió por su defecto físico ni por sus vicios morales, sino por la libre decisión de sus padres.

Claustro

La palabra «claustro» —«claustrum» en latín— deriva «claudere» que significa «cerrar». De este verbo latino se han formado otros castellanos que poseen significados afines como «concluir», «excluir», «recluir» e «incluir».

En la actualidad, el vocablo «claustro» posee diferentes sentidos, dependiendo de los contextos en los que se emplee: religioso, académico o anatómico. En el campo religioso hemos de distinguir los significados asignados en el ámbito arquitectónico y en el institucional que, como se podrá suponer, están históricamente relacionados. El «claustro arquitectónico» es una galería que rodea el patio principal de una iglesia, de un monasterio o de un convento. Su función consiste en proteger a los monjes del frío, del calor, del viento y de la lluvia, en su paso entre las diversas dependencias, en las procesiones litúrgicas y en los paseos.

Gracias a un cambio metonímico, se llama también «claustro» al estado monástico o conventual: «retirarse al claustro» significa entrar en un monasterio o en un convento; profesar en una orden y hacer los tres votos canónicos: el de obediencia, el de castidad y el de pobreza. Usada en este sentido, la palabra «claustro» se opone al término «mundo»: quien ingresa en el «claustro» se aparta del «mundo». La «clausura» es el conjunto de dependencias en las que conviven los monjes o las monjas, y a las que no pueden acceder los laicos. «Exclaustrarse» es abandonar el estado religioso o como se dice vulgarmente, «colgar los hábitos».

También se denomina «claustro» al «convento» —del verbo «convenire» que significa «reunirse»—; es la casa donde convive una comunidad de frailes. El nombre «convento», en vez de «aba-

C

día» o de «monasterio», fue utilizado por los frailes mendicantes —los franciscanos y los dominicos— desde el siglo trece: es el edificio en el que los frailes comparten una vida común. En la actualidad designa cualquier residencia en la que conviven en los miembros de una orden religiosa.

El «claustro académico» era, inicialmente, la reunión de los miembros que, poseyendo del título adecuado, estaban adscritos a una universidad. A lo largo de la historia universitaria han cambiado de manera permanente las competencias, las condiciones y los trámites para formar parte de los claustros.

El «claustro materno» o útero, también llamado matriz, es una víscera hueca, en forma de pera que está localizado en la parte inferior del abdomen, entre la vejiga y el recto. Es un órgano de las hembras de los mamíferos, destinada a contener y a alimentar al feto. La «claustrofobia» —contraria a la «agorafobia», temor «incapacitante» a los espacios abiertos, a los escenarios públicos y a las multitudes— es un trastorno psicológico que consiste en experimentar un miedo intenso a los lugares cerrados como, por ejemplo, los ascensores, los túneles, el metro o las habitaciones pequeñas. Sus síntomas más frecuentes son la falta de aire, las palpitaciones o los mareos.

Cofradía

«Cofradía» es una de las palabras que durante la Semana Santa, sobre todo en Andalucía y en Castilla, empleamos de manera frecuente. Si atendemos a su origen etimológico, podemos decir que las «cofradías» son reuniones organizadas y estables de «co-fracdes» (cum fratres = con los hermanos); son asociaciones de laicos o legos que se agregan y se congregan porque deciden vivir hermanados, convivir y acompañarse mutuamente. Su esencia, por lo tanto, es la fraternidad y, en consecuencia, poseen un carácter horizontal; excluyen, por la propia definición, la organización jerárquica y la dirección clerical. Por su propia naturaleza son incompatibles con los grados, con las clases, con las categorías y con los escalafones; su normativa elimina radicalmente la posibilidad de ascensos o de descensos; descarta los privilegios y las distinciones, y suprime los galones y las insignias que manifiestan diferencias o que exhiben desigualdades entre sus miembros. Por eso las denominamos también con otros nombres sinónimos como «fraternidades» y «hermandades»; por eso, los hermanos que las integran participan de unas convicciones comunes, de una misma fe y, por eso también, todos van revestidos con túnicas idénticas, que expresan la unión de pensamientos y la comunión de sentimientos. El culto y la veneración de sus respectivos «titulares» —del Cristo o de la Virgen— constituyen la manifestación y la explicación de la razón explícita de sus convicciones profundamente democráticas, de sus actitudes realmente igualitarias y de sus comportamientos intensamente fraternales.

A estas instituciones eclesiásticas tan antiguas —recordemos que existían mucho antes del siglo VIII en la Iglesia— y tan

democráticas —todos sus cargos son elegidos— han pertenecido ilustres personajes de la sociedad e, incluso, populares figuras de la literatura como, por ejemplo, Celestina y Sancho Panza que fue «muñidor» de una cofradía y que, según él, «tenía presencia para llegar a ser prioste».

Coherencia

En estos últimos tiempos, la «coherencia» se enaltece como si fuera una de las virtudes supremas o uno de los valores máximos de los comportamientos políticos, sociales, religiosos o éticos de los ciudadanos. Se suele oponer al absurdo lógico, a la ligereza psicológica, al disparate artístico, a la inconsecuencia política y, sobre todo, a la inconsistencia ética. Recordemos que «coherencia» referida a los comportamientos humanos significa la armonía entre el pensamiento, el lenguaje y la conducta. Es la adecuación de las ideas a las palabras, a las convicciones y a los hechos.

Pero hemos de tener claro que por sí sola la coherencia no añade méritos a los comportamientos humanos. Los fanáticos, los neurópatas y, a veces, los psicópatas son rigurosamente coherentes. Fíjense, por ejemplo, en las declaraciones de los dogmáticos religiosos, de los integristas políticos e, incluso, de los criminales terroristas, y podrán apreciar el rigor con el que defienden la coherencia de sus actos con la verdad de sus ideas.

Algunos están convencidos de que la coherencia consiste, sobre todo, en la fidelidad con la más tierna infancia. Piensan que en ella reside la garantía de la razón y de las razones, de la verdad y de las verdades, de la bondad y de las bondades, de la felicidad y de las felicidades. Ayer mismo, un señor muy respetado y autoproclamado «intelectual» presumía, en una conversación entre colegas, por su «radical coherencia vital». Se ufanaba de seguir pensando las mismas ideas, amando a las mismas personas y repitiendo los mismos gestos que realizaba desde su niñez: «Esta raya en la derecha— me repite cada vez que observo su peinado— no la cambiaré hasta que me quede totalmente calvo». Desconozco

hasta qué punto es consciente de que su rechazo a los cambios puede constituir también una prueba de su miedo a la vida o la negación más absoluta de la experiencia. Algunos están convencidos de que la «coherencia» consiste simplemente en negar los hechos o en cerrar los ojos a la vida: en seguir cómodamente instalados en la blandura celeste de la más tierna infancia.

Colosal

C

La horrorosa destrucción de las «colosales» torres gemelas de Nueva York nos proporciona la ocasión para explicar el significado de este adjetivo tan usado en estos días. En su origen, tanto en griego como en latín, «colossus» significaba «estatua colosal». De ahí procede el sustantivo «coliseo» con el que se designaba el grandioso Anfiteatro Flavio de Roma. A partir de este momento el adjetivo «colosal» lo usamos para referirnos a edificios que llaman la atención por sus enormes dimensiones.

Aunque abundan los «colosos» en las diversas civilizaciones de la Antigüedad, en estos momentos nos viene a la memoria el más célebre del mundo griego: el Coloso de Rodas, aquella estatua de Apolo que había sido esculpida por Carés de Llindo, discípulo de Lisipo y que estaba considerada como una de las mayores maravillas del mundo. Plinio, que la contempló derrumbada por un temblor de tierra ocurrido cincuenta y seis años antes, afirma que pocos hombres eran capaces de abrazar completamente su dedo pulgar.



C Había costado doce años de trabajo y trescientos talentos, el producto de la venta de las máquinas de guerra que Demóstenes, cansado de lo mucho que se prolongaba el asedio, había dejado en las cercanías de Rodas. Según los cálculos apoyados en la descripción de Plinio, la altura del Coloso debía de ser de 131 pies. Era de bronce y es posible que el escultor llenara sus piernas con piedras a fin de asegurar la estabilidad. Los textos antiguos la describen colocada a la entrada de la ciudad, con un pie al borde de cada canal, de modo que los barcos pasaban por entre las piernas con las velas desplegadas. Tras su derribo, el «Coloso» estuvo cerca de novecientos años tendido, hasta que los árabes lo destruyeron el año 672 después de Cristo. Según los historiadores bizantinos, Moavia, tercer califa del Islam, hizo partir la estatua y vendió los pedazos a un judío, que necesitó aprestar 900 camellos para arrastrarla.

Compañero

El origen de la palabra «compañero» —que quiere decir «el que comparte con otros su pan»— nos descubre el rico contenido de su significado esencial: «acompañar» es adoptar la decisión de comunicar los bienes como expresión de una voluntad de comunión de vida; es un gesto de colaboración como manifestación de generosidad; es una prueba de desprendimiento como testimonio de confianza; es un comportamiento humano cuyos motores son el amor y la aspiración a la solidaridad: las dos energías benefactoras que disuelven los espejismos del egoísmo, esa entidad psíquica enemiga de todos los valores humanos.

La palabra «compañero» está atestiguada en castellano, según Corominas, desde el año 1081. Es un derivado de «compaña» (forma antigua de «compañía»), derivada de la forma **compania* que está formada por la preposición *cum* ('con') y el sustantivo *pan, panis* ('pan'). Una «compañía», por lo tanto, es un conjunto de personas que comparten el mismo pan, es decir, que hacen vida común, que conviven, que dialogan, que se comunican y que colaboran porque participan y comparten un mismo proyecto.

En Roma, donde la institución del ejército era una prolongación de la vida civil, que no estaba hecha de individuos sino de grupos (*tribus, curias y gentes*), los *compañeros de armas* (*commilitones*) eran «compañeros» fijos y «comensales» también en la vida civil. El hecho de que se haya tomado el pan, el alimento básico, como el principal referente de la alimentación (recordemos el *panem et circenses*) es tan comprensible como el empleo de la sal como la principal expresión de la abundancia o del lujo; recuerden que, de este nombre, procede la palabra «salario», la paga con la que

C se abonaban los trabajos y, en especial, los servicios en el ejército. Muchos autores defienden que el término «compañero» —que hacía referencia tanto a la compañía como al pan— se fraguaría en el ejército. Fíjense cómo también se llama «compañía» una determinada agrupación del ejército desde hace muchos siglos. San Ignacio de Loyola, capitán del ejército español, al fundar su orden religiosa, pensó en la estructura militar; por eso le dio el nombre de Compañía de Jesús.

En el contexto iniciático, «compartir el pan» es dar lo mejor de uno mismo, no sólo el alimento material, sino, sobre todo, el alimento sutil y espiritual que sustenta y propicia el crecimiento del interior. Luego, el término se ha impuesto en el mundo de la empresa. Los anglosajones prefieren llamar «compañías» a las empresas.

También en el ámbito de la política se ha usado profusamente el término «compañero» junto al más difundido de «camarada». En la escuela, aunque se emplea el término «compañero» para designar a los que asisten a una misma clase, para llamarse entre sí, los jóvenes prefieren las denominaciones de «quillo» y «quilla», tío y tía, chaval y chavala o, incluso, «chavea». Cada vez es más frecuente el uso de la palabra «compañero» o «compañera» para designar al «esposo» o a la «esposa», al «novio» o a la «novia», a los miembros de las «parejas de hecho» e, incluso a los «amantes».

Conocimiento

Uno de los índices más elocuentes de los progresos experimentados por el ser humano es el aumento de la cantidad y de la rapidez de las informaciones que puede adquirir. En la Edad Media unos pocos centenares de privilegiados requerían toda la vida —treinta años— para lograr una serie de noticias que hoy están a disposición de más de 200 millones de ciudadanos de forma casi instantánea con sólo apretar un «ratón». El progreso que la invención de la imprenta representó para la Humanidad, hace cinco siglos, lo ha multiplicado en menos de cinco lustros esa venturosa combinación de electrónica, de informática y de telecomunicación —ordenador, módem y teléfono— capaz hoy de traernos a domicilio textos, sonidos e imágenes. A la revolución de la comunicación que las autopistas de la información han propiciado hemos de añadir las considerables posibilidades de acceso a los bienes culturales y de entretenimiento que han abierto unos descubrimientos, inventos y avances tecnológicos tan singulares como la telefonía celular, los satélites de comunicación y las empresas multimedia. La información y la satisfacción de la demanda de ocio se han convertido, no sólo en el negocio sin fronteras de mayor capacidad de expansión en el presente, sino también en lo que será una auténtica revolución social en un inmediato futuro.

Pero no confundamos la información con el conocimiento: aunque el conocimiento implica información, podemos tener información sin conocimiento. La simple información es, en el mejor caso, una mera decoración; el exceso de información satura el entendimiento, empacha la imaginación y, en consecuencia,

C debilita o impide el conocimiento. Como decía don José María Barreiros Barragán, uno de mis profesores más lúcidos, la información es la despensa, el mercado o el supermercado; es la biblioteca, el archivo o la librería. El conocimiento es la digestión, la asimilación y el metabolismo de los conocimientos.

Consideración

Esta palabra —«consideración»—, que hoy quiere decir «prestar atención a un objeto o fijarse en un asunto», etimológicamente procede del adjetivo «sideral», y significó el atento examen de los astros en busca de augurios. La contemplación de la bóveda celeste —«sidérea»—, constituía, no sólo una fuente de disfrute o el medio indispensable para estudiar el universo, sino también, el camino para, tras identificar la estrella correspondiente a la fecha del nacimiento, conocer el destino vital de los seres humanos. Es un término, por lo tanto, que pertenecía al área de la Astrología que, en su origen, no se distinguía de la Astronomía y cuyo objeto de estudio era el horóscopo. La Astrología natural preveía y anunciaba las lluvias, los vientos, los fríos, los calores, la abundancia, la esterilidad e, incluso, las epidemias y las enfermedades. La Astrología judiciaria —que se cultivó entre los pueblos caldeos, asirios, egipcios, chinos, indios, griegos, latinos e, incluso, entre los cristianos europeos— trataba de los asuntos directamente relacionados con la vida y con los comportamientos de los seres humanos, con sus pasiones y con sus desgracias. La determinación de la elíptica que se halla en el horizonte cuando una criatura nace servía de criterio para presagiar su suerte, su fortuna y su destino, y para pronosticar los acontecimientos más importantes de su vida.

A comienzos del siglo XVII Sebastián de Covarrubias define esta palabra como «pensar bien las cosas» pero, durante el siglo siguiente, fue adquiriendo un significado más preciso y servía para expresar un modo de evaluarlas. El *Panlético*, publicado en el año 1843 la relaciona con el respeto que merecen los seres humanos y con la delicadeza con la que hemos de valorar sus cualidades.

C Pero esta palabra posee, además, otro sentido en el que lo usamos cuando repetimos —como nos advierte Antonio García, tan aficionado a la Astronomía— que un señor es «muy considerado» porque nos habla con cortesía; nos escucha con educación, con respeto o con deferencia; nos presta atención, nos demuestra interés y nos concede tiempo; nos cree y nos demuestra que somos valiosos e importantes para él.

Cosmopolita

En su origen griego, este término posee un significado profundo e, incluso, una considerable belleza que, en mi opinión, deberíamos recuperar: «cosmopolita» es el que se sabe y actúa como ciudadano del planeta. Aunque es cierto que algunos imperialistas lo contaminaron después con significados peyorativos, en la actualidad podríamos reivindicar nuevamente sus valores positivos, análogos a los que le dieron los sabios y eruditos que, en la Biblioteca de Alejandría, estudiaban el Cosmos entero. Recordemos que este lugar constituyó, en su época, el cerebro de nuestro planeta y el primer instituto de investigación de la historia del mundo.

«Cosmos» es una palabra griega que significa el orden del universo. Es, en cierto modo, un concepto opuesto a «caos» y a «ordinariedad». Pitágoras, en el siglo VI a. C., fue el primero en utilizar la palabra «cosmos» para referirse al universo ordenado y armonioso, y sus discípulos relacionaban la certeza de la demostración matemática con la perfección del Universo. Muchos de ellos eran místicos convencidos, que trataban de luchar contra las imperfecciones, contra injusticias y contra los desórdenes de la vida cotidiana; trataban de corregir las sinuosidades, las ondulaciones y los vaivenes que chocaban frontalmente con la perfección geométrica según la cual, los lados de los triángulos rectángulos, por ejemplo, obedecían a la perfección simple de las relaciones matemáticas y se acercaban a la realidad perfecta del reino de los dioses.

Este modelo de orden racional, justo, armonioso y equilibrado —que también fue la aspiración en el Siglo de las Luces— debería,

C a nuestro juicio, orientar el proceso imparable de la globalización. Repitiendo palabras de Kant, deberíamos caminar hacia el ideal de una ciudadanía cosmopolita, hacia un mundo en que todas las personas se sepan y se sientan tratadas como ciudadanas.

Para llegar a él es preciso reformar las instituciones internacionales, crear otras nuevas y asegurar comunidades transnacionales que se unan mediante acuerdos. Pero, ante todo, es indispensable —Mariano Peñalver nos recuerda otra vez a Kant— educar en el cosmopolitismo a los ciudadanos. Conscientes de que la educación es el problema mayor y el más difícil al que los hombres y las instituciones nos enfrentamos, deberíamos destinar mayores recursos para proporcionar conocimientos, desarrollar destrezas y, sobre todo, para cultivar la sabiduría moral en el pleno sentido de esta palabra, cuyos pilares esenciales son el sentido de la justicia y el espíritu de solidaridad.

Para orientar el proceso de globalización de una manera más justa y humana, deberíamos insistir todos en la necesidad de elevar la calidad moral de nuestra sociedad. Como nos explica Aristóteles, con tanta destreza sabe fabricar venenos el que los utiliza para matar como el que los utiliza para sanar; lo que hace buena la técnica, lo que hace bueno el conocimiento, es la bondad del fin que se persigue. Es preciso educar para ser técnicamente habilidosos, pero también para ser mejores ciudadanos. Educar para el cosmopolitismo es formar ciudadanos dotados de amplios conocimientos y, también, prudentes, tolerantes, respetuosos, ordenados, generosos, justos, trabajadores y solidarios. Hemos de sembrar buenas semillas y, al mismo tiempo, hemos de arrancar las profundas raíces de la xenofobia, de la intransigencia, del sectarismo y de la violencia.

Cotilla

Para comprender plenamente el significado exacto de esta palabra —«cotilla»—, muy usada actualmente en el lenguaje coloquial, hemos de tener en cuenta los tres tramos que sucesivamente ha recorrido a lo largo de su dilatada historia. Por su terminación en -illa, igual que colilla, puntilla o patilla, deducimos que esta palabra es un diminutivo derivado del vocablo «cota». Significa, por lo tanto, cota pequeña, reducida o ligera.

La «cota», cuyo origen etimológico es común con la palabra «cutis», era un uniforme militar medieval que sustituyó a la lorica: un arma defensiva —una segunda piel— que protegía a los soldados de las flechas enemigas. Inicialmente era muy pesada y estaba elaborada con cueros acorchados y ricos, retorcidos y anudados, cruzados por tiras del mismo género, cuyos centros y ángulos estaban reforzados con clavos de ancha cabeza o con anillos. Con ella se cubrían el cuerpo los guerreros.

Posteriormente las cotas de armas estaban compuestas de anillos entretrejididos y formaban unas mallas de alambres metálicos. Los reyes la conservaron para expresar su categoría de jefes supremos de las milicias; la vestían en las ceremonias solemnes y sobre ellas llevaban bordados los escudos reales.

La segunda acepción, más próxima a nosotros, es la de faja enteriza o ajustador de lienzo, de punto o de seda, armado de ballenas. Es ese corsé que hasta hace poco tiempo usaban las mujeres para sujetar sus carnes y para realzar su figura, según las modas imperantes.

En su significado actual, denominamos «cotilla» al indiscreto que destapa las vestiduras externas de los comportamientos

C sociales para revelar las prendas interiores de las intenciones; es la persona amiga de chismes y de murmuraciones; es el que se interesa por conocer y por difundir los rumores, por descubrir los trapos sucios y por comentar los secretos íntimos. «Cotilla» es el que muestra especial agrado en censurar los comportamientos de los ausentes.

Cotillón

El «cotillón» es la fiesta en la que se despide el año viejo y se da la bienvenida del año nuevo; en ella se celebran los misterios de la muerte y de la vida, se expresan los agradecimientos y los deseos, se borran los olvidos y se reafirman las promesas. Por su contenido y por su ceremonial, esta reunión anual, posee un sentido estrictamente litúrgico: todos sus elementos —las bebidas, la música, el baile, la decoración, los manteles, la vajilla, los globos, la piñata, las sorpresas y los sombreros— están sujetos a un estricto ritual y a una rigurosa rúbrica.

Estas fiestas paganas que, en los últimos años, se han generalizado a todas las edades —se anuncian «cotillones» para niños, para jóvenes, para adultos y para ancianos— y a todos los precios —desde mil pesetas en sobrias naves industriales, hasta trescientas mil pesetas en fastuosos transatlánticos— tienen su precedente en las reuniones que, entre las familias acomodadas, se generalizaron en España desde el siglo XIX. Eran bailes al ritmo de valeses, de polkas, de mazurcas y de galops que comenzaron a organizarse en Francia, en la corte de Luis XIV, aquel Rey que sorprendió al mundo cuando, convencido de su autoridad divina, instauró la monarquía absoluta.

Recordemos que este Rey Sol —tan preocupado por su imagen que no podía pasar por delante de un espejo sin mirarse en él— fue un gran creador de modas e impuso a la alta sociedad algunas de sus costumbres en el vestir como, por ejemplo, las enormes pelucas de pelo natural, las mangas adornadas de ricos encajes venecianos y, sobre todo, sus famosos zapatos de tacón alto para disimular su corta estatura. Eran zapatos exquisitos,

C modelos únicos, con los que revolucionó la moda del calzado. Estaban elaborados siempre por su zapatero personal, el francés Nicholas Lestage, un artesano al que el monarca dictaba precisas instrucciones: «tenían que ser refinados, adornados con vistosos lazos, con brocados y con piedras preciosas; sus suelas debían ser de color rojo; sus tacones con una pequeña curvatura e, incluso, bordados en plata con escenas de batallas». Su afán de distinción le movió a prohibir que los miembros de la corte calzaran sus modelos exclusivos, amenazando con la pena de muerte a los que le desobedecieran.

Actualmente los zapatos del Rey Sol siguen inspirando a los grandes creadores de la moda. Christian Louboutin, una figura de mención obligada, confiesa: «La estatua de Luis XIV lleva unos de mis zapatos preferidos: una especie de sandalia retrabajada». Muchas mujeres del siglo XXI continúan cayendo rendidas ante el encanto de los tacones conocidos —de vértigo o de cuña— con el nombre de *Luis XIV*.

La palabra «cotillón» procede del francés y, en su origen, significaba «enaguas» —derivado de «cotte», «cota», en castellano, «pañó basto de lana»—. Posteriormente ha servido para designar las danzas en la que participan todos los bailarines al final de una fiesta de sociedad.

Crisis



Una de las palabras más repetidas en las diferentes secciones de los medios de comunicación es «crisis». De manera permanente, los periódicos nos hablan de «crisis» políticas, económicas, sociales, religiosas, deportivas, familiares y personales. Los cambios de ministros se llaman «crisis de gobierno», los descensos bursátiles se producen por una «crisis de confianza en los mercados», la disminución de sacerdotes recibe el nombre de «crisis de vocaciones», el descenso de asistencia a misa se debe a una «crisis de fe», el aumento de delitos tiene su origen en una «crisis de autoridad», las alteraciones del comportamiento en la adolescencia se deben a «crisis de identidad» e, incluso, se señala a la «crisis afectiva» como causa principal de algunos suicidios. A los hombres nos alertan ante la «crisis de los cuarenta» y se prepara a las mujeres para que superen con éxito la «crisis de la menopausia».

En nuestra opinión, la crisis es uno de los rasgos característicos de nuestro mundo actual. Es una de las manifestaciones significativas de los cambios permanentes, imparables, sustanciales y rápidos que, debido a la rapidez de la comunicaciones experimentan el pensamiento, la ciencia, la tecnología, las artes y los hábitos sociales. La novela contemporánea, por ejemplo, constituye uno de los mejores testimonios de la crisis de momento actual y una de las plasmaciones de las inquietudes que acucian al hombre moderno en su intento de encontrar sus propias señas de identidad y de adaptarse a las nuevas exigencias de su entorno social. Son abundantes los relatos que reflejan la perplejidad de sus personajes, obligados a encarar una existencia cruel sin paliativos, sin orientación e, incluso, sin objetivos concretos y sin metas deter-

minadas. El vacío espiritual y la falta de dirección de la existencia explican la tensión que produce la desorientación que sufrimos en las épocas de crisis.

C El origen de esta palabra hemos de situarlo en la voz griega, latinizada posteriormente, *crisis*, derivada del verbo *krinein* que significa separar, distinguir, juzgar, discernir y examinar con cuidado. Posee, por lo tanto, la misma raíz que otros términos muy frecuentes como «criterio», «crítica» y «criticar» muy usadas en la Filosofía —y, más concretamente, en la Lógica y en la Metafísica—, sobre todo a partir de las Críticas de la razón pura y práctica de Kant, y en la actual Teoría de la Literatura.

Esta palabra —opuesta a *lisis*, desfervencia lenta— se usó ya, desde Hipócrates y se sigue empleando en el campo de la medicina para designar, según afirman los manuales, «una mutación considerable que acaece en alguna enfermedad, ya sea para mejorar o para agravar». En Psiquiatría, concretamente, los especialistas llaman *crisis* a los accesos o paroxismos histéricos o epilépticos. Por extensión, ya a finales del siglo XVIII, se usó este término para referirse a los cambios rápidos y considerables en la evolución de los procesos humano e, incluso, físicos.

Crispación

«Crispación» es, probablemente, una de las palabras más repetidas en los discursos políticos durante los diez últimos años. Los líderes de los partidos gobernantes y los de la oposición se reprochan recíprocamente el empleo de la «crispación» como arma inaceptable en la lucha por la conquista de los votos. Ni unos ni otros, sin embargo, advierten que, con frecuencia, las expresiones de sus rostros, justamente en el momento en el que están haciendo estas denuncias, constituyen la ilustración más elocuente del significado de este término.

«Crispar» quiere decir «contraer los músculos de una manera violenta y momentánea». Efectivamente, son sus caras, más que sus palabras, las que, por estar «crispadas», transmiten mensajes de malestar, de indignación y de disgusto. La cara y, especialmente, los ojos y los labios descubren de manera eficaz y clara aquellos estados de ánimo que, por escasez de habilidad o por exceso de pudor, no sabemos o no queremos expresar con palabras. Algunas sensaciones y emociones las decimos mejor con la mirada, con la boca o con todos los músculos de la cara como, por ejemplo, la atención, el miedo, los celos, la sorpresa, la simpatía, el asco, la indiferencia, el sufrimiento, el placer o el gusto. Nuestra lengua lo declara con frases hechas o con fórmulas lexicalizadas: «Lo he visto —decimos— escrito en su rostro»; «tiene cara de pocos amigos», «tiene mala cara».

Por la cara sabemos si nuestro interlocutor está sano o enfermo, alegre o triste, aburrido o enfadado. El rostro transparenta, refleja e ilumina el alma tranquila y confiada o, por el contrario, inquieta y angustiada. Unas veces adopta una expresión relajada

y abierta como las ventanas de una casa para recibir la luz del día; otras, por el contrario, se muestra rígidamente cerrada y protegida por firmes barreras. Los animales se mueven para trasladarse de un lugar a otro o para transportar objetos, pero los humanos movemos, además, para transmitir mensajes y para crear belleza. Como decía José María Barreiros: «La cara no es el espejo del alma, es... el alma».

Cutre

Esta palabra, tan de moda en nuestra sociedad, sirve de ejemplo ilustrativo para mostrar cómo los vocablos traspasan las fronteras geográficas, administrativas y políticas, y para explicar cómo, sobre todo, los términos más usados, cambian continuamente de significado. Es cierto que, hasta hace medio siglo, la manera de hablar de los habitantes de una ciudad era sensiblemente diferente a la de los que residían en otra población situada a escasa distancia. Muchos recordarán que, en nuestra provincia de Cádiz, por ejemplo, era fácil identificar si estábamos hablando con un conileño o con un vejeriego, con un linense o con un algecireño.

Pero en la actualidad, cada vez resulta más difícil delimitar con precisión una peculiar pronunciación o el empleo de una palabra característica de una determinada zona geográfica. Las fronteras dialectales y las isoglosas se han difuminado definitivamente. La Dialectología tropieza hoy con serias dificultades para plasmar sus conclusiones en mapas y en planos. Antes, por el contrario, las barreras dialectales estaban nítidamente marcadas. Repasen, por ejemplo, el Atla Lingüístico y Etnográfico de Andalucía, elaborado por un equipo de estudiosos dirigidos por el profesor Manuel Alvar.

«Cutre» era un término usado en Aragón para designar al «buey o a la vaca viejos que se destinaban a la carnicería», pero, deriva de «cuitre», que significaba «reja de arado». En la actualidad, por el contrario, debido a la influencia niveladora de los medios de comunicación, han caído las barreras y se han borrado las fronteras. Por esta razón, la palabra «cutre» no es, como dicen los manuales, «un término usado en Navarra y Aragón para

C designar el arado», ni siquiera, como afirman los diccionarios, «una imagen metafórica que se emplea en todo el territorio español para calificar los comportamientos tacaños, ruines, miserable o mezquinos», sino un adjetivo que significa «tosco», «basto», «ordinario»: es una expresión muy próxima a aquella conocida comparación: «eres más bruto que un arado».

Chabacano

En las críticas que en estos días se emiten sobre nuestro Carnaval, es frecuente que los comentaristas tilden algunas manifestaciones de «chabacanas». En nuestra opinión, no se puede aplicar este término de manera generalizada ya que, como es sabido, la mayoría de las agrupaciones se esfuerza y logra un alto grado de calidad en las melodías, en los ritmos, en las armonías musicales y, en algunos casos, en los valores literarios. Este juicio negativo de «chabacano» puede ser atinado, sin embargo, si se refiere a determinadas letras, a algunos gestos e, incluso, a tipos, que, a veces, resultan vulgares o groseros, y que adolecen, según dichos críticos, de falta de sensibilidad, de arte y de elegancia. El ingenio, la gracia, el ángel, el humor y la chispa, por muy populares que sean, no están reñidos con el buen gusto ni con la finura.

Recordemos que este término —«chabacano»— es muy antiguo ya que se viene usando desde los comienzos del siglo XVI para designar a los cuchillos baratos y, sobre todo, para referirse a la fruta basta o al árbol que la produce. Sebastián de Covarrubias ya afirmaba en su *Diccionario* que este vocablo se usaba en el Reino de Toledo, no sólo para mencionar las ciruelas «porcales», con las que se engordaban a los puercos, sino también para definir a los hombres groseros, vulgares, impertinentes y de mal gusto. Hoy en Méjico «chabacano», como podemos comprobar en la novela de Laura Esquivel titulada *Como agua para chocolate*, «chabacano» es la denominación normal con la que llaman al albaricoque, una fruta de gusto «desabrida» y «basta», si la comparamos con el tacto suave y delicado del melocotón.

Según el prestigioso hispanista alemán Leo Spitzer, el origen etimológico de esta palabra estaría en «ochavo», moneda de cobre, de escasas dimensiones y de exiguo valor. Un cuchillo o una fruta «chabacanos» serían, por lo tanto, unos productos baratos y de poca calidad. Si pretendemos que nuestro Carnaval sea apreciado y valorado, tendremos que luchar para que siga aumentando la calidad literaria de sus letras y creciendo el valor musical de sus melodías.

Chapapote

Sin duda alguna, la palabra «chapapote» es la más repetida en las crónicas, en los reportajes y en los comentarios periodísticos actuales sobre los estragos que está causando el hundimiento del petrolero *Prestige*, tras partirse en dos el 13 de noviembre de 2002, a 233 kilómetros de las islas Cíes. Es una variante de «chapote» y procede de la voz azteca «*chapopotli*». En el México prehispánico dio nombre a dos productos tan diversos como el betún y el chicle. Actualmente, con este vocablo se designa sólo al petróleo crudo, al alquitrán o al asfalto.

Si hoy está causando tantos daños ecológicos y económicos, en el siglo XVI fue un artículo notablemente útil: se usaba como combustible, como ingrediente para la pintura y como perfume parecido al incienso, y con él, en sustitución de la brea, se confeccionaban las teas; se cubrían las maderas y los bajos de las paredes para preservarlas del agua, del salitre y de los insectos. El nombre de «chicle prieto» con el que también se le conoce, se debe a su uso como limpiador o como blanqueador de los dientes.

Hemos encontrado la primera definición de 'chapapote' formulada en español, en la *Historia General de las cosas de Nueva España*, de fray Bernardino de Sahagún (1500-1590). Su explicación es tan clara y tan detallada que nos hemos permitido reproducirla íntegra:

«El «chapopotli» —afirma— es un betún que sale de la mar, y es como la pez —alquitrán— de Castilla, que fácilmente se deshace y el mar lo echa de sí, con las ondas, y esto ocurre ciertos y señalados días, conforme

al creciente de la luna; viene ancha y gorda a manera de manta, y van a cogerlo a la orilla los que moran junto al mar. Este «chapopotli» es oloroso y preciado entre las mujeres; y, cuando se echa en el fuego, su olor se derrama lejos.

Hay dos maneras de este betún: el que se mezcla con la masa o la resina olorosa, que se mete en los cañutos para que den buen y trascendente olor. El otro es de la pez que mascan las mujeres, llamada «txictli» —vocablo del que procede nuestro actual «chicle»—, y para que la puedan mascar, la mezclan con el «axin», con el cual se ablanda; de otra manera no lo mascan, antes se deshace: la mayor parte de las que lo mascan son las muchachas, las mozas que ya son adultas y las mujeres; pero no lo mascan todas en público, sino las solteras y las doncellas, porque las casadas y las viudas, dado caso que lo masquen, no lo hacen en público sino en sus casas; y las que son públicas mujeres, sin vergüenza alguna, lo andan mascando en todas partes: en las calles, en el tianguis, sonando las dentelladas como castañetas; las otras mujeres que no son públicas, si lo mismo hacen, no dejan de ser notadas de malas y ruines por aquello.

La causa porque las mujeres mascan el «txictli» es para echar la reuma, y también porque no les hieda la boca o porque el mal hedor que ya tienen no se sienta, y por aquello sean desechadas. Los hombres también mascan el «txictli» para echar la reuma, y para limpiar los dientes; empero lo hacen en secreto».

Chisme

Los sociólogos, haciendo una inducción generalizadora, afirman que los españoles somos, más que «críticos», «criticones». Tras múltiples encuestas realizadas en diferentes puntos de nuestra geografía nacional, han llegado a una conclusión que todos ya conocíamos: que poseemos una peculiar afición por enterarnos de los «chismes» y por criticar las vidas ajenas. Los psicólogos no están, sin embargo, de acuerdo en el diagnóstico de ese afán impulsivo por indagar las interioridades —las intenciones y los fines— de los comportamientos de los vecinos. Mientras que unos opinan que dicha pulsión irreprimible es la consecuencia necesaria de la incultura, otros piensan que es la expresión más externa de la envidia, otros sostienen que es un síntoma característico de la frivolidad y otros, finalmente, defienden que es la señal manifiesta de la profunda insatisfacción personal.

Nosotros creemos que hemos de tener en cuenta, además de todos estos factores, nuestra condición de espectadores, de narradores y, sobre todo, de actores. Tenemos una reconocida tendencia a contemplar los comportamientos ajenos como si asistiéramos a unos espectáculos cómicos o trágicos; nos agrada estar presentes e intervenir en la vida de los demás, sobre todo, en las acciones más ocultas y menos importantes. Disfrutamos contando las peripecias que nuestros sorprendidos interlocutores ignoran, y nos divierte configurar el mundo —la política, la economía, el arte o el fútbol— según nuestras ideas personales y de acuerdo con nuestros propios gustos.

Podemos afirmar que somos, efectivamente, «chismosos» e, incluso, «cismáticos» ya que la palabra «chisme» deriva del térmi-

no «cisma» que, en griego latinizado significa, «corte», «rotura», «división». «Chismoso» o «cismático» es el que, con sus ideas diferentes y con sus palabras cortantes —con sus críticas— rompe la unidad del grupo. Posteriormente esta palabra sirve para designar los objetos que no tienen uso ni aplicación, los «trastos, las «baratijas» y las «bagatelas».

Chocho

Aunque a los habitantes de nuestra Provincia nos sorprenda, esta palabra, que, hiere el pudor de algunos interlocutores, no es un «gaditanismo» —terreno cultivado por Pedro Payán— ni posee en su origen la connotación soez ni el significado genital que le atribuimos en este territorio meridional de la Baja Andalucía. «Chocho» significa, por el contrario, «huevo huero, podrido, procedente de la gallina clueca».

De este sentido inicial ha derivado el adjetivo —«chocho»— y el verbo —«chochar»—, palabras con las que designamos a aquellas personas decrepitas, achacosas, caducas, débiles y enfermizas que, por su senectud, han perdido la memoria, tienen perturbada la razón y han de permanecer inmóviles como la gallina clueca. Sebastián de Covarrubias, en su *Tesoro de la Lengua Castellana*, nos dice que «chocho es el que sabe poco y es como un niño de teta».

Posteriormente, en las diversas zonas geográficas de nuestra Península, este vocablo ha ido adquiriendo diferentes valores metafóricos y distintos sentidos sexuales. Si entre nosotros significa el «órgano genital femenino», en los alrededores de la Sierra de Gata se usa para referirse al «ombbligo»; en vasco expresa el «miembro viril» o, incluso, el «niño». En casi toda la geografía española «chocho» es el nombre que se asigna a los «altramuces», —leguminosa, en forma de vaina, cuyos granos achatados se pueden comer tras remojarlos en agua salada— y, si pedimos «chochos» en Salamanca, nos ofrecerán una confitura blanca, muy dura, de forma esférica, elaborada de azúcar y con rajita de canela en medio.

En la *Pícara Justina*, obra que, publicada en 1605, pertenece a uno de los géneros más representativos, genuinos y populares de nuestra historia literaria, la palabra «chocho» significa cualquier cosa dulce que se regala a los niños para que no molesten, para que callen, para que obedezcan o para que hagan lo que no quieren: «La buena pieza de vuestra prima, que se fue anoche sin más, y sin hacer cuenta ni pagarme un chocho».

Dechado

Aunque es cierto que esta palabra no es muy usada en la actualidad, la recordamos en estos momentos porque, a nuestro juicio, es más apropiada que otra que, recientemente, se ha puesto de moda y que, en nuestra opinión, se suele usar con escasa precisión. Me «refiero» al término «referente». Ayer mismo, Raúl, a la pregunta de un periodista sobre la manera de asumir su función de capitán en la Selección Española, contestó de forma categórica: «Mi referente siempre será Fernando Hierro».

Hemos de recordar que el «referente», en su sentido más preciso, es el objeto que se refiere o que hace relación a otra cosa: es una palabra genérica que engloba a otros términos técnicos más precisos como, por ejemplo, indicación, indicio, síntoma, símbolo o, incluso, signo. El humo nos indica que hay fuego y la fiebre revela que una infección está atacando algún órgano corporal. En la Lingüística el término «referente» es un tecnicismo cuyo significado es muy preciso: «el referente es el objeto al que se refiere la palabra que los significa»; la palabra «mesa» por ejemplo, se refiere al mueble sobre el que comemos, estudiamos o trabajamos.

Fernando Hierro, sin embargo, es algo más que un referente: es un modelo de deportista, es un ejemplo de entrega a unos colores, es un prototipo de jugador serio y es el arquetipo del defensa sobrio: es un paradigma de cualidades humanas y un «dechado» de virtudes futbolísticas.

La palabra «dechado» procede del latín «dictatus» y era el texto que los maestros «dictaban» a los alumnos para que lo copiaran, lo aprendieran y lo practicaran. En la Antigüedad, las

enseñanzas tenían un carácter preceptivo e histórico, y su finalidad era fundamentalmente ética y social: trataban de educar a los niños para que imitando el ejemplo de los grandes modelos, cumplieran con sus deberes y se integraran en la sociedad. Las escuelas eran «preceptorias» y los libros «preceptivos». Los profesores dictaban los preceptos y las leyes que se debían observar, y contaban las hazañas de los hombres y de las mujeres a los que había que imitar: los santos y los héroes.

En la actualidad, la palabra «dechado» significa «modelo», «ejemplo», «arquetipo», «pauta», «ideal» y «prototipo», tanto de virtudes como de vicios. Ser un dechado es como ser un ejemplo o un modelo de algo. Santa Teresa de Jesús emplea el término con este sentido en el siglo XVI: «El Señor es nuestro dechado, no ha de temer quien por sólo contentarle siguiese sus consejos». Se puede ser; por lo tanto, «dechado» de virtudes y ejemplo de perfección, pero también se puede ser dechado de vicios y de maldades. Cierta libro anónimo titulado *Imitación a la vida virtuosa*, del siglo XVIII, dice: «Otros varones hubo que habiendo vivido vida de piedad dieron en ser dechado de vicios y de pecados tan grandes que, tras una vida virtuosa, dieron con los huesos de su alma en una existencia dominada por la maldad».

Deleznable

Desgraciadamente, en los últimos años venimos escuchando y leyendo esta palabra —«deleznable»— que usan muchos políticos y numerosos periodistas para calificar los «incalificables» atentados de los terroristas: los crímenes selectivos o indiscriminados, los tiros en la nuca o los coches bomba, las luchas callejeras y los alborotos juveniles.

Podrían haber dicho que el asesinato fue «cruel», «atroz», «feroz», «brutal», «bárbaro», «inhumano», «monstruoso», «irracional», «horroroso», «odiable», «abominable», «repugnante», «horroroso», «despreciable», «aborrecible» o, simplemente «sangriento» o «sanguinario», pero casi todos prefieren afirmar que «el crimen ha sido deleznable».

No dudamos que, al repetir con dolor y con indignación este adjetivo, esos portavoces de la opinión pública quieren decir «detestable», «execrable», pero, en realidad, lo que afirman es que el crimen es «frágil», que se quiebra como el fino cristal al más mínimo roce, o que se deshace como un terrón de azúcar en un vaso de agua. Esta palabra puede, incluso, significar que un objeto se desliza fácilmente como una ágil barquilla sobre un mar tranquilo.

También podría usarse en sentido figurado pero, en este caso, significa «poco durable», «breve» o «fugaz», «inestable» o «débil», «de escasa potencia». Recordemos que para Fray Luis de León (1527-1591) —aquel humanista, profesor, escritor y renovador de la poesía española, que supo aunar la cultura clásica con la tradición religiosa— la mujer es «de su natural flaca y deleznable».

D El ilustrado, reformador y político, Gaspar Melchor de Jovellanos (1744-1811), que escribió la mejor prosa científica y didáctica de su época, en su famoso *Informe en el expediente de la Ley Agraria* (1795), en el que pedía que «los sabios abandonaran las vanas investigaciones y la sabiduría presuntuosa y estéril», no dudó en afirmar que «la deserción de los campos y su débil cultivo descubrían el frágil y deleznable cimiento de tanta gloria».

Denigrante

En contra de lo que muchos hablantes piensan, los significantes de las palabras no son soportes neutros ni cajas transparentes que encierran sólo el significado referencial que les asignan los diccionarios. El sonido de cada vocablo posee un valor propio, positivo o negativo, agradable o desagradable, que contagia y contamina el significado y, a veces, el sujeto, la acción o el objeto al que se refiere. Una palabra es biensonante o malsonante por su forma acústica más que por su significado. Como es sabido, dos palabras con idéntico significado suenan de manera diferente. Me estoy refiriendo al eufemismo —por ejemplo «moreno» y al tabú —«negro»—. Tienen razón los ciudadanos de piel oscura que prefieren que les llamen «morenos» en vez de «negros». Ellos conocen y sufren esa carga de menosprecio, de repulsión e, incluso, de odio que la palabra «negro» lleva consigo.

¿Por qué —me acaban de preguntar— unas palabras hieren la sensibilidad a pesar que poseen el mismo significado de otras que, por el contrario, suenan bien? Su valor positivo o negativo, elogioso o despectivo depende del tono con el que se pronuncia, del contexto en el que se emplea y, a veces, de la historia de la palabra. El adjetivo «negro» significa, como dice el diccionario «color oscuro» e, incluso, carencia de color, pero, desde su uso en la lengua latina se fue llenando de «connotaciones» peyorativas: negros eran los pensamientos perversos, los sentimientos malévolos, las intenciones maliciosas, las previsiones pesimistas, los augurios luctuosos. El negro se interpretó como el símbolo de la muerte.

Fíjense, por ejemplo, en su derivado «denigrar» que si en latín significaba simplemente teñir de negro (Plinio) muy pronto sirvió

para expresar descrédito, infamia e injuria. «Denigrar» —en-negrecer— significa ya desde el siglo XV, deshonar el nombre, ensuciar la opinión o manchar la fama de alguna persona.

D

Depresión

El término «depresión» —del latín «depressio»—, lo usamos en la actualidad, al menos, en cuatro ámbitos disciplinares diferentes: en el físico, en el atmosférico, en el económico y en el psicológico. En su sentido físico, llamamos «depresión» a una hendidura del terreno, a esa parte de la superficie que, por sus condiciones topográficas y geológicas, se encuentra honda, hundida o deprimida. Estas zonas bajas sirven de refugios de la vida silvestre y de cauces naturales de las corrientes fluviales.

La «depresión atmosférica» es el descenso de la «presión» que ejerce el aire sobre la superficie de la tierra, debido al menor peso originado por diversos factores, entre ellos, los cambios de la temperatura y de la humedad. Las «depresiones atmosféricas» son centros de convergencia de los vientos al nivel del suelo y originan la aparición de los ciclones o la confluencia de vientos violentos. Este fenómeno es el opuesto al de los anticiclones que se originan en las áreas de concentración de altas presiones, y se caracterizan por la bonanza, por la ausencia de vientos y de lluvias.

La «depresión económica» es una situación de baja actividad económica y se define por la disminución del nivel de renta «per cápita», por la disminución del consumo, por la caída de la producción industrial y por el aumento de quiebras de los negocios y por el crecimiento del paro. La más conocida fue la llamada *Gran Depresión* de 1929 que, tras el hundimiento de la bolsa provocó el llamado «efecto dominó» que fue derribando, una a una, todas las piezas de la economía norteamericana. Grandes empresas y millares de pequeños accionistas arruinados se vieron obligados a retirar sus ahorros de los bancos. Se suspendieron los créditos,

la demanda se contrajo y la actividad industrial se redujo drásticamente.

D La «depresión psicológica» se distingue, sobre todo, por una profunda sensación de tristeza, de intenso decaimiento emocional, de pérdida del interés por las actividades y por los objetos con los que antes se disfrutaba. Pero no podemos calificar de «depresión» clínica a esa tristeza o sentimiento de vacío que todos experimentamos tras un disgusto o una pérdida. Todos podemos sentirnos hartos, abatidos o tristes en algún momento de nuestras vidas. Es normal que, tras una discusión, una frustración, la pérdida de un objeto apreciado o de una persona querida, nos embargue el malhumor, el fastidio o el abatimiento. En la «depresión», por el contrario, los psicólogos afirman que el enfermo pierde el contacto con el origen de su tristeza; el sujeto ignora por qué está hundido y por qué se siente tan mal. Los especialistas se refieren, también, a una «depresión sociológica» generada por el estrés que producen las prisas, la sobrecarga emocional en el trabajo, la tensión por seguir indefinidamente escalando puestos y, sobre todo, por la falta de una comunicación satisfactoria. Los sociólogos nos muestran cómo se incrementa el número de las personas que ven debilitada su autoestima y juzgan insuficiente el reconocimiento. Por más que buscan, no escuchan la voz de ese «otro» que le proporcione paz porque lo comprende, lo acoge y reconoce sus logros; no encuentran la presencia de ese acompañante que le facilite el acuerdo con su entorno real y que le ayude a soportar el peso de las responsabilidades. El estrés y la soledad —los principales agentes depresógenos— descomponen la personalidad, disgregan la conciencia de sí mismo, desbaratan la medición de los proyectos y generan ansiedad.

Derby

El partido que jugaron el Barcelona y el Español el pasado domingo, nos ofrece la oportunidad de explicar el origen de la palabra inglesa «derby», uno de los múltiples anglicismos que han «colonizado» el lenguaje deportivo en todas las lenguas modernas. Este término que, inicialmente, fue empleado en las carreras de caballo del famoso Derby británico de Epsom, sirve en la actualidad para denominar los encuentros de equipos rivales en cualquier deporte y en cualquier ciudad. Recordemos que, en 1780, Earl of Derby, lord of Derby, creó en Epsom la tradicional prueba que ha cumplido más de doscientas veinte ediciones. Derby, capital del condado del mismo nombre, se encuentra a escasos kilómetros de Nottingham, en el centro de Inglaterra, y Epsom es ya un barrio al suroeste de Londres.

El Derby, celebrado en los primeros días de junio de cada año, se fue convirtiendo progresivamente en una de las grandes fiestas deportivas, sociales y populares de Inglaterra como, por ejemplo, el National de Aintree, de Liverpool, a finales de abril; las carreras de Ascot —especialmente la King Georges VI—, en mayo, o el torneo tenístico de Wimbledon, en junio o julio. Pronto se habló ya, incluso, de Derby Day, o Día del Derby, fecha de la fiesta por antonomasia, más que de la carrera en sí, como en realidad sucede en todos los hipódromos del mundo, donde lo que más importan son las apuestas y el ambiente reinante.

En el momento en el que los deportes colectivos, sobre todo el fútbol, empezaron a ser también fiestas populares, y especialmente al enfrentarse rivales de la misma ciudad, la palabra «derby» fue adquiriendo un significado más genérico y más universal. Si

en Inglaterra a los partidos entre el Manchester United y el Manchester City, el Arsenal y el Tottenham o el Everton y el Liverpool se les aplicó desde el principio la palabra, poco después, a partir de la Primera Guerra mundial, comenzó a utilizarse en Europa y en España y así, hablamos de los derbys locales entre el Barcelona y el Español, el Madrid y el Atlético, el Sevilla y el Betis, o de los derbys provinciales entre el Cádiz, Xerez, San Fernando, Algeciras o la Balompédica.

Derecha

Este adjetivo constituye un ejemplo del intenso y del permanente dinamismo de las lenguas, e ilustra las continuas y las recíprocas transformaciones gramaticales (sustantivos que se convierten en adjetivos, en verbos, en adverbios, etc. y viceversa) y revela los continuos cambios semánticos, los enriquecimientos o empobrecimientos de significados. La palabra «derecho» es un derivado del participio latino pasivo «directus» (del verbo *dirigere*, en castellano «dirigir») que, inicialmente, posee un significado geométrico y quiere decir «derecho», «recto», «sin torcer a un lado o a otro» y que, posteriormente, tras adquirir un valor ético, sirve para calificar los comportamientos que están de acuerdo con las «rectas costumbres». Es entonces cuando esta palabra alcanza el sentido jurídico que los romanos designaban con el nombre de *ius*: conjunto de principios, criterios, pautas y normas que dirigen el comportamiento público de los ciudadanos o, en términos más técnicos, el sistema de leyes que, elaboradas por los representantes democráticos de los ciudadanos, ordena sus actividades sociales. El «derecho», por lo tanto, equivale a la «justicia».

A partir del siglo XIX, y por oposición a la palabra «izquierda», el femenino «derecha» se llena de valores ideológicos. La «derecha» es el conjunto de ideas y de convicciones que pretenden mantener el orden establecido, conservar las situaciones heredadas y respetar las jerarquías tradicionales. En el ámbito de la economía, las ideologías de «derecha» defienden la libertad de los mercados, la autonomía del capital y, en algunos casos, su preponderancia sobre el trabajo. En el terreno social, la «derecha» favorece los privilegios generados por el origen genealógico, por

los abolengos familiares, por los linajes. En el espectro político, en resumen, se llama «derecha» al conjunto de ideas que respetan a ultranza el derecho a la propiedad aunque, a veces, se corra el riesgo de mantener las diferencias de clases.

D

Descalabro

Todos los medios de comunicación han calificado de «descalabro», de «debacle» o de «varapalo, la amplia pérdida de votos que ha sufrido el Partido Popular en las recientes elecciones generales y autonómicas. En estas tres palabras han resumido, de manera metafórica, la desagradable sensación que han experimentado los militantes de este partido cuya mayoría parlamentaria ha sostenido al Gobierno de la Nación durante las dos últimas legislaturas. La intensa sorpresa que muchos ciudadanos han experimentado es parecida a la amarga sensación de dolor que producen los violentos golpes que provocan las caídas inesperadas.

Afirmar que una persona ha sufrido un «descalabro» equivale a decir que se ha roto la cabeza o, como diagnostican los partes médicos, «que el enfermo padece un intenso traumatismo craneoencefálico, con extensos hematomas, con diversas lesiones y con múltiples heridas».

Este diagnóstico clínico es, justamente, el que significa la palabra «descalabro» ya que es un término compuesto del prefijo «des-» y del sustantivo «calavera», y que, en su origen, se refería a las heridas producidas en la cabeza. Posteriormente sirvió para indicar cualquier herida causada por un golpe o por una caída y, finalmente, la empleamos para significar los inesperados desplomes económicos, los cracks bursátiles, las crisis bancarias, los hundimientos de las monedas, los bajones comerciales en las ventas, las derrotas militares, los abultados fracasos deportivos y los estrepitosos desastres electorales.

La palabra «debacle» —de origen francés— es aún más descriptiva porque, primitivamente, significaba «deshielo», «ruptura

D súbita de los hielos que cubren un río, interrumpen su curso y originan inundaciones». En su sentido figurado pasó a expresar el cambio brusco y repentino que genera la desorganización y la descomposición de los objetos. Finalmente, lo usamos para referirnos a una ruina súbita, a un cambio inesperado de fortuna o a una caída impensada de un gobierno.

La calificación de «varapalo» es más expresiva porque incluye una valoración social y política, posee un factor de castigo y da a entender que la reacción popular nace de un malestar y pretende manifestar cierto enfado e indignación. Es una respuesta que exige la corrección de unos comportamientos políticos que se juzgan arbitrarios, injustos o, al menos, injustificados. Esta expresión, como es fácil de suponer, está compuesta de los sustantivos «vara» + «palo», y quiere decir «palo largo», «golpe dado con una vara», «bastonazo que causa daño en un cuerpo humano». Es una acción que engendra «perjuicio físico», «desazón anímica» o «disgusto emocional». A veces, usamos esta misma palabra para referirnos a una bronca, a una riña o a una represión brusca, disonante, escandalosa y desapacible; para designar una regañina o reprimenda. Recordemos que recientemente la Junta Electoral dio varios varapalos a algunos partidos por sus inadecuadas campañas de propaganda electoral.

Desencanto

Esta palabra, además del significado general de carácter psicológico que le asigna el diccionario —desaparición del encanto, pérdida de la ilusión, merma del aliciente, frustración de las expectativas o desaliento— posee un significado sociológico y un sentido político referidos a una época concreta de nuestra joven democracia española. El encanto, la ilusión, el aliciente y las expectativas, como es sabido, constituyen ese gas imprescindible para que funcione el motor que proporciona movimiento a la vida individual y animación a las actividades colectivas. La ausencia de esta fuerza vital lleva consigo la parálisis física, la depresión psíquica y la apatía social.

Recordemos que el término «desencanto» adquirió un notable protagonismo en los debates políticos posconstituyentes y en las críticas periodísticas, sobre todo, a partir de las elecciones generales celebradas en 1979, en las que se registró un descenso de participación de votantes ya que se abstuvo el treinta y tres por ciento de la población censada. Este desinflamiento del globo del entusiasmo político y esta falta de ilusión participativa en las actividades públicas se atribuyó entonces, tanto a razones técnicas en la confección del censo, como al cansancio electoral provocado por la acumulación de cuatro convocatorias sucesivas a las urnas, en algo más de dos años.

Pero algunos autores han considerado que la decepción política —el «desencanto»— constituye una consecuencia inevitable —y quizás necesaria— de todos los procesos postautoritarios, con independencia de la vía que se siga y de los métodos que se empleen para alcanzar la democracia: es el efecto de la automatiza-

ción de la política y, sobre todo, de la constatación de la distancia que separan los deseos de la realidad. Los sociólogos advierten que, en un primer momento, tras un dilatado período de régimen autoritario, la población «descubre» la política y da señales de un interés inusitado por participar en las cuestiones públicas, pero la institucionalización del nuevo sistema democrático y el hecho de que, tras la votación, los gobernantes se olvidan de los gobernados, implica una reducción del campo de lo políticamente posible, dando lugar a cierta «privatización» de las expectativas. A medida en que los políticos se profesionalizan, los programas se tecnifican y, sobre todo, las propuestas de las diferentes opciones se acercan, los ciudadanos pierden el interés de participar y las ganas de concurrir a las urnas se debilitan.

Pero tengamos en cuenta los peligros del uso de los recursos destinados a «encantar» y a «seducir», y reconozcamos que todas estas maniobras pueden ser estrategias eficaces para captar nuestra voluntad ejerciendo una sutil violencia. A veces, el «desencanto» es simplemente «desengaño», una reacción consciente y meditada, tras comprobar que hemos sido víctimas de falaces juegos de palabras o de hábiles trucos de prestidigitadores.

Despabilar

En nuestro lenguaje coloquial es frecuente que usemos las palabras sin advertir que, a veces, son imágenes metafóricas dotadas de un notable poder expresivo. Fíjense, por ejemplo, en el vocablo «despabilar» (o «espabilar», como pronunciamos nosotros aquí en Andalucía). Son abundantes los hablantes españoles que están convencidos de que su significado propio es sacudir el sueño, mantenerse despierto, avivar y ejercitar el ingenio, resolver un problema con agilidad o hacerse cargo de una situación con prontitud. «Los hipotensos —me decía ayer Carmela— no nos (d)espabilamos hasta media mañana». Cuando los padres presumen de tener un niño «(d)espabilado», nos quieren decir que es listo, ingenioso, imaginativo y, sobre todo, que es rápido de reflejos, que posee prontitud en sus reacciones, que está despierto y vigilante. Ser «(d)espabilado» es lo contrario de torpe, simple, pelma, lento, tardo, premioso, pánfilo, indolente, lánguido, pachorroso o flemático.

Pero, si nos atenemos a su origen etimológico, tendremos que decir que «despabilar» es quitar la parte ya quemada del «pabilo». Recordemos que el «pabilo» o «pábilo» es la mecha o la torcida que está en el centro de la vela, de la antorcha o de la mariposa de aceite. El pabilo es también ese cordón envuelto en una leve tela de cera que está atado en la punta del apagavelas —también llamado matacandelas—: ese instrumento en forma de cucurucho que, fijo en el extremo de una larga caña o vara, les sirve a los sacristanes para encender y para apagar la candelería de los pasos de Virgen de nuestra Semana Santa.

El «despabilador» era el señor que, en los antiguos teatros, ejercía el oficio de quitar el «pabilo» de las velas, para que las

llamas se reavivaran y para que los espectadores, aburridos por la pesadez de la obra y adormilados por la luz mortecina, se «(d)espabilaran».

D

Diálogo

«Diálogo» —uno de los temas de moda en las actuales Ciencias Humanas— ha sido la palabra más repetida en los debates de investidura celebrados la semana pasada en el Congreso de Diputados y en el Parlamento andaluz. Los candidatos a presidentes, respectivamente, de los gobiernos nacional y andaluz lo han ofrecido generosamente y los portavoces de los diferentes grupos de la oposición lo han reclamado con insistencia.

El diálogo —ese método didáctico, acreditado desde Sócrates y Platón a lo largo de toda nuestra tradición occidental— es un instrumento que ejerce fascinación en nuestra cultura actual; es la fórmula mágica, la panacea universal, que todos proclaman como solución taumatúrgica de los problemas psicológicos, sociales y económicos. Nadie se atreve a descartarlo incluso cuando no se dan las condiciones necesarias para que sea posible.

Hemos de advertir, sin embargo, que «dialogar» no es simplemente conversar o discutir. Conversar es compartir, discutir es competir y «dialogar» es preguntar y responder, dudar y comprender, analizar y componer, discrepar y acordar. La conversación es un paseo divertido o aburrido; la discusión es un combate en el que unos ganan y otros pierden; y el diálogo es una carrera de relevos hacia una misma meta, hacia un trofeo que gana o pierde todo el equipo. La conversación se conforma con distraer al contertulio; la discusión se propone vencer o convencer al adversario; el diálogo pretende lograr el acuerdo, el pacto o el consenso; el diálogo es búsqueda compartida, oferta generosa y petición esperanzada.

El diálogo —no lo olvidemos— es una forma de relación interpersonal en la que los interlocutores están situados en un mismo plano, reunidos en un ámbito compartido; se miran cara a cara e intercambian las funciones alternativas de hablante y de oyente. El diálogo es el rito social y la herramienta política que definen a la democracia; es el instrumento para alcanzar legítimamente el poder, para mantenerlo y para aumentarlo.

Diciembre

La palabra «diciembre» procede de la latina *december* y ésta de *decem* que significa diez. Recordemos que el actual mes de diciembre, el último del año, era el décimo en el calendario romano hasta que se introdujeron los meses de Julio y Agosto en honor de los emperadores Julio César y Augusto. En el calendario de Rómulo este mes constaba de treinta días, Numa lo redujo a veintinueve y Julio César lo aumentó hasta los treinta y uno que aún conserva.

El emperador Cómodo intentó, sin éxito, cambiarle el nombre por el de Amazona, en honor a una dama cuyo retrato llevaba en un anillo. En este mes se celebraban las Saturnales, fiestas con las que los romanos honraban a Saturno, dios de la tierra y de las semillas. Duraban siete días y eran un retorno a la antigua y dichosa Edad de Oro. Durante esas jornadas de regocijo y de libertad, se suspendían las luchas, las batallas, se aplazaban los suplicios, vacaban los tribunales y, recordando la antigua igualdad de los hombres, los esclavos se sentaban a las mesas y eran servidos por sus amos.

Marcial califica a este mes de «canoso», Ovidio lo llama «gélido» y «fumoso», los sajones lo identifican como «winter-monat» —mes del invierno— y «heligh-monat» —mes santo— porque en él se celebra el nacimiento de Jesús en Belén de Judá y el comienzo de la era cristiana.

En nuestra sociedad actual, diciembre es el mes de la lotería, del consumo por excelencia y de los ritos tradicionales: «del beben y beben y vuelven a beber», del Nacimiento con el portal y la posada, con los ríos de plata, las montañas de corcho, los pastores

D de barro y del Árbol de Navidad con las lucecitas de colores, de los polvorones, los pestiños y el turrón de Jijona, del Anís del Mono y del Coñac Fundador, de los regalos de empresas rumbo-sas, de las comidas opíparas con los compañeros de trabajo, de las cenas familiares. De los encuentros, de los reencuentros y de los desencuentros familiares.

A pesar del bullicio y del jolgorio, es el mes de los buenos deseos, de las reiteradas promesas, de la memoria y, por lo tanto, de la nostalgia, porque, como lo hacían los romanos, volvemos la mirada hacia atrás para recordar lo que perdimos; para recuperar, purificada, una parte de la vida pasada y para reinterpretarla desde el presente. Opino que, cuando contamos el pasado, lo revivimos transformado, y me atrevo a afirmar que, cuando nos olvidamos de los malos momentos, también damos pruebas de gozar de una buena memoria. Tengo la profunda impresión de que sólo alcanzamos la verdad humana de los hechos, cuando nos hemos distanciado de ellos en el tiempo o en el espacio, cuando los recordamos, los contamos y los celebramos con quienes merecen nuestra confianza. Sólo conocemos al árbol, cuando saboreamos sus frutos.

Dinero

En la actualidad, la palabra «dinero» es un colectivo que significa «caudal, bienes en numerario» pero en su origen se refería a una moneda concreta: al «denario», moneda de plata que en su origen valía diez ases (derivado de *deni* «cada diez» y éste de *decem* «diez»). Progresivamente, como es natural, esta moneda fue perdiendo valor y la palabra adquirió un sentido genérico.

El «dinero» es uno de los factores humanos que mejor ilustran la importancia relativa de los objetos y de los instrumentos destinados a proporcionar el bienestar material. Cambia continuamente de valor y, de manera imparable, sufre la mengua de su poder adquisitivo. Los comentarios sobre el aumento continuo de los precios y sobre la devaluación permanente de las monedas son los «tópicos» más repetidos en las conversaciones entre los ciudadanos de cierta edad: «en mis tiempos —afirman— con una peseta compraba un pastel y una entrada para el teatro». Aunque es cierto que, en la civilización actual, el dinero es un instrumento imprescindible para alcanzar muchas metas, hemos de reconocer que no es la herramienta definitiva —omnipotente— para resolver todos los problemas humanos, individuales y colectivos.

El dinero puede cambiar las casas y las ciudades proporcionando un mayor confort y aportando una mayor comodidad, pero los bienes materiales, los vestidos y los muebles, no mejoran por sí solos la calidad humana, ni elevan la categoría moral de las instituciones. El dinero no hace por sí solo a los hombres más generosos, más alegres, más simpáticos, más comprensivos ni más grandes. La grandeza —la estatura— de los seres humanos depende de otros valores que nacen y se cultivan dentro de nosotros.

El progreso exterior, aunque ayude, no nos hace por sí solo felices y la acumulación impulsiva de bienes y el necio consumo pueden, incluso, ser factores maléficos. La paz, la alegría, la amistad, la serenidad, la confianza, la lucidez e, incluso, la simpatía, son dones que no podemos comprar a golpe de talonario.

D

Discípulo

La palabra «discípulo», como es sabido, posee en la actualidad un significado diferente al del término «alumno». «Discípulo» es el que recibe las enseñanzas y, además, sigue los modelos de comportamiento que ve ejemplarizados en un maestro; su sentido, por lo tanto, es más amplio que el de las palabras «principiante» o «estudiante». El discípulo, además de aprender lecciones, sigue unos modelos de vida: es un aprendiz de teorías y un imitador de prácticas, un receptor de información, un adepto que sigue al educador y un partidario que acompaña al maestro. Ser discípulo es establecer un tipo peculiar de relación personal que incluye ciertas dosis de admiración, de respeto, de confianza y de afecto; estos sentimientos determinan la voluntad de identificarse con la persona del maestro y de asimilar su doctrina; implica la disposición de adoptar algunos rasgos de su vida profesional. En consecuencia, la tarea del «maestro» es más amplia, más difícil y más delicada que la del profesor; sólo algunos profesores logran alcanzar la talla de «maestro».

Para entender y para usar de manera adecuada la palabra «discípulo», hemos de reconocer la afinidad que guarda con el término «disciplina» que, como se advierte fácilmente, posee la misma raíz etimológica. Recordemos que disciplina es, en primer lugar, un conjunto organizado de saberes. En este sentido, es sinónima de asignatura y, así, decimos, la disciplina de Lengua, de Filosofía o de Matemáticas; en segundo lugar, «disciplina» es una serie de normas que regulan los comportamientos: «uno de los problemas de la enseñanza en la actualidad —decía un comentarista en la edición de ayer de este mismo periódico— es

la ausencia de disciplina en los centros escolares»; y, en tercer lugar, «disciplina» es un instrumento de penitencia. La disciplina, por lo tanto, igual que el aprendizaje, es conocimiento, acción y sufrimiento.

D La palabra «alumno» —tomada de la latina «*alumnus*»— designa, en su origen, a la persona alimentada por otra; este nombre deriva de un antiguo participio pasivo del verbo «*alere*» que significa «nutrir» o «alimentar». Para Corominas, en su *Diccionari etimològic de la llengua catalana*, el latín «*alumnus*» tenía originalmente el significado de ‘crió o lactante’. Progresivamente adquirió, ya en época romana, el significado que hoy le damos. En español, la palabra «alumno» está documentada a partir del siglo XVI.

Esta etimología está, además, avalada por los nombres que se aplican a este mismo concepto en otros idiomas como, por ejemplo, «*élève*» en francés, que procede del verbo «*élever*» que significa ‘criar’, ‘educar’; o «*pupil*», en inglés —del latín «*pupillus*»— que quiere decir ‘niño’ o ‘muchachito’. En cualquier caso, se parte siempre en principio de la idea de ‘criar’, ‘alimentar’, ‘sacar adelante’ y, después, la palabra adquiere el sentido secundario de ‘enseñar’. «Alumno» está, pues, relacionado con las palabras «alimento» y «alimentar», y, también, con el adjetivo latino *almus*, a, um, que ha dado lugar a la expresión «*alma mater*» que la usamos para destacar el papel que la sociedad le asigna a la Universidad como ‘madre nutricia’.

Disfraz

Según los mitos más antiguos, los vestidos cumplen, en primer lugar, una función moral: sirven para cubrir —«púdicamente»— las partes íntimas del cuerpo. El *Génesis*, por ejemplo, nos cuenta cómo, antes de la desobediencia, «el hombre y la mujer estaban desnudos pero no sentían vergüenza», y, unos versículos más adelante, nos relata que, tras el pecado,

«se les abrieron los ojos a los dos, y descubrieron que estaban desnudos; entrelazaron hojas de higuera y se las ciñeron. Oyeron al Señor Dios, que se paseaba por el jardín tomando el fresco. El hombre y la mujer se escondieron entre los árboles del jardín, para que el Señor no los viera. Pero el Señor llamó al hombre: —¿Dónde estás? Él contestó: —Te oí en el jardín, me entró miedo porque estaba desnudo, y me escondí. El Señor le replicó: Y ¿quién te ha dicho que estabas desnudo?». Posteriormente, ejerciendo el oficio de sastre, «el Señor Dios hizo pellizas para el hombre y su mujer y se los vistió» (*Génesis*, 2-3).

Los vestidos, además, son envolturas protectoras, revestimientos que sirven para resguardar el cuerpo, para defenderlo de las agresiones físicas del ambiente atmosférico: del frío y del calor, de la lluvia y del viento. Los vestidos, finalmente, constituyen unos de los lenguajes más directos para identificarnos, para expresarnos y para comunicarnos. Nos explican la época, la región, la profesión, el nivel económico, la condición social, la edad, el sexo y, si lo

D sabemos usar e interpretar, el talante, la ideología y sobre todo, el sentido estético del sujeto que lo usa. Nuestra lengua posee palabras diferentes para expresar cada una de estas funciones como, por ejemplo, «vestidura» —vestido largo y vistoso para actos solemnes—, «vestimenta» —vestidos rituales para ceremonias—, «traje» —vestido completo o el atuendo peculiar de una región o de una época—, «uniforme» —vestido distintivo de un cuerpo o de una institución—, «hábito» —traje de órdenes monásticas y de congregaciones religiosas— «indumentaria» —conjunto de prendas de vestir—. Pero los vestidos nos pueden servir, además, para embellecer el cuerpo, para disimular los defectos, para resaltar los atributos, e, incluso, para jugar, para divertirnos, para mentir a los demás e, incluso, para engañarnos a nosotros mismos: para simular y para disimular: éstos son los «disfraces».

Recordemos que «disfraz» —artificio para ocultar a una persona o para esconder un objeto— es una palabra compuesta del prefijo «dis-» y el sustantivo «freza» que significa «huella o pista de un animal». En latín vulgar, «defrezar» era un derivado de «frictiare» y de «fricare» que lo traducimos como «restregar». «Disfrazar» fue primitivamente «despistar, borrar las huellas» y, posteriormente, «desfigurar y simular». Creemos, sin embargo, que los disfraces —igual que las caretas, las máscaras y las pelucas— engañan menos de lo que pretenden y descubren mucho más de lo que cubren. Los «disfraces» velan, desvelan y revelan.

Drácula

Este nombre procede de la palabra rumana «dracul» que significa «dragón» —la terminación «a» es el artículo que, en esta lengua, se pospone al sustantivo—. Su significación actual proviene de una conocida leyenda popular según la cual Drácula es un cadáver que sale de la tumba durante la noche, a veces en forma de murciélago, y, para alimentarse, succiona la sangre de las personas dormidas. Se supone que determinados talismanes alejan a los vampiros que, según la tradición, sólo pueden ser destruidos por cremación o clavándoles una estaca en el corazón. La creencia en los vampiros, que se remonta a la antigüedad, cobró gran impulso con la novela *Drácula* (1897) en la que el escritor irlandés Bram Stoker cuenta la historia del conde Drácula, un vampiro de Transilvania, inspirada en el príncipe Vlad Tepes Dracul, quien reinó en Valaquia entre 1456 y 1474.

Fue famoso por las sangrientas campañas que emprendió, primero contra los saxos y luego contra los turcos. El nombre Dracul tiene su origen en la pertenencia del príncipe a la orden de los Caballeros del Dragón, cuyo símbolo era una cruz aplastando una serpiente con alas, garras y llamas que salían por sus fosas nasales. La creencia en los vampiros se agravó durante la época de las persecuciones inquisitoriales: para eliminarlos, clavaban una estaca en el pecho a golpes de martillo. La generalización del fenómeno estimuló su estudio desde las ciencias antropológicas e, incluso, religiosas.

La historia del Conde Drácula de Transilvania cuenta cómo un vampiro incapaz de amar a cualquier ser humano, excepto a una hermosa mujer, se alimenta exclusivamente de sangre. La

leyenda del vampiro existe en varias culturas, pero su relato más conocido es el del Drácula de Stoker. El valor literario más importante de esta historia —que se desarrolla a partir de las cartas que los personajes se envían entre sí y que crean un ambiente de misterio— es su fuerza intensamente sorpresiva.

D El príncipe Vlad Tepes, que nació en el pueblo de Sighisoara en 1431, en Transilvania, ahora Rumania del norte, se hizo célebre por el uso del «empalamiento», una forma de ejecución, que consistía en atravesar a la víctima entre las piernas con un palo largo y puntiagudo del ancho del brazo de un hombre. Vlad disfrutaba especialmente con las ejecuciones en masa, en donde muchas víctimas eran empaladas al mismo tiempo. Solía suspender a sus torturados sobre la tierra, para que el peso de sus cuerpos los bajara muy despacio, y la afilada punta fuera destruyendo sus órganos internos. Vlad, con el fin de gozar aún más con estos espectáculos, ordenaba que se colocara una mesa en la que disfrutaba de un gran banquete frente a sus víctimas.

Drácula, el «hijo del Dragón» recibió este nombre de su padre, que también se llamaba Vlad y pertenecía a la Orden del Dragón, creada por el Santo Emperador Romano Segismundo, con el propósito de vencer a los turcos. El padre de Vlad usó el símbolo del dragón en sus monedas. Drácula, a pesar de su popularidad por su sadismo, fue respetado por sus súbditos, merced a sus feroces campañas contra los turcos. Murió violentamente y fue enterrado en un monasterio que construyó, en la isla de Snagov.

Emblemático

Es posible que muchos de los adultos mayores de cincuenta años, cuando escuchan o leen esta palabra —«emblemático»—, tan de moda en la actualidad, recuerden aquellos «emblemas» colgados en el ojal de las chaquetas, como si fueran las insignias de su equipo de fútbol preferido o de las cofradías de Semana Santa de la que eran hermanos.

¿Se acuerdan de aquel escudo de cartón que, tras la Guerra Civil, era un requisito imprescindible para asistir a los espectáculos públicos y para tomar unas copas en cualquier bar? Era una forma complementaria de pagar un impuesto a favor de las obras benéficas y de las actividades recreativas organizadas por el Auxilio Social.

Los emblemas, a los que se aluden frecuentemente en textos antiguos, como la Biblia, Homero y Hesiodo, son símbolos que representan otra realidad, son soportes de significación, son significantes cargados de mensajes, son metáforas visuales. En la actualidad —probablemente debido a su eufonía, a su sonido agradable— su uso se ha extendido de manera excesiva con significados poco precisos. En vez de afirmar que un edificio, por ejemplo, es importante por su función, significativo por el estilo arquitectónico, representativo de una época histórica o, incluso, sorprendente por el lugar en el que está situado, se dice que es «emblemático».

«Emblema» es una palabra que procede del verbo griego «emballein» que significa arrojar o injertar. Los griegos llamaban «emblemas» a las obras taraceadas, a esos mosaicos elaborados con trozos de piedras de diferentes colores. Luego pasó a significar una especie de jeroglífico dotado de diferentes significados.

Posteriormente, los latinos llamaban «emblema» a cualquier adorno confeccionado en relieve. De esta raíz se han derivado diferentes voces que usamos continuamente con significados distintos como «émbolo» que en latín designaba al pene; «balón», «bala», «embolado», «embolia» e, incluso, de ahí proceden otros términos de significados actuales diferentes como «símbolo» o como «problema», palabras que explicaremos en otra ocasión.

Embuste

Una de las aficiones más generalizadas entre los amantes de la cultura de todos los tiempos es la de hacer ejercicios de etimología popular. Esta tarea consiste, como es sabido, en buscar la procedencia de las palabras usando como principales pistas el parecido fonético y, sobre todo, la intuición. Aunque es cierto que la mayoría de las veces no atinamos con su verdadero origen, también es verdad que este ingenuo pasatiempo puede resultar divertido, al menos, como tema de una amigable tertulia de café.

A lo largo de la historia encontramos autores acreditados que han propuesto hipótesis atractivas sobre las palabras de uso frecuente cuyos orígenes resultaban desconocidos. El libro de las *Etimologías* del autor sevillano San Isidoro, con sus afirmaciones tan ingeniosas, constituye una cita de inevitable mención.

Les propongo que lean la interpretación que hace Luis Felipe Monlau, un acreditado autor de Retórica y Poética del siglo XIX, sobre la palabra «embuste», de origen incierto:

«A mediados del siglo XVI anda vagando por Europa y principalmente por Italia unos charlatanes que con prestigios vanos hacían aparentes maravillas, vendiendo además remedios secretos y específicos. Entre estos últimos preconizaban un unguento prodigioso para curar toda quemadura; y en prueba de su eficacia, cogían una ascua con la mano, o se echaban plomo derretido en cualquier parte de su cuerpo, y aplicando enseguida el unguento, quedaba la parte quemada como si tal quemadura no hubiese habido.

Y realmente no la había habido, porque los embaucadores tenían buen cuidado de resguardarse la piel con alguna preparación adecuada para resistir la acción del calórico. Pero el vulgo crédulo e ignorante quedaba maravillado, compraba muchos botes de unguento y daba a los charlatanes el nombre de «embustidores», como «in-ustidores», «in-ustos», incombustibles, que no se quemaban. De ahí la acepción genérica o trasladada que se dio a toda mentira disfrazada con cierto artificio, a toda farsa o trapacería, etcétera. Covarrubias saca «embuste» del verbo latino «*imbuo*», «*imbuere*», «*imbutum*», imbuir, porque nos hincha la cabeza de mentiras y desvanecimientos; etimología que tiene todas las trazas de ser de sonsonete».

Esta palabra «embuste» y su derivado «embustero», que es, en la actualidad, de uso frecuente sobre todo en el lenguaje coloquial, la encontramos muy repetida en textos de nuestra literatura clásica como, por ejemplo, Miguel de Cervantes, Félix Lope de Vega, Francisco de Quevedo o Luis de Góngora. El «embuste» se diferencia de la «simple mentira» en el ingenio con el que está fabricado y, sobre todo, en la habilidad con la que se propone. El «embuste» es una «trola», una mentira elaborada, y el «embustero», un «troloso», un mentiroso profesional.

Empecinarse

Resulta sorprendente el cambio de significado que experimenta el verbo «empecinar» si lo usamos en su forma reflexiva —«empecinarse»—: «empecinar» significa «manchar» y «empecinarse» quiere decir «obstinarse». Recordemos que la palabra «pecina», que procede del latín *«picina»* y ésta de *«pix»* —la pez— significa cieno de color negruzco y, metafóricamente, cosa turbia, riña ruidosa, alboroto irritante o escándalo estridente. El verbo «empecinar», por lo tanto, quiere decir untar un cuerpo con pez o pecina, y el adjetivo «empecinado» califica a los objetos que están manchados o embadurnados con «pecina», con grasa o con barro.

Este término se sigue usando con dicho significado en la provincia de Valladolid y, más concretamente, en el municipio de Castrillo de Duero en cuyas proximidades las humedales del río llamado El Botija han creado unas amplias balsas de cieno oscuro, de lodos negruzcos, que reciben el nombre de «pecinas». Con tono de broma y con cierto deje despectivo, los vecinos de los pueblos cercanos llamaban «empecinados» a los que venían al mundo en las orillas de ese barro; los consideraban como si fueran hijos del arroyo humilde o frutos de la tierra oscura.

Aunque, según Corominas, es poco probable que de aquí se derivara el significado del adjetivo «empecinado» para definir los comportamientos constantes, tenaces y tercos, y el del verbo «empecinarse» para calificar la manera aferrarse u obstinarse en una determinación, la hipótesis de esta interpretación nos resulta sugerente y atractiva. El origen de su historia se remonta a los principios del siglo XIX, fecha en la que el esforzado e

indomable comportamiento de Juan Martín, natural de Castrillo, convirtió ese apodo en timbre de gloria, hasta tal punto que, en la actualidad, nos sirve para enaltecer, no sólo la perseverancia, la tenacidad y la constancia, sino también la terquedad, la tozudez y la obstinación.

E Juan Martín fue un labrador que ingresó en el ejército para luchar contra los franceses durante la República entre los años 1793 y 1795. Durante la campaña del Rosellón, fue encarcelado pero logró escapar. Fue uno de los pocos militares que apoyó a Riego y a la Constitución y declaró guerra eterna a Napoleón y a sus viles esclavos que lo siguieron.

Cuentan los cronistas que el atractivo de su figura provocaba la sublevación de los pueblos que atravesaba; logró escapar de todos los peligros pero, cuando, tras la rendición de los generales liberales ante los franceses de Angulema, Juan Marín se quedó solo, le apresaron mientras dormía y él aceptó ser encarcelado para salvar a sus hombres. Lo encadenaron y lo llevaron a rastras, entre los vejámenes del populacho, a Roa. Su propia mujer también lo traicionó. Viendo que su vida peligraba, se movilizaron sus compañeros y hasta el rey de Inglaterra pidió clemencia, pero el monarca español confirmó la sentencia. Durante los días que transcurrieron hasta su ejecución, «El Empecinado» fue exhibido en la plaza de Roa encerrado en una jaula y expuesto a las afrentas del populacho. El 19 de agosto, tras romper las esposas al pie del cadalso y tratar de huir a una iglesia, Juan Martín murió en la horca —se le negó ser fusilado— por atentar contra los derechos del Trono, que había defendido con su sangre.

Enchufe

El «enchufe», en su sentido literal, es un aparato que sirve para conectar dos o más hilos conductores de electricidad, de sonidos o de imágenes. Usada en su acepción metafórica, esta palabra nos sirve para referirnos al vínculo familiar o amistoso que proporciona un trato privilegiado en la consecución de puestos, principalmente, laborales; recordemos los ejemplos recientes de los «hermanísimos», de los «cuñadísimos» o de los «sobrinísimos».

Tradicionalmente, este último significado se ha designado mediante el tecnicismo «nepotismo» que, usado en el ámbito de la política, significa el trato preferencial que algunos gobernantes proporcionan a sus parientes en la designación de los empleos públicos o en la concesión de gracias, de favores o de distinciones. Procede del adjetivo latino *nepos* que significa nieto, sobrino, pariente y, posteriormente, disipador, pródigo, gastador o manirroto y, en la Edad Media se usaba para designar a los privados o los favoritos de los papas, y para significar la práctica de favorecer a los sobrinos asignándoles dignidades eclesiásticas. Los historiadores suelen citar como ejemplo de «nepotismo» el generoso comportamiento del cardenal Pamphilio con su sobrino don Luis de Haro al que le concedió favores, beneficios, cargos, prebendas y distinciones. Esta práctica, según algunos autores, era una manera pacífica de transmitir posesiones evitando las guerras dinásticas y los conflictos sucesorios que se producían en el ámbito civil y político.

Los psicólogos explican que la preocupación por la propia familia es una extensión del amor a uno mismo. Tiene que ver con

E el afecto a los propios genes, de los que también son portadores los parientes cercanos. Cuando proyectamos tareas y reflexionamos sobre su fines, frecuentemente tenemos en cuenta, además de nuestros propios valores, propósitos e intereses, los de nuestros familiares, y en especial, los de nuestros hijos, que son los portadores directos de nuestros genes. Esta conducta, además de las explicaciones filosóficas y religiosas, tiene una obvia base biológica y se refleja en nuestra conciencia moral. La preocupación por nuestros parientes a veces, incluso, entra en conflicto con nuestros propios intereses, por un lado, y con nuestro sentido de la justicia y de la imparcialidad en nuestras relaciones sociales, por otro. Muchos sistemas políticos han tenido que adoptar disposiciones legales específicas para tratar de limitar el nepotismo en la esfera pública. De ahí se ensanchó la definición al vicio de la Administración pública de repartir los cargos no en razón de la valía, sino en razón del parentesco o de la afinidad de cualquier tipo.

No debe extrañarnos demasiado esta conducta ya que, hasta los animales la practican. El sociobiólogo William Hamilton ha explicado unos comportamientos que, a primera vista, son sorprendentes porque nos resultan exageradamente altruistas, como, por ejemplo, los insectos sociales que, como las hormigas y las abejas, se esfuerzan por cuidar a sus crías y a sus hermanas de enjambre tratando de maximizar la transmisión de sus propios genes a la generación siguiente.

Enero

La palabra «enero» procede de la voz latina *ianuarius*, que significa «portero», el encargado de abrir y de cerrar la *ianua*, la «puerta». Ésta, en la interpretación mitológica, era el lugar perteneciente a Jano —en latín, *Janus*, *Dianus*, el Apolo del sol— el dios tutelar de las puertas del cielo, de los caminos de la vida y del transcurso del tiempo.

Los romanos, para significar que tenía el don de recordar el pasado y de predecir el porvenir, lo representaban dotado de una cabeza de dos caras que estaban orientadas en dos direcciones opuestas. También lo pintaban con una llave en la mano izquierda para expresar su convicción de que era el dios que abría el año. En la mano derecha portaba una baqueta, una vara que usaban como arma los porteros romanos para defenderse. El templo en el que le rendía culto, cuando estaba cerrado, simbolizaba la paz, y, cuando estaba abierto, la guerra. La fábula pinta a Jano como el portero porque, como numen tutelar del año, abre la puerta de este periodo de tiempo.

Al comienzo del mes de enero, la «puerta» que nos permite la entrada al nuevo año, nos resulta obligada una reflexión sobre el tiempo, sobre esa realidad vital esencial, que, objeto de la Filosofía, de la Literatura, de la Teología y de la Mitología, ha sido interpretada, a lo largo de toda la Historia de la civilización humana, desde diferentes perspectivas y ha sido medida con distintas medidas y pesada con diversas pesas.

El tiempo es, además, uno de los factores humanos que cada uno de nosotros puede pensarlo y, por lo tanto, vivirlo de formas distintas. En contra de todas las apariencias, el tiempo es una

E de las dimensiones humanas más dúctiles, más maleables y más manipulables. Para el ser humano, si emplea con habilidad la memoria y la fantasía, el tiempo es algo más que una mera sucesión lineal de instantes y posee múltiples dimensiones; es algo más que un simple receptáculo, un estrecho camino, un río sinuoso, una rueda imparabla, una rueda, una aburrída noria, un frágil cofre, un arca; es más que plata u oro. Es la moneda que podemos capitalizar, rentabilizar, derrochar y malgastar. Con el tiempo podemos comprar, sobre todo, vida.

En contra de lo que nos dicen las ciencias, podemos perder el tiempo y recuperarlo, pararlo y aligerarlo, estrecharlo y ensancharlo, alargarlo y acortarlo, enriquecerlo y empobrecerlo. ¿No es cierto que usted ha vivido unos minutos larguísimos y otros cortísimos? ¿No es verdad que ha revivido momentos de felicidad o de dolor? El tiempo, efectivamente, es un billete ambivalente: su valor depende del empleo que de él hagamos.

Una de las maneras de descubrir los diferentes significados que se le han atribuido es considerar las distintas maneras de medirlo y, sobre todo, analizar los nombres con los que se designa a cada una de sus divisiones y tramos que, como afirma Mariano Peñalver, empleamos para «dominarlo».

Engolliparse

Es posible que, durante las fiestas navideñas pasadas, usted haya oído o pronunciado el verbo «engolliparse» si, tras cualquiera de las múltiples comidas rituales y después de haber degustado el clásico pavo trufado, rociado con los generosos vinos de Sanlúcar, de El Puerto o de Jerez, algún comensal ha engullido uno de esos apetitosos polvorones de Estepa, se ha atragantado con algún alfajor de Medina Sidonia o, quizás, un trozo del piñonate de Jimena de la Frontera.

En unos jugosos comentarios léxicos durante el Seminario de los Cursos del Verano pasado, dedicado a los «Tópicos andaluces», las dos Teresas —Agudo y Alba— me pusieron sobre la pista de la naturaleza compuesta de dicha palabra que, aunque a primera vista, puede parecernos vulgar, posee un origen y una composición que la acreditan como culta.

La palabra «engolliparse», como todos sabemos, la usamos para expresar esa desagradable sensación que experimentamos cuando se nos atora (obtura o cierra) la faringe; cuando se atraviesa un alimento en la garganta, impide la respiración, contrae el diafragma y produce espasmos periódicos acompañados de incontrolados sonidos guturales.

Si la descomponemos, podemos distinguir cuatro elementos que, entrelazados, forman este vocablo intensamente expresivo: en-goll-ipar-se. El primero, en- (prefijo intensificador) y el final -se (pronombre) no ofrecen un especial interés ya que forman parte de muchas palabras usadas en nuestras conversaciones cotidianas como, por ejemplo, en-gordar o em-borrachar-se. Los dos elementos centrales, por el contrario, no resultan notablemente

orientadores. «Gol» es una abreviación de «gola» —o «gula»— que significa «cuello», «garganta».

Recordemos otras palabras derivadas de esta misma raíz como, por ejemplo, «gula» —apetito desordenado de comer—, «gollete» —cuello de una botella—, «gorguera» y «gola» —pieza de la armadura que protege la garganta—, «engullir» —comer atropelladamente y sin masticar—, «degollar» —cortar la garganta o el cuello—, «goloso» —degustador de dulces—, «golosina» —dulce o manjar que se come por placer o alimento que es más agradable que provechoso—, «engolado» —afectado y enfático en la manera de hablar y antiguamente se decía de quien vestía la gola— e, incluso, «goliardo», adjetivo con el que se designaba a los clérigos que llevaban una vida irregular y, por extensión, a los estudiantes medievales cuyos hábitos de comportamiento eran excesivamente libertinos—.

La segunda parte —ipar— nos resulta más fácil de descifrar. El sustantivo «hipo» y el verbo «hipar» son palabras onomatopéyicas que reproducen en cierta manera el sonido gutural que emitimos cuando, por causa de una ingestión incontrolada, se nos va algún alimento por «mal camino» y se nos corta la respiración.

Ensayo

Los diccionarios actuales definen el «ensayo» —«el hecho y el resultado de ensayar»— como la prueba a la que se someten los aparatos o los materiales antes de que sean empleados; es la representación completa de una obra de teatro antes de su estreno; es el análisis de una moneda para descubrir su ley y, finalmente, es una «obra o escrito, generalmente breve, en el que se trata de alguna materia, sin el aparato ni extensión propios de un tratado completo». En esta ocasión, para responder a varios lectores y, en especial, a Sebastián, explicamos su sentido técnico en el ámbito de la escritura, apoyándome en las investigaciones del escritor suizo francófono Jean Starobinski.

La palabra «ensayo» —*essai*, en francés— se conoce desde el siglo XII y proviene del bajo latín «*exagium*» que significa «balanza», el instrumento que sirve para pesar. El verbo español «ensayar» deriva del latino «*exagiare*», que quiere decir «pesar». Próxima a esta palabra se encuentra «examen», que es la aguja o la lengüeta del fiel de la balanza y, por extensión, el acto de pesar o de controlar. Pero otra acepción, alejada de la anterior, designa el enjambre de abejas y la bandada de pájaros. La etimología común será el verbo «exigo» que significó empujar hacia fuera, expulsar y, más tarde, exigir. Si tenemos en cuenta todos estos orígenes, la palabra actual «ensayo» se llena de ricos significados: la tarea de pesar de una manera exigente, de examinar atentamente, pero, también, la construcción de un enjambre verbal que libera su impulso.

El primer y el más conocido trabajo que lleva este nombre es la obra del pensador renacentista francés, Montaigne (1533-

1592) publicada en 1575, pero es tras el estudio de Locke, titulada *Essay concernig Human Understanding* —*Ensayo sobre el entendimiento humano*—, cuando la palabra «ensayo» caracteriza a los libros que proponen ideas nuevas e interpretaciones originales de problemas controvertidos. Esta misma línea la siguió Voltaire en su *Essai sur les moeurs* —*Ensayo sobre las costumbres*— y Bergson en su *Essai sur les donées immédiates de la conscience* —*Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia*—.

En la actualidad, el ensayo reúne un conjunto de visiones que constituyen una interrogación sobre las relaciones del escritor y el libro (Maurice Blanchot), una expresión de un nuevo humanismo universal (André Malraux), una situación del escritor (Jean-Paul Sartre), investigaciones emparentadas con los descubrimientos imprevistos (Paul Valéry), y el conocimiento se pierde en una infinidad de sistemas infinitamente variables. La discontinuidad se convierte así en la regla del ensayo y en el camino para acercarse a la verdad. Hemos de reconocer, finalmente, que en la Universidad, a partir de la época de apogeo del positivismo, rechazó el ensayo arrojándolo a las tinieblas exteriores. En las evaluaciones de los tribunales de tesis doctorales menosprecian a los ensayistas como amables aficionados que, muy próximos a los críticos impresionistas, se sitúan en la zona sospechosa de los trabajos «no científicos».

Erótico

E

En conversaciones informales e, incluso, en los comentarios periodísticos, es frecuente que identifiquemos el amor con el erotismo, el erotismo con la sexualidad y la sexualidad con la genitalidad. Esta confusión tiene un origen mitológico lejano y una razonable explicación semántica. Hemos de advertir que estos cuatro términos se solapan: en la teoría están estrechamente vinculados y en la práctica representan distintas capas de una de las experiencias humanas más fundamentales, más complejas, más ricas y más fecundas.

Para formarnos una idea del fundamento de esta interdependencia conceptual y de su relación con los valores primarios de la creación y de la procreación, podemos recordar que el adjetivo «erótico» deriva directamente de la palabra latina *eroticus* y ésta de la griega *eroticós* que designa los objetos y las acciones que están relacionados con el *eros*, con el amor. Es cierto que los diccionarios modernos reservan este término para referirse al «amor sensual» y, más concretamente, a los sentimientos afectivos que se expresan mediante acciones sexuales, pero también es verdad que, en la tradición, su significado era más amplio y más profundo.

La Historia del Arte —en especial, la Pintura, la Escultura y la Literatura— muestra que los comportamientos eróticos constituyen una práctica constante en todas las culturas y una fuente permanente de inspiración. La Mitología ha personificado el amor en Eros, el dios del amor, y ha explicado su origen de diferentes maneras. En un principio se consideraba nacido a la par de Gea —la madre Tierra de donde nacen todas las razas divinas— y del Caos. Unas tradiciones cuentan que nació del Huevo Original en-

gendrado por la Noche, cuyas dos mitades, al romperse, formaron el cielo y la tierra respectivamente; otras versiones, que lo consideraban como un dios menor, apuntaban que Eros era un genio intermediario entre los hombres y los dioses, y que había nacido de Poros —el Recurso— y Penía —la Pobreza—. Se caracteriza por ser una fuerza excitada, inquieta e insatisfecha.

E

Aunque diversas tradiciones proporcionan distintas genealogías, la leyenda más difundida establece que era hijo de Afrodita —la diosa del amor— y de Hermes —el mensajero de los dioses—. Se suele representar bajo apariencias ingenuas pero, en el fondo, es un dios poderoso y grande. Su madre, por ejemplo, lo trataba con muchas consideraciones e, incluso, le inspiraba cierto temor. Entre las múltiples historias que se han narrado, podemos recordar aquel relato romántico, recreado en varias ocasiones por diferentes literaturas, en el que Eros se enamora de la mortal Psique, posteriormente, pierde a su amada y, luego, la recupera, casándose con ella. En ocasiones, se le llama Amor o Amores, y su versión latina es conocida como Cupido.

Escaquearse

Las palabras, como los demás objetos e instrumentos humanos —como los edificios, los vestidos o los automóviles— se ennoblecen y se degradan, se enriquecen con los valores sociales de su entorno y se contagian de las miasmas del ambiente viciado que respiran.

El prestigio social de las palabras no depende, a veces, de su origen etimológico, sino del camino por el que han venido hasta nosotros y de los lugares en los que han vivido. Las palabras, igual que las demás obras humanas, poseen vida, fecha de nacimiento, país, domicilio, período de maduración, vejez y muerte. Enriquecen y empobrecen, luchan y descansan, ganan y pierden, enferman, se curan y, algunas veces, tras un largo tiempo enterradas, resucitan. En determinados momentos son valoradas y, en otros, despreciadas.

Algunos términos, a pesar de haber nacido en noble cuna, son considerados como «plebeyos», debido a los ambientes «vulgares» en los que, posteriormente, se han desarrollado.

Este es el caso de «escaquearse» que significa escabullirse y, en la actualidad, figura en los diccionarios de «argot», de «germanía» —palabras de marginados— o de «jergas» —palabras específicas de profesiones u oficios—, y, en general, en los glosarios especializados.

Procede del italiano donde sirve para designar los pequeños cuadrados blancos y negros en los que se divide el tablero para los juegos de ajedrez y de damas: esas casillas en las que se colocan de manera ordenada las fichas.

Con una significación muy parecida se siguió usando en los cuarteles: los soldados se colocaban de manera estratégica para

dar la impresión a sus jefes de que estaban ejecutando un trabajo cuando, en realidad, estaban «escurriendo el bulto», «librándose de un trabajo» o «zafándose de una situación comprometida». Aquellos hablantes que evitan esta palabra por juzgarla vulgar, probablemente, desconocen que su origen más remoto procede del persa «*xah*» que significa, nada menos, que rey.

E

Especular

El cultismo «especular» es un verbo que, en diferentes contextos y con distintos sentidos, lo usamos en la actualidad con notable frecuencia: «especulan», por ejemplo, los futbolistas, cuando hacen «centrocampismo», cuando retienen en exceso el balón en el centro del campo, pasándolo horizontalmente con el fin de impedir que los jugadores del equipo contrario se apoderen de él e inicien un peligroso contraataque. Algunos comentaristas deportivos, tomando una imagen de la Física, prefieren decir «congelar el balón». La «especulación económica» consiste en alzar de manera intencionada e interesada del valor de los productos aprovechando su escasez, sirviéndose de informaciones confidenciales o privilegiadas en la Bolsa, para lograr el máximo beneficio propio, en muchos casos, con el perjuicio de los terceros que padecen el encarecimiento así generado.

«Especulan», también, los poseedores de capitales que, de manera permanente, compran y venden acciones para aumentar las ganancias sin arriesgar sus dineros en inversiones socialmente productivas. Se trata de una actuación que pretende obtener beneficios por las diferencias previstas en las cotizaciones, basándose en las posiciones tomadas según la tendencia esperada. El especulador pretende maximizar su beneficio en el menor tiempo posible, minimizando la aportación de fondos propios.

«Especulan» con el suelo los que, por ejemplo, lo urbanizan atravesándolo de calles, de cañerías para los desagües, de tuberías para el agua potable, de cables eléctricos y de líneas telefónicas, y, como, consecuencia, multiplican desmesuradamente su valor. «Especulan», también, los filósofos que reflexionan sobre

cuestiones teóricas: elaboran hipótesis, relacionan ideas, extraen conclusiones, formulan tesis, aventuran conjeturas o, en resumen, construyen teorías.

Hemos de recordar que el verbo especular procede de la palabra latina *speculum* —en español *espejo*— que, a su vez, es un derivado del arcaico verbo latino «specere» que significa mirar. El espejo, como es sabido, es una superficie metálica lisa y bruñida o un cristal azogado en el que se reflejan las imágenes. Metafóricamente, también usamos este término para referirnos a los seres humanos que nos sirven de modelos ejemplares, dignos de imitar. San Isidoro de Sevilla afirma que «los espejos son donde las mujeres se miran el rostro. Se llama *speculum* porque devuelve la imagen por la luz (*splendor*); o porque, contemplándose en él, las mujeres consideran el aspecto de su rostro y se aplican lo que consideran que les falta para completar su belleza».

El espejismo, por el contrario, es el fenómeno óptico motivado por la reflexión total de la luz, por lo que los objetos alejados proporcionan una imagen invertida. Esta palabra también la usamos metafóricamente cuando, por ejemplo, llamamos espejismo a la ilusión vana, a la quimera, al ensueño, a la mera creación de la fantasía.

Espíritu

La palabra «espíritu» posee diversos y, a veces, opuestos significados. Para advertir sus distintos sentidos, podemos comparar algunas expresiones frecuentes como «tener espíritu deportivo» o «entregar el espíritu», «estar en espíritu con un amigo» o «vivir según el espíritu». En todas estas frases identificamos algunas analogías y profundas diferencias. Todas ellas tienen en común la designación de un elemento esencial que lo define y que le proporciona consistencia. A esta palabra le ocurre como a todas las que, en la actualidad, designan realidades abstractas o «espirituales»: que en su origen significaban objetos físicos o acciones materiales. En el mundo clásico, esta palabra, derivada del verbo latino *spirare*, significaba respirar, alentar y «soplar» como lo hace, sobre todo, el viento. La Biblia interpreta el viento como un misterio que, dotado de una violencia irresistible, unas veces derriba las casas, los cedros y los navíos de alta mar, otras se insinúa en el murmullo, otras seca con su soplo tórrido la tierra estéril y, en ocasiones, derrama sobre ella el agua fecunda que hace germinar la vida.

Lo mismo que el viento sobre la tierra maciza e inerte, el hálito respiratorio, frágil y vacilante, es la fuerza que sostiene, anima y proporciona vida al cuerpo. El hombre no es dueño de este hálito, aun cuando no puede prescindir de él y muere cuando se extingue. Como el viento, pero de una forma mucho más inmediata, el aliento respiratorio, en particular el del hombre —dice la Biblia— viene de Dios y vuelve a él con la muerte. Mientras dura en el hombre, este soplo le pertenece realmente, hace de su carne inerte un ser operante, un alma viva. Por otra parte, todo

lo que afecta a esta alma, todas las impresiones y las emociones del hombre se expresan por su respiración: el miedo, la cólera, el gozo, el orgullo, el odio y el amor. Todo modifica su aliento. El viento —el soplo o el espíritu— es, pues, la expresión misma de la conciencia humana. Entregar en las manos de Dios este «espíritu» es a la vez exhalar el último suspiro.

E

Estudio

Aunque es cierto que la palabra «estudio» nos trae unos ecos más racionales que emotivos, unas connotaciones más teóricas que prácticas y unos parentescos semánticos más intelectuales que vivenciales, si pretendemos comprender todo su significado, hemos de advertir que el verbo latino —*studeo*— del que procede, posee más bien un contenido afectivo; expresa una pasión intensa, una decisión tajante y un compromiso sostenido. *Studere*, nos dice el diccionario, es «afanarse», «dedicarse con afán», «poner empeño». Recuerden los estudiantes de latín que *studere agriculturae* lo traducíamos por «dedicarse con afán a la agricultura», y *studere nobis rebus* quiere decir «maquinar un revolución». El «estudio», por lo tanto, es una operación compleja que compromete la inteligencia, el corazón y la vida.

La acción de «estudiar» es, además, un proceso de comunicación que implica el enlace de tres factores: dos sujetos humanos que se conectan y el medio de conexión: la palabra que, como hemos dicho en otra ocasión, es siempre portadora de sensaciones, de sentimientos y de ideas. «Estudiar», por lo tanto, es encontrarse con algo, con alguien y encontrarse a sí mismo. Es dejarse teñir con nuevos colores, transformarse con las diferentes formas y enriquecerse con los valores distintos que nos transmiten esas palabras que, pronunciadas o escritas por otro ser, iluminan, orientan y alientan nuestras vidas. El estudio exige, por lo tanto, la aplicación, el celo, el ardor y la diligencia.

Estudiar es acoger lo que, hasta entonces, era para nosotros nada, para convertirlo en esa presencia, en esa voz, en esa mano, en ese perfume, en ese regazo, en esa infinidad de detalles, en esa

otra cosa tan absolutamente ajena a nosotros, pero que, quizás desde la lejanía del tiempo o del espacio, estaba ahí trazada en los raíles de las páginas. Estudiamos, es cierto, desde la propia vida para lograr una vida más consciente y más plena; estudiamos la realidad actual para transformarla en otra más auténtica y más honda.

E

Estudiar es reflexionar sobre nosotros mismos y tomar conciencia del espacio y del tiempo en el que vivimos; es respirar un aire limpio, para alimentarnos, para crecer y para renovarnos. Pero es, también, criticar obras vacías, plagiadas, petulantes, adulatoras, triviales, para comprometernos con causas más nobles y para hacernos más libres.

Hemos de estudiar, por lo tanto, no sólo con la inteligencia, sino también con los sentidos —con la vista, con los oídos, con el tacto, con el olfato— y con los sentimientos —con la esperanza, y, por supuesto, con amor—.

Aunque se sorprenda Ignacio, ferviente degustador de palabras, hemos de señalar que la palabra «estuche», que proviene directamente del verbo «estujar» —que significa guardar cuidadosamente un objeto, ocultarlo de la vista— también posee un origen remoto en el verbo *studiare* que traducimos por los verbos «guardar» y «cuidar». «Estudio» significa «celo», «aplicación», «ardor» y «esfuerzo».

Extranjero

La palabra «extranjero» está tomada de la francesa antigua «estrangier» y ésta a su vez de «strange» que significa «extraño», derivada de la latina *extraneus*, exterior, ajeno, diferente. Pero el sentido concreto de esta palabra cambia continuamente dependiendo de diversos factores sociales y económicos.

Durante siglos, el «extranjero» fue para el europeo el otro europeo. El alemán para el francés, el inglés para el mediterráneo, el francés para el español o el italiano para el portugués. La palabra «extranjero» designaba al que estaba más allá de las fronteras nacionales. Sólo los privilegiados las franqueaban: los hombres de Estado o los comerciantes, los artistas o los diletantes. Los pobres que la pasaban por necesidad procuraban disimular su origen y fundirse en la población nueva que los acogía. A no ser que la frontera se convirtiera en lugar de choque de masas humanas enfrentadas en las guerras que iban trazando la historia de Europa.

Más allá de Europa estaban las colonias; y más allá todavía, esas tierras desconocidas cuyos nombres se leían curiosamente en los mapas de las escuelas. Los libros de historia repetían los estereotipos ancestrales sobre el extranjero, mezcla de admiración y de temor, y exaltaban la originalidad de la nación de cada uno. Hoy sabemos que se trataba de una historia muy estrecha, la de una Europa que creía ser el centro del mundo.

Hoy las cosas son distintas. La historia se ha acelerado y la geografía abraza todo el planeta. Las fronteras se ha hecho permeables. Basta con pasearse por cualquier ciudad o aldea de Europa para percibir que los extranjeros están en todas partes.

Llegan de todos los rincones del mundo, no solamente de Europa, sino de África, de América, de Asia y de Oceanía. Hasta el punto de que la palabra «extranjero» empieza a designar cada vez más a las poblaciones del Tercer Mundo.

Llegan con su fuerza de trabajo, con sus estilos de vida y con sus costumbres, transformando los barrios de las grandes ciudades en un anejo de su patria lejana. Constituyen los nuevos europeos. ¿Cómo se sitúan estos nuevos europeos en Europa? ¿Y cómo puede Europa situarlos? En otras palabras, ¿cómo ven ellos a Europa y cómo son vistos por los europeos que les precedieron en el viaje?

Europa es para la mayor parte de los que vienen la tierra de la necesidad y, al mismo tiempo, la de un proyecto. Tierra de asilo, ofrece seguridad, libertad de opinión y respeto a la persona, pero, después, de unos años, se convierte en la nueva ciudad donde plantar su tienda y construirse un porvenir.

Para los emigrantes económicos que llegan con el único recurso de la fuerza de sus brazos, tras un proceso de adaptación, integración, asimilación e inserción, Europa se convierte en el nuevo hogar.

Familia

La palabra castellana «familia» procede de la misma voz latina *familia*, que, en su origen, designaba el conjunto de los esclavos y de los criados que acompañaban y servían al señor. Esta palabra deriva, a su vez, de otra latina —*famulus*— que significa sirviente y esclavo. Recordemos que, por ejemplo, en los años cincuenta, el Obispo de Cádiz, don Tomás Gutiérrez Díez, estaba asistido por un «familiar» —Saturnino García y, posteriormente, Marcelino Martín— y al Rector del Seminario, don Pablo Álvarez Moya, lo atendía un «fámulo» —Andrés López Martínez al que le sucedió José Carlos Muñoz García—. En el Siglo de Oro, por el contrario, la palabra «familiar» —por abreviación de «demonio familiar»— se usaba frecuentemente para designar al diablo que tenía trato con una persona.

La «familia», considerada como unidad social, ha existido en todos los pueblos y en todas las épocas de las que nos han llegado testimonios históricos. Su función, destinada a asegurar la propagación de la especie mediante la protección y la provisión mutuas, ha sido necesaria para la supervivencia de la humanidad, para el desarrollo de las personalidades socialmente útiles, para la transmisión del idioma y de la escritura, y para la difusión de las pautas de conductas sociales. Aunque los sociólogos y los psicólogos coinciden en señalar la importancia de la familia en el crecimiento de sus miembros, en los aspectos biológicos, psicológicos, sociales, éticos y religiosos, hemos de recordar que la familia no siempre ha sido valorada como el modelo y el núcleo de la sociedad. Platón, por ejemplo, no sólo menospreciaba su papel, sino que defendía que la supresión de la familia aumentaría el amor a la patria.

F

Todos sabemos que las ideologías colectivistas del siglo pasado consideraban a la institución familiar como un freno para el progreso social de los pueblos. Y tradicionalmente algunas iglesias —sobre todo, muchas sectas religiosas— exigen a sus miembros que se distancien de la familia para evitar la contaminación mundana. Los modelos de relaciones entre sus miembros, tanto en la patriarcal —dirigida por el varón más anciano—, en la matriarcal —en la que la mujer sigue siendo miembro de su familia de origen—, como la actual igualitaria, no han sido siempre justos. Lo mismo podemos afirmar de las regulaciones jurídicas. Recordemos, por ejemplo, los derechos de primogenitura y los mayorazgos que reservaban al primogénito la fortuna paterna y originaban, en vez de lazos fraternales, profundos odios y feroces aversiones. Pero la memoria histórica nos confirma que las diversas experiencias llevadas a cabo para suprimir la familia no han aportado resultados positivos. Los historiadores cuentan que en Lacedemonia, capital de la antigua Laconia y la ciudad principal del Peloponeso, por ejemplo, la eliminación de la familia precipitó a los ciudadanos a los vicios más vergonzosos, desencadenó las más brutales pasiones, arrastró a la ruina a las Artes y a las Letras, y convirtió la ciudad libre en un cuartel ingobernable, alborotado e indisciplinado.

Fanático

La palabra «fanático» posee el mismo origen etimológico que su contraria, «profano». Los dos vocablos proceden del término latino *fanum* que significa «templo». El «pro-fano», como explicamos en otro lugar, es el que se sitúa fuera del ámbito sagrado, el que prescinde de la dimensión religiosa o del carácter sagrado de las personas, de los sucesos, de los objetos o de los comportamientos; es el laico o el lego que considera a la naturaleza y al ser humano como autónomos, como desconectados de cualquier lazo religioso y de cualquier influencia transcendente.

El «faná-tico», por el contrario, en su significado inicial es el que está en el interior del templo, es un servidor del culto; es el que se sabe religado a un Ser superior creador y providente, redentor y salvador. Este término desde su origen se llenó de contenidos ideológicos e, incluso, de connotaciones psiquiátricas: llamaban «fanático» al entusiasta, al vehemente, al exaltado, al radical o al extremado, aunque el objeto de su apasionamiento no fuera de naturaleza religiosa: es el defensor «ultra», por ejemplo, de un equipo de fútbol, de un matador de toros, de un cantante, de una ciudad o incluso de una ideología. Los romanos dieron este nombre a los devotos que pasaban gran parte de tiempo en los templos y, después, a los supersticiosos que parecían poseídos del espíritu divino, manifestado por una violenta agitación y por las palabras irracionales que pronunciaban, como inspiradas por la divinidad del templo. Había fanáticos de Silvano, de Isis, de Sérapis, de Bona, de Cibeles y, en general, de todas las divinidades.

En la actualidad, llamamos «fanático» al dogmático intransigente, al sectario excluyente, al intolerable que se adhiere cie-

gamente a una doctrina o se identifica totalmente con un líder; al que se envuelve con una bandera; al que cierra las puertas y las ventanas del entendimiento, corta los puentes de la discusión razonable o se niega diálogo respetuoso.

F

Febrero

Algunos autores opinan que el nombre de este mes —tan corto, tan lluvioso tan inestable, tan bullicioso y tan «loco»— proviene de la palabra latina «febris», fiebre, y ésta del verbo *fervere* que, en castellano significa «hervir». Estos amantes de las letras y apasionados por el origen y por la historia de las palabras, haciendo un ejercicio de etimología popular, justifican su tesis explicando que «febrero» —el mes de las vacaciones blancas, de la nieve y del carnaval; el mes en el que se prepara el campo para fecundarlo con la siembra de la primavera y en el que varias hembras de animales domésticos comienzan a parir— es el mes en el que la sangre hierve.

El nombre de «febrero» proviene de *februarius*, el mes de las penitencias y de los sacrificios expiatorios, el tiempo en el que se hacían las lustraciones o purificaciones; recordemos que «lustrar» significa «purificar el espíritu mediante ceremonias religiosas». Se cree que Februa, la diosa de las purificaciones y de los muertos, es la misma que Juno cuyo sobrenombre fue «Februalis», «Februala» y «Fébrula», de ahí que sus fiestas, instituidas por Numa Pompilius, el segundo rey de Roma, se llamaran «februales».

Las «februales» eran unas ceremonias religiosas que celebraban los romanos en este mes para lograr que los dioses fueran propicios a los muertos. Duraban ocho días durante los cuales se encendían fuegos y los magistrados, en señal de luto, llevaban la toga de simples ciudadanos. Se suspendían los sacrificios en los templos; las mujeres guardaban silencio y nadie podía casarse. El mes de febrero estuvo puesto bajo la protección de Neptuno.

Según la regla establecida por Julio César, el año constaba de 365 días y cerca de un cuarto más (365, 242264 días, exactamente). Para corregir este exceso se instituyó un año bisiesto cada cuatro años. El concilio de Nicea adoptó esta regla el año 325 y ordenó que los años bisiestos fueran los que la suma de sus cifras se pudieran dividir por cuatro; pero la suma de los segundos de desfase acumulados hizo que, en el año 1582, el equinoccio verdadero y el fijado en el calendario se separaran por un intervalo de diez días.

Para corregir esta anomalía, el Papa Gregorio XIII ordenó que se suprimieran diez días del año 1582, con lo que el siguiente al cuatro de octubre fue el quince —no el cinco—, y determinó que los años en los que la suma de las cifras no fuera divisible por cuatrocientos, fueran años comunes. Así, los años en los que febrero tiene 29 días son aquéllos cuya milésima es divisible por cuatro, excepto aquellos del siglo cuyas cifras son divisibles por 400, que son años comunes.

La palabra «bisiesto» procede del latín «bisextus» —dos veces sexto— el día que se agregaba entre el veinticuatro y el veinticinco de febrero, que según el cómputo latino, era el sexto de las calendas de marzo.

Filología

La palabra «filología» no sólo significa —como afirma la mayoría de los manuales— el conjunto de técnicas de análisis históricos de los textos escritos, ni siquiera el estudio científico de las lenguas. «Filología» es, también y sobre todo, el amor agradecido, responsable y fecundo al «logos», que es palabra, pensamiento y emoción. «Filólogo» es quien se entrega inteligente e incondicionalmente al verbo hecho voz, dibujo y vida; es el que se dedica al lenguaje humano, ese instrumento que nos proporciona una experiencia inédita de la realidad; esa herramienta que, dotada de un extraordinario poder de transformación, al mismo tiempo, nos pregunta, nos responde, nos ofrece ayuda y nos suplica auxilio.

Los filólogos leemos y releemos a los autores clásicos porque nos proporcionan nuevos impulsos; porque nos inquietan, nos interpelan y nos estimulan para que respiremos el aire libre del pensamiento y para que nos sumerjamos en el mar abierto de la fantasía. Cada una de las palabras de esos textos —que, al cabo del tiempo, conservan la lozanía de la flor recién cortada, el olor del pan que acaba de salir del horno y el alimento de la fruta que aún pende del árbol— son fecundas simientes que, iluminando las cuestiones de más palpitante actualidad, penetran en nuestras entrañas, germinan y producen frutos gratos y provechosos.

Por eso afirmamos que, cuando nos orientamos por el camino de la «filología» —del amor a las palabras— elegimos la senda de la razón, de la armonía, de la coherencia y de la unidad. Lean detenidamente, por ejemplo, el siguiente fragmento de Miguel de Cervantes:

«Mas con ninguno hizo mayor daño
que con la hambrienta, despiadada guerra,
que al natural destruye y al extraño.
Ésta consume, abrasa, y echa por tierra,
los reinos, los imperios populosos,
y la paz hermosísima destierra;
y sus fieros ministros, codiciosos
más del rubio metal que de otra cosa,
turban nuestros contentos y reposos.»

(*Trato de Argel*, vv. 1337-1345).

Como, de manera concisa, ceñida y elocuente, nos decía el Rector de la Universidad Autónoma de Madrid, en la inauguración del Seminario Internacional sobre el Siglo de Oro, esta denuncia valiente del autor del Quijote, no es sólo un «no» rotundo y público a la guerra, sino un gesto afirmativo y un «sí» categórico a la palabra.

Haciendo una profesión de fe en el poder liberador de la palabra, Ángel Gabilondo, con su tono reposado y con su rigor lógico implacable, nos hizo una invitación entusiasta a las aventuras del trabajo mental, a la lectura y a la escritura, al diálogo y a la conversación, al pensamiento y a la acción. Reivindicó la Filología como el medio privilegiado para interpretar la realidad, como el instrumento eficaz para el mutuo entendimiento y como el cauce seguro para la humanización: como una generosa y urgente llamada al encuentro y a la vida, e, incluso, como la senda más segura para hacer sensible lo misterioso de los sucesos ordinarios y como el camino más directo para descubrir las entrañas profundas en el ilusorio paraíso de lo cotidiano.

Fimosis

Este tecnicismo está tomado del griego, pertenece al ámbito de la Cirugía y etimológicamente significa «amordazar la cabeza del perro con bozal». Aunque practicada desde tiempos inmemoriales, en la actualidad los médicos que la efectúan y los varones que la padecen la declaran sin tapujos y la cuentan con detalles. Los manuales explican que la «fimosis» es la estrechez del prepucio que dificulta el descubrimiento del glande y, a veces, la micción. No podemos olvidar, sin embargo, que la operación quirúrgica, que consiste esencialmente en la ablación circular del prepucio, es un rito que ha sido practicado de manera continuada por diferentes culturas. La Antropología nos la describe cómo una práctica generalizada en algunos pueblos de América Central, como los nahuas (incluidos los aztecas) y los mayas, y en el Sur del Continente Americano entre los teamas y manaos de las Amazonas. Según testimonios de Estrabón e, incluso, de algunos viajeros modernos, también se observa en varios pueblos de África como, por ejemplo, entre los cafres.

Pero su empleo más frecuente desde la más remota antigüedad está localizado en los pueblos de raza semítica o protosemítica. Entre los hebreos comenzó a practicarse como ceremonia religiosa por el patriarca Abraham, que fue el primero que se circuncidó, operándose él mismo en cumplimiento de una orden de Dios. Desde entonces, este rito es el signo y la condición de la Alianza hecha por Dios con el pueblo judío y se expresa en lengua hebrea por la palabra «berit», que significa «pacto». El Islam lo ha generalizado entre los pueblos persas, indios, africanos, turcos, mongoles y en algunas comarcas chinas y malayas.

Herodoto la interpreta como una medida higiénica, y el judío Filón, además de reconocer su eficacia para evitar el carbunco, la explica como un símbolo de la pureza de corazón y como un medio que facilita una descendencia numerosa.

F

Foro

Es posible que esta palabra —«foro»— se haya puesto de moda a partir del extraordinario éxito popular que ha alcanzado el «Foro de Ermua», esa agrupación de ciudadanos de diferente procedencia, de distinta condición y de diversas ideologías que se unen y se reúnen para proclamar su común convicción de que la vida, la libertad y la paz constituyen valores supremos de la existencia humana.

En la actualidad, se emplea esta palabra para designar cualquier espacio o tiempo de reunión, de debate, de reflexión, de discusión y de entendimiento. Recordemos, por ejemplo, el «Foro Genovés» de nuestra Facultad de Filosofía y Letras», cuyo Decano, Rafael Sánchez Saus, ha elegido este nombre para distinguirlo de otros modelos de reuniones —congresos, tertulias, asambleas o mítines— y, sobre todo, para dar a entender que la convocatoria es abierta —no exige entrada o matrícula—; que los temas son libres —no se sigue un programa predeterminado—; que las intervenciones son plurales —se admiten diferentes voces y opiniones—; que su finalidad es práctica —se parte de los problemas reales de la vida y se desemboca en soluciones concretas— y, sobre todo, que es igualitario —todos los asistentes se sitúan a un mismo nivel; nadie habla desde una cátedra, desde un púlpito o desde una tribuna.

Recordemos que la palabra «foro» es una de las transformaciones españolas de la voz latina *forum*. La otra es «fuero» que conserva los significados jurídicos del vocablo latino y significa ley, jurisdicción, compilaciones de leyes, privilegio, exención e, incluso, el lugar donde se imparte la justicia. Según Cicerón, la palabra

«foro» significaba primitivamente un espacio descubierto que se dejaba libre delante de las tumbas, como vestíbulo del sepulcro. Posteriormente el «foro» era la plaza donde se trataban en Roma los negocios públicos y donde el pretor celebraba los juicios. Los «foros» eran mercados, puntos de reunión para las asambleas públicas y espacios de encuentro para resolver los asuntos judiciales o comerciales.

F

Frívolo

El significado actual del adjetivo «frívolo» nos puede resultar más comprensible si tenemos en cuenta su origen y su evolución semánticas. Advirtamos que esta palabra está directamente relacionada con otro adjetivo muy usado en el campo de la Física y casi inexistente en el léxico coloquial. Nos referimos al tecnicismo «friable» que emplean los físicos para designar a los materiales que se desmenuzan fácilmente y a los objetos que son frágiles, inconsistentes y quebradizos. Ambos proceden del verbo latino *friare* y de griego *prio* que significan aserrar, romper, machacar, pulverizar, hacer pedazos y deshacer un objeto. La palabra «frívolo» posee, por lo tanto, el mismo significado que el término «deleznable» —que se deshace como un terrón de azúcar en el agua—, un vocablo que, como hemos explicado anteriormente, solemos utilizarlo de forma inapropiada.

El gramático latino Sexto Pompeyo, del siglo III después de Cristo, afirma que la palabra «frívolo» designa, en primer lugar, una colección de vasijas rotas; de este significado derivó, posteriormente, otro referido a las palabras vacías, al lenguaje inútil, a los discursos huecos y a las conversaciones superfluas.

En la actualidad empleamos esta palabra en un sentido más extenso. Nos sirve para indicar los comportamientos insustanciales, las acciones triviales, los comentarios superficiales e, incluso, para retratar a los seres humanos que sólo están pendientes de las apariencias, que sólo prestan atención a los detalles insignificantes; para caracterizar a aquellos sujetos que, por carecer de una jerarquía de valores, confunden la sustancia con los accidentes, lo importante con lo baladí. Frívolo es aquel pasajero que, cuando

está a punto de perecer porque el barco se hunde, está exclusivamente preocupado por el peinado.

Es probable que usted conozca a algunas personas que, irremisiblemente pueriles, en política, por ejemplo, están atormentadas exclusivamente por el color de la bandera; en economía, por el nombre de la moneda; en literatura, por la medida de los versos, en pintura, por el color del marco; en religión, por el tamaño de las velas; en un entierro por la madera del féretro y en una boda, por el vestido de la novia. Tengo un amigo que se ha aficionado al ciclismo, por lo «bonito» que le parece el maillot del equipo de la ONCE. Los frívolos guardan cierto parecido con aquellos ingenuos niños a los que, cuando le obsequiamos con un coche en miniatura o un caballito de cartón piedra, se quedan jugando con la caja en la que el regalo viene envuelto.

El frívolo se mueve al ritmo trepidante que le marcan los permanentes vaivenes de las modas; está pendiente del último grito y, en consecuencia, es presa fácil de las llamadas seductoras de la ubicua publicidad.

Gamberro

La palabra «gamberro» —muy utilizada actualmente en el uso coloquial de nuestra Lengua Española— es de origen incierto y, en consecuencia, su etimología se ha prestado a diferentes y a originales interpretaciones. Progresivamente, ha ido suavizando sus significados perversos ya que, en la tradición, este adjetivo se aplicaba a los «libertinos, a los disolutos y a los groseros entregados al desenfreno», y, cuando se refería a las mujeres, designaba a las «prostitutas, putas o rameras, que comerciaban con sus cuerpos».

En la actualidad, llamamos «gamberro» al revoltoso, al travieso, al diablo que, de manera irresponsable, desaprensiva o desvergonzada, comete actos incorrectos, inciviles o groseros. Es algo menos que vándalo y algo más que ganso. Algunos fanáticos hinchas o apasionados forofos de nuestros equipos de fútbol sostienen que los «gamberros» españoles son bastante menos furiosos que los desenfrenados «hooligans» ingleses.

La mayoría de los autores opina que, etimológicamente, esta palabra procede de «gran verro», una expresión que en valenciano significa «gran verraco», «gran cerdo», «gran cochino», «gran puercos» o «gran marrano en celo».

Pero el «granuja» —nos recuerda María del Carmen—, aunque también se manifieste como desvergonzado, fresco y, a veces, grosero, es menos violento y más astuto que el «gamberro». Si nos orientamos por su etimología, el «granuja» es un pillo que, aparentando respetar las normas de convivencia, las quebranta con la habilidad con la que un torero se salta la barrera cuando lo persigue un toro. Recordemos que la palabra «granuja» es una

derivación de «grano» y, en su origen, significa la uva separada de los racimos. Es «granuja», por lo tanto, todo aquél que se aparta de las normas y de las convenciones que regulan el comportamiento de la sociedad en la que está integrado.

G El «granuja» es un individuo próximo al «pícaro». Recordemos que la conducta del pícaro está marcada por la trampa ingeniosa, por el engaño ocurrente y por la astucia burlona. El ingenio constituye una de las características más marcadas de su personalidad; gracias a su ingenio, los personajes literarios Lázaro, Guzmán y Pablos pueden sobrevivir en las situaciones más adversas. Los tres actúan al margen de los códigos sociales. La actitud del pícaro ante la honra ha dado mucho que hablar, pues si bien es cierto que no tiene interés en aparentar, que se ríe de la honra y que se burla de los hidalgos, también es verdad que, debajo de la burla aparente, se esconde un poso amargo y cierto resentimiento.

El pícaro es víctima inocente de unos pecados que no ha cometido y que hereda a través de sus ascendientes. La deshonra familiar (judíos, putas, ladrones) pesa como una losa de claro matiz determinista en la vida del pícaro (especialmente en el caso de Guzmán). El gamberro, el granuja y el pícaro hacen gala de una libertad que, aunque les proporciona esporádicos momentos de felicidad, amenazan y cuestionan la estabilidad social y pone en peligro de manera permanente su bienestar personal.

Gay

La palabra «gay», como todos sabemos, es un adjetivo que pertenece a la lengua inglesa y originariamente significa «alegre», «animado», «festivo». En este sentido se aplicaba, por ejemplo, a los niños que eran «simpáticos», «agradables» o «graciosos» e, incluso, al tiempo atmosférico cuando el día era «bueno», «luminoso» o «resplandeciente».

Durante los años sesenta, algunos personajes de las grandes ciudades de los Estados Unidos comenzaron a autodefinirse como «gays» para referirse a su peculiar sexualidad y, probablemente, fuera la novelista americana Gertrude Stein la primera que en sus escritos utilizó la palabra en este sentido. Los autodenominados «gays» pretendían así que los demás reconocieran su derecho a ser ellos mismos, sin necesidad de que los tacharan de desviados, de enfermos, de raros o de anormales.

Querían sustituir otras palabras cuyo uso revelaba una valoración negativa o unas connotaciones despectivas como, por ejemplo, la denominación «homosexual» que originada en el contexto médico del siglo XIX, daba a entender que se trataba de una aberración y de una desviación sexual. No sólo —afirman— suena a enfermedad sino que, además, simplifica la cuestión refiriéndose exclusivamente al comportamiento genital sin tener en cuenta los sentimientos, las actitudes y los comportamientos en el resto de la vida humana. El significado de «gay», por el contrario, es más amplio porque abarca, no sólo una práctica sexual, sino una identidad humana completa.

«Gay» es aquel que decide aceptar ser gay en lugar de conformarse con los juicios que los demás formulen sobre él. Es

aquella persona que, orgullosa de su orientación sexual, opta por ser activista y lucha por lograr la igualdad y por evitar la discriminación. Según George Weinberg un homosexual sería aquella persona que siente atracción por personas de su mismo sexo, pero un «gay» es quien, libre de vergüenza, de culpa y de pesares, considera la sexualidad propia tan sana como la sexualidad heterosexual.

G Algunos «gays» rechazan las denominaciones de «mariquita», de «maricón», de «la cáscara amarga» o «de la acera de enfrente», porque, en labios de un heterosexual son palabras insultantes; pero otros las suelen usar como estrategia para desactivar su veneno. Vuelven así el arma contra aquellos que las utilizan pretendiendo herirlos; recogen el insulto y lo arrojan contra los escandalizados discrepantes.

En los últimos años ha surgido el término «queer», una palabra que comienza a utilizarse profusamente y que engloba a los gays, a las lesbianas, a los transexuales, a los travestis, a los drag queens, a los bisexuales y a los intersexuales. En su acepción general, «queer» significa «raro, extraño, singular, curioso, estrafalario, excéntrico, chiflado». En el lenguaje coloquial también se usan otros términos como «heterogay» que designa al que, siendo «gay» en las apariencias, sus comportamientos son heterosexuales, y «heteroloca» se refiere, por el contrario, al que subraya las formas machistas pero, en realidad, es un homosexual reprimido.

Género

G

Hasta mediados del siglo pasado, en el lenguaje coloquial usábamos la palabra «género», para referirnos a la agrupación de seres con caracteres comunes, a las mercancías y a las telas. En la Literatura este mismo vocablo designaba los diferentes cauces temáticos y formales por los que han discurrido las creaciones literarias; se distinguían, sobre todo, el género lírico, el narrativo y el dramático. En los estudios lingüísticos, el género era una categoría gramatical que servía para clasificar las palabras como femeninas, masculinas o neutras. Recuerden cómo el «género» era uno de los «accidentes» de los nombres, de los adjetivos, de los artículos y de los pronombres. Para designar el sexo de las personas o de los animales decíamos que eran varones, machos, mujeres o hembras.

En 1955, Money usó esta misma palabra para acuñar un nuevo concepto importante en la concepción de la identidad humana. Definió el género con las siguientes palabras: «Todo cuanto una persona dice o hace para indicar a los demás o a sí misma si se considera niño o varón, niña o mujer». Esta nueva acepción ha tenido éxito y, desde entonces, sirve para designar una manera de comportamiento humano que, aunque incluye el sexo y el erotismo, abarca unos significados más amplios.

Posteriormente, junto con Joan Hampson y John Hampson, aquel mismo autor formuló una definición más descriptiva: «El género engloba las formas generales de expresarse, el porte externo y los modos de comportamiento; las preferencias en el juego e intereses recreativos; los temas que se tratan en las conversaciones espontáneas y en los comentarios casuales; los contenidos de los

sueños y de las fantasías diurnas; las respuestas a preguntas indirectas y a los tests proyectivos; los hábitos eróticos y, finalmente, las respuestas de la propia persona cuando le preguntan directamente».

Según Money, la mayor parte de la diferenciación de la identidad de género se debe a la crianza. El sentimiento íntimo de vivirse como niño o como niña radica fundamentalmente en las conductas diversas que adoptan los padres. Se consideraba que la masculinidad y la feminidad constituían unas categorías ahistóricas y esenciales, unos correlatos del dimorfismo sexual. Hasta entonces, el conjunto de normas, valores, atributos, funciones, comportamientos asignados a uno y otro sexo, se consideraban derivados naturales de la biología, se concebían como realidades opuestas y mutuamente excluyentes. Ser mujer equivalía a ser femenina y, por tanto, no masculina. La mujer que se comportaba de forma parecida a los varones era estigmatizada con la etiqueta de «bruja» o «desequilibrada mental».

Desde mediados del siglo XX, sin embargo, diversos factores sociales, teóricos y empíricos transformaron el estudio de los sexos, revolucionando los conceptos de la masculinidad y de la feminidad. Gracias a los avances de las ciencias biológicas y sociales y, también, de las condiciones socioeconómicas, se comenzaron a distinguir unas realidades designadas, hasta entonces, con el término «sexo». El «género», por lo tanto, es un concepto y una palabra que desborda la consideración meramente sexual.

Gimnasia

Aunque es comprensible que, en la actualidad, nos sorprenda el chocante espectáculo de ese espectador que, reiteradamente, se lanza a las canchas deportivas «en pelotas», hemos de recordar que, en su origen, los gimnastas practicaban los ejercicios totalmente desnudos. La palabra «gimnasia», que designa el arte de fortalecer, de desarrollar y de dotar de agilidad al cuerpo humano por medio de ejercicios físicos, tiene su origen en el adjetivo griego «*gymnós*» que significa «desnudo». Recordemos que, como ha quedado fijado en las esculturas de los hombres y de las mujeres, los participantes en las competiciones deportivas iban desnudos y ungidos de aceite. En la Grecia Clásica, el cuerpo humano no sólo era considerado como el soporte material del espíritu, sino como su expresión más fiel y, en consecuencia, era valorado como el objeto bello por excelencia y, por lo tanto, el más digno de los cuidados y el más merecedor de la exhibición y de la contemplación.

En la actualidad, la gimnasia es una determinada modalidad deportiva pero, en su origen, esta palabra abarcaba las diferentes formas de ejercicios físicos y, en consecuencia, era sinónima del vocablo moderno «deporte», derivado de la voz inglesa «sport». Si es cierto que, en las sociedades primitivas, el deporte poseía una finalidad pragmática —eran entrenamientos destinados a la preparación para la caza y para la guerra—, progresivamente, los ejercicios físicos fueron adquiriendo un sentido festivo, lúdico y gratificante, como un medio para embellecer el cuerpo e, incluso, como instrumento para cultivar la mente.

Hemos de tener en cuenta que, en la mayoría de las grandes culturas del mundo antiguo, el deporte era una manifestación

tan íntimamente unida a las actividades socio-políticas, culturales, económicas y religiosas, que podía ser considerada como uno de los principales índices que señalaban el nivel que el ser humano iba alcanzando en su tránsito de la barbarie a la civilización y como el indicador de su progresivo desarrollo espiritual y social. En China, por ejemplo, que, como es sabido, está considerada como uno de los primeros asentamientos de civilización, se desarrolló desde remotas edades la práctica de ejercicios corporales vinculados a los programas educativos del Estado. Dos mil años antes de nuestra era ya se practicaba allí un sistema de ejercicios que ha llegado hasta nosotros con el nombre de Cong-fú, y que, en opinión de los historiadores más acreditados, fue una institución dotada de una organización de tipo patriótico-militar.

Pero, para los griegos, el deporte era una de las asignaturas básicas destinadas a la educación de ese hombre perfecto que debía ser moralmente bueno, corporalmente bello y físicamente sano. La bondad, la belleza y la salud eran valores complementarios e íntimamente ligados entre sí. No nos debe extrañar, por lo tanto, que las polis —las ciudades—, además de proporcionar a sus ciudadanos una instrucción moral y una preparación técnica, suministrara una adecuada educación física, ni que contaran con centros apropiados (gimnasios y palestras) para el entrenamiento de los jóvenes.

Glamour

Una de las palabras más de moda en la actualidad —sobre todo en el mundo de los artistas y de los famosos— es «glamour», una voz inglesa que significa la fascinación, el encanto, el atractivo o el hechizo de una persona. Los programas radiofónicos y televisivos, las revistas y los suplementos del corazón, con sus permanentes mensajes, han contribuido de manera eficaz a que esta palabra, no sólo se integre en nuestro vocabulario coloquial, sino que, también, sea incluida en el Diccionario de la Real Academia de la Lengua.

Entre los periodistas especializados en este mundo fascinante del corazón, quizás sea el venezolano Boris Rodolfo Izaguirre, el que mayor influencia ha ejercido en la difusión de esta palabra. En su libro *Morir de Glamour*, donde pretende explicar el sentido actual de esta palabra y las razones de su aceptación general dentro de la sociedad consumista, Boris presenta una galería de personajes y un conjunto de situaciones diversas que fácilmente reconocemos como «glamourosas».

Aunque hemos de aceptar la vaciedad interna de los comportamientos designados con esta palabra, reconocemos, sin embargo, el éxito social que ha obtenido gracias al carácter exótico de sus sonidos y, sobre todo, a la exactitud semántica con la que retrata los modelos de comportamientos de personajes que sirven de encarnaciones ejemplares de las aspiraciones de un amplio sector de nuestra sociedad actual.

«Glamour» —nos dice Sebastián— no es sinónimo de belleza ni siquiera de elegancia; sino, justamente, su extremo opuesto: es esplendor, fascinación y deslumbramiento. Posee «glamour»

quien llama la atención por el brillo de sus atuendos, quien sorprende por el atractivo visual de su figura y quien, además, acumula suficientes dosis de superficialidad y de ligereza; quien, en resumen, es un frívolo porque valora más la apariencia que la realidad, la forma que el fondo.

Lo esencial para este tipo de personas es —como nos confiesa Boris— no tomar la vida demasiado en serio, sino disfrutar del momento presente de la mejor forma posible, sin reparar en el mundo en el que vive ni en el precio que paga. En fin, el «glamour» es una manera atractiva, despreocupada, radiante y gozosa de atraer la atención en la sociedad consumista.

Pero si hacemos un elemental análisis social, llegaremos a la conclusión de que esta manera ligera e irreflexiva de interpretar la vida no es exclusiva de los protagonistas de la prensa fucsia, sino que, también, es común a algunos políticos, deportistas, escritores y a otros actores de la vida pública que cubren su vaciedad con meras apariencias de seriedad. Un repaso somero al siglo XX y a toda la Historia de la Humanidad nos pone de manifiesto que, aunque han evolucionado las modas y las costumbres sociales y aunque se haya designado con otros nombres, siempre ha existido ese afán desmedido, irresistible e incontrolado por llamar la atención.

Glotón

La palabra «glotón», que es formalmente un aumentativo de «glotis» —el orificio o abertura superior de la laringe—, significa en la actualidad «comilón», «tragón», «voraz», el que come habitualmente con exceso y con ansia. Los antiguos creían que la «glotonería» tenía su origen en las características de la cavidad bucal y, más concretamente, en la peculiar sensibilidad de la lengua, por eso pensaron que procedía de *glotta*, que en griego significa «lengua». Recordemos que «polí-glota» es el que habla varias lenguas. Posteriormente, los autores defendieron que procede de «gluto» y pensaron que la «glotonería» —ese deseo irrefrenable de «deglutir» cantidades crecientes de alimentos, ese impulso irresistible de comer sin límites— era un trastorno digestivo o una alteración del metabolismo.

Cada vez está más generalizada la opinión de que esa manera de comer impulsiva tiene mucho que ver con el perfil psicológico de la persona. El «glotón» o «comilón» manifiesta un temperamento ansioso, dominado por un anhelo acaparador y por un afán devorador. Fíjense en la lentitud con la que repasa el menú de un restaurante para decidirse por un plan. Sus dudas y sus vacilaciones se deben a la necesidad de elegir sólo uno, cuando desearía pedirlos todos. La «glotonería» en sentido amplio, más que voracidad es avidez y codicia: es «agonía» de adueñarse y de apoderarse de todo. Su raíz es la profunda inseguridad personal y la debilidad congénita.

La tradición popular, haciendo una interpretación errónea, ha designado a Pantagruel como el patrón civil de los «comilones». Decimos que una comida es pantagruélica cuando sus platos son

abundantes y ricos. Pero Pantagruel no era un comilón sino un diablillo que se divertía dando sed a los hombres. François Rabelais (1494-1553) lo tomó de la tradición popular para asignarlo a uno de sus gigantes, imaginándolo hijo del rey Gargantúa en la novela que lleva el nombre de este último. En recuerdo de la sed que el Pantagruel popular difundía, el personaje rabelésiano es el símbolo de la sed de ciencia, suscitada por el espíritu del Renacimiento y condensada en la última palabra de la novela, en el oráculo de la Diosa Botella —«Trinch»—, que significa «bebe».

G Su padre Gargantúa sí puede ser elegido titular de los glotonos. La figura de este gigante, ya famoso en las tradiciones populares por su voracidad, fue rehecho literariamente por Rabelais. Su talante instintivo, grotesco, bonachón, alegremente feroz, dotado de proporciones desmesuradas, de inmenso vigor, dócil a cualquier impulso natural y tan rebelde a la artificiosidad como a la afición dañosa, lo coloca en el altar de los comilones. Gracias a su fuerza natural, capaz de complacerse en sí misma y en su propia espontaneidad, sigue siendo una poderosa afirmación de fecundo y desordenado naturalismo, cuyo sentido común, no obstante, sabe ya entrever el posible perfeccionamiento de sus ineducadas facultades.

Goloso

Con este adjetivo, perteneciente en la actualidad al lenguaje de la gastronomía y al de la moral, solemos designar a los que le gustan los dulces, los pasteles y los caramelos, pero, en su acepción original —recordemos que deriva del latín «gulosus»— esta palabra poseía un significado más amplio ya que se refería a los seres humanos que se dejan llevar sin frenos por el placer de la gula, a los que comen con excesiva fruición, a los que disfrutaban demasiado comiendo.

Recordemos que el Catecismo considera el vicio de la gula —opuesto a la virtud de la templanza— como uno de los siete pecados capitales, y lo define como un apetito desordenado de comer y de beber. La Moral explica que, aunque este desorden suele ser leve, a no ser que dañe a la salud, puede producir consecuencias graves y pésimos efectos como, por ejemplo, la «torpeza» o la «estupidez» del entendimiento, una desordenada alegría, una locuacidad incontrolada, la chabacanería en las palabras o la ordinariez en los gestos, la lujuria y la «inmundicia». Según San Gregorio Magno y Santo Tomás de Aquino, podemos caer en el vicio de la gula tomando alimentos fuera de hora sin necesidad, comiendo con demasiado ardor, exigiendo manjares exquisitos, preparados con excesivo refinamiento y, finalmente, comiendo abusivamente.

«Gula» es un latinismo que etimológicamente significa «garganta», «gaznate» o «tragaderas»: es el conducto por donde pasan los alimentos hacia el estómago. Recordemos que «gola» tiene el mismo origen y designa «la pieza de la armadura que cubría la garganta» de los guerreros, «la insignia metálica convexa, que

usan los oficiales de infantería, con forma de media luna, que se colocan cerca del cuello cuando están de guardia» y «la prenda del cuello que vestían los diáconos y subdiáconos en las ceremonias solemnes».

El «goloso» no come para alimentarse, para recuperar energías ni para defenderse de las enfermedades sino por puro deleite. Ante la vida, el «goloso» adopta una actitud lúdica, festiva y placentera. Entre las dos funciones que los autores clásicos asignan a la literatura —*prodesse*, aprovechar, y *delectare*, gozar— el «goloso» escoge exclusivamente la segunda. Su conducta no es, por lo tanto, pragmática o utilitaria, sino gratuita y gratificante. El diccionario define la «golosina» como el manjar delicado que sirve para el gusto más que para el sustento y, en sentido figurado, como «cualquier objeto o acción que es más agradable que útil».

Podemos mencionar algunos derivados de esta palabra como, por ejemplo, «degollar» —cortar el cuello a una persona o a un animal—, «engullir» —tragar la comida atropelladamente o sin masticarla suficientemente—, «gollete» —cuello estrecho de algunas vasijas—, «engolado» —se refiere a la voz que afecta gravedad y a la persona que habla de manera artificiosa y fingida—.

Guay

En la actualidad, esta interjección se utiliza para expresar la sensación de sorpresa y la impresión agradable que nos causan los objetos atractivos o los hechos divertidos. Hace unos años, jugando con la rima, solíamos decir: «lo he pasado guay del Paraguay». El significado original, sin embargo, es distinto: tener muchos «guays» era, antiguamente, padecer achaques o sufrir contratiempos de la fortuna. Según algunos autores, hemos de buscar el origen de esta expresión en una frase atribuida a Breno, aquel jefe galo que arrasó Roma a comienzos del siglo IV antes de Cristo: «Vae victis» (¡Ay de los vencidos!). Vae derivó, después, en Vai, pronunciado *uai* en el latín clásico, y era la fórmula latina, el lamento, mediante el cual se expresaba el dolor, el sufrimiento o el pesar. De ella procede la interjección ¡guay!, que era muy utilizada en el viejo castellano. Como ocurre con otras palabras de moda —como, por ejemplo «tema» «alucinar» o «tío»— el problema no estriba en su menoscabo social o en su incorrección gramatical —la cuestión no es que sea una falta de educación o un error léxico— sino, en su exceso y en su abuso, en la cansina reiteración, en el empleo impreciso y en el uso inadecuado. Los vocablos que se repiten continuamente pierden su valor semántico y, sobre todo, disminuyen su fuerza expresiva.

«Guay» es, en la actualidad, una palabra «baúl», un término «multiuso», un sustituto genérico que nos evita el esfuerzo de buscar la interjección justa o el adjetivo adecuado para formular un juicio ponderativo matizado. Éste es el mismo caso de los hablantes que, por ejemplo, sólo usan el vocablo «magnífico», «estupendo» o «maravilloso», para emitir una opinión favorable, y «horri-

ble», «espantoso» u «horroroso», para mostrar su desagrado. En estos casos, los interlocutores rebajamos el grado exagerado de la alabanza o del reproche, e interpretamos que el objeto del elogio o de la censura, simplemente, le agrada o le desagrada.

G

Gusto

La palabra «gusto», entendida en su significado más reducido, se refiere al sentido que nos permite percibir y distinguir el sabor de los alimentos. Es una facultad que, aunque en diferente grado de delicadeza, es común a todos los seres animados y su función tiene como finalidad última facilitar la nutrición, la salud y la vida.

Las distintas civilizaciones se han distinguido por sus respectivas preferencias por los sabores dulces, salados, agrios o amargos de sus alimentos y de los condimentos con los que se elaboran. Laura Esquivel, en su libro «Íntimas succulencias. Tratado filosófico de la cocina», llega a declarar que «uno es lo que come, con quien lo come y cómo lo come». En mi opinión, no es exagerado afirmar que nuestra nacionalidad no es el lugar en el que nacimos, sino ese conjunto de sabores y de olores que nos acompañan desde niños. Pero, también es verdad que en la actualidad, debido a la facilidad de comunicaciones y a la progresiva elevación del nivel de vida, nuestro abanico de gustos se ha ampliado de manera casi ilimitada; en nuestro primer mundo es posible degustar y alternar, no sólo los manjares tradicionales y los modernos, sino también centenares de especialidades gastronómicas y de platos típicos de las más alejadas regiones.

La palabra «gusto» posee, además, otro significado más amplio que se refiere inicialmente al ámbito social y posteriormente al terreno de la estética. El primero que lo usó en este sentido cultural fue Baltasar Gracián (1601-1658) quien propuso sustituir el ideal del cortesano cristiano de Castiglione por el de un señor independiente respecto a la situación estamental. El ideal de la

formación humana que plantea Gracián tiene como finalidad lograr una «sociedad cultivada». Bajo el ideal del «buen gusto» diseña por primera vez el modelo que, desde entonces, recibirá el nombre de «buena sociedad». Ésta ya no se reconoce ni legitima por el abolengo del nacimiento o por el rango de sus miembros, sino, fundamentalmente, por la calidad de sus juicios libres, por el esfuerzo para elevarse por encima de la mezquindad de los intereses privados y, sobre todo, por la habilidad de juzgar los sucesos distanciándose de uno mismo sin dejarse guiar por las preferencias personales. El gusto es para él el punto de partida de su ideal de formación humana y social.

Gracián considera que, incluso el gusto sensorial del paladar —el de los «gourmets»— contiene el germen del juicio espiritual de las cosas: es una primera espiritualización de la animalidad y constituye, al mismo tiempo, el camino y el destino de la cultura. Para Kant (1724-1804) el gusto adecuadamente cultivado posee capacidad para enfocar las cuestiones humanas desde los puntos de vistas correctos, justos y sanos, y, en consecuencia, constituye uno de los objetivos más importantes y más difíciles de alcanzar en la tarea de la enseñanza: educar el «buen gusto» es desarrollar la sensibilidad para captar la belleza de una flor, formar el paladar para interpretar la hermosura de un poema o para sentir las vibraciones de una melodía; es la senda obligada para disfrutar de los alicientes de la vida.

Hecatombe

Tienen razón los ganaderos que se quejan y protestan mediante el bloqueo de los mataderos y de las carnicerías, por la desgracia que les ha caído encima de sus cabezas, por el mal de las vacas locas, por la encefalopatía espongiforme bovina causada, como es sabido, por el consumo de harinas contaminadas. «La caída en picado de los precios de la carne y el sacrificio de rebaños enteros —afirman con propiedad— constituyen una verdadera *hecatombe*». Es lógico, por lo tanto, que los Ministros de Agricultura y de Sanidad no disimulen sus preocupaciones ante la posibilidad de que aparezcan nuevos «casos sospechosos»; es comprensible, por lo tanto, que teman que la expansión de este mal entre el ganado provoque dolorosos sacrificios e, incluso, una crisis de Gobierno.

Hemos de recordar que «hecatombe» (del griego *ekato* —ciento— y *bous* —buey) era el sacrificio que los antiguos griegos y los romanos hacían en circunstancias extraordinarias, como, por ejemplo, en tiempos de epidemia o de algún otro suceso desgraciado. Consistía en la inmólación de cien bueyes sobre cien altares elevados en un mismo lugar. Si el sacrificio se hacía por un emperador, entonces las víctimas eran cien leones o cien águilas. A partir de esta significación inicial, los griegos emplearon esta misma palabra —«hecatombe»— para referirse a cualquier otro sacrificio sagrado suntuoso y solemne, aunque el número no fuera cien y aunque las víctimas no fueran bueyes.

En la actualidad usamos esta palabra para designar cualquier siniestro grave o cualquier desgracia importante, sobre todo, aquellos desastres mortales que los supersticiosos interpretan como

efectos de una maldición divina. La «hecatombe» es una calamidad inesperada, inexplicable e incontrolable; es un mal que se cierne sobre las cabezas de los humanos y que, en consecuencia, genera alarma social entre los ciudadanos. Deseamos que, por el bien de todos, por el sacrificio de tantas vacas locas o cuerdas, los dioses se calmen y cesen las calamidades.

H

Hijoputa

Cuando era entrenador del Mallorca, Luis Aragonés, en unas declaraciones a la prensa, explicaba su convicción de que la sanción que el comité de la Liga impondría a un jugador de su equipo expulsado del partido sería, sin duda alguna, mínima: «la palabra proferida por el futbolista —*hijoputa*— es, por supuesto, soez y constituye —explicó— una muestra de mala educación, pero no es un insulto grave a la madre del destinatario, el árbitro». Como decía José María Benítez refiriéndose a un eminente colega: «Su madre sería una santa, pero él es un hijoputa».

Esta afirmación ilustra dos principios lingüísticos que, en ocasiones, nos pasan desapercibidos: que el sentido de las frases no es la simple suma de los significados de las palabras que las integran, y que el valor de las expresiones orales depende, en gran medida, del tono con el que son pronunciadas. Cuando decimos, por ejemplo, que un asunto «nos importa un bledo» todos entendemos perfectamente el sentido de la frase, aunque muchos ignoren el significado exacto de la palabra «bledo». Tengo grabadas estas ideas desde que José Mainé Vaca —un modelo de caballero educado y correcto— me ilustró prácticamente sobre el extraordinario poder significativo que posee la entonación de las palabras: «Los andaluces —repetía él— somos capaces de cambiar totalmente con el tono, con el gesto o con la mirada, el sentido que en el diccionario tienen los vocablos». Por eso, cuando advirtió que don Domingo, un militar vasco, se sentía vejado porque Juan, un pordiosero, le pedía una limosna diciéndole «cojones, dame unos duritos para un café», le dio la siguiente explicación: «Usted, don Domingo, no tiene ni idea de cómo hablamos los andaluces: es

verdad que, si alguien le grita '¡tú eres un hijo de la gran puta!', le está insultando y puede sentirse ofendido; pero si, por el contrario, con tono cordial y con gesto amable, le dice 'qué hijo de la gran puta eres', sepa usted que lo está felicitando y, entonces, lo que ha de hacer es darle un abrazo». La música, efectivamente, a veces, es más importante que la letra.

H

Hipócrita

Resulta sorprendente comprobar cómo los políticos de cualquier signo ideológico, mientras aceptan de buen grado que los consideremos como «actores» principales de la cosa pública, como «intérpretes» de las aspiraciones populares o como «protagonistas» principales de la historia, se sienten injuriados cuando un adversario los tacha de «hipócritas». Ninguno piensa que, a lo mejor, el presunto agresor verbal podría haber usado esta palabra en su sentido etimológico.

El valor actual de esta palabra nos puede servir de ejemplo ilustrativo para mostrar cómo los términos cambian de significados cuando, a lo largo de su historia, son trasplantados de campos semánticos y cuando se usan en diferentes contextos. En la actualidad esta palabra pertenece al ámbito de la Moral. La hipocresía es uno de los cuatro vicios subsidiarios relacionados con la mentira: la simulación —mentir con los hechos—; la jactancia —atribución de excelencias que no se poseen—; ironía —dar a entender lo contrario de lo que se dice— e «hipocresía», que consiste en aparentar exteriormente lo que no se es en realidad; es fingir cualidades o sentimientos y, especialmente, aparentar virtudes o devociones.

Pero, si examinamos su origen etimológico, comprobaremos que esta palabra pertenecía al léxico dramático: «hipócrita» procede del griego «hipocrités» y significa el actor teatral que se coloca una careta para representar un papel, el comediante que se disfraza con diferentes ropajes para encarnar un personaje. San Isidoro explica cómo el nombre «hipocresía» se tomó de los cómicos que trabajaban en el escenario cubiertos con una careta

para aparentar lo que no son, y San Agustín añade que, en la vida religiosa y civil, llamamos «hipócrita» a quien pretende aparentar lo que no es; a quien finge obrar la justicia, pero no la guarda. El Evangelio de San Mateo describe la «hipocresía» como uno de los rasgos característicos de los fariseos.

H

Hortera

¿Se han fijado ustedes cómo la palabra «hortera» ha invadido el lenguaje coloquial actual y, en especial, inunda las conversaciones juveniles y los juicios de los adultos, cuando hablan sobre modas en los vestidos, en el lenguaje o en los comportamientos?

Algunos hablantes, cuando tachan de «hortera» a esta corbata de colores chillones o a aquel pantalón acampanado, piensan que este vocablo procede de «huerta»: «horteras —afirman— eran los que cultivaban las huertas y, sobre todo, los que vendían sus productos». Nosotros opinamos, sin embargo, que, su origen latino era la palabra «offertoria», un término que designaba una especie de rica bandeja o de bella patena en la que se ofrecían a la divinidad los dones sagrados. Era una peculiar vasija de metal precioso y ricamente labrado.

Posteriormente, las «forteras» cambiaron de funciones prácticas y bajaron también de calidad, de precio económico y de aprecio social. En el *Libro de Apolonio*, una de las obras más interesantes de nuestra literatura medieval española, las «forteras» eran platos de rústica madera en los que se daba de comer a los necesitados. Algunos autores han relacionado este vocablo con «tartera», esa fuente honda en la que se cocinan nuestros succulentos pescados de la Bahía.

En Madrid la palabra «hortera» se aplica como apodo a los mancebos de las tiendas —a los chicucos, diríamos nosotros— quizás porque acarreaban sus mercancías en artesas de madera o, probablemente, porque se fijaban en su aspecto poco cuidado, parecido a los pordioseros. En la novela *Fortunata y Jacinta*, Benito Pérez Galdós retrata con las siguientes palabras a uno de sus per-

sonajes: «Era muy joven cuando entró de «hortera» en casa de Arnáiz; allí sirvió muchos años, siempre bien visto por su honradez y por el grandísimo interés con el que miraba todo lo concerniente al establecimientos». Hoy «hortera» significa, efectivamente, objeto, actitud, palabra o comportamiento de mal gusto.

H

Huelga

En la actualidad, la palabra «huelga» designa, como todos sabemos, el instrumento social reivindicativo, el arma de lucha sindical, que consiste en el paro colectivo organizado por los trabajadores para obtener mejoras laborales, para lograr reformas económicas o para conseguir modificaciones sociales.

Mediante la suspensión organizada y voluntaria del trabajo, los trabajadores, tras considerar fracasadas las negociaciones colectivas con los responsables de las empresas, pretenden manifestar su disgusto, expresar sus protestas, imponer la aceptación de sus demandas o resistir a las exigencias de los patronos. No debemos confundirla con el «lock out» o el cierre de las fábricas que los patronos deciden con el objeto de imponer a los obreros nuevas condiciones laborales o de defender sus intereses empresariales.

El concepto de «huelga general» —que se remonta a los primeros días de la Revolución Industrial— es diferente no sólo cuantitativa, sino también, cualitativamente. Es el paro de todas las actividades en una zona geográfica, y su finalidad principal es política: se dirige contra las decisiones de los gobiernos o de las administraciones públicas. Es una manera enérgica de mostrar el papel decisivo que el trabajo desempeña en el funcionamiento normal de la sociedad.

El marxismo reforzó esta doctrina, sobre todo entre los seguidores anarquistas de Bakunin, que era más favorable a las acciones directas que a los discursos dialécticos. A finales del siglo XIX esta filosofía general evolucionó hasta convertirse en el movimiento conocido por «sindicalismo». Los sindicalistas defendían que la eficacia de las huelgas generales reduciría el orden capitalista

a una situación de parálisis, el momento propicio para implantar la revolución. El teórico sindicalista francés Georges Sorel exaltó el «mito» de la «huelga general» e insistió en la conveniencia de estimular por todos los medios la ética combativa de los trabajadores. Posteriormente se emprendieron las «huelgas de brazos caídos» —en las que los obreros permanecían en sus puestos sin trabajar— y las «huelgas de hambre» —en las que suprimían la ingestión de alimentos—.

H Pero, inicialmente, esta palabra carecía de su valor sindical y político. La «huelga» era, simplemente, el tiempo de descanso de los seres humanos e, incluso, el tiempo en el que no se cultiva la tierra para que descanse. El verbo «holgar» —antiguo «folgar»— procede del latín «follicare» que es un derivado de «follis», que significa «fuelle» en castellano. «Folgar», etimológicamente, quiere decir «soplar», «resollar», «jadar» y «respirar intensamente». También significa «descansar», «alegrarse», «vegetar», «tumbarse», «gandulear», «disfrutar», «divertirse», «distrarse» y «hacer el amor». Estas acepciones latinas coinciden con el primer significado romance, que alude a la imagen del caminante cansado que se detiene para tomar aliento en una cuesta.

Humildad

José Luis Rodríguez Zapatero, en las diferentes intervenciones públicas que ha hecho tras las elecciones del 14 de marzo de 2004, repitió incesantemente la palabra «humildad». «Vamos a gobernar —explicaba— mostrando humildad en nuestras palabras, en nuestras expresiones, en nuestras actitudes y, sobre todo, en nuestros comportamientos».

El Presidente del Gobierno de España, además de exponer sus convicciones ideológicas, ha explicado con las palabras y ha ilustrado con ejemplos, que domina los procedimientos retóricos imprescindibles para establecer una fluida comunicación con los destinatarios de sus discursos. No es extraño, por lo tanto, que se proponga y logre con notable facilidad «captar la benevolencia» de los oyentes. Y es que, como nos advierten todos los manuales clásicos de Retórica, la «benevolencia», en su significado etimológico y en su valor psicológico, constituye una condición previa a la transmisión de los mensajes y una exigencia ineludible de la eficacia comunicativa.

El orador, para hablar con comodidad, con fluidez y con acierto, además de aceptarse y valorarse a sí mismo, necesita sentirse respetado, estimado y querido por los oyentes. Ésta es la razón por la que, en una tertulia de amigos nos sobran las palabras mientras que, en una tribuna pública, la mente se nos puede quedar en blanco.

El comunicador, para abrirse y para dejar que fluya el discurso —para lograr la sintonía— necesita crear un clima cálido en el que respire comprensión y sienta el calor del aprecio. A veces, el ambiente cordial es palpable y existe antes del comienzo del

discurso porque el orador es conocido y estimado; pero, en otras ocasiones, el orador se siente un extraño y, quizás, teme ser rechazado; entonces se bloquea el funcionamiento de la mente, se cierran los sentidos, se nubla la mente y se olvidan las palabras.

Para evitar esta situación incómoda es inevitable el empleo de procedimientos variados que «captan la benevolencia» de los oyentes y disuelvan sus prejuicios negativos sustituyéndolos por disposiciones receptivas.

H

El procedimiento fundamental consiste en la adopción de una actitud sincera de auténtica humildad: en el reconocimiento sereno de los valores propios y de las limitaciones personales, sobre todo, la aceptación de la limitación de los conocimientos y de la amplitud de las ignorancias. Porque nuestra desgracia es que no nos damos cuenta de lo mucho que no sabemos. Tsé Mieu lo expresó con las siguientes palabras: «Lo que el hombre sabe es nada en comparación de lo que no sabe», y el paciente y constante Edison reconocía que, al final, la verdad es que «no sabemos ni una cienmillonésima de nada».

Recordemos que la palabra «humildad» deriva del término latino «humus» que significa «tierra», «suelo». Es humilde, por lo tanto, quien asienta los pies en el suelo de la realidad, quien conoce la tierra que pisa, quien, rindiéndose a la verdad, es consciente de su «insuficiencia» radical, de sus necesidades carenciales y, en consecuencia, advierte con lucidez que no puede sobrevivir sin la ayuda de los demás. Como decía Kant, sólo el que ha bajado al infierno del autoconocimiento puede escapar a los peligros de la autodivinización del yo».

Humo

Todos sabemos que, con la palabra «humo», designamos los gases negruzcos originados por una combustión incompleta o, incluso, el vapor que produce una sustancia cuando fermenta. También nos resulta familiar el empleo traslaticio o simbólico que hacemos de esta palabra, cuando pretendemos expresar las actitudes presuntuosas y los comportamientos presumidos de algún sujeto.

Tener «muchos humos» es una expresión metafórica que significa expresarse con presunción, adoptar unas actitudes altivas o actuar de una forma vanidosa, y, por el contrario, «bajarle a uno los humos» es humillarle, disminuir su autoestima o rebajar su «cuentos». El humo, efectivamente, es la imagen visual de las posturas engreídas, de las expresiones fatuas y de las palabras vacías. Aunque es aceptable la opinión de los que defienden que el fundamento de esta metáfora es, simplemente, la naturaleza voluminosa, inconsistente, blanda y liviana del humo, la explicación histórica de este uso traslaticio resulta más interesante y más convincente.

Como varios autores —apoyándose en la explicación que ofrece Covarrubias en el *Tesoro de la Lengua*— han señalado, este modismo está tomado de una costumbre tradicional, ejercida por las familias romanas ilustres, que solían colocar en el atrio de su casa los bustos o los retratos de sus padres, de sus abuelos y de sus demás ascendientes. La antigüedad respectiva y, por lo tanto, su valor material guardaban cierta proporción con el color oscuro que iban adquiriendo por efecto de la humedad, del polvo y, de manera especial, del humo que salía de la cocina y de las chimeneas destinadas a calentar el ambiente.

Esta característica daba a aquellos retratos cierto tono aristocrático del que sus propietarios hacían alarde con alguna frecuencia. En realidad se trata de esa «pátina del tiempo», de ese barniz natural que, según la consideración general, añade el lustre de la antigüedad.

Esta misma palabra posee un significado diferente en la expresión «subírsele a uno el humo a las narices», que quiere decir «irritarse o enfadarse». Covarrubias, tras proporcionar el significado, explica que esta imagen es tan antigua que, incluso, podemos encontrarla en la Biblia. Aparece, efectivamente, en el Libro segundo de los *Reyes* que dice «El humo de sus narices (o de su enojo) se levantó en alto; y despedía de su boca un fuego devorador». Y en el *Libro de Job* (41, 11), «sus narices arrojan humo, como la olla hirviendo entre llamas».

El mismo Covarrubias, refiriéndose a la palabra «nariz» explica que «subírsele el humo a las narices o la mostaza a las narices, es sinónimo de airarse», y, al definir la voz «mostaza», escribe: «Amostazarse es enojarse, y subírsele la mostaza a las narices lo mismo. Porque igualmente hacen este efecto el enojo y la mostaza, que alteran la nariz, lugar donde se demuestra la saña, la ira».

Idiota

Si, tras escuchar los atinados comentarios que usted formula, su interlocutor le responde que usted es un perfecto «idiota», no se moleste demasiado. Fíjese, sobre todo, en el tono con el que pronuncia esta expresión y, si no es excesivamente violento, es posible que su amigo no pretenda dirigirle un insulto; quizás lo esté definiendo, simplemente, como una persona singular, como un ser fuera de lo común, como una figura diferente y, a lo mejor, hasta como un individuo genial.

Si prestamos atención a su raíz etimológica, podremos comprobar que esta palabra guarda una estrecha relación con otros vocablos técnicos que nos resultan muy conocidos como, por ejemplo, «idioma», «idiolecto», «idiomatismo», «idiotismo» o «idiosincrasia». El idiotismo es el «modo de hablar propio de un individuo» o, también, una «locución característica, que está dotada de un sentido peculiar». Procede del griego *ιδιωμα του σιγνιφια*, es una expresión que define el carácter propio de alguien, la «particularidad de su estilo», y, a su vez, es un derivado de *ιδιος*, cuya traducción es «propio», «peculiar».

«Idiotiez», por lo tanto, era ese conjunto de rasgos que, en un principio, caracterizaban a los hombres diferentes, distintos o atípicos. Posteriormente, con esta palabra se designaba a los seres raros, extraños, originales, anómalos, extravagantes o anormales, y, en la actualidad, sirve para calificar a los seres que —por carencia congénita de las facultades intelectuales— no poseen capacidad para saber en qué mundo viven, no se dan cuenta del momento histórico o de la situación geográfica en los que están situados: habitan en las nubes de su propia imaginación, en el limbo de sus

recuerdos o en la inopia de sus ilusiones, de sus deseos o de sus temores; recorren los caminos de la existencia sin rumbo; están desnortados o despistados: carecen de referencias reales. Según Monlau, «primeramente significó el hombre que vive apartado de los negocios, que lleva como una vida propia y particular para sí; y como el que vive aislado suele adquirir pocos conocimientos, «idiota» pasó a significar «rústico», «negado para los estudios», «muy ignorante».

I Quizás Diógenes, por su radical desprecio de las convenciones sociales, sea el prototipo y el patrón de los «idiotas». Recordemos que este filósofo griego de la Escuela Cínica, tras ser expulsado de su patria, se instaló en Atenas. Vivía en un tonel, se vestía sólo con una capa, sus únicos instrumentos eran un palo, un saco y un plato del que, también, prescindió cuando advirtió que un niño bebía en el hueco de la mano. Dormía sobre las gradas de los edificios públicos, pedía limosnas a las estatuas para acostumbrarse a las negaciones y a los rechazos; en el crudo invierno, paseaba con los pies desnudos sobre la nieve y, en pleno verano, se tendía sobre la ardiente arena. Quizás la anécdota más comentada sea aquella que relata sus permanentes correrías por las calles de Atenas, con una linterna encendida, tratando de encontrar un hombre.

Imbécil

Como respuesta a varios lectores y, de manera especial, al profesor José Crespo, hemos de recordar que la palabra «imbécil», tan usada en el lenguaje coloquial e, incluso, tan frecuente en el léxico psiquiátrico, posee en la actualidad un significado metafórico y constituye un ejemplo ilustrativo de materialización y de sensibilización de las realidades mentales. A esta palabra le ocurre como a otras muchas que, en la actualidad, designan realidades abstractas o «espirituales» pero que, en su origen, significaban objetos físicos o acciones materiales como, por ejemplo, el término «espíritu», ya comentado anteriormente, derivado del verbo latino *spirare*, que significa respirar, alentar y «soplar» como lo hace, sobre todo, el viento.

«Imbécil» es un vocablo que procede del latino *imbecillus* compuesto del prefijo privativo *in* —sin— y del nombre *bacillum* —bastoncillo— que es un diminutivo de *baculum* —bastón—. Si nos atenemos a su origen etimológico, podemos decir que «imbécil» es el sujeto que carece de un bastón en el que apoyarse. La «imbecilidad», por lo tanto, es la falta de soporte físico y, por extensión, la carencia o escasez de fuerza corporal; es la debilidad, flaqueza o fragilidad orgánica.

Posteriormente, sirvió para indicar a los «débiles mentales», a los sujetos atrasados que, por estar escasamente dotados de inteligencia, son simples, torpes, tardos, ignorantes; no son conscientes de sus propios límites, desconocen el mundo en el que viven e ignoran la condición de las personas con las que tratan. Resuelven los problemas eliminando los datos; por eso, tropiezan, chocan, caen y, a veces, se estrellan. Porque —no lo olvidemos— el imbé-

cil, precisamente por carecer de visión, es atrevido en sus juicios, tajante en sus afirmaciones, dogmático en sus respuestas, seguro en sus determinaciones y osado en sus comportamientos. Es incapaz de aprender porque no atiende ni entiende; no observa ni escucha. Es como el conductor miope que conduce con intrepidez y arrojo un potente automóvil, poniendo en peligro, no sólo su integridad física, sino también la vida de los demás.

Pero lo peor es que sus simplezas e ingenuidades —sus alegres e imprudentes ocurrencias— provocan el malestar, la irritación y la indignación de los que conviven o se cruzan con él. Es entonces cuando la palabra «imbécil» deja de ser un diagnóstico descriptivo para llenarse de un contenido emocional y para convertirse en un desahogo o en un insulto. En este momento, ya no es simplemente una palabra que define una anomalía psíquica sino que, como ocurre con «idiota», adquiere la condición de síntoma que refleja un estado de ánimo irritado y cumple la función de un arma defensiva y ofensiva, una piedra que se arroja al enemigo para hacerle daño o un dardo envenenado dirigido a un impertinente agresor. Es una exclamación injuriosa o, quizás sólo, una reacción visceral incontrolada.

Inocente

En la actualidad, esta palabra, tan repetida gracias a la notable audiencia de los programas televisivos, posee diversos significados. «Inocente» es, en primer lugar, un adjetivo que designa al ciudadano que está libre de culpa; se aplica al que no ha cometido un delito ni ha perpetrado una mala acción. En los juicios, el juez declara «inocente» al acusado de una fechoría que no se ha probado. «Inocente» es, también, la persona cándida que no posee malicia y que, en consecuencia, es fácil de engañar. Esta acepción explica las bromas —las inocentadas— con las que se celebra la Fiesta de los Santos Inocentes en la que se conmemora la matanza de los niños menores de dos años en Belén y en sus alrededores, decretada por el rey Herodes. Pero, si atendemos a su origen etimológico (*in-nocens*), «inocente» es el que no hace daño, el que no es capaz de causar males.

Pero la inocencia posee, además, un sentido positivo: no es sólo la ausencia de malicia, sino la declaración de un valor fundamental para sobrevivir en nuestra sociedad. La inocencia nos ayuda a seguir teniendo esperanza en la bondad natural de la gente. La inocencia es esa fuerza que, dentro de nosotros, nos permite creer en las palabras y confiar en las buenas intenciones de los demás... y en las nuestras. Por eso hay que protegerla allá donde se encuentre, y proclamarla, y premiarla. Este es el mensaje que acabo de encontrar viajando por las multicolores autopistas de internet. Me he enterado de que existe una Fundación que se propone conseguir que los más inocentes, los niños que en España sufren por discapacidades físicas, psíquicas o sociales, se beneficien de ayudas y de programas que hagan más felices y

plenas sus vidas. La Fundación «Inocente, Inocente» pretende «contribuir al sostenimiento de entidades que se dediquen al desarrollo, a la integración social y a la educación de menores con disfunción psíquica y física»; trata de «favorecer el conocimiento y la concienciación de la sociedad, en los problemas que afecten a estos menores», e intenta «obtener recursos económicos para paliar los problemas que acarrea su abandono».

Izquierda

La palabra «izquierda» —igual que otras de uso corriente como, por ejemplo, «pizarra», «boina», «órdago», «chistera» o los apellidos «Jiménez» y «García»— tiene su origen en el término euskera «ezquerria» y, en su significado denotativo o referencial, posee un valor locativo o situacional. Se aplica para designar los miembros del animal que caen al lado del corazón. En *El Quijote* podemos leer la siguiente frase: «aunque le acertó (el vizcaíno a don Quijote) en el hombro izquierdo, no le hizo otro daño que desarmarle todo aquel lado». Como ocurre con su sinónimo latino «siniestro», es también una de las palabras que se han llenado de diferentes sentidos connotativos, simbólicos y, sobre todo, ideológicos. «Tener mano izquierda», por ejemplo, significa poseer habilidad para manejar con eficacia los hilos sutiles de la negociación; posee «mano izquierda» quien domina los resortes psicológicos y es capaz de lograr acuerdos, pactos y convenios.

Pero la palabra «izquierda» adquiere unos contenidos específicamente ideológicos a partir de la Revolución Francesa y, de manera, más precisa, a partir de la constitución del proletariado a mediados del siglo XIX, cuando se estableció el régimen del Gran Capitalismo y la población europea experimentó un vertiginoso aumento. Se constituye en la denominación genérica de las personas y de los grupos que proclaman, defienden y aplican los principios de la fraternidad, de la solidaridad y, sobre todo, de la supremacía del trabajo sobre el capital. La «izquierda» reivindica los cambios sociales, económicos y políticos continuos; persigue el progreso hacia la permanente meta de un hombre nuevo y de una sociedad igualitaria. Reclama una distribución justa de

las riquezas, una participación equitativa en los bienes y una redistribución equilibrada en los beneficios económicos y en los valores culturales. Olof Palme, en 1984, defendía que los valores fundamentales de la izquierda eran cuatro: la libertad, la justicia, el trabajo y la paz.

Julio

El séptimo mes del año, según nuestro cómputo, está dedicado a Julio César, de quien recibió su nombre —*mensis Julii*— tras su muerte. Creador y primer emperador de Roma dio también nombre de César a sus sucesores. Fue, además, uno de los arquitectos más determinantes de nuestra Civilización Occidental. Nació el doce de este mes que, anteriormente, se llamaba Quintilis, porque era el quinto mes del calendario de Rómulo. En un principio, constaba de treinta y seis días, pero fue reducido a treinta y uno por Rómulo, a treinta por Numa, y, por fin, Julio César estableció de nuevo los treinta y uno que actualmente tiene. Del veintidós al veintitrés de este mes entra el sol en el signo de Leo.

Julio César fue un guerrero, un político y un historiador que nació cien años antes de Cristo —el 653 después de la fundación de Roma— y llegó a convertirse en el Primer Hombre del Imperio. Sometió a los celtas, a los galos, a los germanos y a los helvecios, y realizó una expedición a la Bretaña. Tras la crisis política que estalló en Roma por la desaparición del triunvirato a raíz de la muerte de Craso, el Senado nombró dictador a Pompeyo, quien intentó mermar el poder de Julio, ordenando la disolución de sus legiones.

Pero Julio César se apoderó de la península, entró en Roma, donde fue nombrado primero dictador y, posteriormente, fue elegido cónsul. El quince de marzo murió asesinado por Bruto, a los pies de la estatua de Pompeyo, tras recibir veintitrés puñaladas. Su obra político-militar quedó reflejada en los Comentarios de la Guerra de las Galias y en los de la Guerra Civil, dos obras literarias e históricas que convierten a Julio César en uno de los

grandes escritores en lengua latina. César fue, sobre todo, un constructor de la Historia.

Julio, el mes en el que —según las *Etimologías* de San Isidoro— el verano llega a su adultez, es el tiempo de la siega y de la recolección en los países menos cálidos; es la época de las rebajas en los grandes centros comerciales, de los cursos universitarios de verano, del tour de Francia, de la Fiesta de los Sanfermines pamplicas, de las veladas sevillanas del Señor Santiago y de Santa Ana. Esta fiesta grande de Triana, que se remonta al siglo XVII, es la única que perdura de las numerosas veladas que los barrios sevillanos celebraban antiguamente en honor de sus patronos.

J Éste es el primer mes de las vacaciones de los estudiantes y el único tiempo de descanso para aquellos trabajadores listos que, como Alberto, prefieren acudir al trabajo en el mes de agosto, porque, como él nos explica, «es el mes en el que menos trabajan los que trabajan». Tradicionalmente en este mes se empezaban aquellos baños de sol y de mar que —tras tomar un purgante de Aguas de Carabaña o de Aceite de Ricino, y de manera ininterrumpida— duraban de Virgen a Virgen: de la Virgen del Carmen —16 de julio— a la Asunción de la Virgen —15 de agosto—.

Junio

«Junio» —el sexto mes del año gregoriano y el cuarto de los antiguos romanos— es el final de curso académico, la terminación de la temporada futbolística, la conclusión del año político, la época de la recolección de los frutos agrícolas y el tiempo de la recogida de los resultados escolares. Es el mes las espigas, de los melones, de las sandías, de las calabazas y, también, del agua y del fuego. Recuerden el rito de las hogueras de San Juan —la fiesta de los juanillos— que, tan arraigado en toda la Comunidad Valenciana, se ha extendido por el resto de nuestra geografía española.

El mes de junio comprendía en un principio veintiséis días, a los que Rómulo agregó cuatro; después, Numa quitó uno y, por fin, Julio César le restituyó los treinta que ahora tiene. Del 21 al 22 de este mes entra el sol en el signo Cáncer y empieza el estío para el hemisferio boreal y el invierno para el austral. Junio es el tiempo del «verano» que, propiamente, es el comienzo del estío (*vernun* en latín significa «primavera»). Recuerden que Cervantes en su *Quijote* dice: «A la primavera sigue el verano, al verano el estío, al estío el otoño y al otoño el invierno, y al invierno la primavera, y así torna a andarse el tiempo con esta rueda continua».

La palabra castellana «junio» procede del término latino «junius». Algunos autores opinan que deriva de «juvenibus» o de «junioribus» —los jóvenes— porque, según Macrobio, los romanos habían dedicado este mes a la juventud que servía a la guerra; otros historiadores sostienen que su origen hemos de situarlo en el nombre de Marco Junio Bruto, uno de los que asesinaron a César;

pero, según la opinión de los estudiosos más acreditados, deriva de la diosa Juno.

Ovidio, por ejemplo, en su libro V de sus *Fastos*, hacer decir a aquella diosa las siguientes palabras: *Junius a nostro nomine nomen habet* (Junio obtiene su nombre del nuestro). El mito de esta diosa desempeña un importante protagonismo en la *Iliada* y en la *Eneida*, y se extendió en gran parte de Occidente hasta penetrar en las costas del norte de África. Es la diosa principal de la antigua Roma y se identifica con la diosa Hera de los griegos.

Como diosa romana, es la versión femenina del dios Júpiter; de ahí que estuviera considerada como la reina del cielo. Era también la protectora, especialmente, del sexo femenino y recibía cultos bajo una gran variedad de epítetos como, por ejemplo, *Virginalis* —diosa de las doncellas—, *Matronalis* —diosa de las matronas—, *Natalis* —diosa de los nacimientos—. Sus bodas, a las que asistieron todos los dioses del cielo y de la tierra, se celebraron con una extraordinaria magnificencia, y sólo faltó la ninfa *Quelonea* quien, en castigo, fue convertida en una tortuga. De su nacimiento nacieron Hebe y Vulcano. Juno presidía los matrimonios y protegía la salud; era la diosa de las mujeres castas, mientras que *Venus*, por el contrario era la bienhechora de las cortesanas.

Laico

A algunos lectores les resulta sorprendente e, incluso, paradójico que, mientras que determinados ciudadanos proclaman su condición de «laicos» para hacer patente su mentalidad agnóstica, sus actitudes anticlericales e, incluso, sus comportamientos ateos, otros, por el contrario, usan este mismo apelativo para declarar su fe religiosa y para definir su peculiar pertenencia a la Iglesia Católica. Y es que este término es ambiguo o, como dicen los lingüistas, polisémico ya que, en sus diferentes usos y en sus distintos contextos, sólo mantiene una parte de su significado primitivo. Recordemos que en su origen etimológico, «laico» es el que forma parte del pueblo, el que no es clérigo y no pertenece a la jerarquía eclesiástica.

En la práctica esta palabra posee actualmente dos significados diferentes y contrarios. El primero designa a los ciudadanos que están fuera, distantes de la Iglesia; a los que en sus planteamientos teóricos o en sus hábitos sociales, profesionales y familiares prescinden de la dimensión cristiana. Son aquellos que no aceptan el magisterio eclesiástico, no profesan la fe en sus dogmas y verdades, no cumplen sus normas ni participan en sus ceremonias y ritos. Son, como los designa el reciente Sínodo Diocesano, los «alejados».

El segundo sentido expresa una manera cualificada y peculiar de estar dentro de la Iglesia. El Concilio Vaticano II —que definió a la Iglesia como Pueblo de Dios—, tras reconocer explícitamente la autonomía de las realidades materiales y, en consecuencia, de las ciencias naturales y humanas, subrayó la función mundana de los seglares y puso el énfasis en la condición eclesial de todos

los fieles, en el papel de protagonistas de los laicos y en la importancia de sus acciones: les reconoció su condición de verdaderos agentes de la vida eclesial y de la acción evangelizadora, catequética, litúrgica y caritativa.

Aunque resulte una obviedad, hemos de afirmar que los laicos, tanto los que están fuera de la Iglesia como los que están integrados en su seno, somos conciudadanos de un mismo pueblo. Todos somos laicos, todos somos legos, todos formamos parte del pueblo.

L

Lavabo

Las palabras con las que designamos los instrumentos que empleamos para la higiene corporal nos pueden sorprender por su distantes orígenes etimológicos. A manera de ejemplos ilustrativos, podemos considerar tres términos que, en la actualidad, son de uso cotidiano: «lavabo», «ducha» y «bidé».

«Lavabo» es la primera persona del futuro del verbo latino «lavare» —lavar— y, por lo tanto, significa «yo lavaré». Es la palabra con la que empieza el salmo que recita el oficiante de la misa cuando lava sus dedos después del ofertorio: «lavabo inter innocentes manus meas et circundabo altarem tuum, Domine» —me lavaré entre los inocentes mis manos y rodearé tu altar, Señor—. Inicialmente este vocablo sirvió para designar la toalla con la que el sacerdote seca sus manos; posteriormente, se usó para referirse al lugar donde la dejaba; después, se empleó para denominar un lavatorio cualquiera. En la actualidad la empleamos para significar el mueble que está dotado de grifos y de un soporte en el que se colocan los diversos utensilios de aseo o bien, para referirnos al cuarto en el que se colocan los diferentes herramientas y productos que nos sirven para la limpieza corporal.

Esta misma palabra —«lavabo»— la usamos eufemísticamente en sustitución de otros términos considerados como tabúes: solemos decir, por ejemplo, que «vamos al lavabo o al baño» e, incluso, a lavarnos las manos, en vez de afirmar que entramos en el water, en el retrete, en el meadero, en el mingitorio, en la letrina o en el excusado para hacer nuestras necesidades fisiológicas.

La palabra «ducha», que designa tanto el aparato que usamos para bañarnos o para refrescar nuestro cuerpo, como la

acción de bañarnos —tomar una ducha o ducharnos—, deriva del verbo latino «ducere» que significa «conducir»; por eso, su primer sentido fue conducción y, posteriormente, chorro de agua conducido, orientado o guiado en una determinada dirección. Este vocablo posee el mismo origen que, por ejemplo, las voces «conducir», «conductor», «conducta» e, incluso, «aducción», «aductor», «deducir», «dúctil», «inducir», «introducir», «producir», «reducir», «seducir» y «traducir» y, sobre todo, «ducho» —«experimentado», «experto», «hábil», «diestro»—. Todos estos términos derivan del verbo latino «ducere» que significa «hacer seguir», «llevar hacia», al que cambiamos de sentido añadiéndole diferentes prefijos. La «ducha», por lo tanto, es ese aparato alargado que termina en un dispositivo en forma de teléfono, con el que podemos dirigir el chorro de agua hacia la parte del cuerpo que pretendemos bañar.

Es posible que algunos lectores se sorprendan al conocer que la palabra «bidé» que, en la actualidad, nos sirve para designar ese lavabo bajo, de forma ligeramente oval, sobre el que nos sentamos a horcajadas para lavarnos las partes íntimas de nuestro cuerpo, significa propiamente «caballito»; es un término que, aunque algunos autores afirman que es de origen incierto, está relacionado con el verbo francés «bider» que significa trotar.

Lotería

«Lotería» —igual que «lote», la parte que toca a uno en un reparto— es una palabra de origen gótico que nos llega al español a través de la lengua francesa. Esta afición, tan cultivada a lo largo de todo el año —según las últimas estadísticas, los españoles gastamos al año más de cuatro billones de las antiguas pesetas en los juegos de azar— en las fechas navideñas adquiere una singular relevancia. La elevada cantidad de dinero invertido en «lotería» nos lleva a concluir que son muchos los conciudadanos los que aspiran a cambiar súbitamente de nivel de vida, que sueñan con alterar cuantitativamente su capital económico y pretenden alcanzar la felicidad haciéndose ricos.

Es cierto que «un buen pellizco» nos puede servir para pagar algunas trampas, para arreglar la vivienda, para cambiar los muebles, para adquirir un nuevo automóvil o, incluso, para repartirlo entre los familiares más allegados, pero también es verdad que la riqueza, cuando no mejora la calidad humana, la capacidad intelectual, la integridad moral, el gusto artístico ni siquiera acrecienta la elegancia o la simpatía, aunque no nos haga necesariamente unos desgraciados, cambia de manera radical la perspectiva desde la que contemplamos los sucesos: varía las actitudes que adoptamos ante los demás y altera las relaciones con el mundo que nos rodea.

Recuerdo que un amigo, que jamás había pisado una iglesia, tras acertar una quiniela de catorce resultados, decidió asistir todos los domingos a la misa de doce en la iglesia mayor de su pueblo; otro conocido unió sus dos apellidos con un guión; otro instaló en la sala de estar de su confortable hogar un mueble-bar

lleno de bebidas caras y repleto de libros encuadernados en piel; otro se echó una querida y otro, finalmente, aprendió a pronunciar todas las eses.

Pero los peligros más graves de la visita súbita de la suerte no se reducen ni se explican con los hechos anecdóticos anteriormente relatados, sino, en mi opinión, con el cambio radical de mentalidad que, de manera inevitable, provoca. Los ricos miran la vida desde arriba; nos contemplan a los demás desde la atalaya segura y confortable de su nutrido patrimonio y observan desde la garita elevada y protegida de su saneada cuenta corriente.

L Los acaudalados son más aptos para premiar que para servir, y poseen mayor facilidad para repartir dones que para compartir bienes; son más misericordiosos que solidarios, más indulgentes que comprensivos, más caritativos que compasivos, pero, paradójicamente, esa seguridad es la fuente de crecientes temores a los cambios; por eso, suelen ser más cautos y más desconfiados que los pobres y han de estar más alertas a las alteraciones bursátiles, a los fondos de inversión, a la confusión provocada por la llegada del euro, al mercado interbancario, a los bonos y a la cotización de metales... ¡Qué lío y qué intranquilidad!

Por eso, deseo que hoy caiga aquí el premio gordo pero con la condición de que esté muy repartido. Quizás de esta manera la fiesta sea más divertida y esté más concurrida. ¡Que tengan suerte!

Lúdico

Hace unos días, en una crítica especializada del periódico *El País*, se comentaba que determinados anuncios publicitarios eran muy «lúdicos», y en páginas anteriores se afirmaba que unas declaraciones del Presidente Norteamericano eran «lúdicas» y que el Papa había celebrado una misa «lúdica».

Todos los lectores hemos podido comprobar el éxito popular que ha alcanzado esta palabra que repiten, sobre todo, algunos hablantes que, «modestamente», presumen de cultos. Aunque es cierto que este término es correcto y ha sido aceptado por la Real Academia, también es verdad que, igual que todas las demás palabras que figuran en el Diccionario, hemos de emplearlo de manera adecuada, de forma pertinente y con su significado propio: es un adjetivo aplicable a los objetos o a los comportamientos que tienen relación con el juego o hacen referencia a él.

El peligro mayor de esta palabra estriba, a mi juicio, en su uso generalizado e indiscriminado. Es posible que su novedad o su sonoridad expliquen, no sólo su extraordinaria aceptación y su rápida difusión en diferentes niveles culturales, sino también su uso reiterado, excesivo y abusivo en los medios de comunicación.

Hasta hace poco tiempo, las crónicas distinguían entre una «alegre fiesta», un «programa divertido», una «película graciosa», una «velada entretenida», una «novela amena», un «discurso distraído» y «una frase ingeniosa» pero, en la actualidad, la fiesta, el programa, la película, la velada, el discurso y la frase son, todos ellos igualmente «lúdicos»: fíjense cómo hasta el recreo escolar se ha convertido en un «segmento lúdico».

Opino que, además de la «ludopatía» —ese afán compulsivo e incontrolado por los juegos, que según algunos psiquiatras es enfermedad que produce graves trastornos mentales, físicos y sociales—, padecemos una «inflación lúdica», una inflamación o hinchazón del lenguaje producida por el uso de palabras de moda, vengan o no a cuento.

L

Maestro (I)

Como muchos de ustedes recordarán, a partir de los años setenta, con la ingenua pretensión de prestigiar algunas profesiones y carreras, se les cambiaron sus nombres tradicionales por otros más elevados y, sobre todo, más pomposos: las carreras cortas se convirtieron en diplomaturas, los escribientes pasaron a ser administrativos, los guardias municipales se volvieron agentes de la autoridad, los cocineros se trocaron en restauradores, los representantes en agentes de comercio, los instructores de gimnasia en profesores de educación física, los peritos en ingenieros técnicos, los coadjutores en vicarios parroquiales, los adjuntos en profesores titulares, los practicantes en ayudantes técnicos sanitarios y los maestros en profesores de Enseñanza General Básica.

En mi opinión, en este último caso, se produjo un descenso ya que, a lo largo de nuestra tradición, la función de maestro ha gozado de mayor prestigio que la de profesor. Recordemos que la palabra «maestro» es muy antigua en castellano. Procede del latín «magister» (según algunos autores, relacionada con la palabra magis, «más») y está documentada en nuestra lengua desde el siglo X. Su sentido originario era más bien el de «jefe», de donde pasó a significar «el que es experto en algo» y, posteriormente, «el que enseña a alguien». El latín «magister» dejó también en castellano dos palabras que, aunque nos parezcan más antiguas, son en realidad más recientes: «maestre», que entró en nuestra lengua a través del catalán o del provenzal hacia el siglo XIII y «maese», formado sobre el vocativo de la palabra latina y documentado desde el siglo XVI.

La palabra «maestro» designa también al trabajador cualificado. Esta acepción hace referencia al dominio de un oficio o a la habilidad en una tarea de artesanía; sin embargo, el término no se aplica por igual a todos los trabajadores cualificados, sino sólo a aquellos que desempeñan un oficio que tiene una cierta tradición y que ejercen, además, la función docente. Cuando, por ejemplo, hablamos del «maestro orfebre» o del «maestro carpintero», no nos referimos exclusivamente a su trabajo como orfebre o como carpintero, ni siquiera a la alta calidad de su labor, sino que, también, señalamos la peculiar relación que le une con otras personas —los aprendices—: a su función de guía, de instructor, de consejero, de educador y de modelo de identificación profesional. Si pretendemos aplicar este término con propiedad sólo lo emplearemos si el profesional al que nos referimos está rodeado de personas que aprenden con él y de él.

Este uso de la palabra tiene sus orígenes en la Edad Media, antes de que surgieran las ocupaciones propiamente industriales. Eran «maestros» los artesanos especialmente cualificados, como aquellos famosos «maestros de obra» que dirigieron la construcción de las catedrales medievales. En esa época, los maestros se agrupaban en gremios en los que se asociaban tanto quienes ya dominaban el oficio o la artesanía, como los aprendices.

Maestro (II)

El término «maestro» lo hemos empleado tradicionalmente para referirnos a quienes desempeñan las labores de enseñanza en los primeros niveles del sistema educativo, especialmente en la escuela pública primaria. Llamábamos «maestros» a quienes, dotados de las virtudes de la paciencia, de la generosidad y de la delicadeza, guiaban a los niños en los aprendizajes básicos de la escritura y de la lectura, en el dominio de las matemáticas elementales para la posterior comprensión de las ciencias, y en la adquisición de otros conocimientos fundamentales para el desarrollo personal y para la convivencia social: para introducirlo en la vida cultural del pueblo e, incluso, para capacitarlo para arrostrar las dificultades de la vida y para colaborar en el progreso de la sociedad.

Hemos de reconocer que la valoración de esta palabra ha sido desigual a lo largo del siglo pasado. Recordemos que, al principio del siglo XX, el maestro de escuela, representaba un influyente e importante papel en la preparación para la vida, que era correspondido por un elevado reconocimiento social. Pero, poco a poco, hasta tal punto fue bajando su estimación y, en consecuencia, disminuyendo su remuneración económica que se hizo popular el dicho «pasa más hambre que un maestro de escuela».

En la actualidad, nuevamente se va recuperando la amplitud y la profundidad de su significado primitivo: maestro es el que cumple la tarea de «enseñar». Pero hemos de advertir que este verbo no significa simplemente «transmitir información» sino, además, orientar el desarrollo de habilidades y estimular el perfeccionamiento de destrezas.

Enseñar es capacitar para una acción, para una actividad o para un trabajo; es cultivar las facultades de los aprendices y proveerlos de instrumentos; es dotarlos de técnicas y de hábitos para que crezcan y puedan por sí solos volar, con sus propias alas, por el horizonte abierto de la vida, y caminar, con sus propias piernas, por los senderos inciertos del futuro; es, en resumen, habilitarlos para que sepan valerse por sí mismos. El «maestro» no solamente comunica unos conceptos o una técnica, sino que, hasta cierto punto, influye en la concepción del trabajo profesional y, a veces, en la interpretación de la vida. Podemos afirmar que, de manera respetuosa, interviene en los sentimientos y en la voluntad de los discípulos, y se convierte en una referencia esencial para que ellos se autocomprendan y decidan libremente la orientación de sus propias vidas. Por eso el término «maestro» incluye otros conceptos más restringidos como, por ejemplo, profesor, docente, orientador, inspirador, ejemplar, animador, formador, instructor o, incluso, catedrático.

Por eso, el «maestro», sobre todo en los niveles superiores, no puede limitarse a repetir saberes, ni a recorrer caminos trillados, sino que ha de proporcionar fórmulas válidas para que los discípulos exploren paisajes inéditos de las asignaturas que imparte, para que descubran nuevos conocimientos que les sirvan para reformular y para interiorizar los cambiantes postulados científicos y, sobre todo, las crecientes exigencias sociales.

Manta

Tiene razón Mariano Peñalver cuando reconoce que «hay palabras de éxito que se aplican con generosidad para sustantivar o para adjetivar conceptos de dudoso contenido». Estas palabras afortunadas cumplen, la mayoría de las veces, la función de dotar de cuerpo sensible a ideas abstractas. Recordemos que sustantivar es proporcionar sustancia y adjetivar es asignar cualidades.

Esta operación materializadora posee una notable eficacia retórica, literaria, pedagógica y comunicativa. Como afirman los escolásticos, sólo comprendemos las nociones que percibimos a través de los sentidos. Por eso los políticos, los escritores, los profesores y los hablantes, para ser mejor comprendidos, hemos de emplear imágenes.

Fíjense, por ejemplo, en los abundantes usos y en los distintos significados que adquiere la palabra «manta», un término que, en su sentido literal, quiere decir «pieza rectangular de lana o de algodón, tupida y ordinariamente peluda, que sirve para abrigarse en la cama y para cubrir las desnudeces». Pero la «manta» también se usa para «mantear», para —como le hicieron a Sancho Panza— vapulear a una persona como si fuera un muñeco. En Navarra llamaban «mantas» a los lienzos sobre los que se inscribían los nombres de los judíos conversos.

Recordemos cómo, en tiempos muy recientes, los políticos de uno y de otro signo ideológico pretendían hacer temblar a sus respectivos adversarios amenazándolos con «tirar de la manta». En realidad, se proponían asustarlos con el anuncio de posibles descubrimientos de hechos perversos o de comportamientos ilegales, ofensivos o vergonzosos, guardados celosamente en secreto.

Su intención era levantar sospechas y extender la enfermedad contagiosa de la duda y de la desconfianza.

En el lenguaje coloquial es frecuente que calificuemos de «manta» al torpe, al inepto o al inútil, al que es incapaz de desarrollar con soltura las tareas profesionales o de resolver con eficacia los problemas de la vida ordinaria.

M

Marzo

Marzo, era el primer mes del año romano en el calendario de Rómulo, el segundo en el de Numa Pompilio y el tercero en el de San Gregorio. Este mes en el que, como es sabido, termina el invierno y comienza la primavera para los habitantes del hemisferio boreal y el otoño para los del austral, es el tiempo de la resurrección: es la época en la que se desperezan los seres aletargados de la naturaleza, se reavivan las fuerzas físicas, reviven las energías psicológicas, renacen las ilusiones y resurgen las esperanzas de vivir.

Según afirmaban los libros escolares de nuestro tiempo, en este mes se reanudan las faenas agrícolas que estaban suspendidas durante la época hibernal en la mayor parte del territorio peninsular. Tradicionalmente —sobre todo en los terrenos de secano— en este período se acostumbraba a sembrar las habas, el lino tardío, los trigos y los centenos de primavera, las zanahorias, las avenas, las algarrobas, las lentejas y los guisantes; florecen al aire libre los almendros, los albaricoqueros, los sauces, los álamos, los tulipanes y las anémonas.

Su nombre proviene de «*martius mensis*» —el mes de Marte, el dios de la guerra— que era la divinidad a la que Rómulo lo había consagrado. Estaba simbolizado por un hombre vestido con piel de loba, aludiendo a la que se creyó que había amamantado a Rómulo y a Remo, los legendarios fundadores de Roma. Abrían el mes las Matronales, las fiestas de los casados, en memoria de la reconciliación de los romanos y de los sabinos, después del rapto de las mujeres de este pueblo por Rómulo y por sus compañeros. Los solteros no tomaban parte en las fiestas. En este mes también

se celebraban las Liberales o fiestas a Baco, las de Minerva y las Hilarias en obsequio de Cibele. En la Edad Media fue también el primer mes del año en diferentes países. En los siglos VIII y IX, se designa así en las actas de los Concilios.

Marte —llamado Ares en griego—, hijo de Júpiter y de Juno, era uno de los doce antiguos dioses y desempeñó un importante papel en las leyendas heroicas. Su nombre —que también designa al planeta más próximo a la Tierra— era sinónimo de intrepidez belicosa, de temeridad ciega y de valor osado. Era el prototipo del héroe guerrero de las tradiciones épicas que, iniciada la pelea, no obedecía más que a la brutalidad de su instinto y a su furor sanguinario: amaba el combate por el combate mismo y se dejaba seducir por la idea perversa de herir y por el deseo insano de matar. La poesía épica lo representa como el terror de los carros de guerra cuando combatía a pie, y celebra la rapidez sin igual de sus corceles de oro que tiraban de su carro.

Los pobladores de Italia veneraban a Marte —junto a Júpiter, el dios itálico por excelencia— como el padre de Rómulo, el fundador de la nación, y lo consideraban como el dios de la fuerza viril, de la inspiración guerrera que conduce a la victoria y, también, como la divinidad del cultivo, del laboreo del campo y de la fecundación.

Masacre

La palabra «masacre», tan repetida desgraciadamente en los días de profunda conmoción, la hemos tomado recientemente del francés para designar un hecho que carecía de denominación precisa en nuestra lengua castellana ya que la usada hasta su introducción —«matanza»—, resultaba excesivamente genérica, ambigua e imprecisa. Entre los significados de las palabras «matanza» y «masacre» existen unas importantes diferencias que son análogas a las que, respectivamente, separan a los términos «matar» y «asesinar». «Matar» es la acción de quitar la vida a cualquier ser animado, y «asesinar» es el acto feroz de arrebatar, de una manera violenta, la vida a un ser humano. Los animales se matan pero sólo los hombres se asesinan.

Matamos una gallina, una cabra o un atún para alimentarnos; matamos un mosquito, una rata o una cucaracha para defender nuestra salud; pero, si causamos involuntariamente la muerte de un «semejante», cometemos un homicidio y, si la perpetramos con perversa intención, incurrimos en un asesinato. El «asesinato» es un homicidio —del latín *homo*, hombre, y *caedere*, matar— es la acción que lleva a cabo una persona cuando provoca la muerte criminal, premeditada y alevosa a otra. El verbo «morir» o «fallacer», como dicen las gramáticas, es intransitivo y, por lo tanto, no permite que le añadamos un nombre de persona; no podemos «morir a Pedro»; muere el sujeto, pero no podemos «hacer morir» a otro ser; cuando cortamos la vida a otro ser humano, lo matamos, lo asesinamos y cometemos un crimen.

Usamos la palabra «matanza» para designar el exterminio progresivo de animales, como, por ejemplo, la matanza de ba-

llenas que, a veces, se lleva a cabo para aprovechar su carne, su lengua, sus barbas, su grasa y sus huesos; la de los zorros y la de los visones para confeccionar abrigos lujosos y confortables con sus valiosas pieles e, incluso, las de las molestas palomas, para mantener limpias las ciudades. Pero también usamos este mismo término para indicar las tareas domésticas de sacrificar a los animales destinados a servir de alimentos.

En España, esta palabra se emplea, especialmente, para nombrar las operaciones de sacrificar y descuartizar a los cerdos, y para designar los productos elaborados con sus diferentes miembros y órganos como, por ejemplo, el tocino, la morcilla, el chorizo o el jamón. Por eso podemos decir la «matanza» se celebra, por ejemplo, el mes de diciembre, y tenemos «matanza» para todo el año.

La palabra «masacre», por el contrario, nos sirve para referirnos a los asesinatos masivos de personas inocentes e indefensas, e incluye un contenido de crueldad y de complacencia en el sufrimiento ajeno. Una masacre —que tanta angustia y terror produce a los humanos nobles— es la demostración clara de las horribles consecuencias a las que arrastran los rencores y los odios, y constituye, sobre todo, la prueba más contundente de la degradación moral y de la indignidad a la que podemos llegar los seres humanos cuando anidamos y obedecemos a los infames impulsos asesinos.

Máscara

El nombre de «máscara», perteneciente al lenguaje teatral y al léxico del carnaval, procede de la palabra árabe «máhara», que significa «bufón», «payaso» o «personaje risible». Este término es un derivado del verbo «sáhir» que se traduce por «burlarse de alguien». En nuestra lengua española el vocablo «máscara» es muy usado desde el Siglo de Oro con el sentido de «antifaz» —«pieza de cartón o de tela que encubre o protege el rostro»—, «disfraz» —«artificio que sirve para ocultar o disimular un objeto»—. En otros contextos puede significar «bufonada», «burla», «chanza», «broma», «disimulo», «fingimiento», «persona enmascarada», «fiesta de personas enmascaradas o con falso rostro».

Estos «artefactos» eran unos de los elementos caracterizadores del teatro clásico, tanto de los griegos como de los romanos, y constituían, incluso, su emblema representativo: eran unas figuras de madera, provistas de cabellera y, a veces, de larga barba, con las que los actores trágicos y los cómicos se cubrían, como si fuesen unos cascos, toda la cabeza.

Las «máscaras» —en griego «prosopon» y en latín «persona»— estaban pintadas y representaban la edad, el temperamento y los sentimientos predominantes del papel que desempeñaba cada actor que, para hacer más verosímil su caracterización, se las cambiaba frecuentemente, y a veces, en una misma escena. La «máscara escénica» cumplía inicialmente una función práctica: fue invención griega, inspirada o exigida por la inmensa perspectiva de los teatros antiguos, que llegaron a contener hasta treinta mil espectadores. Los actores necesitaban «crecer» y «engordar» para hacerse ver, y la máscara era un complemento indispensable.

ble para que la cabeza estuviese en proporción con el resto del cuerpo.

Unas máscaras eran trágicas y otras cómicas y, dentro de estos dos géneros, se diversificaban en una amplia variedad. La máscara trágica expresaba la violencia de las pasiones: estaba provista de un alto tupé y tenía la boca grande y prominente. La máscara cómica sólo servía para representar tipos vulgares y caracteres burlescos. En uno y otro género, se distinguían las que representaban a personajes masculinos, de las que caracterizaban a tipos femeninos.

De esta palabra se han derivado otros términos que pertenecen a campos diferentes como, por ejemplo «mascarada» —fiesta con máscaras—, «mascarilla» —máscara que encubre parte del rostro o reproducción plástica del rostro de una persona—, «mascarón» —adorno arquitectónico en forma de cara deforme o grotesca, figura colocada en lo alto de la proa de un barco—, «desenmascarar» —deshacer un fingimiento—, «enmascarar» —tapar el rostro con una máscara, disimular—. Pero no olvidemos que la «máscara» siempre descubre mucho más de lo que oculta.

M

Mayo

La palabra «mayo», con la que designamos el quinto mes del año, deriva directamente del latín «maius» e, indirectamente, del sánscrito «maya», que significa ilusión. Se llama así, según algunos escritores, porque era el mes dedicado a Maia, diosa griega, hija de Jano, mujer de Vulcano y madre de Mercurio; pero, según otros autores, esta derivación carece de fundamento ya que los romanos le daban tal nombre antes de que conocieran la Mitología griega. Estos autores prefieren hacerlo derivar de «maiorum», porque era el mes que estaba consagrado a los ancianos, a los senadores. Recordemos que el Senado estaba constituido por los «senes», los mayores.

Mayo era el mes colocado bajo la protección de Augusto en el que celebraban las fiestas denominadas Lemulares. Según cuentan las crónicas, eran unas solemnidades instituidas por Rómulo para paliar los remordimientos que experimentaba desde el fratricidio de Remo: para liberarse de los fantasmas que lo atormentaban y de los espectros que lo perseguían. También era el mes dedicado a los Juegos Florales, unas celebraciones en honor a Acca Laurentia, una generosa dama que, adoptando el nombre de Flora, había legado una inmensa fortuna al pueblo romano. Eran fiestas «licenciosas y libertinas»; se iniciaron el año 241 antes de Cristo, duraban seis días y se financiaban también con el producto de las multas impuestas a los ciudadanos corruptos que se habían apropiado de los bienes de la República. Los romanos representaban gráficamente este mes mediante la figura de un hombre de edad mediana, vestido con larga túnica, portando una cesta de flores y con un pavo real a sus pies.

Posteriormente, ya en la Edad Media, en la Provenza francesa —Tolosa, 1334—, se iniciaron los Juegos Florales tal como los hemos conocido nosotros; eran unos certámenes literarios en los que se premiaban los mejores poemas con flores y, a veces, con joyas: dos objetos que, por su colorido y por su valor, a lo largo de toda la tradición, han constituido soportes materiales cargados de múltiples simbolismos.

El mes de Mayo, sobre todo en los pueblos mediterráneos, ha sido, por excelencia, el tiempo de las fiestas. En la mayoría de las poblaciones se celebran las ferias locales que, en sus orígenes, tenían un carácter comercial. En el siglo XIX, en alusión a la abundancia de festejos populares en cuyos programas se incluían las procesiones de las respectivas patronas, se repetía con mucha frecuencia un refrán cuyo significado se nos escapa en la actualidad: «Mayo mangonero, por la rueca en el humero». Conviene explicar que «mangonero» se refiere a la abundante cantidad de mangas: ese adorno de tela que reviste el cilindro acabado en cono, que cubre parte de la vara de la cruz parroquial con la que se iniciaba el cortejo. Recordemos que, en la Iglesia Católica, éste es el mes mariano por excelencia: con la designación de «Mes de Mayo» se hace referencia a los ritos, a las preces y a los cánticos —«Venid y vamos todos...»— que, ante su altar cargado de flores, se entonan en honor a la Virgen María.

Melancolía

La palabra «melancolía», en su acepción coloquial, nos sirve actualmente para designar los diferentes grados de tristeza, de angustia o de desolación, que pueden padecer los seres humanos. En la Antigüedad, éste era el nombre con el que los manuales de Medicina se referían a la actual «depresión», a ese estado de ansiedad, de decaimiento, de abatimiento y de postración que se sitúa en el polo opuesto al de la euforia, estado anímico de entusiasmo.

Este término —«melancolía»— está compuesto por dos voces griegas —«melas», negro, y «jolé», bilis—, y, literalmente, significa «bilis negra». Fue Galeno (n. Pérgamo, 131) quien sistematizó la teoría de los humores, anteriormente descritos de manera parcial por otros médicos como, por ejemplo, Hipócrates (n. en Cos, 460 a. C.) y Praxágoras (n. en Cos, s. IV a. C.) Se creía que los humores eran los factores que determinaban, no sólo el funcionamiento de los órganos corporales, sino también los estados de ánimo e, incluso, el perfil de los diferentes temperamentos psicológicos.

Hasta muy entrado el siglo XX, aunque descritos en diversos términos, los psicólogos distinguían cuatro tipos que estaban determinados por la cantidad relativa de cada uno los cuatro humores que intervenían en el funcionamiento del cuerpo humano: el flemático —flema, mucosidad pegajosa que se arroja por la boca, procedente de las vías respiratorias—, el sanguíneo —sangre, humor que recorre las venas y las arterias—, el colérico —jolera, bilis, que es segregada por el hígado— y el melancólico —la bilis negra que oscurece el rostro y ensombrece el alma—.

El «flemático» era lento, tardo y perezoso en sus acciones. El *Quijote* describe así a Sancho: «el ventero se desesperaba de ver la flemma del escudero, y el maleficio del señor» [...] «no era dado a la debilidad de Rocinante andar por aquellas asperezas, y más siendo él de suyo pasicorto y flemático»; el «sanguíneo» era el que, por bullirle la sangre, era activo, alegre, entusiasta, emprendedor, ardiente e irritable; y el «colérico» era propenso a la ira, al enojo y al enfado; es el que fácilmente se deja llevar de los ímpetus y de los arrebatos de la ira.

En la actualidad, aunque algunas escuelas siguen aferradas a las doctrinas fisiológicas que interpretan los estados emocionales como simples cambios en el comportamiento de las células y otras corrientes opuestas defienden que es el espíritu el que gobierna tanto las conductas como el funcionamiento orgánico, las teorías más acreditadas aceptan la íntima interrelación psicosomática, la interdependencia de los procesos mentales y de las reacciones corporales.

Por eso, en los tratamientos destinados a combatir tanto las diferentes enfermedades somáticas como los trastornos psíquicos se suele combinar las técnicas quirúrgicas, los fármacos y las prácticas de psicoterapia que, mediante el uso adecuado de la palabra estimula determinados mecanismos emotivos y, a través de ellos, el funcionamiento de las hormonas. Efectivamente, somos animales, pero no «simples animales».

Melindre

El «melindre», en su significado etimológico, es un pastel menudo, elaborado con una pasta compuesta de miel, harina, azúcar y huevo. En algunas pastelerías de nuestra Provincia hemos encontrado la variedad de «milíndricos». En su sentido figurado, «melindre» es la persona excesivamente delicada en sus palabras, en sus ademanes, acciones y, más concretamente, aplicamos esta palabra para referirnos a los que son demasiado detallistas, aprehensivos y escrupulosos con las comidas.

El «melindre» o «melindroso» posee un estómago delicado, una sensibilidad selectiva y, sobre todo, un gusto muy reducido. Antes de empezar la comida, examina con minuciosidad el plato: el continente y el contenido. Busca y casi siempre encuentra algún ingrediente que le desagrade: un trocito de cebolla en la tortilla, un garbanzo en la sopa, un resto de verdura en el cocido, una espina en el pescado o un hueso en la carne.

Aunque, a veces, presume de perfeccionista, en realidad, es un maniático o, como dicen los profesionales, un neurótico. Su reacción de desagrado suele ser incontrolada y desproporcionada a la importancia o a la gravedad de su objeto. En el resto de actividades, su comportamiento es normal; percibe, razona y siente como la generalidad de sus semejantes, pero, cuando advierte algún elemento de los incluidos en su lista de aversiones, se descompone, pierde los nervios, extravía la brújula y la capacidad de razonar; se ofusca, se desequilibra y sufre el síndrome del jinete que está montado sobre un caballo desbocado, sin control de las riendas y con los pies fuera de los estribos. Los primeros síntomas se advierten en la más tierna infancia y, en general, suelen persistir hasta la vejez.

Los «melindrosos» en las comidas, a veces, son también especialmente sensibles al clima: al calor y al frío, a la humedad, a todos los vientos e, incluso, a la calma; por eso suelen estar permanentemente pendientes del parte meteorológico.

M

Metrosexual

Este adjetivo que, acuñado recientemente, se ha extendido con rapidez por los medios de comunicación, no se refiere —como me han comentado algunos de los que lo han escuchado por primera vez— a las medidas de los órganos sexuales, sino a un tipo de comportamiento masculino análogo al que, todavía, caracteriza algunos de los hábitos que, tradicionalmente en nuestra cultura, eran exclusivos de las mujeres.

«Metro» es un apócope del adjetivo «metropolitano» que, como es sabido, nos sirve para referirnos a los asuntos relacionados con las grandes urbes. El otro componente de la palabra —«sexual»— está aquí empleado en su sentido más amplio que engloba, no sólo ni principalmente los comportamientos genitales ni siquiera eróticos, sino, sobre todo, las formas adoptadas por algunos hombres en el porte externo, en el trato íntimo y en las actitudes sociales. La palabra «metrosexual» define a un hombre que puede ser heterosexual y que es especialmente sensible a los dictados de la última moda o, como lo definió en Inglaterra Mark Simpson en 1994, un hombre que «claramente se convirtió en su propio ser amado». En resumidas cuentas, un narcisista que se contempla y se gusta. Algunos piensan que el símbolo por excelencia de los «metrosexuales» es David Beckham.

El «hombre metrosexual» trata de romper los moldes del varón rudo, insensible, tosco y bruto, del machote al que le está prohibido llorar, soñar, cuidar su cuerpo y tratar de embellecerlo, porque, como dice el refrán, «el hombre y el oso, cuanto más feo, más hermoso». Los medios de comunicación lo definen como «guapo, refinado, vestido a la moda y, además, detallista, tierno, correcto y amable».

Las descripciones se empeñan en dejar bien claro que, aunque a veces son confundidos por su sofisticada imagen, no se trata necesariamente de que sean homosexuales, gays o mariquitas sino que pretenden abrir paso a un nuevo tipo de hombre, y se esfuerzan por borrar unas barreras convencionales que, por muchos siglos de historia que posean, carecen de fundamento y de sentido. Como me acaba de indicar Mariano Peñalver, el metrosexualismo recuerda la actitud del siglo XVIII donde los hombres se feminizaban en sus afeites y vestimentas, aunque no dejaban de asegurar sus privilegios de varón sobre las mujeres. Es posible que sea una actitud propia de las épocas sin guerras o en las que las guerras las hacen los profesionales pagados por los «pacíficos».

M Lo malo es cuando los cambios son meramente externos y esos mismos chicos que se depilan las cejas, se afeitan las piernas, se pintan las uñas o el pelo, siguen manteniendo los mismos contravalores e idénticos prejuicios sexistas con respecto a las mujeres; cuando los cuidados cosméticos sólo limpian e hidratan la piel dejándola aterciopelada, lisa, más uniforme y más luminosa; cuando sólo borran las arrugas, las imperfecciones y los signos de cansancio del rostro, sin influir en un cambio profundo de mentalidad, sin transformar las categorías de unos valores que propicien unas relaciones más igualitarias.

Sería una lástima que las nuevas formas sean meramente externas y cosméticas; que el juego consista exclusivamente en usar caretas o en presumir cambiándose de disfraz. A veces, si escarbamos un poco en estos cambios, descubrimos ese poso de misoginia y de sexismo que caracteriza los modelos tradicionales machistas. Y no perdamos de vista que las actitudes y los comportamientos machistas no son exclusivos de los varones sino también de algunos gays y de no pocas mujeres.

Miopía

La búsqueda del origen de las palabras y el estudio de sus raíces etimológicas, con frecuencia, nos deparan sorpresas deslumbrantes a los que estamos interesados por el lenguaje humano. ¿Sabía usted que unas palabras aparentemente tan alejadas como «miope», «misterio» y «místico» tienen un origen común? Las tres proceden del verbo griego *myein* que indica, sobre todo, el acto de cerrar los sentidos, de mantener cerrados los ojos, para defenderse de la claridad. El miope —que padece un exceso de refracción de la luz— necesita aproximarse mucho a los objetos y, sobre todo, apretar los párpados dejando sólo una pequeña abertura.

Un «misterio» es una realidad oculta, es un hecho que, por encontrarse en un lugar cerrado y oscuro, es invisible, ininteligible para los ojos de la cara. Para que podamos hablar de «misterio» es necesario que conozcamos su existencia y que ignoremos su naturaleza. El hecho ha de ser patente y su explicación, desconocida.

Un «místico» es el que cierra los ojos del cuerpo para concentrarse en la búsqueda del fondo de su propia alma, para conseguir la fuerza y la luz que abren los ojos del espíritu. Cuando los ojos del cuerpo están totalmente cerrados, los ojos del alma se abren para contemplar, para desentrañar y para comprender el «misterio» que se encierra en el fondo más recóndito.

El «místico», por lo tanto, es un «miope» para los objetos externos y un «vidente» para las realidades profundas; en él se produce una inseparable y paradójica afinidad entre la «profundísima noche» (la «noche oscura» de San Juan de la Cruz) y la perfecta evidencia de la visión espiritual. Repasen las obras de los

místicos (Plotino, Eckhart, Nicolás de Cusa o San Juan de la Cruz) y podrán comprobar sus explícitas confesiones de «miopía» para percibir las apariencias engañosas de las cosas mundanas, y sus declaraciones detalladas sobre los «misterios» divinos, encerrados en el fondo íntimo de sus espíritus.

M

Mogollón

Es probable que muchos de los lectores se sorprendan si, tras consultar cualquiera de los vocabularios antiguos o, incluso, los diccionarios actuales más acreditados de la Lengua Española, comprueban que esta palabra —«mogollón»— tiene un significado sensiblemente distante del sentido que nosotros le damos en nuestras conversaciones.

Cuando nosotros afirmamos que acudió un «mogollón» de gente al «Gran Premio de España de Motos», queremos decir que asistió una gran cantidad de público, un número elevado de espectadores: aseguramos que hubo un lleno.

Pero ¿sabía usted que la palabra «mogollón» significa «gratuitamente», «de balde», «de gorra» o «de gañote»? «Ir de mogollón» es entrometerse donde no le llaman a uno; es colarse en una comida a la que no nos han invitado. De este significado inicial —«gorrón»—, derivó el de «holgazán», «vago» y «aprovechado».

El poeta, dramaturgo, retórico y gramático sevillano, Juan de Mal-lara (1527-1571) es el primer autor que usa esta palabra en el sentido que acabamos de señalar. Refiriéndose a un colega dice: «es un filósofo contemplativo y amigo de comer de mogollón».

El origen etimológico de esta palabra —como ocurre con la mayoría de las voces coloquiales, germanescas y festivas— es incierto y discutido. Algunos autores —como, por ejemplo el padre Guadix, en los trabajos que realizó con Diego de Urrea— opinan que procede del árabe (*mugali*); otros lexicógrafos —como el toledano Sebastián de Covarrubias (1539-1613), en su *Tesoro de la Lengua Castellana o Española* (1610)— y el *Diccionario de Autoridades*

(1713-1740) —el primero publicado por la Real Academia de la Lengua— defienden, por el contrario, que es una voz antigua castellana que deriva de la latina «*mulgere*» que significa «ordeñar» y que «se aplica al pobre corderillo huérfano, que ha quedado sin madre y que acude a mamar de las demás ovejas».

M

Mojiganga

Esta palabra, que tradicionalmente ha estado unida a las manifestaciones carnavalescas y que, en la actualidad, la usamos para referirnos a las frases, a los gestos o a los comportamientos humorísticos, posee una dilatada tradición. La forma más antigua de este término es «boxiganga» y designaba primitivamente un personaje caracterizado por sus atuendos estrafalarios, que enarbolaba un palo a cuyo extremo iban sujetas dos o tres «vixigas». Como algunos habrán advertido, este vocablo es una variante fonética de «vejigas».

Agustín de Rojas Villandrando, en su obra titulada *Viaje entretenido*, de 1603, enumera ocho categorías de representaciones teatrales, según el número de cómicos que en ellas intervenían: «bululú», «ñaque», «gangarilla», «cambaleo», «garnacha», «boxiganga», «farándula» y «compañía». La «boxiganga» era como una clase de compañía de recitantes —la sexta por orden de importancia— que constaba de seis o de siete hombres, de dos mujeres y de un muchacho.

Luego, en el siglo XVII, esta palabra pasó a designar un tipo de juguete dramático, y después, ya en Quevedo, una especie de mascarada o cabalgata carnavalesca. Desde el siglo XVIII, en que se prohibieron las «mojigangas», su nombre tendió a conservarse solamente en sentido figurado de «farsa, cosa ridícula con que parece que uno se burla de otro»; en este sentido se emplea en el libro de José Francisco de Isla titulado *Descripción de la máscara o mogiganga, que hicieron los Jóvenes Teólogos en la Ciudad de Salamanca, con motivo de la Canonización de San Luis Gonzaga, y San Estanislao de Koska*. (Madrid: En la Imprenta de don Antonio Espinosa, 1787).

En *El Quijote*, es el nombre del personaje vestido pintolescamente, con cascabeles, y armado de un palo con tres vejigas en la punta, del que se sirve para sus habilidades histriónicas.

El adjetivo «mojigato», que nada tiene que ver con el nombre anterior, es una palabra compuesta de otras dos que son sinónimas: «mojo» y «gato». La primera es hipocorístico —habla propia de los niños como, por ejemplo Quique, en vez de Enrique— de la segunda. «Mojigato», por lo tanto, es una repetición enfática que significa «gato» «gato». Con esta repetición, aplicada a personas, se define un tipo peculiar de temperamento psicológico o de perfil moral.

M Aunque los diccionarios explican que esta palabra designa a los sujetos hipócritas, farsantes y suaves de formas, que manifiestan unas apariencias humildes pero que, en el fondo, son orgullosos; que ostentan mansedumbre pero encierran rebeldía; que aparentan ingenuidad pero que, realmente, — como el felino doméstico— son astutos, la mayoría de los hablantes llamamos «mojigatos» a los que se escandalizan «farisaicamente» de unos comportamientos que, para la generalidad de los mortales, son normales. El «mojigato» es, a veces, un timorato, un tímido, un beato o un escrupuloso, pero siempre es un puritano, un apocado y un estrecho que se ruboriza por la menor alteración de las formas convencionales.

Movilización

La subida del precio del petróleo suele originar múltiples «movilizaciones» de agricultores, armadores, taxistas y transportistas que, indignados, «inmovilizan» puertos, carreteras y fábricas, y paralizan muchas actividades de la vida ordinaria de las ciudades. Esta «paradoja» —o aparente contradicción entre «movilizar» e «inmovilizar»— se explica recordando que «movilizar» no significa simplemente «mover», sino expresar el malestar de un grupo que se siente mal tratado; es señalar a unos responsables y exigirles unos derechos. Mediante el añadido del sufijo —izar, aumentamos el significado de la palabra originaria y el simple movimiento se convierte en protesta airada.

La «movilización» es un conjunto de acciones —paros, manifestaciones, barricadas, pintadas— cargadas de sentidos; es un lenguaje sorprendentemente sonoro; es un grito estridente; es una queja explosiva; es una protesta estrepitosa y un reproche, a veces, desesperado y siempre irritado. La «movilización» es un ruido estruendoso, que pretende llamar la atención de los simples ciudadanos que, ocupados en sus asuntos particulares, transitan por la superficie tranquila de la vida social; pero, además, cumple otras funciones que inevitablemente —querido Juan Fuentes— hemos de enumerar: es la petición de auxilio que formula alguna pieza del mecanismo productivo; es un toque de atención a las autoridades políticas para que intervengan a favor de los que se sienten desprotegidos; es una llamada a los medios de comunicación para que transmitan y expliquen sus mensajes; y, sobre todo, es un arma de presión para lograr la aceptación de las reclamaciones. Una «movilización» que no se note, que no moleste o que no

fastidie es un contrasentido; pero tampoco es eficaz que se irrite, enfade y exaspere demasiado a quienes nada tienen que ver con el conflicto y nada pueden arreglar. Como dicen los manuales, «las movilizaciones, para que sean eficaces, han de ser programadas, dirigidas, encauzadas y controladas; de lo contrario, el tiro puede salir por la culata y la pólvora explotarnos en las propias manos».

M

Muñeca

Aunque en la actualidad las palabras «muñeca», «muñón» y «moño» poseen unos significados alejados entre sí, el origen de los tres vocablos es idéntico: la raíz prerromana «munn-» que significa «bulto» o «protuberancia». El «moño» es el «bulto» esférico que se forma recogiendo la cabellera; el «muñón» es la «protuberancia» que resta, tras haber amputado un miembro al cuerpo humano; de aquí procede la designación de «muñeca» que damos a la articulación que une la mano con el brazo, al bulto de trapo para, por ejemplo, barnizar los muebles, o al juguete con el que juegan las niñas.

La «muñeca», que al principio era un simple saquito de tela con ojos, nariz y boca pintados, se ha ido perfeccionando hasta alcanzar tales niveles de refinamiento y de realismo que, a veces, sirve de modelos a las adolescentes y a las jóvenes.

Recuerden, por ejemplo, a Mariquita Pérez y a esa serie de imitaciones que se vendían en las jugueterías españolas entre los años 1939 y 1959. Estas muñecas tan famosas y tan primorosas nos muestran los cambios de moda e, incluso, si las examinamos detenidamente, podemos identificar en ellas algunos rasgos de los gustos predominantes en aquella época. Su éxito comercial se aumentó gracias a los centenares de accesorios que, entre vestidos, zapatos, gafas, sombreros, abanicos, etc., la presumida Mariquita requería.

Poco tiempo después nació su famoso hermano y posteriormente, a la vista de su éxito, aparecieron en el mercado juguetero otras muñecas parecidas como «Mari Cris», «Malibú», «Lily», «Baby Chachy». De la postguerra también podemos admirar a

otros muñecos de apariencias más populares y de precios más económicos como, por ejemplo, algunos «Pepones» de cartón piedra, creados en talleres domésticos de las regiones levantina y catalana.

En el año 1959 apareció la Barbie, la muñeca que se ha convertido en la reina de los juguetes. Fue presentada en una feria de juguetes con su famoso traje de baño a rayas. A partir de ese momento la muñeca diseñada por Ruth Handler, que recibe su nombre en honor a la hija de ésta, Barbara, se convirtió en figura de culto, que se distribuye en más de 140 países, y es, sin lugar a dudas, el regalo que más aparece en las cartas a los Reyes Magos. Nada más en su primer año se vendieron 351.000 muñecas. En la actualidad dicen las estadísticas que se vende un millón y medio cada semana. Es increíble que esta señora —que ya ha cumplido más de cuarenta años—, se mantenga en tan buena forma física y en un puesto tan alto en la lista de ventas. Sus creadores la han mantenido en primera línea, cambiando oportunamente no sólo su *look*, sino, también su nacionalidad, su profesión, el color de su piel y hasta sus opciones ideológicas. Barbie ha sabido asumir las nuevas tareas de la mujer en la sociedad contemporánea.

M

Museo

El «museo» es, en la actualidad, la institución que alberga colecciones de objetos artísticos, históricos o científicos, exhibidos para la enseñanza y para el entretenimiento del público. Su nombre procede de la palabra latina *museum* que, derivada del griego «mouseion», se refería al templo dedicado a las nueve musas, que presidían las artes liberales y las ciencias. El primer museo, fundado alrededor del 290 a. C. en Alejandría (Egipto) por Tolomeo I Sóter, era el lugar de reunión de los sabios y disponía de comedor, de sala de lectura, claustro, jardín botánico, parque zoológico, observatorio astronómico y biblioteca (la Biblioteca de Alejandría). También albergaba instrumentos docentes como herramientas quirúrgicas y astronómicas, pieles de animales, colmillos de elefantes y bustos. El museo y la mayor parte de su biblioteca fueron destruidos hacia el año 270 durante unos enfrentamientos civiles.

En los templos de la antigua Grecia abundaban las estatuas, los jarrones, las pinturas y los adornos de bronce, de oro y de plata, dedicados a los dioses; algunas de estas obras se exhibían también para el disfrute del público. En los templos de la antigua Roma (así como en los foros, los jardines, los baños y los teatros) e, incluso, en las villas de generales y estadistas se exhibían las obras artísticas y el botín capturado en las guerras. El emperador Adriano reprodujo en su villa algunos de los lugares y de las famosas construcciones que había visto en Grecia y en Egipto. De hecho, la villa de Adriano se puede considerar precursora de los museos al aire libre de la actualidad.

Antes del año 1000, en China y en Japón las colecciones reales de objetos de arte se conservaban en los palacios y en los templos.

Merece una mención especial el Shosô-in, parte de un templo de la ciudad japonesa de Nara, que alberga miles de obras artísticas y de objetos religiosos. Durante la Edad Media, las iglesias y los monasterios de Europa conservaban valiosas joyas, estatuas, manuscritos y reliquias de los santos. A comienzos del siglo XII, se añadieron numerosos objetos procedentes del Oriente Próximo durante las Cruzadas. Las joyas y el oro también sirvieron como reserva para ser empeñados en tiempos de guerra. Así, el tesoro de la catedral de Nôtre Dame de Reims aumentaba o disminuía al rimo de los episodios militares de Francia.

A partir del Renacimiento, este nombre fue adoptado en Florencia por Lorenzo el Magnífico, e indicaba el local que contenía las colecciones de códices y de objetos suntuarios. En el siglo XVII se exhibían esculturas y pinturas sobre caballetes en los salones o galerías de los palacios. De ahí procede la denominación «galería de arte». Las colecciones de objetos artísticos pequeños se guardaban en gabinetes (en italiano, *gabinetto*, en alemán, *Kabinett*, derivados del latín *cavea*, ‘sitio hueco’ o ‘cueva’). El gabinete, mueble donde se guardaban por seguridad los pequeños objetos de valor, pasó a designar una habitación pequeña con la misma finalidad. Las primeras vitrinas se formaron en Italia, se extendieron hacia el norte en el siglo XVII y fueron habituales en toda Europa durante el siglo XVIII.

Narcisismo

El narcisismo —que, según Luis Rojas Marcos, es la característica psicológica por excelencia de la sociedad actual occidental— es la complacencia excesiva en la propia belleza. Constituye, a nuestro juicio, el resumen de la vanidad, de la presunción y de la egolatría que suelen ahondar sus raíces en el egoísmo y que se manifiestan en las expresiones afectadas y pedantes. En el lenguaje coloquial solemos decir «pavonearse», y a los «creídos» los calificamos de «engreídos», de «tontos» o de «tontainas» porque, efectivamente, todos, menos el propio sujeto, advertimos la vaciedad y la ridiculez de esas actitudes. Y es que, para lograr la sencillez, es necesario poseer cierto nivel de inteligencia y de lucidez.

Aunque este desequilibrio psicológico se ha dado en toda la historia, es posible que, en la actualidad, debido al individualismo creciente, se haya desarrollado de una manera especial. A pesar de que los canales de información han aumentado, la comunicación es escasa, y nos conformamos con fomentar nuestro propio goce sin compartirlo con los demás. Vivimos en un mundo en el que buscamos la felicidad sin depender de los otros; es normal, por lo tanto, que fomentemos los intereses individuales y prescindamos de los valores de la comunicación y de la solidaridad.

La palabra narcisismo la utilizó Freud en alusión al mito de Narciso que proclama el amor a la propia imagen. El amor propio, si respetamos ciertos límites, no es patológico ni inmoral, sino que constituye un factor necesario para establecer una relación satisfactoria con los demás. El problema se plantea cuando esa propia imagen se infla, cuando no respetamos los límites fijados

por la ética y por la estética; entonces el afecto personal se vuelve patológico porque nos encierra dentro de una burbuja que nos impide reconocer las virtudes de los demás; surgen, como consecuencia, las incomprensiones, las dificultades de comunicación, la intransigencia, las actitudes racistas, los comportamientos xenófobos e, incluso, las depresiones y la destrucción personal.

Recordemos que Narciso era un hermoso joven que todos los días iba a contemplar su propia belleza en un lago. Estaba tan fascinado consigo mismo que se acercó demasiado al agua, cayó dentro del lago y se murió ahogado. En el lugar donde cayó, nació una flor, a la que llamaron «narciso».

Si es cierto que, para sobrevivir necesitamos una dosis de autoestima, hemos de tener claro que, como ocurre con las fórmulas químicas, debemos cuidar las dosis y evitar que la desmesura la convierta en un veneno mortal que contamine la personalidad entera. Necesitamos aplicar la prudencia y la templanza para controlar la necesidad del aplauso público y la permanente exigencia de interlocutores que reafirmen nuestro ego. De lo contrario, transmitiremos esa especie de hálito de superioridad de los que, por creerse elegidos, siempre hablan desde la cátedra, desde el púlpito o desde la tribuna. ¿A que usted también conoce a personas que le dan la impresión de que siempre están predicando, dando lecciones e imponiendo doctrinas?

Nefasto

El adjetivo «nefasto», derivado del latín *nefastus*, lo usamos en la actualidad en un sentido amplio para referirnos a hechos nocivos, para mencionar acciones perjudiciales, para definir actitudes y comportamientos humanos desagradables e, incluso, para calificar graves catástrofes naturales. En diferentes artículos de prensa, sin ir más lejos, encontramos varios ejemplos ilustrativos entre los que hemos seleccionado los tres siguientes: «la ideología fascista ha sido *nefasta* para la historia de la humanidad», «el terrorismo es una *nefasto* cáncer político» y, finalmente, «las consecuencias de las inundaciones en Centroeuropa han sido *nefastas* para la economía comunitaria».

Hemos de recordar que, en su origen, esta palabra poseía un significado más restringido ya que pertenecía exclusivamente al campo léxico de la historia y de la cronología: «nefasto» designaba inicialmente los períodos de tiempo religioso —días, semanas o meses— inhábiles para los trámites oficiales y, posteriormente, pasó a significar las épocas desafortunadas, desgraciadas o desdichadas.

Los romanos distinguían entre los días *fastos*, aquellos en los que se permitía celebrar comicios, instalar mercados y efectuar audiencia pública, y los días *nefastos*, los dedicados exclusivamente al ocio, al descanso y a los cultos religiosos.

Los *fastos* o mármoleros capitolinos —planchas desenterradas en 1547 del antiguo Forum— eran unos anales o calendarios en los que estaban marcados, mes por mes, los días «fastos», en los que se permitía el mercado y la audiencia pública, y los «nefastos», días puramente religiosos: eran las jornadas festivas, en las

que se conmemoraban los acontecimientos sociales y políticos más importantes, se celebraban los juegos, los comicios y estaban prohibidas las asambleas políticas e, incluso, los actos judiciales.

Según la tradición, Numa instituyó esta división de los días, para administrar según su conveniencia la celebración de actos festivos y para impedir la acción de las asambleas y de los comicios. Para garantizar que la acción de los magistrados dependieran de su autoridad, confió en secreto a los pontífices la confección de la lista de estos días, con encargo de anunciarlos al pueblo, cuando lo creyeran oportuno. El secreto duró hasta el año 447 de Roma, en que, tras la orden de C. Flavio de copiar los «fastos» y publicarlos en el Forum, quedó fijada la cronología de los supremos actos judiciales, de las conmemoraciones de los acontecimientos políticos más importantes y de los episodios relacionados con el emperador.

Esta referencia histórica constituye la explicación de la definición que nos ofrecen los diccionarios actuales de la palabra «nefasto»: «se aplica al día o a cualquier otra división del tiempo triste, funesto, ominoso y, por extensión, a personas o cosas desgraciadas o detestables».

Ningunear

Aunque se sorprenda Ana de la Torre, esta palabra de moda posee una considerable fuerza expresiva, siempre que la empleemos de forma adecuada. La aparición de este término en Hispanoamérica y su rápida difusión por toda la geografía hispana constituyen una prueba patente de la extraordinaria vitalidad y de la amplia capacidad creativa de la lengua y, sobre todo, un testimonio de la permanente facilidad transformativa o transformadora para cambiar las categorías gramaticales de los vocablos, para convertir los verbos en sustantivos, los sustantivos en adjetivos, los adjetivos en adverbios, los adverbios en verbos. No podemos olvidar que la lengua, como la vida, fluye; no es un fósil inalterable ni un dogma inmutable, sino una fuerza que encierra en sí abundantes principios de vitalidad y que ofrece una amplia posibilidad de realizaciones y de soluciones alternativas.

Algunas palabras son especialmente dúctiles y muestran una singular amplitud de variaciones como, por ejemplo, canto, cante, cántico, canción, cantar, cantante, «cantaor» y cantada. Otras, por el contrario, conservan intactas muchas de sus posibles derivaciones hasta que algún «creador» afortunado tiene una feliz ocurrencia de desplegar sus derivados. Este es el caso del pronombre indeterminado «ninguno» que, al convertirse en el verbo «ningunear», adquiere un trasfondo de malestar, de disgusto por sentirse injustamente tratado. Ningunear a una persona es levantar a su alrededor un muro de silencio: no es, simplemente, olvidarse de ella, no es omitirla, sino borrarla del mapa y negarle la existencia. Es destruirla social, política o profesionalmente. Es reducirla a la nada sin dejar huella, sin que se note el hueco.

Aunque, a veces, los hablantes sentimos la lengua como la limitación de unas cercas que constriñen las posibilidades de expresarnos y de comunicarnos, hemos de considerarla también como invitación al cambio creativo, a la administración rigurosa y al enriquecimiento del mejor patrimonio que hemos recibido de nuestros antepasados.

Noviembre

La palabra «noviembre» procede de la latina «november» y significa el noveno mes. Éste era su lugar en el antiguo calendario romano que constaba de diez meses. En nuestro almanaque, como todos sabemos, a pesar de mantener el nombre, ocupa el lugar undécimo.

Noviembre fue uno de los meses más importantes en las celebraciones religiosas romanas. Estaba consagrado a Diana, y empezaba con un banquete ofrecido a Júpiter y con juegos circenses. Del 4 al 17 se celebraban los juegos *Plebeyos*, instituidos el año 534 de Roma por la reconciliación de los patricios y plebeyos. El día 5 se hacían sacrificios a Neptuno, cuyos juegos duraban ocho días. Y el 24 se celebraban las fiestas *Brumales* o del invierno, en obsequio de Baco, conocido en aquella ocasión con el título de *Brumus*.

En la actualidad este mes comienza por dos fiestas de origen religioso, que lo caracterizan socialmente: La Fiesta de Todos los Santos y El Día de los Difuntos. La primera es una de las más antiguas conmemoraciones del santoral cristiano. Fue instituida en el 731 por el papa Gregorio III que le consagró una capilla en la basílica de San Pedro. Odilón, abad de Cluny, fue el primero que tuvo la idea, hacia finales del siglo IX, de añadir a esta festividad oraciones por los difuntos.

Si consideramos las prácticas de la mayoría de los ciudadanos, hemos de reconocer que las dos fiestas se han alejado notablemente de la naturaleza cristiana de sus comienzos. La Fiesta de Todos los Santos, al menos en nuestra Provincia, se ha convertido en «Los tosantos», la Fiesta de los Mercados de Abastos, y El Día

de los Difuntos en la «Fiesta de los Cementerios». Los Tosantos es un Carnaval cuyos protagonistas son las frutas que son convertidas metafóricamente en animales, y los animales que son transformados en personajes humanos: los pollos vestidos con trajes de luces, emulan el paseillo de «El Juli» o de «El Cordobés» en la Plaza de Toros de El Puerto, los cerdos, tocando el bombo y la caja, representan a Aznar o a Zapatero, una pava con peineta y con uno de los «fulares» de Teófila, saluda desde el balcón del Ayuntamiento, y un grupo de patos despeinados, emula los éxitos de la Operación Triunfo. Aunque los «huesos de santos», los buñuelos y los panellets se consumen como los dulces típicos de este día, Los Tosantos constituyen, sobre todo, la exaltación de las frutas y, de manera más concreta, de las castañas y las nueces.

N En la Fiesta de los Cementerios —hoy nuevamente llamados con el nombre griego de «necrópolis»—, los nichos y las tumbas se exornan con crisantemos, gladiolos, rosas y claveles, y, para suavizar las penas y para aliviar el cansancio de tanto limpiar, los familiares de los difuntos, animosos y compungidos, disfrutan de una abundante merienda. Algunos fieles piadosos, incluso, asisten a la Santa Misa o rezan el Santo Rosario con la letanía lauretana.

Obsceno

Como es sabido, en la actualidad, calificamos de «obscenos» aquellos comportamientos que, de acuerdo con las normas morales vigentes en cada época y en cada territorio, son considerados como indecentes o deshonestos. En mi opinión, atendiendo a su origen etimológico, la razón de esta calificación estriba, más que en la naturaleza inmoral de los hechos, en las circunstancias inapropiadas en las que se realizan. Podríamos afirmar que, en la intimidad, no existen actos obscenos. Obscenos son los hechos, los gestos y las palabras que no se pueden exhibir en público porque ofenden el pudor.

Recordemos que el concepto de «obscenidad», inventado por los griegos y muy usado por los romanos, pertenece inicialmente al ámbito del teatro. Los autores clásicos ponían especial cuidado en que, aunque a lo largo del drama se diera información de escenas crudas, éstas nunca se representasen directamente ante el público, sino «ob scaenam», «fuera de la escena», en la parte de atrás; de este modo, los espectadores podían oír, intuir y adivinar los crímenes, pero jamás presenciarlos.

Según las normas dictadas por el buen gusto, el dramaturgo no podía arriesgarse a arruinar el atractivo ejercido por el protagonista presentándolo en unas actitudes repugnantes o interpretando unos comportamientos de mal gusto. Los movimientos y los gestos desagradables se realizaban detrás de la escena que, iluminada, proyectaba sombras y dejaba oír el alboroto que acompañaba, por ejemplo, al asesinato del antagonista. De este modo, el dramaturgo se alejaba también del crimen, al mismo tiempo que protegía de él a los espectadores. Podía ser contraproducente el

regodeo en el crimen y en la sangre, aunque ésta se derramase de acuerdo con las leyes. Era preferible que cada uno tradujese las sombras y los gemidos de la víctima según su imaginación y de acuerdo con los dictados de su conciencia.

Recordemos cómo durante el carnaval —al menos en sus orígenes— se suspendía no sólo la legalidad sino, incluso, las pautas morales y, en consecuencia, se hacía posible que se presentara en la escena pública acciones que, durante el resto del año, de acuerdo con el «sentido común», debían quedar fuera de ella.

No perdamos de vista que, según algunos filósofos, por ejemplo Kant, el verdadero sentido común se apoya y gira en torno al gusto. Este autor nos explica cómo educar el «buen gusto» es uno de los objetivos más importantes y más difíciles de alcanzar en la tarea docente. Las ciencias humanas, más que proporcionar información, han de desarrollar la sensibilidad para captar la belleza de la naturaleza, para interpretar la hermosura de una melodía, para disfrutar de los placeres que nos proporcionan un paisaje, un cuadro, una escultura y, sobre todo, un buen poema. El gusto —el buen gusto— constituye la facultad que define la cultura de los seres humanos y depende, en gran medida, de la manera armónica, equilibrada y unitaria con la que se han cultivado los sentidos, las emociones y la razón. Y es que la sensibilidad artística tiene mucho que ver con la autenticidad, con la bondad y, por supuesto, con la belleza.

Octubre

«Octubre» era el octavo mes en el calendario romano establecido por el padre y fundador de Roma, Rómulo —que, como ya hemos indicado, comenzaba en marzo— y es el décimo de nuestro almanaque actual desde que Numa fijó el inicio del año el primer día de enero. Desde entonces, su nombre ha permanecido inalterado, a pesar de que el Senado Romano y los emperadores Cómodo y Domiciano le dieron por algún tiempo la denominación de Faustino, Invicto y Domiciano que no tuvieron aceptación. La palabra deriva del latín *october* que, como es fácil de suponer, tiene su origen en la cifra «ocho», *octo*.

En este mes, que estaba bajo la protección de Marte, se celebraban múltiples festividades griegas y romanas: el cinco, por ejemplo, se ofrecían sacrificios a los manes o almas de los difuntos. Era un día fatal, durante el cual estaban prohibidas las peleas, las levadas, los viajes, las bodas, los comicios, a no ser en caso de extrema necesidad. Era uno de los tres días del año, en los que se abría el *Mundus*, el templo consagrado a Plutón y Proserpina, divinidades infernales.

El día 11 eran las *Medritinales* (de *mederi*, curar), día feriado en el que era costumbre hacer libaciones, llenando los vasos con vino añejo y nuevo mezclados y, tras probarlos, arrojarlos al suelo. Era un rito religioso frecuente en los sacrificios, en las negociaciones, tratados, bodas, entierros y, en general, cuando comenzaban o finalizaban algún acto solemne. La tradición dice que esta fiesta era un obsequio de Medritina, diosa de la Medicina. El día 13 tenían lugar las *Fontanales*, y se arrojaban en las fuentes y en los pozos coronas tejidas con flores y con hierbas, como tributo a las

Ninfas, a quienes estaban consagradas estas fiestas. El día 15 se inmolaba un caballo (*equus October*) a Marte, en recuerdo de la toma de Troya por los griegos. El 19 era el *Armilustrium*, fiesta llamada así por el lugar al que iban los soldados a celebrar los juegos sagrados. Recordemos que, en su origen, los juegos eran gestionados por los sacerdotes ya que constituían una parte integrante de las ceremonias religiosas. El 26 comenzaban los juegos *Sulanos*, en recuerdo de la victoria que alcanzó Sila en la puerta Collina, y que duraban siete días. En el siglo IV ya habían caído en desuso.

Este mes, en el que comienza la siembra de los cereales, se da la última vuelta a la tierra y se distribuyen los estiércoles para sembrar el trigo, la cebada, el lino, las habas y los altramuces, es un período de inestabilidad atmosférica y de intensa actividad social: a las lluvias y a los vientos mañaneros puede suceder la calma de las tardes apacibles; a los días de febril actividad laboral, pueden seguir las jornadas de agitadas huelgas y de movilizaciones sindicales. Octubre, no lo olvidemos, es el mes central del otoño que los meteorólogos anuncian como inseguro e inestable y que los líderes sindicales pronostican caliente y movido.

Olímpico

La solemne clausura de los vigésimoctavos Juegos Olímpicos, celebrados en Atenas, y en los que nuestros representantes alcanzaron un notable éxito, nos proporciona la oportunidad para que recordemos el origen de estas competiciones y para que expliquemos la razón etimológica de su denominación.

El adjetivo «olímpico» tiene su origen en el nombre de la ciudad griega en la que, durante la época clásica, tenían lugar unas competiciones atléticas en honor de Zeus. En esta ciudad, que era junto con Delfos el mayor centro religioso de Grecia, se erigió el templo más espacioso de la Grecia continental. Su tamaño sólo lo superaban los enormes templos de las ciudades griegas de Asia Menor o de Italia.

En la actualidad podemos contemplar los restos del templo de Zeus que, derrumbado por un terremoto en el siglo VI d. C., permanecen en tierra tal y como quedaron entonces. Allí comprobamos cómo sus columnas estaban formadas por varias piezas superpuestas.

Aunque es cierto que anteriormente se habían celebrado algunas manifestaciones deportivas, los Primeros Juegos Olímpicos se realizaron en el año 776 a. C. En sus comienzos, la principal actividad de estos encuentros olímpicos era el pentatlón —o conjunto de cinco pruebas—, que comprendía lanzamientos de disco y jabalina, carreras a campo través, salto de longitud y lucha libre. El año 393 d. C. el emperador Teodosio I decidió suspenderlos por considerarlos un espectáculo pagano.

Los Juegos Olímpicos Modernos fueron creados por Pierre de Coubertin, el principal impulsor de la Educación Física en Fran-

cia, quien pretendía recuperar los ideales deportivos de la Grecia Clásica. Desde esta Primera Olimpiada, que tuvo lugar en 1896 en Atenas, el atletismo ha seguido siendo el deporte central. A ella acudieron 13 países con un total de 311 deportistas aficionados que disputaron 42 pruebas en 9 deportes: el atletismo, el ciclismo, la esgrima, la gimnasia, la halterofilia, la natación, la lucha y el tiro.

Desde 1936, diversos atletas se relevan para transportar la antorcha olímpica desde Grecia hasta el estadio donde se celebran los Juegos donde permanecerá encendida hasta que concluya la solemne ceremonia de clausura.

Por primera vez desde la última edición de los antiguos Juegos Olímpicos, celebrada en el año 393, en Olimpia han resonado el estruendo de la competición y los aplausos de los espectadores que han contemplado la prueba del lanzamiento de peso masculina y femenina, en el mismo lugar donde, según la tradición, Corobeus, corriendo desnudo, ganó la primera carrera a pie de 192 metros.

Recordemos también que los dioses de la Grecia Antigua, presididos por Zeus o Júpiter, vivían en la cima del monte Olimpo, el pico más alto de toda Grecia. Más tarde trasladaron su morada a los cielos. Desde el Olimpo los dioses ejercían su vigilancia sobre el mundo; allí se amaban, luchaban y, a veces, se dedicaban a entorpecer la vida de los mortales.

Oriente

El Oriente es, en la actualidad, el objeto de nuestra atención permanente y el motivo de nuestras preocupaciones cotidianas. Desde aquella convulsa zona geográfica, se expanden por todo nuestro planeta flujos de odio, mareas de resentimiento y oleadas de furor que inundan continentes, arrasan hogares y destruyen vidas humanas.

Miramos hacia el «oriente» con creciente preocupación y, a veces, nos sentimos aterrados cuando contemplamos las sangrientas escenas que desde allí nos ofrece la televisión. El Oriente se está convirtiendo en una cruel referencia de la guerra, de la ruina y de la muerte. Constituye la brutal representación visual y el resumen condensado de los niveles de ferocidad a los que nos conducen la absolutización y la sacralización de las cosas y, contrariamente, la frívola relativización y la atroz negación de los valores morales y el desprecio alarmante de los derechos humanos. Nos demuestra, de manera rotunda, la radical incapacidad de la absurda violencia para resolver los conflictos. La guerra es una penosa lacra, radicalmente inhumana, que tiene su origen en el desprecio del hombre mismo, en la suicida desconsideración de su dignidad y en la brutal negación de sus valores.

Tradicionalmente, el «Oriente» era, sin embargo, el punto convergente en el que fijábamos nuestras esperanzas de paz, nuestras ilusiones de bienestar y nuestros deseos de felicidad. El Oriente, el lugar de la Navidad, de la Natividad y del Natale, es la tierra de las promesas, allí apareció esa estrella que guiaba —que sigue guiando— a los Reyes Magos hacia el «Nacimiento»; en Oriente nació Jesucristo, la esperanza de los pueblos.

Si recurrimos a una explicación léxica, hemos de recordar que «oriente» es el participio activo del verbo latino *oriri*, que significa nacer, producirse, empezar, levantarse, salir, ser oriundo, originar. Como todos los demás derivados de dicho verbo —«orientar», «origen», «orientación», «orto», «oriental», «original», «originario», «aborigen» y «oriundo»—, esta palabra es un cultismo o latinismo que, además del significado genérico, ha adquirido diferentes sentidos específicos en las distintas épocas y en las diversas culturas en las que se ha usado.

«Oriente» es, por ejemplo, uno de los cuatro puntos cardinales en los que se divide la esfera. Es, justamente, la dirección hacia la que situamos el brazo derecho para «orientarnos» en el espacio. Cuando localizamos el «oriente» —el horizonte por donde amanece, por donde sale el sol cada día— podemos determinar los demás puntos cardinales: el norte delante de nosotros, el sur detrás y el occidente a nuestra izquierda.

La palabra «oriente» posee otras voces sinónimas como «este» y «levante». Esta última, en estas tierras meridionales, está cargada de resonancias peculiares ya que, además, designa ese viento cálido, ese visitante asiduo, que, tras recorrer los desiertos africanos, barre nuestras calles y seca nuestras salinas.

Orquídea

La búsqueda del origen de las palabras más utilizadas en el lenguaje coloquial nos sigue proporcionando sugestivas sorpresas. ¿No le llama a usted la atención que, por ejemplo, el nombre de «orquídea» esté relacionado con «cojones» y que esta palabra signifique «debilidad» o, incluso, «cobardía»?

La «orquídea» es, como nos dicen el diccionario y la botánica, una planta monocotiledónea, dotada de formas y de colores raros, que crece en zonas tropicales y templadas; pero su nombre hace referencia al parecido de su raíz —formada por dos tubérculos elipsoidales y simétricos— con los testículos. El filólogo y médico Esteban Torre, Catedrático de la Universidad de Sevilla, nos acaba de poner sobre la pista etimológica al explicarnos que «orquitis» es la inflamación de los testículos y «criptorquidia» —de *cripta* (oculto) y *orquis* (testículo)— es la ocultación de los testículos en la cavidad abdominal.

«Testículo» —diminutivo de «testes», testigo— es el nombre que recibe la glándula sexual masculina por ser el «testigo» de la virilidad. «Cojón» —más usado en plural que en singular— proviene del latín «coleus», palabra común a todas las lenguas romances que también significa testículo y, en contra del uso actual, era una imagen que servía para designar al hombre cobarde, al tonto, al majadero, al flojo, al que estaba dotado de escasas energías o daba la impresión de que estaba permanentemente asustado. Este mismo significado lo conserva, en la actualidad, en algunas formas coloquiales como, por ejemplo, en la expresión «en el examen estaba acojonado».

Es cierto que tener «dos cojones», «tenerlos grandes y bien plantados» —como el caballo del Cid— significa ser valiente;

y, también es verdad que «poner los cojones sobre la mesa» es retar o desafiar a un adversario; pero «ser un cojonazos» indica adolecer de un temperamento indolente, poseer una personalidad torpe o un talante abúlico. Le damos este mismo sentido cuando decimos «a tu amigo le cuelgan los cojones», «los tiene cuadrados», «se los pisa», «se sienta sobre ellos» o, incluso, «necesita una carretilla para llevarlos».

Si le añadimos el prefijo «des-», denotamos que el sujeto al que nos referimos está cansado —«estaba descojonado»—, y si le agregamos el sufijo «-udo», manifestamos que está en posesión de un valor o de una perfección: «el gol que ha marcado Palacios ha sido cojonudo».

Esta palabra suele ser usada también como superlativo —«hacia un frío de cojones», «llegar hasta la cumbre me costó mil pares de cojones»—, o para expresar sorpresa o admiración —«¡¡tiene cojones!!» o, simplemente, «¡¡cojones!!» A veces se escapa cuando uno se queda perplejo, como le ocurrió al ministro Trillo: «¡¡manda cojones!!» Sirve para enfatizar la voluntad y la autoridad —«me sale de los cojones», «lo haré, por cojones», indiferencia —«me importa tres cojones—, vagancia —«se tocaba los cojones»— o, finalmente, para expresar el límite del aguante —«de este artículo estoy hasta los cojones»—.

Ostracismo

La palabra «ostracismo» posee un significado particular y otro general. En el primer caso sirve para referirse al destierro político impuesto a un ciudadano, con la finalidad de evitar su presencia y su influencia en la sociedad. En su sentido amplio designa a los que son excluidos o marginados de un grupo. Su origen se remonta al siglo V antes de Cristo y fue una de las reformas que introdujo Clístenes, de los Alcmeónidas, —una familia política considerada democrática— para impedir la instauración de poderes personales y para evitar la formación de grupos clasistas que atentaran contra la democracia imponiendo la tiranía o la oligarquía.

Recibió este nombre «ostracismo» porque el voto se marcaba en un «óstrakon», un trozo de cerámica tomado de una maceta rota. Cada año se preguntaba a los miembros de la asamblea popular si consideraba que algún político debía ser condenado; en caso afirmativo, escribían el nombre del personaje peligroso en un «óstrakon» (práctica que supone una notable difusión de la escritura). Si el ciudadano figuraba en más de seis mil votos, era condenado al destierro durante diez años, sin mengua de su honor ni daño de su hacienda. Pero la solidez de las instituciones democráticas creadas por Clístenes se prueba en el hecho de que durante veinte años no hubo necesidad de aplicar esta medida preventiva. La primera vez que se utilizó el «ostracismo» fue cuando, tras la muerte de Milciades, fueron desterrados Megacles y Aristides. Después fue condenado Temístocles por la acusación falsa de haber conspirado a favor de los persas. Y, posteriormente, recibió esta pena Cimón. La última vez que se practicó fue contra Tucídides el año 443.

La mejor descripción del ostracismo la hemos encontrado en la obra titulada *Vidas Paralelas* cuyo autor es Plutarco. Al hablar de Arístides y de Marco Catón, nos ofrece la siguiente narración: «Explicaremos en pocas palabras lo que era el procedimiento: toma cada uno de los ciudadanos un tiesto, y, escribiendo en él el nombre del que quería saliese desterrado, lo llevaba a un cierto lugar de la plaza cerrado con verjas de madera. Los arcontes contaban luego el número de los tiestos que allí había, porque si no llegaban a mil los votantes, no había ostracismo. Después iban separando los nombres, y aquel cuyo nombre había sido escrito en más tiestos, era publicado como desterrado por diez años, con derecho a disponer de las rentas y de cuanto poseyera. Estaban pues, en esta operación de escribir en los tiestos, cuando se dice que un hombre del campo, que no sabía escribir dio el tiesto Arístides, quien casualmente estaba junto a él, y le encargó que escribiese a Arístides; y como éste se sorprendiese y le preguntase si le había hecho algún agravio, le respondió: «Ninguno, ni siquiera le conozco, sino que ya estoy fastidiado de oír continuamente que le llaman el justo; y que Arístides, tras oír esta explicación, nada le contestó sino que escribió su propio nombre en el tiesto y se lo devolvió. Cuando ya salía de la ciudad, levantando sus manos al cielo, hizo una plegaria enteramente contraria a la de Aquiles, pidiendo a los dioses que no llegara tiempo en que los atenienses tuvieran que acordarse de Arístides».

Pagano

Es posible que algunos lectores se sorprendan cuando lean que «el paganismo constituye un síntoma de un anhelo genuino de espiritualidad, de una búsqueda de claves que interpreten las hondas aspiraciones de corazones anhelantes y de una forma íntima de proporcionar sentido trascendente a un mundo que, muchas veces, es decepcionante, ingrato y cruel». Hemos de recordar, sin embargo, que, en su sentido estricto, el término «pagano» no se refiere, como algunos piensan, a los ateos, a los agnósticos o a los infieles que no profesan creencias religiosas ni aceptan a Dios, sino, por el contrario, a los creyentes de divinidades diferentes a la revelada en las Sagradas Escrituras, a los fieles de otras religiones que desconocen o rechazan los mensajes de Jesús de Nazaret.

Recordemos que la palabra «pagano» viene del latín *pagus*, que significa «pago» o «aldea», y, más directamente, de *paganus*, que designa a los habitantes de los «pagos» o de las «aldeas»: a los campesinos o camperos. El ejército romano la utilizaba para referirse despectivamente a los civiles, y los primeros cristianos-romanos, con ella nombraban a los que adoraban a las divinidades pre-cristianas. Durante los primeros siglos del cristianismo se empleó este nombre de «pagano» porque el campo seguía siendo el ámbito territorial en el que la religión cristiana no había logrado desplazar el culto de otros dioses; posteriormente, el significado de esta palabra se amplió y se ha usado, también a veces teñida de una connotación despreciativa, para designar a los infieles en general.

Pero, a los cristianos no católicos, a los judíos y a los musulmanes, por lo tanto, no podemos aplicarles la denominación de

paganos: ellos también leen, veneran y aceptan la Biblia como palabra revelada por Dios a través de sus mensajeros y profetas.

El «neo-paganismo» es un concepto que se emplea en la actualidad para designar a diferentes corrientes religiosas que, reaccionando críticamente contra la fe judeocristiana, defienden como más genuinas las creencias y las prácticas rituales de las religiones precristianas. Como ejemplo ilustrativo podemos citar a los seguidores de la Nueva Era —«New Age»— quienes afirman que las religiones que precedieron al cristianismo son más auténticas y están menos contaminadas, porque expresan de una forma más directa la relación del hombre con la naturaleza y con sus poderes sobrehumanos.

Esperanzados en que aparezca un nuevo maestro o mesías, que reoriente, aliente y proporcione nuevas energías a una espiritualidad más intensa y más profunda, están convencidos de que la humanidad, mediante sus prácticas, a menudo matriarcales, mágicas o chamánicas, y a través de sus técnicas de “ampliación de la conciencia”, de la astrología, del control del cuerpo por medio de artes marciales o de algunas terapias inocuas como el control de la naturaleza por el arte floral, la ecología o el vegetarianismo, puede volver a sus orígenes, retomando, entre otras, las celebraciones de las fiestas agrícolas que se suceden al ritmo de los ciclos estacionales.

Pamplina

¿Saben ustedes que la palabra «pamplina», tan usada en nuestro lenguaje coloquial, es una sutil metáfora digna de los poemas románticos más expresivos y de las composiciones modernistas más delicadas? La «pamplina» —que procede del latín *papaverina*— es, en su sentido literal, la amapola, una planta herbácea, de dimensiones pequeñas y de aparición anual, cuyas flores de pétalos rojos decoran nuestros campos durante los meses de abril y de mayo.

La «lindísima e ingrata amapola», una flor vistosa, llamativa y ostentosa, es también una criatura delicada, deleznable, frágil, débil y efímera; muere al poco tiempo de ser cortada y queda desnuda si una leve brisa la zarandea. Por eso, sirve de imagen visual de la tontería humana, de representación del personaje que presume mostrando meras apariencias, del que, cuando habla, sólo pronuncia un discurso hueco, sólo articula vanas palabras o relata un puro cuento.

La endeblez de la amapola —de la «*papaverina*»— constituye la ilustración gráfica de la vaciedad de algunos comportamientos humanos; nos explica cómo las formas externas, los modos convencionales, los gestos expresivos y las posturas estudiadas sirven sólo en la medida en la que transparentan una sustancia sólida; la imagen sólo vale cuando contiene una realidad, pero, si son meras apariencias o fórmulas tópicas, se interpretan como «pamplinas», como simulación, como remedo, como cuento, como fanfarronería.

Un «pamplina» es el que tiene la cabeza vacía de ideas y de proyectos realistas; el que vive en las nubes blandas de la fantasía;

el que se mueve al ritmo incesante y cambiante de las modas pasajeras.

Un «pamplina» —un «pampli», como nos decían los Coros Carnavalescos del «Batato» en 1935, y «La Pamplina», de Francisco Martínez Mora, en 1999— es el frívolo superficial que sólo percibe la envoltura y sólo valora la fachada, aunque sea de cartón-piedra. «Hay que ver —decía Sebastián Saúco— los pajaritos que tiene metidos en la cabeza el pamplina ese».

Pan

La palabra «pan», de uso general en todas las épocas y común a todos los romances, significa, como todos sabemos, la masa de agua y de harina fermentada, cocida al horno, que sirve de alimento cotidiano —«el pan nuestro de cada día»— a los seres humanos. Usado metonímicamente el «pan» es el sustento del cuerpo e, incluso, del espíritu. Pero el «pan» es, además, la imagen de la autenticidad, de la claridad y de la sencillez en el uso de la lengua: «al pan, pan, y al vino, vino» repetimos cuando defendemos que hemos de hablar sin eufemismos, con precisión y con rigor; llamando a las cosas por sus nombres. Julio Cejador, en su *Fraseología o Estilística Castellana* (Madrid, 1921-1925), citando a P. Valle afirma: «hemos de escribir con lisura, pan por pan y vino por vino» y repite también la frase de Juan de Pineda: «Agora puedes decir lo que quieres, que no uso de circunferencia, antes hablo pan por pan y vino por vino, al uso de mi tierra». En la Antigua Grecia se designaba con este nombre al dios de los rebaños y a la personificación de la naturaleza.

Pero el pan, al margen de la variedad de los términos que lo designan, está ligado al lenguaje por una cualidad esencial que comparten ambas creaciones humanas y humanizadoras. María Zambrano, en su obra *España, sueño y verdad*, nos lo explica con una fórmula densa y, al mismo tiempo, clara: «Como la palabra, el pan alcanza la plenitud de su ser dándose». En mi opinión, estas son las dos tareas más urgentes, dignas y provechosas de los seres humanos: partir y repartir el pan, y escucharse y pronunciarse recíprocamente las palabras. La plenitud de la vida la alcanzamos mediante la comunicación de los bienes materiales

—el pan— y mediante la solidaridad con los valores espirituales —la palabra—.

El verano es una estación propicia para que disfrutemos y para nos comuniquemos: para que degustemos el pan, en todas sus variedades, y para que saboreemos la lengua en todas sus expresiones. Para que nos recreemos en la conversación placentera y demorada, y para que aprendamos nuevas palabras, giros y expresiones surgidas y degustadas al calor de la charla, en la lectura o escuchando música; para que nos contemos algunos de esos deleites mínimos que proporciona la lengua.

Con el paisaje de las vacaciones, aprendemos también un vocabulario y disfrutamos con su novedad: las palabras también nos salpican con sus sílabas frescas, —como cuando chapoteamos en el mar, en el río o en la piscina—, con los nombres de árboles y de hierbas silvestres, con los de hitos y con parajes de la montaña, con el léxico preciso de los caminos, con la toponimia, sonora y misteriosa de los paisajes que descubrimos y que esconde verdades insospechadas. Un vocabulario destinado al olvido, pero que, más adelante reconoceremos o nos resultará vagamente familiar.

Pánico

El «pánico» es esa intensa sensación de miedo profundo, de terror agudo o de temor intenso, que se apodera de los seres vivos cuando, inseguros, nos sentimos en peligro; cuando advertimos que estamos sometidos a graves amenazas de catástrofes; cuando nos sorprende un abismo, un precipicio, un huracán, una tempestad, una tormenta o una enfermedad que no podemos controlar. El «pánico» es el grado último de una escala emotiva que empieza en el temor y sigue en el miedo, en el susto, en la ansiedad y en el pavor. Aunque todos los seres humanos lo hemos experimentado con diferente intensidad, es posible que muchos hablantes desconozcan que el origen de la palabra es «Pan», el dios de los pastos, de los bosques y de los rebaños. Los griegos lo reconocían como aquel hijo de Hermes quien, apacentando sus ganados en el monte Chillena, se prendó de la hija de un mortal llamado Driops, la cual correspondió a su pasión y tuvo de él un hijo monstruoso, con el cuerpo cubierto de vello, los pies de carnero y con dos cuernos en la frente. Apenas vio la luz, sus incontrolados brincos y sus estentóreos gritos de alegría asustaron de tal manera a su madre que, despavorida, huyó dejando abandonado a su hijo. Hermes lo recogió, lo envolvió en una piel de liebre y lo llevó al Olimpo; los dioses se regocijaron al verlo y le dieron el nombre de «Pan».

Su culto, iniciado en Arcadia, se difundió gradualmente por el resto de Grecia. Las obras de arte antiguas lo representan con un aspecto siniestro, con expresiones fatídicas, con retorcidos cuernos, con barba y con pies de cabra, cabellera hirsuta, nariz corva, orejas puntiagudas y rabo. A veces se aparecía a los

viajeros, sobrecogiéndolos de súbito pavor que se llamó «pánico». Dador de la fecundidad, lascivo y vigoroso, también aparece como amante de la música, aficionado a danzar con las ninfas del bosque, y como el inventor de la siringa o flauta. En varios lugares de Arcadia se levantaron templos a su nombre. Los romanos lo identificaron con su dios Fauno.

Parafernalia

Según cuentan las crónicas publicadas en estos últimos días, primero fue «un célebre cantante quien, al bajar de la escalinata del avión, se vio rodeado de una parafernalia de gritos histéricos, de suspiros, de apretones de manos, de abrazos y de besos». Después fue «el secretario general del partido quien pronunció un encendido mitin en medio de una parafernalia de luces, de banderas, de himnos vibrantes y de vivas encendidos». Y, finalmente fue el Papa quien celebró el pontifical en la Plaza de San Pedro, acompañado de la «parafernalia de cardenales, de arzobispos, de obispos y de monseñores».

En todas estas crónicas, por lo tanto, se emplea la palabra «parafernalia» para significar un contexto situacional en el que se enmarca el protagonista del suceso que se narra; para describir el ambiente creado por las personas que lo acompañan; para dibujar el paisaje constituido por los objetos y por los sonidos que lo rodean: es el escenario y el decorado en el que actúa. La «parafernalia» constituye el conjunto de elementos que determina que una persona se convierta en personaje, que un suceso se transforme en un acontecimiento, un lugar en escenario, una fachada en decorado, un comportamiento en representación y, en resumen, la vida en teatro.

Es posible que los autores de los respectivos artículos no hayan consultado el diccionario y, en consecuencia, se sorprendan cuando se enteren de que «**parafernalia**» es un término técnico que pertenece al dominio jurídico.

«Parafernalia» —o conjunto de bienes parafernales— es una palabra de origen griego y de uso en el Derecho Romano con

influencia, como es sabido, en nuestros ordenamientos jurídicos recientes. Significa los bienes extradotales que la mujer llevaba al matrimonio y no entregaba a la familia sino que conservaba para sí misma en exclusiva. Se los reservaba aparte para poder subsistir en el caso probable del divorcio o, mejor dicho, del repudio. Los bienes dotales —la dote— se entregaban al marido que se convertía en dueño y administrador absoluto.

Paranoia

Aunque esta palabra es un tecnicismo que pertenece a la Psiquiatría, su uso se ha extendido tan rápidamente que podemos afirmar que, en la actualidad, forma parte del léxico coloquial de las personas cultas. Su origen, como el de otros términos de la Medicina, es la lengua griega y está compuesta de la preposición «para» que significa «junto a», «contra», «al margen de» y del nombre «nous» que traducimos por «espíritu». Su significado etimológico, por lo tanto, coincide con el de «locura»: enajenación mental o pérdida del sentido de la realidad.

Los diccionarios generales de la Lengua Española la definen como «clase de locura que se caracteriza por los delirios de persecución o de grandeza» y como «psicosis que se distingue por las ilusiones obsesivas, sistematizadas y fijas». En la actualidad, los psiquiatras prefieren hablar de síndrome o conjunto de «síntomas paranoides» ya que todos ellos pueden ser manifestaciones de diferentes tipos de anormalidades psíquicas como ocurre, por ejemplo, con la manía persecutoria, con las vivencias de autorreferencia, con las percepciones delirantes, con la injustificada desconfianza y, sobre todo, con las ansias incontroladas de grandiosidad. Esos comportamientos «paranoicos», por lo tanto, pueden ser, más que síntomas de enfermedad, ciertas exageraciones de algunos temperamentos «normales» cuando se encuentran en circunstancias que favorecen la exuberancia de tales reacciones desequilibradas.

Uno de los procedimientos más seguros y más fáciles de emplear para —sin necesidad de ser psicólogos— medir el equilibrio psíquico de los seres humanos es dotarlos, aunque sea por escaso

tiempo, de alguna herramienta de poder. Los que padecen alguna alteración emocional, por muy leve que sea, en cuanto se ven revestidos de la fuerza o de la «autoridad» que les proporciona cualquiera de los atributos de poder, se transforman de apariencias y se comportan como unos seres totalmente distintos; a veces, toman la forma de fieras salvajes. Estas metamorfosis se ponen de manifiesto, sobre todo, en aquellos individuos que trabajan en escenarios públicos que facilitan más que alteraciones cualitativas del perfil psicológico, el aumento «cuantitativo» de sus rasgos normales.

Todos conocemos a personas realmente «normales» que, cuando por ejemplo, se ponen ante un micrófono, se comportan como amargadas víctimas de todas las injusticias, como mártires de todas las causas nobles, como gatos acorralados. Otros, siempre que logran un espacio en los periódicos, siempre que escriben de cualquier tema, aprovechan la oportunidad para, sutil o descaradamente, contarnos su vida con toda clase de detalles: sus trabajos o sus vacaciones, sus triunfos o sus fracasos, sus alegrías o sus penas. Si son profesores disfrutan, sobre todo, suspendiendo a los alumnos; si son curas, enviando a los infieles y a los fieles al infierno; si son policías poniendo multas, si son militares, disparando tiros o cañonazos. Paranoico no es sólo el que, sin ser capitán general se cree que lo es, sino también el que, siendo capitán general, está convencido de que lo es.

Pascua

«Pascua» es una de las palabras más antiguas y más repetidas de todas las que pertenecen al léxico de la Historia de las Religiones. Algunos autores opinan que su origen etimológico se remonta a la lengua asiria (*pashu*, apaciguar) o a la egipcia (*pash*, el recuerdo; *pe-sah*, el golpe). Pero lo cierto es que el término español y latino actual es un calco del griego *paskha*, derivado del arameo y del hebreo.

La Biblia relaciona *pesah* con el verbo *pasah* que, en sentido literal significa «cojear» o «ejecutar una danza ritual en torno a un sacrificio», y, metafóricamente, «saltar», «pasar» y «perdonar». Por eso, en el libro del Éxodo leemos que la Pascua es el tránsito de Yahveh que «pasó de largo» por las casas de los israelitas, mientras que hería a las de los egipcios. Posteriormente, la Pascua fue una fiesta familiar judía en la que ofrecían a Yahveh un animal joven nacido en el año, para atraer las bendiciones divinas sobre el rebaño. Cuando Dios liberó a su pueblo del yugo egipcio enviando las doce plagas, esta fiesta se convirtió en el memorial del éxodo, de la salida del destierro y de la liberación de los israelitas. Con el tiempo la Pascua se unió con la fiesta de los ázimos, que recibió este nombre por los panes no fermentados que acompañaban la ofrenda de las primicias de la recolección. Éste era un rito de pureza y de renovación anual.

En el cristianismo se celebra la Pascua dominical, día de la semana en el que resucitó Jesús de Nazaret, y la Pascua anual, en la que los creyentes dotan a la Pascua judía de un contenido nuevo: festejan su liberación, uniéndose a Cristo crucificado y resucitado para compartir con él una vida nueva. La fiesta de la

Resurrección de Cristo es la fecha privilegiada del bautismo, la resurrección de los cristianos, en la que revive el misterio pascual. De esta manera la Pascua terrenal constituye la preparación de los cristianos para el último y definitivo «paso».

Pasquín

Aunque el origen etimológico de este nombre es la palabra hebrea *pesah*, que significa «pasaje», su procedencia inmediata castellana es —como nos recuerda Ana Rodríguez Tenorio— Pasquino, el nombre de una estatua mutilada de mármol que está situada en una esquina del palacio de los Ursinos en Roma. Representa a un gladiador y en ella se siguen fijando libelos de quejas, sátiras de protesta y bromas picantes.

Según la leyenda, en el siglo XIV vivía en Roma un famoso sastre llamado «maestro Pasquín», quien, además de ser muy reputado por su arte en el corte y en la confección de las prendas de vestir, era famoso por sus comentarios atrevidos y por sus críticas sarcásticas. En su tienda, situada en el barrio Parione, se vestían, no sólo gran parte de los artistas, sino también el Papa, los cardenales y los demás prelados y monseñores de la Santa Sede quienes hacían caso omiso de las palabras hirientes o de las manifestaciones desconsideradas de aquel sastre malhablado.

Dichas autoridades que, como es natural, desdeñaban las críticas del pueblo, no consideraban un deshonor acudir a tan prestigioso sastre haciendo oídos sordos a sus chistes groseros y, a veces, riendo sus malintencionadas gracias. Esta tolerancia sirvió de válvula de escape para quienes pretendían censurar la vida o los discursos de los poderosos, sin tener que dar la cara firmando sus hirientes escritos. El nombre de Pasquín se convirtió, desde entonces, en un seudónimo común de todas las críticas sarcásticas a las autoridades políticas, a los dignatarios eclesiásticos y a los nobles cortesanos.

Tras la muerte de Pasquino, se colocó una estatua de un gladiador mutilado a la que el pueblo dio su nombre y siguió haciéndola autora y responsable de los comentarios en contra de las autoridades políticas y religiosas. Asegurada así la impunidad, el «pasquino», en italiano y el «pasquín» en español, se convirtieron, desde entonces, en los censores históricos de los Papas, de los políticos y de todos los personajes públicos.

Posteriormente, la palabra «pasquín» sirvió para designar un género literario que se propagó en Francia a partir de los años 1540 y durante las Guerras de religión, sobre todo por medio de los manuscritos. Los «pasquines» eran hojas volantes anónimas que, escritas en francés y en latín, comentaban sucesos políticos o mundanos de actualidad usando procedimientos satíricos, epigramas maliciosos, retahílas de bufonadas y dibujos insultantes.

Pasquín es, también, el apellido de un ilustre marino nacido en Cádiz el 22 de diciembre de 1828. Fue contralmirante de la Armada Española, profesor de la Escuela Naval, segundo comandante de la provincia marítima de Cádiz, jefe de armamentos de Arsenal de la Carraca, tomo parte en la Campaña de África y fue designado Ministro de Marina en 1893, en el Gobierno presidido por el Ingeniero de Canales y Puertos, Práxedes Mateo Sagasta.

Patera

Esta palabra, que está de moda desgraciadamente en nuestra provincia gaditana, ha llegado a ser una imagen de la inmigración y un símbolo de la pobreza, de la tragedia y de la muerte. Como es sabido, con este término se designa ese frágil vehículo que utilizan los africanos que, huyendo de la miseria, pretenden llegar, a través de las aguas del Estrecho de Gibraltar, a una tierra que les proporcione trabajo y a unos países en los que, al menos, puedan sobrevivir.

¿Por qué —se han preguntado muchos— se llaman pateras y no embarcaciones, naves, botes, barcos, barcas o barquillas? ¿Cuál es el significado preciso de esa palabra —«patera»— que es la única que no figura en los diccionarios?

Si queremos conocer el significado preciso de esta palabra, hemos de acudir a la Antigüedad para recordar aquellas copas de bronce o de oro, de ancha abertura que usaban los romanos, en los sacrificios, para hacer las libaciones sobre la cabeza de las víctimas. Eran poco profundas y casi siempre estaban dotadas de dos asas. Eran especiales las que servían para recibir la sangre de las víctimas durante su inmolación. Elaboradas de cobre, estaban cubiertas de tierra cocida, tenían un mango que servía de puño. En Pompeya se han hallado ejemplares de bronce, que se conservan en el Museo de Nápoles y nuestro Museo Arqueológico Nacional posee algunos ejemplares de barro griego y de bronce etrusco dotadas de un amplio ombligo.

En la actualidad se sigue usando la palabra «patena», que es de la misma familia léxica, y designa ese plato totalmente plano que, en las misas cristianas, se coloca sobre el cáliz. Las «pate-

ras», por lo tanto, son embarcaciones planas, sin quillas, ligeras, frágiles, débiles, quebradizas como son los platos: son barcos muy peligrosos, cargados de esperanzas, de ilusiones, de miedos y de muerte. El lector que revise de nuevo los diccionarios, podrá comprobar que esta palabra figura, con acento esdrújulo y con el significado primitivo —«pátera»—: plato de poco fondo que se usaba en los sacrificios antiguos.

Pedante

La palabra «pedante» posee en la actualidad un sentido negativo; así llamamos al que hace inoportuno alarde de erudición o afecta poseer unos conocimientos de los que carece. En su origen, sin embargo, este vocablo servía para designar al maestro de escuela que enseñaba la Gramática a domicilio. Según Corominas, este vocablo procede del italiano y es una deformación del cultismo «pedagogo» por identificación jocosa de la voz vulgar preexistente «pedante» que era el soldado de a pie, el peatón, a causa de que el acompañante de los niños es también un peatón constante.

En nuestro lenguaje coloquial, al «pedante» lo calificamos de «cuentista». La «pedantería» es, en realidad, más que un vicio ético o una incorrección lingüística, un defecto psicológico; es el mecanismo de compensación que usa el que se siente acomplejado por su carencia intelectual, por su ignorancia o por su torpeza. Podemos observarla tanto entre los hablantes iletrados como entre los escritores cultos. No es, por lo tanto, la consecuencia de la ignorancia o de la torpeza, sino la manifestación de un incontrolado temor a que los demás descubran los límites de sus conocimientos o de sus destrezas.

El pedante, por lo tanto, se engaña sólo a sí mismo. Piensa, ingenuamente, que los interlocutores se sentirán gratamente impresionados por su ciencia o por su información pero, en realidad, hasta los más ingenuos advierten sus trucos y sus «cuentos». La pedantería se hace notoria, de manera especial, en el uso del lenguaje: en la pronunciación, en la afectada y presuntuosa modulación de la voz y en el vocabulario, en el uso de extranjerismos

como, por ejemplo, «broadcasting», en vez de radioemisora o arcaísmos como «áncora» en vez de ancla. El pedante, movido por ese afán de presumir, selecciona las palabras más raras y, en la mayoría de las ocasiones, las emplea de forma errónea o inadecuada.

Pelota

La palabra «pelota» deriva de la latina *pila* y significa «bola» o esfera, generalmente blanda, elaborada de goma, de lana, de trapo, de hilo o de otra materia similar, que sirve, sobre todo, para jugar. Cuando sobrepasa determinadas medidas, la «pelota» recibe el nombre de «balón».

El juego de pelota ya constituía una de las diversiones predilectas de los griegos y de los romanos y, según los autores clásicos, servía para dotar de elasticidad a los músculos con el fin de lograr que los movimientos corporales fueran más ágiles, más ligeros y más garbosos. Lo practicaban los hombres de todas las edades y condiciones sociales, y hasta se elevaron estatuas a los jugadores más afamados. Herodoto atribuye su invención a los lidios; en la *Odisea* se hace mención al juego de pelota y Galeno lo recomienda, sobre todo, a los temperamentos «repletos» para eliminar los «humores superficiales».

Este instrumento lúdico proporciona un soporte para la elaboración de múltiples metáforas dotadas de diferentes significados y de distintos valores expresivos. Las «pelotas» en plural son los testículos que, metafóricamente, constituyen el símbolo de la virilidad, de la valentía, del arrojo, del valor o de la bravura. «Estar en pelotas» es estar desnudo y, en la actualidad, se predica tanto de los varones como de las hembras. Tener «la pelota en el tejado» es mantener dudas sobre el éxito en un negocio. «No tocar pelota» es desconocer el sentido de una cuestión o no acertar con su verdadera naturaleza. «Devolver la pelota» es rechazar la tesis de un adversario, refutándola con sus propios argumentos. «Dar un pelotazo» es lograr, gracias a un golpe de suerte, mediante un

hábil manejo financiero o, incluso, a través de una estafa, unos cuantiosos resultados económicos. ¿Recuerdan la época de los pelotazos? «Pelotón» es un conjunto organizado de soldados que, eventualmente, se reúnen para realizar una determinada tarea.

«Hacer la pelota» —o «ser un pelota»— es adular al poderoso exaltando sus cualidades o alabando sus comportamientos. Algunos súbditos lo hacen movidos por la grata impresión que le causan los rayos de su grandeza y el brillo de poder; seducidos por la figura de quien lo ostenta, por el atractivo de su simpatía, por la agudeza de su inteligencia, por su eminente talento o por su ocurrente imaginación; otros proclaman las excelencias del jefe porque están convencidos de que es un ser superior y, por eso, está, «mercidamente», por encima de los demás mortales; pero, en la mayoría de los casos, «el pelota da jabón» al jefe, para lograr sus favores, para que le suba el sueldo o lo ascienda en el escalafón. A veces, «el pelota» se cree sus exageraciones laudatorias y sufre cuando algún subordinado le lleva la contraria o le hace una crítica al jefe; incluso padece más que el propio jefe. La suerte es que, por mucho que se le exagere, el jefe nunca pensará que es demasiado. Algunos jefes, no sólo se creen que son dignos de tales alabanzas sino que las juzgan insuficientes. Es posible que «el peloteo» sea, también, un gesto de gratitud.

Perdón

La palabra «perdón» procede del latín tardío y es común a todas las lenguas romances. Está compuesta de la preposición «per» —que significa «a través», «por medio de», «por»— y del sustantivo «donum» —que quiere decir «don», «regalo», «obsequio», «gracia», «donativo» y «ofrenda»—. Pero hemos de tener en cuenta que, aunque etimológicamente expresa la acción de ceder gratis el dominio de un objeto, su valor real es considerablemente más precioso y sus consecuencias son más enriquecedoras.

Si recordamos que su raíz griega significa «alterar» o «cambiar» un estado de cosas, comprenderemos que el perdón posee una singular fuerza que es capaz de transformar la consideración de uno mismo y la percepción de las actitudes y de los comportamientos ajenos. El perdón no es sólo el acto de liberar al ofensor de un agravio real o de un insulto aparente, sino también la acción de descargarnos a nosotros mismos de un peso molesto que nos impide vivir en paz. Cuando perdonamos una «deuda» o una ofensa libramos al deudor de esa obligación de restituir y, además, descansamos nosotros y relajamos la tensión que nos mantenía permanentemente alertas y disgustados.

Aunque es cierto que el perdón, entendido en su sentido más rico y más profundo, es una aportación específicamente cristiana, hemos de reconocer que perdonar y ser perdonado son experiencias vitales muy hondas que están dotadas de múltiples dimensiones vitales, no sólo religiosas individuales y colectivas, sino también antropológicas, psicológicas, sociológicas, jurídicas y políticas.

Por muy petulantes o ingenuos que seamos, hemos de reconocer que, por el mero hecho de ser humanos —desde el nacimiento hasta la muerte— estamos cargados de limitaciones, de deudas y de culpas, y que, en consecuencia, el perdón, más que rebajamiento, es una necesidad de supervivencia y un gesto que nos engrandece y eleva.

Todos los seres humanos —por muy íntegros que nos creamos— para vivir en paz con nosotros mismos y con los demás, necesitamos perdonar y ser perdonados de manera permanente y de forma explícita. La experiencia del perdón fortalece la convicción de que no estamos de más, de que podemos ser algo, de que no somos simplemente tolerados y, sobre todo, nos eleva para que seamos nosotros mismos y para que sepamos ejercer una libertad crítica.

Quando la experiencia del perdón es creativa, se instauran entre nosotros nuevas relaciones interhumanas y nuevos lazos interpersonales que, incluso, pueden dar origen a una amistad más profunda, a una colaboración más eficaz y, en consecuencia, a una nueva vida más grata, más confortable y más fecunda. Pero, en mi opinión, la razón profunda que nos impide que perdonemos a los demás es que no hemos logrado perdonarnos a nosotros mismos. Perdonar no es olvidar sino, por el contrario, asumir la apuesta y el riesgo de rememorar el pasado analizándolo en profundidad y asumiéndolo: es ir al encuentro del otro adoptando una actitud positiva, por encima de la culpabilidad que le atribuimos.

Perillas

En español tenemos varias imágenes para expresar, por ejemplo, la oportunidad de un hecho, el acierto de un regalo o lo atinado de una palabra. En comentarios periodísticos de los días pasados hemos podido leer frases como las siguientes: El hundimiento del *Prestige* le ha venido «como anillo al dedo», a la estrategia electoral de los partidos de la oposición. Las dos expulsiones de jugadores del Mallorca le han venido al Barcelona «como un guante de cabritilla a la mano».

José María Barreiros, cuando un alumno de Filosofía acertaba con la definición justa, solía repetir otra comparación similar a las anteriores: «Esas palabras se ajustan a los conceptos, como un zapato del número treinta y cuatro a un pie pequeño». Cuando el acierto era mayor, entonces, poniéndose en pie sobre la cátedra, exclamaba: «Olé, acabas de dar unas chicuelinas más ajustadas que las que da Antonio Ordóñez».

Pero la frase que más escuchamos en los comentarios coloquiales es la siguiente: «Este sombrero de fieltro es tan calentito que me viene de perillas para el próximo viaje a Madrid». El anillo, el guante y el zapato, si se ajustan al dedo, a la mano o al pie, resultan imágenes gráficas para expresar la adecuación, la conformidad y el ajuste de dos elementos diferentes: son comparaciones transparentes y fáciles de interpretar. No ocurre lo mismo con la expresión «de perillas». Los diccionarios nos dicen que esta forma adverbial «de perillas» significa «a propósito, conveniente, oportuno y adecuado».

¿Cuál es, me preguntan algunos lectores, el fundamento de esta expresión tan usada en el lenguaje coloquial? ¿A qué objeto

se refiere este diminutivo de pera? Las perillas, como es sabido, son los instrumentos o adornos que tiene forma de pera y se suelen colocar, por ejemplo, en las barandillas, en las camas o en los bastones. También recibe este nombre la porción de barba que algunos adultos se dejan crecer bajo el labio inferior.

Con este diminutivo ocurre como con otros que, por estar lexicalizados —patilla, mesilla, boquilla— si no prestamos atención, no advertimos su relación con los sustantivos de los que proceden —pata, mesa, boca—. Fíjense cómo «dentejuela» es un diminutivo de «denteja», palabra que, a su vez, es diminutivo de «dente».

Antonio Romero, ese buscador de perlas lingüísticas, me acaba de poner sobre la pista del origen de esta comparación. «Perilla» es, efectivamente, la punta más elevada del borde delantero de la montura de un caballo, la parte saliente del arco que forman por delante los fustes de la silla de montar y que, también, posee las apariencias de un pera pequeña. Por eso, cuando el jinete novel se ve a punto de ser despedido y encuentra la perilla de la silla al alcance de la mano, siente la intensa seguridad y, en consecuencia, la profunda alegría del que se ha librado de una caída peligrosa.

Peseta

En el momento en el que acaba de salir a la luz el recién nacido «euro», se han multiplicado por doquier las necrológicas a la «peseta»; los medios de comunicación celebran honras fúnebres a esa moneda que, durante cerca de tres siglos, ha sido meta de esforzadas carreras, objeto de encendidos elogios y, a veces, diana de enconados vituperios. Otras monedas, como el maravedí, el céntimo, la perra gorda o la chica, el real o, incluso, el duro, desaparecieron de forma silenciosa sin dejar constancia del momento de su fallecimiento. De la peseta, por el contrario, nuestros descendientes encontrarán abundantes lápidas y fervorosos homenajes, estampados en lujosos álbumes. La



palabra «peceta» (piececita), diminutivo de peça (pieza), existía en lengua catalana desde tiempos muy remotos. En el siglo XV se aplicó a monedas de plata y en la Edad Media se utilizó para designar el real de a dos. A principios del siglo XVIII, la palabra «peceta» se introdujo en la lengua castellana con la pronunciación «peseta». El primer documento oficial que alude a la peseta es una pragmática con fecha 13 de julio de 1718.

El *Diccionario de Autoridades de 1737* define la «peseta» como «la pieza que vale dos reales de plata de moneda provincial, formada en figura redonda. Es una voz modernamente introdu-

cida». El proceso por el que pasó del catalán al castellano hemos de buscarlo en la Guerra de Sucesión a la Corona Española (1705-1714) entre el pretendiente francés, Felipe de Borbón, y el archiduque Carlos de Austria. Este último desarrollaba sus operaciones militares en Cataluña, por lo que acuñó en Barcelona grandes cantidades de «reales de a dos». Posteriormente, estas monedas de plata inundaron el mercado castellano, y con ello se comenzó a popularizar la palabra «peseta», escrita tal como sonaba la pronunciación catalana de aquel término. El vocablo castellano «peseta» regresó posteriormente al ámbito catalán y sufrió una transposición fonética de la que resultó «pesseta», voz que aún persiste.

En 1836, durante el reinado de Isabel II (1830-1904), comenzó la emisión de una serie de monedas de una peseta (plata de 5 gramos) destinadas a pagar el sueldo de las tropas durante las Guerras Carlistas. Pero no fue hasta 1868 cuando se fijó como moneda de referencia y única de curso legal en España. Con la Reina en el exilio, el gobierno provisional surgido de la Revolución de 1868 y presidido por Francisco Serrano, duque de la Torre, promulgó el conocido como Decreto Figueroa en reconocimiento a Laureano Figueroa, entonces ministro de Hacienda, en el que se detalla tan importante medida económica. La primera pieza acuñada por Figueroa tenía en el anverso la figura de una mujer tendida sobre el Peñón de Gibraltar con una rama de olivo en la mano.

Pestiño

La razón por la que, desde el punto de vista léxico, la palabra «pestiño» está relacionada con «pisto» radica en el procedimiento de «trituration» o «troceado» que se usa para la elaboración de estos dos alimentos típicos de esta tierra. Los dos productos de nuestra cocina meridional exigen que, previamente, se «machaquen» o «fragmenten» los ingredientes con los que, debidamente condimentados, se elaboran las pastas o las masas, que sirven de base para ambas comidas.

«Pestiño», antiguamente pronunciado «prestiño», procede del latín *pistrinum*, nombre con el que se designaba el oficio del panadero. El origen remoto, tanto de «pestiño» como de «pisto», es el verbo *pinsere*, que significa «machacar», «triturar» o «moler». Recuerden que la harina, la materia prima del pan, es el trigo molido. Por influjo de la palabra «pisto» se perdió la «r» y «pistrinum» se pronunció «pestinum» y, posteriormente, «pestiño». En la actualidad, es una pasta de harina, frita en sartén y bañada, posteriormente, en miel. Es tradicional en nuestra repostería de Navidad y en los postres de la Cuaresma y de la Semana Santa sevillanas; es uno de los dulces con los que el paladar rememora la herencia culinaria andalusí y suele presentarse de dos maneras: doblado simplemente o en forma de lazo o de palomita.

La preparación de los pestiños es un ritual familiar que requiere probada paciencia y exige una notable dosis de cariño. Entre sus ingredientes básicos están las especias que le dan su característico sabor: el ajonjolí, la canela, la matalahúva, además del anís o aguardiente (en algunos casos vino blanco) y el zumo de naranja.

El «pisto» es un plato elaborado con una mezcla de productos de la huerta, troceados y triturados. Las hortalizas más usadas son las berenjenas, los calabacines, las cebollas, los pimientos verdes y rojos, el ajo, el tomate natural pelado, a los que se añade un vaso de vino blanco, unas cucharadas de aceite de oliva, una pizca de pimienta negra y, naturalmente, un poco de sal. El «pisto» es también un plato adecuado para guarnición de la carne, del pescado y de los huevos fritos, y sirve como relleno para las empanadillas o para untar las rebanadas de pan. Con esta palabra construimos también unas metáforas muy usadas en el lenguaje coloquial como, por ejemplo, «darse el pisto» —exhibirse, presumir, pavonearse— o «vaya pisto» —lío, embrollo, enredo—.

Sobre su historia, los tratadistas cuentan que, en la época califal, el gran Zizyag —que llegó a Al-Andalus el año 206 de la Égira, 822 de nuestra era, procedente de Bagdad— sirvió en la boda de la princesa Al-Buran con el califa abbasi Al-Ma'mün, hijo de Harum-al-Rasid, califa de Las Mil y Una Noches, un plato, creado para tal ocasión, al que, en honor a la princesa desposada, se le llamó «al-burmayya» y castellanizado «alboronía». Se confeccionaba con una fritura en aceite de oliva de berenjenas, calabacines, cebolla y membrillo. En el siglo XVI se cambió el membrillo por los tomates y los pimientos, y así nació el «pisto», que se cocina en la actualidad con diversas variedades, en las huertas de la Mancha, en las de Murcia y en las vegas de Granada.

Petardo

Los manuales de urbanidad afirman que «las bromas —los dichos o los hechos amables, destinados a la diversión— han de sorprender, provocar la risa y proporcionar regocijo, pero advierten, además, que nunca han de ofender los sentimientos, herir las convicciones, herir la sensibilidad ni, mucho menos, perjudicar la salud». Nos viene a la memoria esta recomendación para la buena educación a propósito de esa práctica de lanzar «petardos» que, en los últimos tiempos, se está generalizando por doquier, sobre todo, en la noche de fin de año.

Todos sabemos que, en otros parajes, estas «gracias», que hunden sus raíces en la más antigua tradición, gozan de singular atractivo pero, a los que no estamos habituados a esos ruidos explosivos ni a esos olores pestilentes, estas bromas nos resultan chocantes y molestas, y nos provocan sobresaltos desagradables. No son amables, no nos divierten, no nos excitan la risa ni nos proporcionan regocijo.

Pero es que, además, las últimas estadísticas revelan que son gravemente peligrosas. En España —concretamente en localidades de la Comunidad Valenciana— ya son más de cincuenta y ocho las personas que, durante los diez últimos años, han perdido la vida como consecuencia de accidentes causados por el manejo y por el lanzamiento de petardos. En el centro de la capital de Perú, Lima, un petardo ha provocado una explosión que ha causado más de doscientos ochenta y nueve muertos, y en Fang Lin, en la provincia de Jiangxi, al este de China, una gran explosión redujo a escombros una escuela primaria. Entre los cuarenta y un muertos reconocidos oficialmente la mayoría eran niños que, en

el momento del accidente, fabricaban y manipulaban «petardos» para empresarios locales. La escuela era una pequeña fábrica clandestina de ensamblaje de petardos en la que los estudiantes lograban un salario con el que pagar los estudios.

Hemos de recordar que los «petardos» pueden resultar desagradables hasta por su nombre. ¿De donde viene —nos acaba de preguntar José Carlos— el nombre de «petardo»? La palabra «petardo» que, en la actualidad nos sirve para designar a esas pequeñas bombas elaboradas con pólvora, carbón, azufre, nitrato de amonio, polvo de aluminio, mechas y detonantes, tiene su origen en la voz latina *peditum* que, en español dio «pedo» y vulgarmente «peo»: la ventosidad del vientre que se expele por el ano. Posteriormente, sobre todo en Andalucía, la palabra «pea», la usamos en el lenguaje coloquial para referirnos a la embriaguez, en alusión posiblemente al mal olor que despiden los borrachos.

P Un «petardo» es, también —nos añade María del Carmen— el que, con sus intervenciones inoportunas, nos resulta latoso, molesto e intempestivo; el «petardo», con sus burlas de mal gusto, es excesivamente cargante y fastidioso; con sus guasas pesadas, es demasiado «jartible».

Petróleo

El «petróleo» —la subida de su precio, el aumento de su producción, el recorte fiscal— constituye en la actualidad, no sólo el objeto de las preocupaciones de las autoridades políticas, de los agentes económicos y sociales, de los conductores y de los transportistas, sino también un tema de conversación de los ciudadanos normales que conocemos y sufrimos la repercusión que tiene en el valor adquisitivo de los sueldos mensuales. Es comprensible, por lo tanto, que «petróleo» sea una palabra de moda y uno de los términos más repetidos en las crónicas y en las críticas de la prensa, en los comentarios de las tertulias radiofónicas y de los reportajes televisivos.

Recordemos que el «petróleo» —fuente del prodigioso desarrollo de algunos países que se han convertido en centros de atracción política y económica y, a veces, de conflictos bélicos— es la materia prima esencial que ha conocido el aumento más rápido de producción. Procedente de la descomposición ígnea de sustancias orgánicas —de restos de animales y de plantas marinas soterradas en épocas antiguas—, se encuentra en depósitos subterráneos y en rocas sedimentarias.

¿Saben ustedes cuál es el significado etimológico de esta palabra que, a veces, la sustituimos por otras no menos descriptivas como, por ejemplo, «oro negro», «crudo» o «carburante»? «Petróleo», palabra compuesta, formada de las latinas *petra* —piedra— y *oleum* —aceite—, significa «aceite de piedra». El Diccionario de la Real Academia del año 1726 lo define como «aceite que resuda de unas piedras, por lo que se le dio este nombre. Es muy medicinal y parecido a la que llaman Naphta blanca».

Hemos de distinguir los significados de los adjetivos derivados «petrolero» y «petrolífero», que poseen significados diferentes y, frecuentemente, se suelen confundir: «petrolero» indica cualquier relación con el «petróleo», mientras que «petrolífero» precisa que la relación es productora. Los barcos y los camiones que lo trasladan o las estaciones en las que se vende son «petroleros»; los yacimientos son «petrolíferos».

Picha

En la Lengua Española, igual que en los demás idiomas plurinacionales —francés, inglés, alemán o italiano— los «localismos», o las palabras empleadas sólo en un área geográfica, se están reduciendo de manera vertiginosa, debido al efecto expansivo de los medios de comunicación. Aragonanismos como «apero» o «cutre», americanismos como «canoa» o «boniato» o andalucismos como «chufleo» o «arropía», pertenecen en la actualidad al patrimonio común de la lengua hispánica y se usan con mayor o menor frecuencia en rincones muy alejados entre sí.

Hemos de afirmar que la palabra «picha» —a pesar de que, debido a la publicidad que ha alcanzado por obra y gracia de un popular programa televisivo muchos opinan que es un gaditanismo—, se ha empleado con el significado de «pene» —órgano por el que los varones orinan y engendran— desde los mismos orígenes del idioma en muchas regiones en las que se habla la Lengua Castellana. Un señor llamado Petrus Johannes, por ejemplo, firma de forma humorística un documento leonés fechado en 1199 con el pseudónimo «Pixa Feliz». Esta misma palabra figura en el *Glosario del Escorial* del año 1400 y se repite en el *Cancionero de Baena*, una producción típicamente cortesana, de carácter culto y artificioso que, compilado por Juan Alfonso de Baena, agrupa a una serie de poetas palaciegos y de trovadores al servicio de los nobles de fines del siglo XIV y de principios del XV. Progresivamente se va relajando su pronunciación y «pixa» se articula «picha», no sólo en Andalucía sino también en Murcia e, incluso, en el Alto Aragón. La amplitud geográfica en el empleo de esta palabra, considerada hoy como un vulgarismo, no nos debería

sorprender excesivamente, si tenemos en cuenta que procede del vocablo onomatopéyico «pis» —«orina»— que, aunque en castellano carece de verbo, sí lo tiene el francés —«pisser»— y el italiano —«pisciare»— con el significado de «expeler naturalmente la orina».

Pijota

Como ya hemos indicado en varias ocasiones, los medios de comunicación contribuyen de manera permanente al intercambio de palabras; favorecen que los distintos dialectos y las diferentes modalidades geográficas e, incluso, sociológicas de las lenguas se comuniquen entre sí. Recordemos cómo los andalucismos —como «jartible»—, los aragonesismos —como «cutre»— o los americanismos —como «cancha»— constituyen monedas de curso legal en toda nuestra geografía lingüística hispanoamericana. Viajamos hoy tanto y tan rápido, que las palabras —igual que las personas—, cada vez son menos productos locales o rasgos regionales.

Esta tendencia general a la globalización lingüística, sin embargo, tiene sus excepciones en algunos ámbitos de la actividad comercial y en diversas tareas de la vida doméstica. Si nos damos un paseo por los mercados de abastos, podremos comprobar cómo, por ejemplo, los nombres que le damos a algunos pescados en Cádiz son diferentes a los que se usan en poblaciones tan próximas como San Fernando, Chiclana, El Puerto de Santa María o Jerez de la Frontera. No es el caso de «pijota», un nombre que figura en todos los diccionarios y que se emplea en todas las latitudes de nuestra geografía hispánica para designar la cría de la merluza, la pescadilla infantil que no hemos de confundir con esas criaturas inmaduras o prematuras cuya captura y venta están prohibidas.

Es probable que muchos hablantes ignoren que la palabra «pijota», aplicada a estos tiernos pecados de carnes tan finas y tan sabrosas, la usamos en un sentido metafórico. Es un derivado de

«pija», que significa «miembro viril» y que, a su vez viene de la onomatopeya «pich» del ruido que produce la micción, la meada. El vocablo «pijota», por lo tanto, es un sinónimo de «picha» y en catalán, por ejemplo, resulta patente su mutua equivalencia.

En la actualidad se ha extendido ampliamente el uso del término «pijo» para señalar al joven cursi y presumido, generalmente de posición social elevada, que sigue la última moda y tiene unos modales afectados y una forma de hablar fingida muy característica: «los pijos —dicen los diccionarios— se distinguen también por llevar ropa de marca y por exhibir, sobre todo, las etiquetas».

Esta palabra, usada como adjetivo, nos sirve también para definir los exquisitos objetos que usan dichos sujetos e, incluso, los refinados locales que frecuentan. En este sentido hablamos de una corbata «pija» o un bar «pijo». El derivado «pijotero», sin embargo, posee un significado diferente: con él nos referimos a las personas que adoptan posturas ruines o mezquinas: que tienen comportamientos tacaños e, incluso, esta palabra nos sirve para designar a los interlocutores que son cargantes, pesados y fastidiosos.

Posesivos

Hemos de reconocer que algunos nombres y algunas definiciones gramaticales, a pesar de que están avalados por el crédito de la más antigua tradición, no son plenamente adecuados. A veces, incluso, inducen a lamentables errores cuyas consecuencias sociales o familiares pueden ser graves. Analicen, por ejemplo los llamados pronombres y adjetivos posesivos, y podrán comprobar cómo ni las denominaciones son correctas ni las definiciones son exactas. Si tenemos en cuenta su uso, podremos comprobar que tienen unos significados que son muy diversos y mucho más amplios que los de la mera posesión o la simple pertenencia: indican una relación mutua que puede ser de superioridad, de igualdad o de inferioridad entre una de las personas gramaticales —yo, tú o él— y un sustantivo que designa otra persona u otro objeto.

Usamos la misma palabra —el mismo pronombre o adjetivo posesivo— para referirnos, por ejemplo, a «mi» cabeza, a «mi» libro, a «mi» casa, a «mi» pueblo, a «mi» perro, a «mi» padre, a «mi» mujer, a «mi» marido o a «mi» hijo, pero hemos de tener claro que, en todos estos casos, no se establece el mismo grado de relación, de enlace, de conexión, de posesión o de pertenencia. La cabeza me pertenece más que el libro y el libro o la casa los poseo más que al hijo. Algunos hablantes no distinguen estas diferencias sustanciales y están convencidos de que, cuando dicen «mi mujer», «mis alumnos», «mis feligreses», «mis amigos» o, incluso, «mis compañeros» se están refiriendo al mismo tipo de posesión o de pertenencia; creen, en consecuencia, que pueden ejercer el mismo derecho de poder y por eso hablan con un tono de complacencia que dan la impresión de que están convencidos de

que son de su propiedad. Los seres humanos, no lo olvidemos, no podemos pertenecer —en el sentido propio de esta palabra— a nada ni a nadie.

Profano

Esta palabra —«profano»—, tan usada en nuestros días en diferentes contextos, se ha ido llenando de sucesivos significados a lo largo de su dilatada historia. En su origen tenía sólo un valor espacial y designaba el territorio exterior a los santuarios. Recordemos que viene del latín *pro-fanum* y, etimológicamente, significa el lugar delante del templo, la zona fuera del recinto sagrado. La «profanación» era, pues, el desplazamiento de lo sagrado fuera del templo, el traslado de un objeto a la esfera de lo exterior a la religión. A partir de este valor, se utilizó este vocablo para referirse a los objetos que no son sagrados ni sirven a usos sagrados.

Empleado en este sentido, por lo tanto, el término «profano» no encierra una valoración negativa ni una acepción despectiva. Tampoco cuando posteriormente, amplió su significado y nos sirvió para designar a las personas que no poseen conocimientos en una determinada materia. En este caso, significa ignorante y, por lo tanto, falta de autoridad científica para abordar una cuestión o para desarrollar una tarea: los que no hemos cursado los estudios especializados, por ejemplo, en medicina somos profanos en esa materia. En el sentido más estricto, «profanar» significa tratar un objeto, un lugar o a una persona sagrada sin el respeto que merece o, también, negar la consideración debida a los que son dignos de ella. La palabra «profanación», en este contexto, posee un elemento —un sema— de descrédito, de menosprecio, de desprecio o, quizás, de odio: «profanar» es maltratar gravemente a quien merece respeto; es injuriar a quien debe ser honrado; es agraviar a quien es honorable. Se profana todo aquello que debe ser objeto de culto o de veneración, por ejemplo, un templo, una

imagen sagrada, la memoria de un ser querido, un cementerio o el hogar familiar. La profanación, en este sentido, no es una simple trasgresión legal, ni una irreverencia sagrada, sino una ofensa a la divinidad y un insulto a la dignidad humana.

Progreso

El sustantivo «progreso» y, sobre todo, el adjetivo «progresista» se han convertido en unos de los tópicos más repetidos y más vacíos del lenguaje político actual. En el siglo XIX, empezaron a usarlos los miembros de los partidos de «izquierdas» para referirse a los sistemas políticos que se proponían paliar o resolver los graves problemas sociales y las profundas desigualdades económicas: se autodenominaban «progresistas» los defensores de los cambios y los paladines de aquellas reformas políticas que generaran mayor libertad, mayor justicia y mayor igualdad.

En nuestros días todos hablamos del «progreso» sin explicar con claridad en qué consiste. Todos somos progresistas: los de derecha, los de centro y los de izquierda. Todos estamos decididos a seguir subiendo escaleras, sin preocuparnos demasiado hacia dónde nos llevan o sin explicar qué vamos a hacer allí arriba; muchos están dispuestos a acelerar el paso, aunque la carrera los aparte más rápidamente de sus metas; y algunos quieren cambiar todas las cosas con tal de no cambiar ellos. Luchan denodadamente por no levantarse de sus majestuosos tronos; se agarran con fuerza a sus holgadas sedes, se instalan cómodamente en sus confortables poltronas y, si es necesario, cambian de partido, modifican el lenguaje, se mudan de camisa y se despojan de la chaqueta, con tal de permanecer inalterables, inmutables e invariables en el puente de mando. Creo que, para llenar de significado la palabra «progreso», deberíamos usarla siempre adjetivada y explicar qué entendemos por progreso económico, político, social, cultural y, de manera especial, humano. Ortega y Gasset, refiriéndose al ámbito intelectual, declaró que el progreso no consiste en un au-

mento cuantitativo de las ideas o de las cosas, sino en la creciente intensidad con la que percibimos media docena de misterios cardinales y perennes. Progresamos, efectivamente, si avanzamos hacia un punto concreto: si nos hacemos más humano. El progreso humano consiste, sobre todo, en mejorar moralmente.

Proletario

Si nos atenemos al significado etimológico de la palabra «proletario», podríamos afirmar que el gobierno actual ha iniciado una campaña de «proletarización» de España. Mediante incentivos económicos y exenciones fiscales, el Ejecutivo pretende que aumente la población y, en consecuencia, la mano de obra y la recaudación social.

Recordemos que «proletario» es el ciudadano cuya única riqueza es la prole: los hijos y la descendencia familiar. En el siglo XIX se consideraban proletarios a los vecinos que carecían de bienes de riqueza y figuraban en los censos sólo con los nombres personales y con los apellidos familiares. Pero, como nos advierte Mariano Arnal, este término ya se usaba en los censos de población y de riquezas que hacían los romanos desde los tiempos de Servio Tulio (año 197 de Roma). Había cinco clases de censados, que estaban agrupados según las riquezas que poseían y los impuestos anuales que debían pagar por ellas al Estado. En sección aparte figuraban los *proletarii*, cuya única aportación al Estado eran los hijos (la prole) para la guerra. No eran indigentes, menesterosos o mendigos ya que su fortuna superaba los 375 *ases*, sino padres de familia exentos de abonar los impuestos sin valor censal, por no alcanzar el mínimo imponible, 1500 *ases*.

En su origen, por lo tanto, el «proletario», más que un «productor» de bienes para la sociedad, era un «reproductor», cuya función, guardando las distancias, se asimilaba a los sementales de las ganaderías que engendran nuevas criaturas y, en consecuencia, multiplican las fuerzas del trabajo y, en el caso de los humanos, aumentan el poder de los ejércitos. La palabra «proletario» remite

desde su origen a la proyección estatal o, al menos, social de los comportamientos individuales, y nos recuerda que engendrar y educar hijos es, también, generar y formar ciudadanos. Si partimos del supuesto de que el número y la calidad de los miembros de una sociedad determinan su mayor riqueza, podemos afirmar que tener hijos —ser «reproductor» o «proletario»— es trabajar en beneficio del Estado. Resulta, por lo tanto, legítimo que el Estado compute como bien de toda la comunidad, la prole que tengan los ciudadanos.

Ésta es la raíz del derecho del Estado a intervenir, de manera subsidiaria, en una serie de cuestiones que forman parte de la más sagrada intimidad de la persona y de la responsabilidad irrenunciable de la familia. Éste es el fundamento de la facultad de los poderes públicos para incentivar la «reproducción» y para orientar la educación de los ciudadanos a través de campañas de publicidad y de iniciativas legislativas en beneficio de la comunidad, siempre que se evite la tentación de controlar el desarrollo de las personas como si fueran propiedades de las familias o de las instituciones.

Los términos derivados «proliferar» —difundirse—, «proliferación» —multiplicación—, «prolífico» —el que posee capacidad de engendrar— no se formaron en latín, sino en nuestras lenguas romances como términos cultos.

Psicosis

En un encuentro fortuito y momentáneo, el profesor Francisco Javier Gala me acaba de hacer uno de esos valiosos regalos que, generosamente, me ofrecen muchos de ustedes: una palabra. Los lectores constituyen, sin duda alguna, las fuentes más ricas de sugerencias para estos comentarios. En ese fugaz cruce de caminos hacia nuestras respectivas aulas, este profesor de Psicología me ha llamado la atención sobre el uso generalizado e inadecuado de un tecnicismo psiquiátrico —«psicosis»—, que ha llegado a ser una palabra de frecuente uso coloquial.

Como consecuencia de la extraordinaria difusión que ha alcanzado en los reportajes y en las crónicas periodísticas, en los que se describe la profunda impresión causada en la población mundial —cuando, atónita, presencié a través de la Televisión la destrucción de las Torres Gemelas—, este término ha servido para nombrar unos fenómenos diferentes a los que designa la palabra «psicosis», si la usamos en su sentido técnico.

Esta palabra ya se había popularizado por influencia de la terrorífica película del británico Alfred Hitchcock (1899-1980), producida en 1960. En este caso, el término «psicosis» estaba usado de manera correcta porque, en el film, se describe ese trastorno mental mayor —esquizofrénico— de origen emocional u orgánico, que produce un notable deterioro de la capacidad de pensar, de responder emocionalmente, de recordar, de comunicar, de interpretar la realidad y de comportarse de manera adecuada. Este síndrome o conjunto de síntomas, cuyo cuadro clínico es tan característico y está tan estudiado en la actualidad por la

moderna Psiquiatría, es, por lo tanto, de carácter individual: lo sufre una persona.

Su uso para definir un estado de ánimo colectivo no es correcto en su sentido técnico. Hemos de reconocer que es impropia aquella afirmación repetida en la mayoría de los periódicos: «La psicosis del ántrax ha cruzado el océano y crece de manera imparable en Europa». Hubiera sido más exacto formular la noticia, por ejemplo, de la siguiente manera: La sensación de miedo colectivo, producido por las cartas sospechosas que podrían contener ántrax, ha generado el estado de alerta máximo, en Francia, en Alemania, en Italia y en Holanda, entre otros países, donde se han secuestrado decenas de sobres.

La palabra «psicosis», efectivamente, no es la apropiada para describir un clima popular, ni un ambiente social; pero tampoco podemos usarla como sinónima de «aprensión», «susto», «miedo», «terror», «pavor», «pánico», «espanto», «horror», «desasosiego» o «ansiedad», a no ser que, de manera intencionada, pretendamos construir una imagen metafórica o una sinécdoque generalizadora, tomando la parte por el todo; a no ser que queramos exagerar afirmando que «es tal el espanto producido en la población, que tenemos la impresión de que la gente se ha vuelto loca».

Puñetas

En la actualidad, esta palabra es un vulgarismo que se usa, ordinariamente, en su sentido metafórico y dentro de esas expresiones coloquiales que pronunciamos cuando estamos hartos o irritados, como, por ejemplo «vete a hacer puñetas», «hacerle a uno la puñeta», «ir a la gran puñeta», «el puñetero niño este», «puñetería» o, simplemente, la exclamación «¡puñetas!».

«Mandar a uno a hacer puñetas» o «enviarlo a paseo» es mucho más que rogarle que nos deje en paz o pedirle que pare ya de molestarnos: es exigirle que desista de estorbarnos o de entorpecernos. Inicialmente era una forma suave de invitarlo a distraerse con una tarea menos molesta para nosotros y más entretenida para él. «Hacer la puñeta» es molestar, fastidiar, importunar, irritar o mortificar; es descentrar nuestra atención, desviar nuestro interés, interrumpir una tarea o romper un proyecto. «Ir a la gran puñeta» es marcharse lejos, tan lejos como lo está «la gran China», por ejemplo, y «puñetera» es la persona que, sin ser cruel, perversa ni violenta, nos resulta «jaritible» o nos da el «coñazo padre» en un momento determinado. «Puñetería» es un objeto enojoso o una acción molesta. «¡Puñetas!» es una interjección con la que expresamos sentimientos de admiración, de sorpresa o de enojo.

Recordemos que las «puñetas» son unos «puños», unas bocamangas —las partes de una prenda que rodea las muñecas— de encajes que llevan los trajes académicos, las togas de abogados, de fiscales y de magistrados, y los hábitos corales de los canónigos y de los beneficiados catedralicios. Pero el «puño», literalmente hablando, es la mano cerrada y, metafóricamente, la parte por donde se coge el bastón o el paraguas.

Esta palabra es una de las que poseen mayores derivados en nuestra Lengua Española. Algunos de ellos nos resultan evidentes como, por ejemplo, en «puñado» —la porción de algo que cabe en un puño—; «puñal» —un arma corta, de acero, que hiere con la punta—, «puñetazo» —es un golpe con el puño—, «empuñar» —coger por el puño un instrumento o un arma—. Otros derivados, como «pugnar» —rivalizar, competir, pelear, luchar o combatir—, «púgil» —el que pelea, lucha o combate— e, incluso, «impugnar» —refutar o rebatir—, «propugnar» —defender, patrocinar o amparar— y «repugnar» —sentir aversión, repeler o dar asco— derivan también de la misma palabra latina, *pugnus*, que dio nuestro castellano «puño».

Recordemos también esa imagen tan repetida en nuestro lenguaje coloquial como «meter en un puño» que, como nos dicen los diccionarios, significa «confundir, asustar, aterrorizar y oprimir psicológicamente a una persona». Julio Cejador y Frauca (Zaragoza, 1864 — Madrid, 1927), en su obra *Fraseología o Estilística Castellana* (1923), explica que esta expresión metafórica quiere decir «atemorizar, dominar o avasallar tanto, que el otro se abata, se achique o se aoville, de tal forma que pueda caber en el puño del que lo atemoriza o lo oprime».

Reacción

Esta palabra, tan repetida en el lenguaje político actual, ha sido estudiada recientemente por el pensador Jean Starobinski, un eminente estudioso de la historia de las palabras. En su libro titulado *Acción y reacción*, publicado a finales del año pasado en París, hace un ejercicio de restauración histórica que se remonta a la tardía Edad Media. A los lectores que estén interesados por la historia semántica de las palabras, les resultará valioso comprobar cómo, a pesar de que el término afirmativo —«acción»— ya se usaba en latín clásico (*agere* significaba actuar, empujar hacia delante, conducir una manada de animales, etc.), su contrario, *reagere*, no se empleaba.

Como nos ha mostrado el maestro de Ginebra, la introducción de esta palabra la debemos a Alberto Magno, tomando como modelo el verbo *antikidein*, que ya lo había empleado Aristóteles para explicar cómo se «reacciona» ante las percepciones extraordinariamente intensas. La pareja «acción-reacción» se generalizó a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, cuando, con el desarrollo de la Dialéctica, Diderot, los geómetras y los metafísicos, admitieron que la «acción» y la «reacción» se influyen, se determinan y se exigen una a la otra.

En la actualidad, esta palabra —«reaccionar»— tanto en lenguaje coloquial como en el científico —Química, Sociología y Medicina— significa resistir y producir una acción opuesta a la primaria. Sirve no sólo para describir el comportamiento de los elementos materiales sino también para explicar la vida individual y colectiva como si fuera un juego de simpatías y de analogías o como un sistema de estímulos y de efectos mecánicos. Pero, a

partir de la Revolución Francesa, la palabra «reacción» se llenó de una connotación despectiva y, en la actualidad, nos sirve para señalar las fuerzas que pretenden restaurar un estado de cosas cancelado por la historia. Un «reaccionario» es quien no acepta el «progreso». Una palabra de moda que, en otra ocasión, explicaremos.

R

Rebozar

La palabra «rebozar» (escrita con «z»), como otras muchas pertenecientes al léxico gastronómico, la han puesto de moda los programas radiofónicos y televisivos dedicados al arte culinario, al arte de la cocina, a las técnicas y a los métodos de preparar succulentas comidas. En nuestros tiempos, me decía ayer María del Carmen, enharinábamos el pescado, empanábamos los «bistés», espolvoreábamos los picatostes e, incluso, los empapábamos en leche, los emborrachábamos con vino o los bañábamos en huevo.

Pero en nuestra Provincia y en la mayor parte de Andalucía, «rebosamos» (pronunciado con «s») todos esos productos comestibles o sea que, como dice el Diccionario, «derramamos un líquido por encima de los bordes de un recipiente, abundamos con exceso o, incluso, vomitamos». Relean los libros de la cocina gaditana, y podrán comprobar que allí nos explican cómo se «rebosan» (con «s») las chuletas, los boquerones y las gambas.

Nuestra pronunciación «seseante» o «ceceante», es la causa de que confundamos dos palabras que poseen significados diferentes. Este mismo fenómeno ocurre con otros términos como, por ejemplo, «loza» —conjunto de platos y de tazas elaborados con barro fino, cocido y barnizado— y «losa» —piedra labrada, llana y poco gruesa que sirve para pavimento—, «caza» —acción de buscar y perseguir las aves, fieras y otros animales para capturarlos y matarlos— y «casa» —edificio destinado a habitarlo—, «raza» —cada uno de los grupos en los que se subdividen algunas especies zoológicas— y «rasa» —superficie plana y lisa—. Si pretendemos ser correctos en el uso de esta palabra, hemos de tener en cuenta que «rebosan» las botellas, las tinajas, las copas o los

vasos cuando, tras ser colmados, se desbordan porque seguimos vertiendo en ellos agua o vino. Pero «rebozar» (con «z»), usado en su sentido literal, significa cubrir casi todo el rostro con la capa o con el manto; en sentido derivado este mismo vocablo quiere decir preparar una vianda, comida o alimento, bañándolos con huevo batido y con harina para freírlos posteriormente.

Regalo

Estas fiestas —ocasión para que los grandes almacenes aumenten sus ganancias— constituyen el momento oportuno para que indagemos sobre el significado de la palabra «regalo» y para que reflexionemos sobre el uso social del intercambio de obsequios. Según los antiguos lexicógrafos como, por ejemplo, Sebastián de Covarrubias, la palabra «regalo» estaba relacionada con el concepto de «rey», de «realeza» y de «real», que en latín se dice *regalis*. El «regalo» es una «práctica real» y «regalarse» es tener las delicias de los reyes. Según Corominas, sin embargo, este vocablo procede del francés «régaler», que significa «agasajar» y éste del vocablo germánico «galer», «divertirse». Bajando varios peldaños en la historia de la palabra, llegamos al rito de la «elegancia social», estimulado por la publicidad. En castellano clásico, la palabra «regalo» se usa, unas veces, con el significado de «don», «presente» u «obsequio», y, en otros contextos, se refiere al «gusto», al «placer» o la «complacencia» que proporcionan las comidas y las bebidas, el ocio y el lujo. Esta práctica comunicativa —este lenguaje— ha sido habitual desde los tiempos más antiguos como lo comprobamos en la *Iliada* y en la *Odisea*, donde se nos cuenta cómo Diomedes y Glauco o Ajax y Héctor, héroes de ejércitos contrarios, tras enfrentarse en el campo de batalla, bajo las miradas aprobadoras de los compañeros, se cambiaban las armaduras.

Los regalos han de ser expresión de generosidad, de benevolencia, de deseos de felicidad e, incluso, una muestra de solidaridad para hacernos olvidar los gestos helados, las actitudes indiferentes y los comportamientos interesados del resto del año.

El «regalo» es la señal transparente de amistad, de gratitud, de juego y de aventura. El «regalo» verdadero es el que dice de manera clara «te quiero», «te recuerdo», «te estoy agradecido». Sólo así se revela como la anticipación de un mundo solidario y dador. Los «regalos» sólo son tales cuando encierran propósitos y promesas; cuando generan sueños e ilusiones; cuando estimulan entrañables recuerdos.

Regata

Tienen razón —opino— aquellos gaditanos que, reconociendo el éxito de la Gran Regata 2000, han solicitado la organización de más fiestas náuticas. El espectáculo de esos vistosos veleros atracados en los muelles y el panorama del recinto portuario, con el alumbrado extraordinario, con las instalaciones del parque temático, las tiendas comerciales, las terrazas de bares, los conciertos de grupos musicales, las emisoras de radio y de televisión, y, sobre todo, la afluencia multitudinaria de visitantes y la presencia de los Reyes, del Príncipe Felipe y de la Infanta Cristina han mostrado las notables posibilidades de nuestra Bahía para la celebración de «regatas», de competiciones deportivo-marinas y de manifestaciones náuticas-festivas.

¿Saben ustedes que la palabra «regata» posee un significado cercano al de la palabra «feria»? Las «regatas», como las «ferias», tuvieron un origen y una finalidad comercial: eran días y lugares dedicados a la comunicación, al intercambio, al trato y al mercado.

«Regata» es la operación de «regatear», de revender y de volver a comprar. En el diccionario de Covarrubias «regatear» significa procurar bajar el precio de la cosa que se compra. De esta significación primera derivó la de «disputar» y, posteriormente, la de «competir con dos o más embarcaciones».

Algunos autores, por el contrario, defienden que esta palabra —«regata»—, tiene la misma raíz que «regar»; afirman que es de origen italiano y en castellano quiere decir «canalillo», debido a que en los canales de Venecia, eran muy frecuentes las carreras de góndolas. Posteriormente se generalizó este nombre para designar

R

las competiciones de cualquier tipo de embarcaciones, no sólo las de remo, sino también las de vela.

Otros autores opinan que sólo recibían este nombre cuando la competición se celebraba para festejar la llegada de algún miembro de la Casa Real y, en consecuencia, significa «festa regale», fiesta real. No cabe la menor duda de que, en todos los sentidos de la palabra, se ha celebrado una «Gran Regata».

Rémora

Las palabras, a veces por su sonido y otras veces por su significado, estimulan la imaginación y dan origen a interpretaciones ocurrentes, desprovistas de fundamento lingüístico. Éste es el caso de las conocidas y comentadas «etimologías populares» que nos ofrece el libro clásico de San Isidoro de Sevilla (560-636). La obra de este arzobispo, doctor de la Iglesia, teólogo e historiador que, sin duda alguna, es una abundante fuente de erudición sobre los saberes de la Antigüedad Clásica, nos proporciona también una amplísima colección de palabras acompañadas de ingeniosas, agudas y divertidas significaciones, explicadas a partir de orígenes, la mayoría de las veces, erróneos. Este juego, que consiste en tratar de «inventar» la etimología a partir del parecido fonético de una palabra con otra, ha sido practicado en todas las épocas de nuestra Lengua. Veamos el caso de «rémora».

La palabra «rémora», como todos sabemos, significa obstáculo o dificultad que impide o retrasa una acción. Es un término descendiente del verbo latino *semiculto* «morari» que traducimos por «detener», «entretenerse», «quedarse» o «permanecer». Son abundantes los derivados que usamos en nuestro lenguaje coloquial como, por ejemplo, «morar» —habitar—, «morada» —lugar donde habitamos—, «morador» —habitante—, «morosidad» —tardanza—, «moroso» —el que se retrasa—, «moratoria» —espera—, «demorar» —retrasar— o «demora» —retraso—.

Este mismo origen posee el adjetivo «remolón» que lo empleamos para designar a los perezosos, a los flojos y a los holgazanes que, hábilmente, se «escaquean» y huyen del trabajo.

Pero este nombre —«rémora»— se usa también, con un significado más preciso, para denominar a un pequeño pez que, según la creencia popular, era capaz de detener una embarcación. El *Tesoro de la Lengua Castellana o Española* del humanista Sebastián de Covarrubias (1539-1613) —que, como ya hemos dicho en otra ocasión, es el primer diccionario de uso de la Lengua y en el que se inspiró, un siglo más tarde, el de la Real Academia de la Lengua— afirma textualmente que «rémora» es un pez pequeño, cubierto de espinas y de conchas; dicho así, `a remorando´, porque, si se opone al curso de la galera o de otro bajel, los detiene, sin que sean bastantes los remos ni suficientes los vientos para moverlos... Para señalar la causa de que un pez pueda hacer un efecto tan grande como detener una nao en medio de su movimiento, no hallan los autores razón natural... Fue este pescado entre los antiguos el símbolo del impedimento y del estorbo, por el efecto que hace de retardar las naos».

R

Como podemos fácilmente suponer, esta explicación tan simple ha sido desechada por la mayoría de los estudiosos como, por ejemplo, el monje benedictino, Fray Benito Jerónimo Feijoo (1676-1764) quien, en su *Teatro Crítico* —subtitulado «Discursos varios en todo género de materias, para desengaño de errores comunes»—, se opone a las ingenuas interpretaciones de quienes, apoyándose en las etimologías populares, asignan al pequeño pez denominado «rémora» esos fabulosos y casi irresistibles poderes para detener las embarcaciones que, confiadamente, surcan el mar en busca de un puerto seguro.

Rencor

Aunque algunos hablantes usan la palabra «rencor» como sinónimo de «ira», de «indignación», de «odio», de «animadversión», de «antipatía» o, incluso, de «ojeriza», hemos de observar que posee un significado preciso, notablemente distinto a los de todas estas palabras. El «rencor» se diferencia de los otros sentimientos negativos por su origen, por su intensidad y por su duración. Es un producto de la «mala memoria» que es diferente del «olvido»; por eso hablamos de «viejo» o de «antiguo rencor» y, por eso también, decimos «alimentar» o «guardar rencor».

El «rencor» es la consecuencia de mirar exclusivamente hacia atrás, recordando sólo las experiencias malas; es el fruto del que experimenta un gusto morboso por saborear los episodios desagradables; es el resultado de una sucesión de heridas personales que, por no haber sido cicatrizadas, se han infectado; es el efecto de la acumulación de golpes mal encajados que han producido hematomas y, quizás, malignas tumoraciones. El rencor es una permanente tortura que se alimenta, con su mirada retrospectiva, de su propia desdicha y desamor; se nutre, paradójicamente, con los desechos más alevosos y se enriquece con los despojos más caducos. El rencor, en contra de lo que nos parece, es un sentimiento que, más que a la persona contra la que se dirige, afecta a la vida del sujeto que lo padece porque produce unas sensaciones de infelicidad y de hostilidad tan hondas y tan persistentes que enferman su alma y, a la larga, también contagian su organismo.

Si las otras pasiones son reacciones agresivas momentáneas, el rencor es la manifestación de un poso en el que se han sedimentado resentimientos amargos que, originados por ofensas reales o

por injurias imaginadas, no se han disuelto en la corriente de las aguas purificadoras de la vida: es el indicio de que se mantienen archivadas unas experiencias peligrosas y dañinas que, en primer lugar, ahogan el bienestar personal y, en segundo lugar, envenenan la convivencia familiar y las relaciones sociales. Pero lo peor del rencor es que nos hace perder el control emocional y, en consecuencia, nos impide que seamos dueños de nosotros mismos, que identifiquemos nuestros verdaderos intereses. El rencor obstaculiza una relación positiva con los demás porque, como sabemos por experiencia, nos empuja a acciones explícitas de demolición y nos lanza violentamente a la locura y a la muerte.

No deben extrañarnos las anteriores consideraciones, si tenemos en cuenta que la palabra *rencor* procede directamente de «rancor» y ésta del latín *rencor* que es una evolución de «rancidus» que dio en castellano «rancio», un adjetivo que se aplica a los objetos antiguos e inservibles, a los alimentos que, tras agotar la fecha de caducidad, adquieren mal aspecto y desagradable sabor, y a las personas que mantienen ideas, actitudes y comportamientos pasadas de moda. El rencor paraliza, obnubila y, no sólo es inútil, sino que puede resultar contraproducente y suicidar al que, por no ser capaz de dominarlo, se convierte en un torpe y desgraciado cazador cazado.

Retórica

La palabra «retórica» constituye uno de los ejemplos más ilustrativos de los cambios tan radicales que experimentan los significados. Aunque es cierto que, en la actualidad, sobre todo en el lenguaje coloquial, el término «retórica» posee un valor peyorativo y lo usamos para definir los discursos vacíos de contenido, ampulosos, formalistas o meramente decorativos, si atendemos a su origen y a su uso técnico, tendremos que aceptar que su empleo actual, no sólo difiere sino que contradice el que le habían asignado los autores clásicos.

Recordemos que la Retórica nació como consecuencia de la necesidad que experimentaron los ciudadanos de Siracusa de demostrar con argumentos convincentes que las tierras que los tiranos Gelón y su sucesor Gerón I le habían confiscado para regalarlas a los soldados mercenarios les pertenecían a ellos. Tras los alzamientos de Agrigento y de Siracusa, se desposeyó del poder al tirano Trasíbulo, se estableció una forma de democracia y se iniciaron múltiples procesos para devolver a sus legítimos dueños las propiedades arrebatadas durante el período despótico. Aunque la mayoría de los litigantes sabía atacar y defenderse con eficacia y con precisión instintivas, pronto advirtieron que necesitaban la ayuda de un «manual» que les ofreciera, de forma clara y sistematizada, unas técnicas sencillas de persuasión y unos métodos prácticos de debate.

Según una tradición recogida por Aristóteles, Cicerón y Quintiliano, sabemos que Empédocles de Agrigento fue el padre de la Retórica y Córax de Siracusa, el primer autor de un texto escrito. La obra de este último apareció aproximadamente el año 476

antes de Cristo. El «arte» que Córax elaboró se proponía ayudar a los ciudadanos ordinarios a defender eficazmente sus demandas ante los tribunales. En aquella situación, al no ser posible presentar pruebas documentales para demostrar la veracidad de las reclamaciones, los discursos tuvieron que apoyarse en argumentos de probabilidad y de verosimilitud. El principio fundamental era el siguiente: más vale lo que parece verdad que lo que es verdad. La verdad que no es creíble, difícilmente será aceptada. El discurso retórico, por lo tanto, no trata de formular principios teóricos ni de establecer verdades abstractas sino de favorecer una certeza que, como es sabido, es un estado de ánimo subjetivo.

Posteriormente, sobre todo a partir del Barroco, los retóricos insistieron en la ilustración deleitosa del conocimiento, más que en la fuerza persuasiva para influir en la voluntad de los oyentes. La Retórica, desde entonces, se detenía en explicar los recursos que perseguían una finalidad más decorativa que persuasiva. En la actualidad, sin embargo, hemos vuelto a las fuentes clásicas y, en consecuencia, defendemos que un discurso es retórico si está dotado de un considerable poder de convicción, si, mediante razonamientos lógicos y, sobre todo, a través del estímulo de sensaciones y de sentimientos, mediante el empleo de imágenes y de otros recursos efectivos, es capaz de intensificar o cambiar las convicciones, las actitudes y los comportamientos de los oyentes; de lograr que se adhieran a una propuesta y se identifiquen con un personaje.

R

Sabiduría

Un equipo de psicólogos sociales de la Universidad de Cornell, en Nueva York (EEUU), tras una serie de encuestas entre los profesionales dedicados al estudio y a la enseñanza, acaba de llegar a una conclusión que, hace tiempo, nos resulta una obviedad a los ciudadanos que no somos expertos en las indagaciones sociológicas: sus doctos análisis desvelan que, cuanto más incompetente es una persona, más segura se encuentra y más se sobrevalora a sí misma; por el contrario, cuanto más competente es, más modesta y más humilde se muestra. Los más ineptos son, también, los que mayor dificultad poseen para reconocer su propia incapacidad. No deberíamos extrañarnos demasiado si tenemos en cuenta que desde Sócrates, los verdaderamente sabios nos vienen repitiendo que la sabiduría consiste en la progresiva toma de conciencia de su radical ignorancia.

Estos estudios revelan también que los torpes se esfuerzan, frecuentemente de manera compulsiva, en acumular información para así compensar sus desequilibrios y ocultar sus carencias de inteligencia. Están convencidos de que, colmando la despensa de la memoria con datos, con números, con fechas y con nombres, disimulan su ineptitud para digerir y para asimilar los alimentos. Los conocimientos por sí solos no les aprovechan ni aumentan su tamaño humano, no los hacen más conscientes, ni más críticos; no les descubren sus propios límites, ni el sentido de la realidad ni el valor del espacio o del tiempo y, sobre todo, no les revelan sus inmensas ignorancias. Algunos están convencidos de que, porque se empacharon de lecturas en su adolescencia, ya tienen alimento asegurado en su vejez. El día en el que lleguemos a la conclusión

S

de que ya no nos queda nada por aprender, es porque alguna enfermedad mortal está aniquilando nuestra capacidad digestiva. Según afirma la doctora Kruger, «los incompetentes sufren un doble agravio: no sólo llegan a conclusiones erróneas y toman decisiones desafortunadas, sino que su incompetencia les impide darse cuenta de su incompetencia».

Saeta

La saeta, ese género de cante flamenco que —ante los Pasos de las diferentes Cofradías que procesionan por nuestras calles— se interpreta en nuestra Semana Santa Andaluza, constituye una manifestación peculiar del arte popular religioso gitano andaluz.

Con este grito desgarrado —que tiene resonancias árabes, judías y gregorianas—, derivado directamente de la siguiriya y de las tonás gitanas, se expresa el sentir hondo del pueblo que rememora y vive la Pasión y la Muerte de Jesús de Nazaret y acompaña en su sentimiento de dolor a María, su madre. La «saeta» es una manera elemental de adentrarse en el misterio insondable del dolor humano y una forma espontánea de asumir la realidad sagrada de la muerte: es una expresión de comunión, es un modo de dolerse con el dolor de los otros y de penar con las penas de los demás.

En contra de lo que pudiera parecer a primera vista, la palabra «saeta», en su significación etimológica, es más culta y más antigua que la actual «flecha» con la que designamos el primitivo instrumento de caza y de guerra: es «el arma arrojadiza, delgada y puntiaguda que se dispara con un arco». Recordemos que «flecha» es un galicismo de origen, quizás, emparentado con el neerlandés medieval que, desde finales de la Edad Media, tendió a sustituir a la palabra autóctona «saeta».

En nuestra literatura medieval, autores tan importantes como Gonzalo de Berceo, Juan Ruiz —el Arcipreste de Hita— y Don Juan Manuel, usan esta palabra «saeta» en su sentido original: es el dardo que, penetrando en el fondo de las entrañas, hiere; es el arma cruel que, destrozando el corazón, mata; pero es, también,

el vehículo agudo y ágil que transporta los sentimientos de amor. Recordemos los símbolos mitológicos de Cupido —el tierno niño, patrón pagano del amor y de los enamorados, que dispara las saetas— y a Sagitario —la silueta imaginaria, mitad hombre y mitad caballo (centauro), con un arco tendido y preparado con la flecha—.

Dejemos a los eruditos flamencólogos que discutan si el origen geográfico hemos de situarlo en las calles sevillanas de Triana, en el barrio jerezano de Santiago o en los rincones del barrio gaditano de Santa María. En nuestra opinión, es insignificante que su creador fuera Manuel Centeno o Enrique «El Mellizo»: pero sí podemos asegurar que la fuente original es el alma en carne viva de un pueblo que, por haber sentido la amargura de la soledad, la pena del desprecio, la aflicción del desamparo, la ansiedad del hambre, el ansia de la sed o la angustia de la pobreza, vive la grandeza de la misericordia, la alegría del perdón, el alivio de la fe, el consuelo de la esperanza y la fecundidad del amor.

S La «saeta flamenca» es grito, clamor, llanto, gemido, queja, lamento, piropo, cante, culto, fervor y oración; es poesía y es música; es amor y es lástima; es arte y es pasión.

Sambenito

En el lenguaje coloquial, la frase «colgar a alguien un sambenito» quiere decir atribuirle injustamente una acción inmoral de la que no es autor. Esta expresión equivale, por lo tanto, a difamar, a desacreditar o a calumniar a una persona. Su origen se remonta al «sambenito», que era la insignia de la Santa Inquisición que se ponía sobre el pecho y la espalda del penitente reconciliado, a modo de capotillo amarillo con una cruz roja en forma de aspa o cruz de San Andrés sobre una especie de escapulario de lana amarilla, adornado con dibujos de llamas de fuego y otros jero-glíficos estampados en la superficie.

Según algunos autores, este vocablo proviene de «saco bendito», que era el hábito penitencial que vestían los pecadores arrepentidos en la iglesia primitiva. Los creyentes que, por haber cometido pecados muy graves, lloraban sus culpas y hacían penitencias públicas, se vestían con unos sacos y con unos cilicios que, previamente, habían sido bendecidos por un obispo o por un sacerdote. Con estos atuendos, los penitentes se colocaban en las puertas de las iglesias donde se declaraban pecadores, expresaban su dolor de corazón, su arrepentimiento y su firme decisión de no volver a pecar. De esta manera, sus culpas eran perdonadas por la comunidad de creyentes y eran admitidos al seno de la Iglesia por los demás fieles. Recordemos que la palabra latina «penitencia» se empleaba desde muy antiguo, tanto en la vida ordinaria para expresar arrepentimiento sin connotaciones morales, como en el campo jurídico con el significado más primitivo de venganza (*punire* significa «castigar») y el más civilizado de «indemnización por un homicidio», es decir «resarcimiento de un daño» (*re-sarcire*

es volver a coser). Pero para entender el significado exacto de la palabra «penitencia» hemos de recordar que es la traducción de la voz griega «metanoia» que quiere decir «conversión» o «cambio de pensamiento, de actitud y de vida».

El «sambenito» que, como hemos dicho, servía esencialmente para identificar a los herejes condenados por la Inquisición, posteriormente se fue ampliando hasta llegar a adoptar una forma parecida a las túnicas que usan los clérigos. La vestimenta se completaba con un gorro en forma piramidal, llamado «coroza», confeccionado con la misma tela que «el sambenito», y en él se solían pintar unas ilustraciones que indicaban la pena a la que había sido condenado el reo: la hoguera, la peregrinación, la cárcel, etc. Entre los antiguos usos de la Iglesia primitiva y, después, durante los tiempos de la Inquisición, a los penitentes que lloraban sus culpas y mostraban arrepentimiento, se les daba una vela de cera y se les arrojaba con una especie de saco de lana que, una vez reconciliados, dejaban colgado en la iglesia a mucha altura, con el nombre de sus dueños.

Respecto a la etimología de la palabra, otros autores sostienen que proviene del nombre de San Benito, cuyo significado designó, primero, el «escapulario benedictino», luego, el «escapulario que se ponía a los condenados por la Inquisición» y, finalmente, se generalizó para referirse a «signo de infamia».

Sarcasmo

El lenguaje —el instrumento más eficaz para perfeccionar al ser humano y para construir la sociedad— es también un arma dotada de un extraordinario poder para la destrucción personal, para el deterioro familiar y para la ruptura social. Las palabras alimentan, fortalecen, sanan, regeneran, crean, recrean y resucitan pero, también, envenenan, golpean, lastiman, hieren, lesionan, ofenden, injurian e, incluso, matan. Una frase amable fortalece el cuerpo y vigoriza el espíritu, pero una expresión cruel puede arruinar la existencia y romper la convivencia.

La palabra «sarcasmo» expresa, de manera elocuente, la fuerza aniquiladora del lenguaje cuando se emplea con intenciones malélicas. Tiene su origen en la voz griega *sarx*, que significa carne y, más concretamente, deriva del verbo *sarkádsein* que quiere decir «morder la carne». El «sarcasmo», por lo tanto, significa literalmente «bocado violento», «mordisco ofensivo» o «mordedura agresiva».

En el ámbito de la Teoría de la Literatura, el «sarcasmo» es una «ironía mordaz y amarga»; es un procedimiento retórico con el que se ofende atrocemente a una persona o se vulnera el prestigio de una institución venerable, de una creencia honorable o de una doctrina respetable.

Esta palabra posee la misma raíz que «sarcófago», un vocablo, también muy usado, que etimológicamente significa «devorador de carne». Recordemos que en la Antigüedad existía la creencia de que las piedras con las que se construían los «sarcófagos» poseían la virtud de devorar y de consumir los cuerpos en ellos depositados. En la actualidad, a los que son proclives a ofender

al prójimo con la maledicencia, con el insulto o con la injuria, a los que empozoñan el ambiente, ensucian el nombre, manchan el honor o ultrajan la reputación, solemos calificarlos de lengua dañina, venenosa, pérfida o viperina.

Satanizar

Resulta sorprendente la contradicción, al menos aparente, que podemos advertir en la frecuencia con la que usamos en nuestras conversaciones el verbo «satanizar», en unos tiempos en los que casi ha desaparecido del vocabulario eclesiástico el nombre «Satanás». ¿Han observado ustedes que, frente a lo que ocurría en la primera mitad de nuestro siglo, en los sermones, en las homilías y en las pláticas, los predicadores rara vez mencionan al demonio, el infierno, el purgatorio o el limbo, y escasamente hablan del cielo, de los ángeles o de los arcángeles? En los discursos de los políticos, por el contrario, el uso de los verbos «satanizar» y «demonizar» es notablemente frecuente.

Es probable que no todos conozcan que la palabra «satán», de origen hebreo, significa el enemigo irreconciliable, el adversario peligroso, el rival temible. En latín, Satanás es la personificación del mal, de la mentira y de la trampa; el Demonio es el espíritu maléfico; el Diablo, el calumniador; Lucifer, la Luz bella, el Ángel caído, el Príncipe de la tinieblas y Belcebú es el Tentador.

En la literatura de tradición popular —leyendas, cuentos y romances—, el diablo aparecía en la naturaleza agitada, en las tempestades, en los terremotos, en los aludes que caían hacia el valle con estruendo, en los árboles que se rompían, en el salto imponente de las olas. Se presentaba como perro rabioso, como gato negro, como cuervo y como buitre. En ocasiones lo pintaban bajo la figura humana con pie de macho cabrío y sobre una nube fétida. A veces iba vestido de negro y tenía una figura delgada, otras veces daba vueltas como una bola de barro. Podía volar y

entrar por la chimenea. Personificaba todo lo invertido, desordenado, descompuesto, destrozado o corrupto.

Cuando un político afirma que su adversario «sataniza» o «demoniza» sus propuestas, sus ideas o sus comportamientos, denuncia que intente dotar de maldad extrema unas acciones que son buenas o inocuas; se queja de que su rival juzgue como perversas unas actividades que son justas y razonables.

Secreto

Para comprender el significado exacto de la palabra «secreto» — como nos recuerda José María Jiménez Cano — nos resulta útil recordar que procede de los verbos latinos *secernere* y *cernere* — que en castellano evolucionaron a «cerner» y a «discernir» — y que significan separar, aislar, distinguir, mirar y comprender. Dichos verbos latinos están en la raíz de otros muchos vocablos españoles aparentemente muy alejados en sus significaciones actuales como, por ejemplo, «decreto» — es una decisión oficial que tiene fuerza para obligar —, «excremento» — la materia orgánica que eliminan los cuerpos vivos —, «secreción» — el producto que se segrega o separa —.

Un «secreto» es una información que se mantiene oculta o reservada; es un suceso que, para defenderlo, no se ha hecho público, que no ha sido divulgado y que, por lo tanto, sólo es conocido por un número reducido de personas. El «secreto» es una de las armas humanas — y a veces animal — de defensa o de ataque. Ocultar es un procedimiento eficaz para preservarse de los ataques de los adversarios; es un recurso para salvar la integridad del cuerpo o del espíritu, y para librarse de males; pero puede ser también una munición que se almacena en la recámara para lanzarla en el momento en el que el blanco esté situado al alcance. El «secreto» — que más que en guardar, consiste en resguardar — es, además, un recurso que sirve para dotar de cierto aliciente al objeto escondido; le proporciona un hálito de misterio y estimula el interés por su descubrimiento. Tradicionalmente las distintas civilizaciones han institucionalizado la función de «secretario», un oficio dotado de poderes, de competencias y de tareas

diferentes. En la actualidad distinguimos el «secretario general» de los organismos públicos, responsables de levantar actas, de custodiar documentos y de dar fe de sus contenidos, y el «secretario particular» de un personaje, que es la persona auxiliar que le ayuda, le organiza la agenda, le escribe las cartas, le ordena y le archiva los documentos, le atiende y le filtra las llamadas telefónicas y las visitas. En la Edad Media, esta función era más importante y más delicada: recordemos que los reyes no siempre sabían leer ni escribir.

Llamamos «discreción» a la buena administración de la información. Es la virtud, la difícil y la escasa habilidad de dar a conocer todo y sólo lo que en una determinada situación podemos o debemos transmitir. El «secretismo», por el contrario, es el vicio —la tacañería y la avaricia— del que acumula sin gastar. Es una manifestación de desconfianza, una señal de egoísmo y una prueba de inseguridad. La información —igual que el dinero— beneficia al que la administra con acierto, al que la transmite en el momento oportuno, al que la hace pública en el lugar adecuado y al que la proporciona a las personas apropiadas. No se trata, por lo tanto, de gastar sino de emplear adecuadamente los recursos, de invertir para aportar bienes y para lograr beneficios. Los valores son siempre escasos, y hemos de tener conciencia de que desperdiciarlos constituye una pérdida y una injusticia. Pero no olvidemos que los lazos de amistad se estrechan compartiendo los secretos.

Sectas

Los seres humanos —y, en cierta medida, los animales— nos agruparnos para satisfacer nuestras necesidades más perentorias, para defendernos, para afianzar nuestro dominio y para afirmar nuestra peculiar manera de entender la existencia. Pero, a veces, tendemos a la «involución natural»: al regreso a la tribu, al clan, a la horda y a la secta. Con independencia de los estatutos originales que definen la peculiar naturaleza de las organizaciones es frecuente que, progresivamente, tiendan a la progresiva unión ideológica —racional y afectiva— de sus miembros y a la uniformidad de las expresiones públicas. Fíjense cómo, no sólo piensan y actúan de la misma manera, sino que también hablan, gesticulan y se visten de forma casi idéntica.

A veces, sentado en un bar, juego a acertar la asociación a la que pertenecen los viandantes. A pesar de la fuerza homogeneizadora de los grandes almacenes y de la atracción mimética que ejercen los personajes de la televisión, es fácil deducir que aquel señor de bigotito y que sesea, está próximo al PP, el otro de pelo corto y pronunciación ceceante, es simpatizante del PSOE y el que va vestido con traje de sastre, con puño doble en la camisa y gesticula de esa manera peculiar, es miembro del Opus Dei. Los hábitos externos revelan y refuerzan las actitudes internas y configuran la mentalidad, la manera de ver, de oír, de oler, de gustar y de tocar; la misma forma de sentir, amar y odiar y, por supuesto, idéntico modo de pensar. Es verdad que la identidad y la eficacia del grupo se fortalecen mediante la adhesión incondicional a su doctrina y mediante la identificación con el jefe, con el patrono o con el líder, pero siempre que el precio no sea la despersonifi-

cación de los adeptos y la anulación de los adictos. El exceso de unidad interna y de uniformidad externa engendra un espíritu y un cuerpo «sectarios». Recordemos que la secta (*secare* significa cortar) no sólo separa del mundo sino que también amputa al ser humano su propiedad más característica, el «libre albedrío».

Seminario

La palabra «seminario» ha tenido, durante la historia de nuestra lengua y en los diversos ámbitos de usos actuales, diferentes significados. Hoy, por ejemplo, iniciamos un «Seminario sobre la recepción de los discursos oratorios». En este contexto universitario en el que la usamos, la palabra «seminario» se refiere a una reunión científica de especialistas en la que presentamos y debatimos las conclusiones a las que hemos llegado, tras análisis detenidos de textos, y, después de someter a pruebas nuestras hipótesis, nuestras propuestas y nuestras conjeturas sobre un asunto común como, por ejemplo, la interpretación y la valoración que los oyentes hacen de los mensajes que lanzan los comunicadores. El «seminario» científico, por lo tanto, no se diferencia del «congreso» y del «simposio» por el rigor de los estudios, sino por el número menor de participantes y, sobre todo, por el menor nivel de solemnidad.

Pero, si empleamos este mismo término —«seminario»— en el ámbito eclesiástico, nos estamos refiriendo al centro de estudios en el que se preparan los alumnos para el ejercicio del sacerdocio. Recordemos que los seminarios se instituyeron en España desde muy antiguo. Ya el Concilio II de Toledo, celebrado el año 527, —el mismo que decidió que ningún clérigo desde el rango de subdiácono, podía vivir con una mujer fuera ésta libre, esclava o manumitida— dispuso en el canon primero que «los jóvenes destinados por los padres desde su infancia para el clericaliato, sean instruidos por un prepósito en la 'casa de la Iglesia' —*domus Ecclesiae*—, bajo la vigilancia del prelado, y que, cuando hubieren cumplido los dieciocho años, debían ser examinados por el obis-

po, en presencia de todo el clero y del pueblo cristiano, acerca de su vocación al matrimonio o al sacerdocio: en este último caso, se les admitiría al subdiaconado a los que hubieran cumplido veinte años de edad y, si a los veinticinco años seguían castos, entonces serían ordenados diáconos y, posteriormente, presbíteros, si el Obispo los consideraba aptos».

En el siglo XVIII se crearon «Seminarios sacerdotales» para ofrecer ejercicios espirituales, y «Seminarios de corrección» para reducir a penitencia a los clérigos díscolos o relajados, para infundirles la doctrina y la piedad de que se hallan destituidos y para reconducirlos a los caminos de la virtud y de su vocación. No olvidemos que la Iglesia tenía, ya en el siglo IV, cárceles o «decánicas» para castigar a los clérigos criminales, aunque lo más frecuente era recluirlos en monasterios.

Otras acepciones —ya «pasadas de moda»— de esta palabra es «el lugar en el que se crían las plantas jóvenes para trasplantarlas y el «recipiente en el que se guarda el semen». Recordemos que el origen de la palabra «seminario» es «semen» —secreción del sexo masculino para la reproducción—. Es una voz de la que proceden, también, «semilla» —parte del fruto que contiene el germen de una nueva planta—, «semental» —animal macho destinado a la reproducción—, «sementera» —semilla sembrada— y «diseminar» —esparcir las semillas—.

Septiembre

Septiembre —el noveno mes del calendario actual— era el séptimo de año romano que, como ya dijimos, comenzaba en marzo. Su nombre deriva, por lo tanto, de *septem* —siete— que es la misma raíz de otras palabras muy usadas como, por ejemplo, «semana» —unidad de siete días— «septentrión» —norte, polo ártico o región que la rodea— y «septentrional» —del latín *septentriones*, las siete estrellas de la Osa Menor—.

Este mes estaba puesto en Roma bajo la protección de Vulcano —Hefestos para los griegos— era el dios del fuego, el que ordena los incendios y, por lo tanto, puede preservar de ellos. Ausonio lo representa mediante la figura de un hombre que tiene un lagarto y que está rodeado de cubas, de toneles y de racimo de uvas, por dar comienzo en este mes las vendimias.

Como ocurre con los meses que le siguen —octubre, noviembre y diciembre— su nombre no coincide con el lugar que ocupa en el calendario. Varios emperadores romanos, siguiendo el ejemplo de Augusto, que cambió el nombre «*sextilis*», del sexto mes del calendario, por el de *Augustus* —«agosto en castellano»— intentaron sustituir sin éxito el nombre de septiembre por otros más apropiados.

El día de las calendas se rendía homenaje a Júpiter en su templo del Capitolio, dedicado el año 732 de Roma por Augusto, a fin de obtener un invierno benigno. Este dios era el ser supremo que, en la Mitología griega se denomina Zeus. Sus sobrenombres eran «Fulgur», «Fulminans» y Tomnante» y sus atributos el trueno y el relámpago. Era el dios del cielo, de la luz, del aire, de los vientos y de la lluvia; el padre que domina el firmamento y go-

bierna la tierra. El día 5 (nonas) comenzaban los grandes juegos romanos de antiquísima tradición.

La Vendimia es la Fiesta Popular y un rito por excelencia. Va mucho más allá de un hecho económico, es el fin de una etapa de laboreo en la viña. La Fiesta de la Vendimia moviliza en esta ciudad a miles de personas. Es una verdadera convocatoria para recordar y homenajear a nuestros antepasados y a quienes durante todo el año trabajan.

El acto principal de la Fiesta de la Vendimia es la Bendición de los Frutos, rito con el que se celebra la recolección de la uva, fundamental actividad económica agrícola de la región. Los actos adquieren particular relevancia por la amplia participación popular, que trasciende las fronteras del país.

En este mes, en el que se inicia la estación del otoño, se caen las hojas y la naturaleza entra en una especie de letargo, es, paradójicamente, el que marca el comienzo real del año, la época en la que se renuevan los buenos propósitos, el de la vuelta al cole— se reanuda el curso escolar tras sufrir los exámenes de las asignaturas que no se aprobaron en el mes de julio.

Siesta

La «siesta», esa palabra y esa práctica que —sobre todo, en esta época estival— gozan de tan considerable aprecio, poseen unas indudables reminiscencias romanas e, incluso, ciertas resonancias eclesiásticas. El origen de este término es latino y la procedencia de esta costumbre es romana. Proviene de la división horaria del día durante la dominación romana. En la hora sexta se abría un paréntesis de descanso para, tras recuperar las fuerzas, proseguir las tareas o las diversiones principalmente en los larguísimos días del verano mediterráneo.

Como me ha contado Luis Charlo, la jornada se extendía desde la salida hasta la puesta del sol. Todo este tiempo de luz natural —que, como es sabido cambia a lo largo del año— se dividía en doce horas que, por lo tanto, tenían una duración diferente según las estaciones. No estaban compuestas de sesenta minutos como en la actualidad, ya que los primeros relojes mecánicos se construyeron hacia el año 1400. Las horas del verano, por lo tanto, eran las más largas y las del invierno las más cortas. Llevaban el nombre de los sucesivos números ordinales —«prima», «secunda», «tertia»...— y sólo era fijo el «mediodía» —meridies—, que tenía su lugar entre la hora sexta y la séptima. La noche se alargaba desde la puesta del sol hasta su salida y se dividía en cuatro «vigilias», cuya duración era igualmente variable según las estaciones del año. Pero la «media noche» era fija, entre la segunda y la tercera vigilia.

Esta división se ha mantenido en las partes integrantes del Oficio Divino, la plegaria litúrgica por excelencia y la oración oficial de la Iglesia. Las horas canónicas se dividen en mayores

—Maitines, Laudes y Visperas— y en menores —Prima, Tercia, Sexta, Nona y Completas—. La hora sexta —la «siesta»— era en Roma y sigue siendo en Andalucía el tiempo «sagrado» del descanso pospandrial, la pausa saludable dedicada a la digestión tranquila, el hiato reconfortante consagrado al reposo, a la simple cabezada en el butacón o al reparador sueño a piernas sueltas en la cama.

Sofisticado

Más de la mitad de los trajes de novia que Mar Flores presentó hace unos días en un programa televisivo eran, según ella, «sofisticados». Todos entendimos, naturalmente, que eran artificiosos, que estaban decorados con abundantes adornos, con ricos bordados y con complicados encajes. En el desfile de las modelos pudimos comprobar que estaban recargados con múltiples accesorios como, por ejemplo, plumas de avestruz, hilos de oro o, incluso, con perlas y diamantes.

Es posible que algunos telespectadores relacionaran esta palabra tan repetida por los presentadores y críticos con otro vocablo procedente de la misma raíz pero con un significado actual negativo. Me refiero a «sofisma», un término muy empleado en la Dialéctica política, que significa «argucia o argumento aparente con el que el orador pretende defender una tesis falsa». Este concepto peyorativo y despectivo de los «sofistas» —que tiene su origen en las doctrinas platónicas según las cuales sólo se alcanza la verdad por medio de la luz de la razón— es, a mi juicio, inexacto, arbitrario e injusto. Es cierto que algunos sofistas, por el abuso de los procedimientos efectistas y de los artificios decorativos, fueron considerados como charlatanes y embaucadores, pero también es verdad que los más importantes como Gorgias de Leontino (485 - 380 a. C.) o como Isócrates (436 - 338 a. C.), gozaron de gran renombre por la integridad moral de sus costumbres, por el rigor de sus razonamientos y, sobre todo, por la coherencia ética. La peculiaridad de sus doctrinas estribaba en sus dudas sobre la omnipotencia de la razón. Además de las abstracciones de la Ciencia y de la Filosofía, los sofistas proponían las verdades del

sentido común y reivindicaban la importancia de las opiniones. Un hombre educado —afirmaban— es el que, gracias a un juicio recto y firme, es dueño de sí mismo, trata con cortesía y con justicia a los demás, nunca pierde el control de sí mismo en medio de los placeres o de las desgracias; es el que no se vuelve arrogante con el éxito.

Solidario

Algunos escritores, haciendo el doble juego poético de la paronomasia y de la paradoja, relacionan esta palabra —«solidario»—, tan de moda en los discursos políticos, con otra —solitario— de significante parecido y de significado opuesto. Por eso, quizás, algunos lectores piensan que ambos términos poseen una misma raíz etimológica: «solo».

Para usar de forma correcta y para interpretar de forma adecuada este adjetivo, que ha llegado a constituir un «emblema» de las ideologías de izquierda, hemos de recordar que procede de la voz latina «*solidum*», uno de los tres estados físicos de la materia.

Una sociedad solidaria, como los cuerpos «sólidos» frente a los líquidos y a los gaseosos, se caracteriza por tres propiedades fundamentales: primero por la singular adherencia con la que se unen sus miembros; sus partes se nos presentan unidas, juntas, asociadas, formando un solo objeto. Su unidad, por lo tanto, está asegurada por la conexión íntima de los elementos distintos. En segundo lugar, el grupo solidario se define por su notable consistencia y por su considerable dureza, por la resistencia que oponen a ser divididos, rotos o deformados: son fuertes y resistentes. En tercer lugar, la sociedad solidaria se distingue por la persistencia en su forma externa: mantiene su figura, su organización y su aspecto.

Pero, en nuestra opinión, el rasgo que fundamenta el éxito de esta metáfora, es la fuerza de cohesión que hace que los miembros de la sociedad —igual que las moléculas— se aproximen entre sí, sin que ninguno de ellos se funda o se confunda con los otros. Fíjense lo difícil que resulta comprimir los cuerpos sólidos.

La solidaridad es, por lo tanto, la expresión afectiva y efectiva de nuestra condición sociable; es la fuerza aglutinante que logra que el individuo sea una persona equilibrada y que la sociedad sea un cuerpo compensado. La solidaridad —igual que la solidez— constituye la condición de la felicidad personal y la garantía del bienestar social.

Subliminal

Leer, como ya hemos indicado en alguna ocasión, no es sólo descifrar el significado que los diccionarios asignan a cada palabra de un texto. Leer es interpretar los diversos sentidos que las frases encierran y los distintos mensajes que transmiten. Podemos afirmar que un escrito, un discurso o una imagen, no sólo dicen más de lo que significa cada una de sus palabras, sino que, además, el lector recibe, no siempre de manera consciente, mayores estímulos de los que, a primera vista, nos parece. Podemos llegar a la conclusión, por lo tanto, de que, mientras que no seamos capaces de identificar todos esos sentidos y todos esos estímulos, no habremos aprendido a leer correctamente.

Esta afirmación es especialmente aplicable a la lectura de los mensajes publicitarios «subliminales». Esta palabra deriva del latín y, etimológicamente, significa «lo que está por debajo del umbral». En psicología designa los procesos psíquicos inconscientes, es decir, los que actúan por debajo del umbral de la consciencia y que, aunque el sujeto no se dé cuenta, ejercen una considerable influencia en su conducta.

En el ámbito de la literatura, por ejemplo, un escritor se puede valer de su dominio de la sintaxis para crear una atmósfera de sensualidad repitiendo, no ya palabras con significados sensuales, sino sólo determinadas estructuras gramaticales. Algunos críticos lo han advertido en la obra de Marcel Proust titulada *En busca del tiempo perdido*.

Las fotografías publicitarias nos ofrecen unas ilustraciones aún más claras. Algunas de ellas presentan, por ejemplo, siluetas femeninas camufladas en los anuncios de whisky o de automóviles,

productos destinados a compradores mayoritariamente masculinos. En estos casos, no se trata de representar una mujer dotada de sensibilidad, de sentimientos y de ideas, sino de un cuerpo pasivo, insinuante, melancólico, cariñoso o seductor. Ese cuerpo, despiezado la mayoría de las veces, puede servir como reclamo de cualquier tipo de producto. No es ella lo que se exhibe, sino su cuerpo, como mero soporte de instrumentos mecánicos, de bebidas alcohólicas o de viajes fantásticos, que aumentan su aliciente por estar asociados a cualquier parte del cuerpo femenino. Cuanto más erótica sea la zona elegida, más vendible será el producto objeto de la publicidad.

S Hemos de advertir, sin embargo, que existe una notable diferencia entre las imágenes fijas y las que están dotadas de movimiento. Mientras que incluso los destinatarios no especialistas —si prestamos atención— podríamos descubrir el elemento subliminal en las imágenes plasmadas en una fotografía, nos resultaría, sin embargo, sumamente difícil descubrirlos en los mensajes transmitidos en soportes audiovisuales: en este caso, tendríamos que examinar detenidamente cada uno de los fotogramas. La mayoría de los especialistas —Fuhrer y Eriksen, por ejemplo— está de acuerdo en que la capacidad de acción de la imagen en movimiento, sea en el cine o en la televisión, supera la capacidad crítica del espectador porque —dicen— la resistencia racional del sujeto se fractura, se abre, por así decirlo, y la imagen llega sin control crítico a los instintos y los estimula sin que ni siquiera lo advirtamos.

Suerte

La palabra «suerte», tan usada en los días prenaideños, posee un significado con ingredientes religiosos y agnósticos, cristianos y míticos. Este vocablo está relacionado con otros de sentidos muy próximos como, por ejemplo, «providencia», «sino», «casualidad», «buena estrella», «ventura», «fortuna», «azar» o «fatalidad». La palabra «suerte» proviene del término latino *sors* que designaba en Roma a una tablilla de madera que servía, tanto para responder a las preguntas formuladas a los oráculos, como para distribuir al azar las magistraturas. Esta palabra, *sors*, tiene su origen en el verbo *sero* que quiere decir «sembrar», de donde provienen «semilla», «semen» y «sema», que son los gérmenes, respectivamente, de los objetos, de los sujetos y de los mensajes. «Suerte» es la raíz y la base de otros vocablos también muy empleados en la vida social y económica actual como «consorte», que significa relación de intercambio de sujetos, «consorcio», intercambio de objeto y «sortilegio», en el intercambio de mensajes.

Las «suertes» era un género de adivinación entre los antiguos. Se consultaban las «suertes» en los templos por medio de dados en los que estaban grabados unas palabras cuya explicación se hallaba por medio de tablas compuestas a propósito. Se ofrecían, en primer lugar, sacrificios a los dioses y, después, se sacaban las «suertes». Fueron célebres las «suertes» de Dodona en Grecia y las de Preneste y de Actium en Roma. También se sacaban «suertes» de las obras de algunos célebres poetas como Homero, Eurípides y Virgilio: se abría uno de sus libros por cualquier página y se interpretaba el primer verso como un oráculo. En la Edad Media —y a pesar de que varios Concilios condenaron

esta práctica supersticiosa— algunos creyentes mantuvieron esta misma costumbre conocida bajo denominación de «las suertes de los santos»: tras una preparación mediante ayunos y oraciones, el sacerdote abría uno de los libros de la Biblia colocado sobre la mesa de altar y leía un pasaje considerado e interpretando su contenido como si fuera una profecía.

Superstición

Son abundantes los columnistas a quienes les sorprende la contradicción actual entre el aumento de la credulidad y la elevación del número de «supersticiones», por una lado, y la disminución de creencias y el decaimiento de la religiosidad, por otro. Diversos comentaristas expresan su desconcierto al comprobar cómo algunos hombres y mujeres, aunque se declaran explícitamente ateos o agnósticos, exhiben —ufanos— amuletos, talismanes, fetiches e, incluso, ídolos; no creen en Dios, pero se fían de los agüeros, de los augurios, de profecías, de las magias y de las adivinaciones. Los sociólogos coinciden en que, a veces, la decadencia de la religión influye en el auge de las prácticas supersticiosas.

Hemos de advertir que esta palabra no siempre ha tenido el mismo significado. En la actualidad llamamos «superstición» a la creencia extraña a la fe religiosa y relativa a causas o a efectos sobrenaturales. Los teólogos y los moralistas católicos hacen derivar este término de los latinos *super* —sobre— y *statuere* —establecer— y la definen como «un vicio del que ofrece culto divino a quien no se debe o a quien se debe, pero de un modo indebido».

Para los gentiles, sin embargo, la «superstición» constituía una gran virtud. Cicerón, por ejemplo, en su obra titulada *Sobre la naturaleza de los dioses*, afirmaba que «los que pasaban todo el día en plegarias y en sacrificios para conseguir que sus hijos les sobreviviesen, fueron llamados supersticiosos». Apoyándose en estas declaraciones, algunos autores defienden que la palabra procede de *super* —sobre— y *stare* —estar— y que, por lo tanto, quiere decir «temor a los dioses, respeto hacia su patrocinio». Según

Lactancio, se llamaban «supersticiosos» a los «sobrevivientes» que honraban en extremo la memoria de los difuntos, o a quienes daban culto a los retratos de sus parientes, a las imágenes que de ellos sobrevivían o guardaban en casa». Para los cristianos, por el contrario, siguiendo las palabras del apóstol Santiago, «la Religión pura y sin tacha a los ojos de Dios Padre es ésta: mirar por los huérfanos y por las viudas en sus apuros, y no dejarse contaminar por el mundo».

Talante

Durante las dos últimas semanas, tanto los críticos periodísticos como los lectores repiten, de manera insistente, la palabra «talante». Todos expresan sus esperanzas de que el «talante» de José Luis Rodríguez Zapatero contribuya, de manera eficaz, a crear una atmósfera política propicia y un clima de diálogo adecuado para estimular el debate sereno entre los partidos, para discutir de manera civilizada las mejoras laborales con los sindicatos, para alcanzar acuerdos económicos con los empresarios y para firmar el pacto social con los trabajadores.

A las insistentes preguntas que me han formulado varios los lectores sobre el significado de la palabra «talante» y sobre su relación con el otro término de pronunciación parecida —«talento»— hemos de responder que los respectivos significados, aunque en la actualidad están distanciados, poseen un origen común y unos recorridos históricos muy relacionados entre sí.

«Talento» y «talante» proceden de la palabra latina *talentum* que era el nombre con el que se designaba una moneda. Pero, mientras «talento» pasó a significar dotes intelectuales, entendimiento racional, habilidad especulativa para el análisis y para la reflexión e, incluso, destreza en un determinado arte —como, por ejemplo, «talento pictórico, teatral, cinematográfico o poético»—, «talante» nos sirve para referirnos a cualidades o, incluso, a defectos de naturaleza psicológica como, por ejemplo, «talante abierto o cerrado, dialogante o dogmático, machista o feminista».

En la actualidad, el «talante» abierto, comprensivo, tolerante, paciente, colaborador, franco, servicial y, en resumen, positivo, constituye un valor humano y profesional que goza de notable

aprecio. Por esta razón, las entrevistas psicológicas destinadas a calibrar las aptitudes de los candidatos a un puesto de trabajo se están generalizando como un instrumento imprescindible de evaluación en el ámbito de las empresas privadas y de las instituciones públicas. A la hora de efectuar una selección acertada, además de medir el nivel de preparación teórica y práctica, es necesario conocer de antemano las cualidades que son necesarias para establecer el encuentro, el diálogo y la comunicación entre los miembros de un grupo de trabajo y, sobre todo, para atender al público. Como ha puesto de manifiesto el Catedrático de Psiquiatría, el doctor José Manuel González Infante, «los títulos académicos no proporcionan por sí solos una garantía de acierto en el trato con los clientes ni, sobre todo, en la toma de decisiones cuando nos enfrentamos con situaciones de riesgo, de inseguridad y de incertidumbre».

Aunque Felipe González, en el mes de febrero del año pasado, expresaba sus temores de que, precisamente, el «talante» del nuevo líder del PSOE podía llegar a no tener «premio», José Luis Rodríguez Zapatero, con su sorprendente victoria en las elecciones generales del mes de marzo, ha demostrado lo contrario. En una reciente entrevista radiofónica acaba de afirmar, con su voz clara, tranquila y reposada, que se comprometía para que, «en la política española, se abriera un tiempo nuevo, en el que sea posible hablar, discutir y actuar, con un talante, con unas formas y con un espíritu de respeto, que propicie la convivencia, la colaboración y la distensión en la vida pública».

Tecnicismos

En la actualidad, el uso de «tecnicismos» está alcanzando un considerable prestigio social. Nos referimos a esas palabras que, derivadas directamente del latín o del griego, poseen un sentido concreto y determinado en el ámbito del lenguaje científico, técnico o artístico. El término técnico, que, por ser preciso, constituye una definición exacta, y, por ser unívoco, tiene un solo significado, es un instrumento útil para analizar los objetos complicados y para describir fenómenos complejos: es una herramienta cómoda y «económica» que usan los especialistas para comunicarse entre sí.

Pero estos expertos han de ser conscientes de que, cuando, con ánimo de comunicarse, se dirigen a interlocutores «profanos», a los oyentes que están fuera de su círculo profesional, han de traducir la jerga técnica en términos fácilmente comprensibles. «Hay que ver —me dice Antonio Sánchez Heredia— el trabajito que le cuesta a algunos de mis colegas decir «dolor de cabeza», en vez de «cefalalgia» o «cardenal», en vez de un «hematoma»; yo creo que emplean estos tecnicismos por flojera o por darse postín».

Pero mucho más ridículo, a mi juicio, resulta el afán que, en la actualidad se está contagiando entre los que no somos «especialistas» de usar «tecnicismos» en reseñas periodísticas y, no digamos, en las tertulias radiofónicas en las que todos hablan, a la vez, de todo lo divino y de todo lo humano. Si analizamos detenidamente las crónicas jurídicas, económicas, literarias, musicales, religiosas, pictóricas e, incluso, políticas, podemos pasar un rato distraído comprobando la cantidad de tonterías que nos dicen, simplemente, por usar unas palabras cuyos significados desconocen tanto los hablantes como los oyentes.

Este afán de presumir empleando palabras «raras» lo observamos también en otra moda de la que todos nos estamos contagiando. Me refiero a la afición —que no incorrección pero sí cursilería— por usar el nombre de la ciencia, en vez de la materia de la que trata. Veamos algunos ejemplos muy frecuentes. En las referencias sobre el tiempo meteorológico, se repite con cierta fruición: Intensas lluvias se extienden por toda la «geografía» española, en vez de decir, intensas lluvias se extienden por todo el «territorio» español; o, incluso, mañana iremos de excursión si la «climatología» es favorable, en vez de decir, simplemente, si el «clima» es favorable. Paco tiene una «psicología» peculiar, en vez de afirmar que este señor posee un «temperamento» inconfundible.

Lo malo es cuando ese prurito de presumir de culto nos lleva a confundir palabras que poseen significados diferentes como, por ejemplo, «gramática» y «lingüística», «fonética» y «fonología», «semántica» y «semiótica» o, incluso, «psicología» y «antropología». Ahora mismo, la profesora María Isabel López Martínez me comenta que, en la fachada de un establecimiento situado a la entrada de su pueblo, figura el siguiente cartel: «Embutidos Pérez, pseudónimo de calidad». No nos extraña tal confusión cuando ayer mismo pudimos leer en la prensa que «las autoridades están dispuestas a luchar contra la criminología», o sea, contra la ciencia que estudia los crímenes.

Ternura

En la actualidad, la palabra «ternura» pertenece al ámbito de los sentimientos y designa una peculiar capacidad emotiva para captar y para expresar las relaciones interpersonales que están dotadas de un delicado afecto. Como es fácil de suponer, es una imagen metafórica —una materialización— que tiene su fundamento en la cualidad de los objetos que son suaves y blandos al tacto.

Si, al referimos a la ternura, nos situamos en el mundo adulto masculino, corremos el riesgo de, al menos, exponernos a múltiples malentendidos y que la identifiquemos con una exhibición de buenos sentimientos o que la reduzcamos a un certificado de vulnerabilidad frente a los otros. Con frecuencia solemos restringirla —o guarecerla— al ámbito familiar y, más concretamente, a las relaciones materno-infantiles, sin tener en cuenta que es aquí precisamente donde, según las estadísticas, también se la aplasta a diario.

Pero hemos de declarar con toda la claridad posible que la ternura no es una «virtud» infantil ni femenina, no es una cuestión de género sino, como afirma Carlos Restrepo, «un paradigma de convivencia que debe ser ganado en el terreno de lo amoroso, de lo social, de lo productivo y de lo político». Recordemos que ya Bergson insistía en la relevancia de los sentimientos como generadores de ideas, y tal vez ahí esté la clave de que casi todas las culturas enseñen a amordazar las emociones desde la infancia.

En la actualidad, sin embargo, asistimos a un despliegue de teorías de los sentimientos que incitan a explorarlos a la luz de las nuevas ciencias cognitivas. Fíjense, por ejemplo, en el éxito

que han obtenido los libros de Daniel Goleman —*La inteligencia emocional*— y de José Antonio Marina —*El laberinto emocional* o «*Teoría de la inteligencia creadora*»—.

En nuestra opinión, la ternura constituye una verdadera terapia personal en un mundo devorado por la prisa, por la brusquedad, por el atolondramiento, en un modelo de vida que nos impide detenernos en una mirada o concentrarnos en una caricia, gestos que se nos escapan por no tener tiempo para entender que, en ellos y no en otras actividades más urgentes, es donde reside la verdadera vida humana. Pero a condición de que aprendamos el arte de la caricia y no lo confundamos con un vacío roce de la epidermis ni, menos, con ese gesto violento y arrogante de agarrar que, la mayoría de las veces, es una manera sutil de ejercer la violencia.

Pensamos que todos los seres humanos y sobre todo los hombres, deberíamos esforzarnos por depositar en todos los ámbitos de nuestras actividades unas dosis crecientes de ternura. Como afirma el profesor Ángel Gabilondo en su libro *Trazos del eros*, «la ternura, la amistad, la fidelidad, la camaradería, el compañerismo pueden propiciar alianzas, nudos de líneas de fuerza imprevistas en los que los individuos comiencen a amarse». La ternura, no lo dudemos, más que un rasgo femenino, es un valor humano.

Tertulia

¿Cómo se debe decir, «tertuliano» o «contertulio»? Es probable que usted se haya formulado esta misma pregunta que me repiten con insistencia muchos lectores. Las dos palabras son correctas y las dos han sido usadas en textos acreditados desde, al menos, el siglo XVII. Hemos de advertir, sin embargo, que, según la opinión más generalizada, «tertuliano» no es un derivado de «tertulia», sino todo lo contrario: la palabra originaria es la primera: «tertulia» es la reunión de «tertulianos».

Aunque los diccionarios etimológicos más autorizados reconocen que el origen de esta palabra es desconocido, la mayoría de los autores coincide en aventurar una hipótesis altamente probable. En la actualidad, como es sabido, posee dos significados que están estrechamente relacionados: «cierta parte del teatro» y «reunión de gente para discutir o para conversar». Es verosímil que se diera el nombre de «tertulianos» a los espectadores más cultos que, para mostrar sus conocimientos eruditos, solían citar a Tertuliano en los sermones y en los cenáculos del siglo XVII, y que de ahí se extrajera «tertulia» como nombre de la parte del teatro donde se sentaban estos espectadores o como designación de los cenáculos frecuentados por los eruditos.

El nombre de «tertulia» aparece hacia la mitad del siglo XVII y, desde entonces, se usa frecuentemente en las obras teatrales. Así se llamaban los palcos del piso alto, que antes habían llevado el nombre de «desvanes», y en los cuales se sentaba, sobre todo, el público educado o la gente de Iglesia. Entonces estaba de moda estudiar a Tertuliano y los sacerdotes, en particular, tenían la costumbre de adornar sus sermones con citas de sus obras, por

lo cual se les dio humorísticamente el nombre de «tertuliantes», y al lugar donde se reunían el de «tertulia». De estos palcos salían los dictámenes a los que el autor de la obra, los actores de la representación y el público asistente reconocían mayor solvencia ya que procedían de «hombres entendidos».

Otros autores, como por ejemplo, Marcel Bataillon, prefieren derivar esta denominación del apellido latino (*nomen* en latín) de Cicerón, «Tulio». Apoyándose en un texto escrito en 1695 por el padre Diego Calleja, interpreta que, con esta palabra, se aludía a los pedantes eruditos que, sin haber pasado por los cursos de las Facultades, se reunían para hablar «ex cátedra» de todo lo divino y humano. Según esta propuesta, la palabra «con-tertulio», es una voz que, compuesta de la preposición «con», del numeral *ter* (tres) y del apellido Tullius, significa «reunión de tres Cicerones».

Me permito opinar que deberíamos reservar la denominación «contertulio» para los integrantes de las tertulias tradicionales de café y la de «tertuliano» para los miembros de las actuales tertulias radiofónicas. En las primeras los «contertulios» conversan de manera sosegada entre ellos y para ellos; en las segundas, los «tertulianos» dirigen sus apasionadas discusiones a los pacientes radioescuchas, a los distraídos oyentes o a los atentos —como dicen en la Radio Nacional— «escuchantes».

Tiovivo

La palabra «tiovivo» es uno de los ejemplos más ilustrativos de la «metonimia», una figura retórica que consiste, por ejemplo, en denominar a un objeto con el nombre de su autor: «un Goya» es un cuadro pintado por el ilustre artista aragonés. Realizamos esta misma operación lingüística cuando empleamos la palabra «tiovivo» para designar una plataforma giratoria de feria con coches, caballitos y otros animales, para diversión de los niños. Sofía Tartilán, en su libro *Costumbres populares. Cuadros de color* (Madrid, 1880) explica con tal sencillez y realismo su procedencia que hemos decidido transcribir literalmente sus palabras: «El 17 de julio de 1834 fue en Madrid un día de luto y de desolación. Más de ciento cincuenta personas habían fallecido del cólera en la noche anterior; una de las víctimas fue el infortunado Esteban Fernández, que tenía que ganarse la vida con un aparato giratorio de los llamados «caballitos», en lo que hoy se llama Paseo de las Delicias.

Muerto el buen Esteban, su familia sólo pensó en sacar de la casa el cadáver. Cuatro amigos cargados de las andas —entonces las cajas mortuorias eran un objeto de lujo vedado a los pobres— se encaminaron al cementerio. Silenciosos y taciturnos marchaban en fúnebre cortejo los que llevaban en hombros al muerto y los pocos amigos que le acompañaban en su último paseo, cuando al llegar al sitio próximamente en que estuvo el circo, el que creían cadáver, incorporándose bruscamente dentro de las andas y arrojando lejos de sí el paño negro que le cubría, empezó a gritar: —*¡Estoy vivo!*

El terror que inspiró en el fúnebre cortejo estuvo a punto de serle fatal. Los que llevaban las andas las arrojaron al suelo,

apretando a correr campo a través, como si el muerto les pisara los talones. La convalecencia fue larga; mas su fortuna estaba hecha. Desde aquel día, el tío Esteban desapareció para dar paso al «Tío Vivo»; y cuando el cólera hubo calmado su furor y volvió a pensarse en diversiones, al reaparecer en el Paseo de las Delicias el aparato de los caballitos y las barquillas de madera, los habitantes parroquianos del tío Esteban le saludaron con su nuevo nombre: lo llamaron el «Tío Vivo»; y el «Tío Vivo» se hizo célebre, se hizo popular; fue conocido en todos los rincones de la Corte; se le buscó, se le admiró como una cosa sobrenatural, y hasta hubo quien le pidió noticias del otro mundo. Todo esto empezó a disgustar al buen hombre; pero al fin se acostumbró a su confirmación, tanto más cuanto que le era lucrativo, y olvidando él mismo su verdadero nombre de pila, se oyó llamar con complacencia «Tío Vivo», legando este nombre a sus hijos y a sus descendientes. Desde entonces el aparato de diversión llamado «los caballitos» tomó el nombre de «los caballitos del Tío Vivo». Andando el tiempo se le llamó solamente «Tío Vivo». Hasta que se generalizó la denominación y la Real Academia incluyó en su Diccionario «tio vivo»: «Aparato giratorio con asientos de varias formas dispuestos en círculo, que sirve de recreo en las ferias y en las fiestas populares».

Tirabuzón

Ignoro si —como afirma la copla popular— las gaditanas se hacían realmente tirabuzones con las bombas que, durante la Guerra de la Independencia Española —1808 a 1814—, tiraban los «fanfarrones» franceses, pero sí les puedo asegurar que la palabra «tirabuzón» —rizo alargado en forma de espiral— la trajeron los franceses. Por eso decimos que es un «galicismo», palabra con la que designamos a los vocablos derivados de la lengua francesa. Recordemos que Galia es el nombre antiguo de este país vecino.

Aunque es cierto que, en todas las grandes culturas de la historia humana, la cosmética alcanzó un gran desarrollo —ya en Egipto surgen establecimientos dedicados a la especialidad de peluquería, encargados de la fabricación de ungüentos, de pelucas, de tocados y de postizos— y, aunque también es verdad que, posteriormente, tanto en Grecia y como en Roma se produjeron significativos cambios en la cosmética capilar, es en Francia y, más concretamente en París, el corazón de Europa, donde, desde el siglo XVII, se impulsa y se populariza el arte de la peluquería.

Es entonces cuando los peinados adquieren tal monumentalidad, que las damas se ven obligadas a arrodillarse para entrar en las carrozas. No debe extrañarnos porque con el cabello se mezclaban gasas, joyas, plumas, flores, frutas y hasta suntuosas maquetas de castillos y de barcos. Los cabellos blancos en la Francia cortesana de aquella época hacían furor; los hombres y las mujeres empolvaban tanto sus cabellos naturales como sus pomposas pelucas.

Los peluqueros, que se convirtieron en verdaderos artistas en la confección de las pelucas, para rizar el cabello lo enrollaban

en palos cilíndricos que, luego, sometían al calor en los hornos de las panaderías. En esta técnica se basará, siglos más tarde, la permanente en caliente. Con la llegada de Catalina de Medicis a la capital francesa, París alcanza la condición de centro europeo de la moda y, durante el siglo XVIII, en aquella sociedad amable y refinada, se suceden las diversiones —bailes, disfraces, pantomimas, conciertos, fiestas nocturnas, comedias de salón— que se imitan en el resto del continente europeo. En España se solicitan, no sólo los arquitectos, los pintores y los escultores franceses, sino también los cocineros, los sastres y los peluqueros.

A partir del primer cuarto del siglo veinte, las melenas se van reduciendo y los peinados se simplifican. Recuerden cómo el corte de pelo a lo garçon hace furor en el mundo entero; progresivamente se amplía la variedad de peinados dependiendo de los tiempos, de los espacios y de los acontecimientos en los que se luzcan; los caprichos de la moda van cambiando de manera permanente y los cabellos aumentan y disminuyen su volumen y su longitud: permanecen largos o cortos, lisos u ondulados, oscuros o claros, rojos o azules, según los gustos y los dictados de los personajes populares.

En la actualidad, este galicismo —«tirabuzón»— lo usamos en un sentido metafórico ya que es un término compuesto del verbo «tirer», que significa sacar, y del nombre «bouchon» que, en castellano, quiere decir «tapón». Literalmente, por lo tanto, la palabra francesa significa «sacacorcho».

Torticera

Más de una persona se ha sentido escandalizada tras escuchar en el Parlamento esta palabra —«torticera»—, empleada como adjetivo descalificador de la intervención de un adversario político. Es posible que el origen de semejante sorpresa desagradable resida en una errónea interpretación de dicha palabra, en un equívoco debido al desconocimiento de su verdadero sentido y a la confusión con otros términos de parecida pronunciación y de significados peyorativos. Hemos de recordar que esta palabra, aunque poco usada en la actualidad, gozaba de considerable prestigio jurídico en tiempos pasados. Es un arcaísmo que deriva de «tuerto» y significa «injusto», «contra derecho», «contra razón» o «contra justicia».

Lo encontramos muy repetido en las obras de Alfonso X El Sabio (1221-1284), aquel rey de Castilla que, aunque desacertado políticamente, fue un promotor de importantes empresas culturales, científicas y literarias. Recordemos que, bajo su dirección, un amplio y selecto equipo de sabios colaboradores —juglares, trovadores, jurisconsultos, historiadores y científicos— redactó una nutrida colección de importantes obras de diversos géneros y que, sobre todo, logró que la lengua castellana llegase a ser un vehículo de transmisión cultural. A manera de ejemplo, podemos evocar su afán por reunir en un conjunto armónico todos los aspectos de los saberes de su época.

Como ilustración del uso culto y técnico de esta palabra —«torticero»—, podemos citar el siguiente de tomado de *Las Partidas*: «...que si a sabiendas matase uno a otro torticeramente, si fuese de los mayores, que le deseen muerte». y otro extraído del *Regimiento de*

Príncipes: «...non conviene á los reyes de ser peleadores, nin torticeros». El mismo origen etimológico e idéntico significado semántico posee la palabra «tortillera» que, como es sabido, es un sinónimo vulgar de «lesbiana», y cuya manera actual de pronunciarla se debe a un proceso de etimología popular que interpreta erróneamente que procede de «tortilla».

Trepa

A este adjetivo, referido a los comportamientos humanos, le ocurre, como a otras muchas palabras —como, por ejemplo, «zorro», «pelota», «perro»—, que actualmente están de moda: que las usamos con mayor frecuencia en su significado figurado que en el sentido literal. «Tregar» es una metáfora que, como dicen los lingüistas, de tanto repetirla en nuestras conversaciones, la hemos lexicalizado. Nos olvidamos de su significado original y no advertimos que es una imagen retórica. Como dice el diccionario, si nos referimos a las plantas, «trepar» es crecer y subir agarrándose a los árboles o a otros objetos; si la aplicamos a los seres humanos, «trepar» es subir a un lugar alto valiéndose de los pies y de las manos.

Pero, cuando decimos que un señor es un «trepa», pretendemos dar a entender que está impulsado por un afán incontrolado de ascender en la escala social, profesional o política y que no repara en la dimensión ética de los medios y de los instrumentos que emplea: parte del supuesto de que el fin justifica los medios. El «trepa» sólo pretende subir escalones, promocionarse, escalar puestos. El «trepa», como la planta, desarrolla sus «garras para sujetarse a la escala que le permite «trepar»; se alimenta, no para robustecer su tronco, sino sólo para alargar su endeble tallo, por eso, cuando pierde el soporte, cae irremisiblemente a tierra y corre el riesgo de ser pisoteado.

El «trepa» es un ventajista, un aprovechado de las gangas, un oportunista que lo mismo se compra que se vende; es un maestro en las argucias; es un fullero que hace trampas en los juegos; es un timador que quebranta la lealtad y la fidelidad; es un «vivo»

que traiciona a los amigos; es un «caradura» que engaña a los compañeros; es un estafador que es infiel con los jefes y adulator con los superiores. El «trepa», de manera inevitable y fatal, cae desplomado por el peso de su incontrolada ambición, por el lastre de su insaciable codicia y por la gravitación de su ansiosa avaricia.

T

Tribunal

Es posible que algunos lectores hayan escuchado comentarios proferidos sobre la inadecuación de la palabra «tribunal», cuando los componentes que lo integran son más o menos de tres. Hace escasos días, un miembro cualificado de un «tribunal de oposiciones» me explicaba que, en la actualidad, se llaman «comisiones» porque sus integrantes ya no son tres sino cinco. Para demostrar el acierto de su análisis etimológico me ilustró con los siguientes ejemplos. Fíjate —me dijo— cómo «triángulo» significa tres ángulos, «triciclo» tres ruedas, «tricornio» tres cuernos, «tricéfalo» tres cabezas, «trimembre» tres miembros y «trinidad» tres deidades. Aunque es cierto que este ejercicio de inducción por analogía o por comparación del funcionamiento de la formación de palabras puede orientarnos en la identificación del origen de las palabras, hemos de ser cuidadosos y consultar los diccionarios con mayor frecuencia para evitar interpretaciones erróneas.

La palabra «tribunal» procede de «tribuna», que es un lugar elevado y cercado de barandillas; es una especie de púlpito desde el que los «tribunos» hablaban a la asamblea y es, también, como ocurre en el Carranza, la galería destinada a los miembros de la «tribu», a los espectadores del estadio, del circo o del teatro. El «tribuno» era el magistrado de la «tribu» y ésta, cada una de las divisiones tradicionales del pueblo romano. Esta misma palabra es el origen de otras muchas como, por ejemplo, «tributar», «tributo», «atribución», «atribuir», «contribuir», «distribuir», «contribución», «distribución», «retribución», todas ellas derivadas del latín *tribuere* que inicialmente significaba distribuir entre las «tribus» y, después, la acción de entregar cierta cantidad en dinero

T

o en especie que el vasallo hace al señor o el súbdito al Estado. En la actualidad con esta palabra designamos los impuestos, la aportación obligatoria que hacen los ciudadanos para sufragar los servicios públicos.

T

Trigo

El trigo es una planta cuyo cultivo define a algunas civilizaciones y cuyo empleo para productos alimenticios básicos caracteriza a importantes culturas. Su explotación, desde muy antiguo, se fue transformando y perfeccionando lentamente, desde el rudimentario pan cocido con agua, hasta las formas exquisitas y refinadas de la panadería moderna. El vocablo «trigo» deriva del latín *triticum* que significa quebrado, triturado, trillado; se refiere, por lo tanto, a la trilla que es la operación de triturar la mies para separar los granos de la paja.

Los registros arqueológicos sitúan el comienzo de la larga historia del cultivo del trigo en los fértiles valles del Éufrates y el Tigris, aproximadamente siete mil años antes de Cristo; allí se iniciaron las formas de convivencia consideradas como las primitivas organizaciones sociales. Posteriormente, fueron los egipcios los primeros en elaborar pan ácimo, al que llamaban «ta», hecho de trigo mezclado, probablemente, con cebada. De los griegos sabemos que, aunque no eran productores de trigo, su gusto por el pan los llevó a perfeccionar, por un lado, los molinos de trigo con los que obtuvieron un polvo más fino, la «farina», de donde proviene la palabra «harina». Por otro, aplicaron nuevos métodos en la fermentación del pan. Fue tan importante este cereal para los griegos que hasta en su mitología representaron a la diosa de la agricultura Ceres —de donde, como ya explicamos, deriva la palabra «cereal»— llevando en una mano una hoz y en la otra, un haz de espigas.

El trigo fue, sin duda, el alimento que modificó los estilos de vida y la tecnología de los pueblos que lo adoptaron; fue el susten-

to del hombre en muchas culturas y jugó un papel trascendental en diferentes ritos religiosos como, por ejemplo, la «oblea» de las eucaristías cristianas. Además, fue un incansable viajero que pronto se difundió por el Nuevo Mundo.

Ya a partir de la Edad Media, los conventos habían sido los centros productores de pan; gracias a las extensas tierras cultivadas y a sus enormes hornos, estos lugares de oración, culto, estudio y trabajo, se convirtieron también en áreas de cultivo de trigo y en nutridas panaderías abiertas, sobre todo, a los pobres, a los enfermos y a los menesterosos. Hemos de recordar que el pan fue un vehículo de evangelización, un instrumento de catequesis, el símbolo de la caridad y —repetimos— el soporte para la celebración de la eucaristía, el misterio litúrgico central de las iglesias cristianas.

En la actualidad, además de la amplia variedad de formas exquisitas que, provenientes de Francia, se incorporaron en el siglo XIX a nuestra panadería tradicional —como, por ejemplo, las baguettes y los croissants— gracias a las modernas técnicas y a los sofisticados instrumentos, tenemos a nuestra disposición una extensa serie de piezas de panes cuyos nombres nos evocan otros tiempos menos afortunados como las hogazas, las teleras, los bollos, los «cundis», los «manoletes», los molletes, las chapatas, las barras o los «chuscos».

Trofeo

La palabra «trofeo» deriva directamente del bajo latín *trophaeum*, ésta del latín clásico *tropaeum* y, finalmente, del griego *tropaion*. Con este nombre designaban a unos monumentos elevados que, contruidos con los despojos del enemigo, estaban situados en el lugar donde había empezado la derrota de éste. Si el triunfo lo habían obtenido en un combate naval, colocaban el trofeo en la punta de tierra más inmediata. En la raíz de esta palabra, sin embargo, identificamos la voz griega «tropé» que, paradójicamente, significa «retirada» y «derrota».

Primitivamente el «trofeo» se formaba atando a un tronco de árbol o suspendiendo de sus ramas unas armas pertenecientes al vencido, como lo vemos representado, por ejemplo, en monedas de la época imperial. El «tropaion» de los griegos obedecía a la costumbre tradicional según la cual el vencedor se apoderaba del botín de guerra. Pero los griegos rara vez construyeron trofeos en piedra o en bronce, como por ejemplo, el que los eleanos levantaron en el bosque sagrado de Altis, después de la victoria sobre los lacedemonios. Generalmente sólo era un signo momentáneo de gloria y, a veces, tras batirse en retirada, lo derribaban para evitar servir de mofa. Fuera del campo de batalla, los griegos conmemoraban sus triunfos y honraban a sus generales victoriosos por medio de presentes modestos, de monumentos sobrios o de inscripciones escuetas.

Pero, más tarde, los romanos convirtieron los trofeos en obras de arte de mármol o de bronce, destinadas a perpetuar el recuerdo de la victoria. Recordemos que trasladaban hasta los templos de sus ciudades, los objetos y las armas de pueblos a los que

habían vencido. Esta tradición de recoger y de exponer trofeos en espacios culturales o museos se ha mantenido prácticamente hasta nuestros días. A veces, tras una campaña victoriosa los césares organizaban grandes desfiles y mostraban los trofeos que eran, precisamente, carros con una columna central en la cual se exponían las enseñas del enemigo y, a veces, los caudillos enemigos capturados.

Los monumentos romanos perpetuaban en bajorrelieve los grandes hechos de armas de sus legiones y de sus generales. Entre ellos figuran los trofeos de armas en cuyo centro aparece, como en los griegos, un tronco de árbol cubierto con una coraza, coronado con un casco y provisto de una espada y de un escudo. A veces, colocaban también despojos de todo género y una Victoria rodeada de prisioneros encadenados que se arrastraban por el suelo. En España es célebre el trofeo de Pompeyo Magno, que lo hizo erigir en la cumbre de los Pirineos cuando terminó la guerra sertoriana con la victoria sobre el ejército de Marco Perperna y la destrucción de las heroicas ciudades de Osma y Calahorra. **T** Pepe me recuerda que esta tradición de capturar los elementos emblemáticos de otra cultura y trasladarlos al propio territorio fue, desde entonces, una constante en la historia de la humanidad. Almanzor, por ejemplo, tras conquistar Santiago, con el bronce de sus campanas, construyó unas lamparillas votivas para la mezquita de Córdoba.

En el ámbito futbolístico el término «trofeo» se ha reservado para designar las competiciones veraniegas entre las que destaca el Carranza, el «trofeo» por antonomasia para los gaditanos.

Turrón

El turrón, el postre navideño por excelencia, tuvo su origen en el Levante español. Es una masa obtenida tras la cocción de miel, de almendras tostadas y de clara de huevo. Las modalidades más conocidas son la de Alicante, que es duro y contiene almendras enteras; la de Jijona, que es blando y las almendras están molidas, y la de Cádiz, que contiene frutas glaseadas.

Sobre su origen existen numerosos documentos desde 1531. El libro *Anales y Documentos históricos sobre el turrón de Jijona* de Fernando Galiana Carbonell, cronista oficial de Jijona, afirma que antes del siglo XIV ya conocían el turrón. Según Antonio Martínez, cocinero de Felipe II, «en todas las casas de Jijona huele a miel» ya que en todas ellas se fabricaba el turrón. Lope de Vega, Tirso de Molina y Lope de Rueda, también se refieren al turrón de Alicante que se fabricaba en Jijona.

Según la tradición más difundida, su nacimiento está unido a la rebelión de Cataluña en tiempos de Felipe IV. Durante el asedio de las tropas nacionales a Barcelona, que duró quince meses, las autoridades de la capital catalana abrieron un concurso entre los proveedores de alimentos para premiar al que presentase uno que fuera capaz de no corromperse y de permanecer inalterado y comestible durante largo tiempo. Ganó el premio un confitero, apellidado Turróns, que presentó entre dos obleas una masa compacta de almendras y de miel. Es posible, sin embargo, que su origen —aunque no el nombre— se remonte a los tiempos de la dominación musulmana en el levante español. En villancicos de la primera mitad del siglo XV se mencionan ya los turrónes. Y en un poema satírico

de Jaume Roig, titulado «Lo Spill», de hacia 1460, se habla de «codonys, tornos e llepolies».

En los archivos del Consejo General de Valencia existe un documento del año 1484 en el que se ordena pagar a Jaume Doménech el importe de quince libras de «tornos blancs d'avellana». Francisco Figueras Pacheco dice que desde antiguo en algunas comarcas de la provincia de Alicante se elaboraba una mezcla sabrosísima de almendra y de miel llamada «turrón», y añade que en las *Décadas de la historia de Valencia*, de Gaspar Escolano, editadas a principios del siglo XVII, se afirma que «los turrones de Alicante y Jijona se envían a los príncipes por singular don, que echado en cajuelas, corren por Europa como cosa de grande regalo». Gabriel Miró defiende que la introducción del turrón en la Ciudad Condal data del año 1703, fecha en la que, con motivo de una epidemia, los dulceros barceloneses abrieron un concurso para premiar el dulce que pudiera conservarse por tiempo de un mes sin perder sus cualidades nutritivas. El premio lo ganó Pablo Turrons y Pedro Xercavins, que presentaron el turrón como postre nutritivo y duradero.

T El Turrón de Cádiz, ese cofre de mazapán relleno de capas de frutas glaseadas, cabello de ángel y dulce de yema de huevo, tiene su origen a mediados del siglo XX; es la versión del antiguo mazapán de Cádiz, de principios del siglo XIX, cuando se hizo pan con almendras por agotarse la harina de cereales.

Utopía

Desde el año 1516, en el que Tomás Moro (1480-1535) publicó el libro titulado *Del mejor de los Estados posibles y de la isla Utopía*, esta palabra se ha venido repitiendo a través de los siglos en todas las lenguas y se ha convertido en un lugar común o en un tópico de los discursos políticos y de los textos filosóficos. Su origen etimológico —recordemos que procede del griego *ού* (no) *τοπος* (lugar)— nos proporciona una base consistente para alcanzar su profundo significado. La *Utopía* de este humanista, político, santo y canciller de Inglaterra nos pinta un régimen social y económico basado, por ejemplo, en la obligatoriedad del trabajo y en la jornada laboral de seis horas, con el fin de que el obrero disponga de tiempo suficiente para cultivar su inteligencia. «Utopía» no significa, por lo tanto, la fuga atemorizada de este mundo, ni la escapada cobarde de la realidad, ni la huida evasiva de la tierra, ni la dimisión de la actualidad para alejarse en un paraíso irreal, sino el alejamiento temporal y espacial para volver a contemplar nuestra vida habitual desde fuera: desde otro lugar y desde otro tiempo. La «utopía» —el dibujo que trazamos con nuestra imaginación y con nuestros deseos— es el estímulo imprescindible para soportar la vida cotidiana.

Las esperanzas, los proyectos, las metas, las ilusiones, los sueños y el adelanto del futuro constituyen unos elementos necesarios para afrontar la realidad. Sin imaginación es imposible comprometerse con entusiasmo con las tareas cotidianas, superar con éxito las dificultades y resolver con acierto los problemas. Aunque nos parezca sorprendente, lo práctico, lo pragmático, lo positivo, lo hacedero, lo viable y lo accesible exigen una proporción de fan-

tasía. Para alcanzar lo posible es necesario apuntar a lo imposible. Esas metas que en otros tiempos eran imposibles, inalcanzables, ideales, muy pronto han resultado posibles, alcanzables y reales. El lema de los deportistas (ritmo más rápido —*citius*—, lugar más alto —*altius*— y un organismo más fuerte —*fortius*—) ha de ser también la aspiración de todos los mortales. Pero, a condición de que el contrincante sea uno mismo.

Verano

La palabra «verano» es una abreviación de la expresión del latín vulgar *veranum tempus*, que significa el «tiempo primaveral», la época de la primera estación del año. Esta locución, a su vez, es una derivación de la voz latina culta *ver, veris* que, literalmente, significa «primavera» y, metafóricamente, quiere decir «juventud» o «primavera de la vida humana».

Hasta el Siglo de Oro, en la Lengua Castellana se distinguió entre el «verano» y el «estío». La primera palabra —«verano»— designaba el fin de la nuestra actual primavera y el principio de nuestro verano moderno; y la segunda —«estío», del latín *aestivum tempus*— se aplicaba al resto de esta estación, al tiempo del calor y del fuego. El vocablo «primavera», que viene del latín vulgar *prima y vera* —una deformación del latín clásico *primo vere*— significaba solamente el comienzo de la estación conocida ahora con este nombre. Como recientemente ha explicado con acierto en estas mismas páginas, Francisco Bejarano, el verano también recibe el nombre de «canícula» —diminutivo femenino de *canis*— que significa, por lo tanto, «perrita», con cuya imagen, parecida a la de este animal doméstico, se designa a la estrella Sirio, visible en esta época calurosa del año.

El tópico publicitario dice que, en la actualidad, el «verano» es la época de las vacaciones, el paréntesis de las tareas laborales, el tiempo del descanso y del ocio, la ocasión para el cambio de costumbres, de actividades, de vestidos, de comidas y de bebidas, el período en el que vivimos con mayor libertad, relajamos los horarios, el lenguaje, las convenciones y los comportamientos.

En el verano —dicen los prospectos de agencias— ventilamos las neuronas en la playa o en el monte, vivimos aventuras y multiplicamos las diversiones; disfrutamos con los amigos y con la familia; visitamos a las personas que hace tiempo no veíamos, leemos libros sin prisa, tomamos refrescos en las terrazas sin necesidad de cubrirnos con abrigos y acudimos a fiestas sin pensar en exámenes ni en trabajos.

Es posible, sin embargo, que, cuando ya estamos haciendo el balance, muchos de los lectores que, ingenuamente volcamos nuestros desvelos del resto del año en este tiempo veraniego, tengamos que reconocer que, con tantos cursos intensivos, con los campamentos culturales, con las actividades sociales, con las cenas de bienvenida y con los cócteles de despedida, estas vacaciones hayan sido agotadoras. Pero este cansancio vacacional posee, a mi juicio, una ventaja: nos servirá de vacuna eficaz para inmunizarnos contra el síndrome postvacacional, ese conjunto de síntomas que, según las últimas estadísticas, padece el treinta y cinco por ciento de los trabajadores cuando se reincorporan a sus puestos de trabajo. Le deseo que usted no sufra una depresión psicológica al concluir sus vacaciones, y espero que no se sienta obligado a solicitar la baja laboral por agotamiento físico. Lo animo, estimado amigo, para que regrese al trabajo dispuesto a... descansar.

Viejo

Aunque es cierto que la palabra «viejo» guarda una estrecha relación con el término «anciano» e, incluso, con «antiguo», no podemos considerarla como sinónimo de estas dos voces. Las tres palabras indican una larga duración y una considerable extensión temporal en el pasado, pero cada una de ellas añade un matiz peculiar que lo diferencia de las otras dos. Fijense cómo, por ejemplo, el adjetivo «viejo» puede calificar a sustantivos de personas, de animales o de cosas, mientras que «anciano» sólo es aplicable, en sentido estricto, a los seres humanos: un caballo, un edificio, un libro o una silla podrán ser «viejos», pero no «ancianos».

El origen de esta palabra —«viejo»— es el término latino *vetulus*, que es el diminutivo de *vetus* y, por lo tanto, significa «viejecito». El adjetivo «antiguo», sin embargo, aunque, a veces, se usa como sinónimo de «viejo», posee un sentido notablemente diferente. «Antiguo» significa «lo que, a pesar de haber existido, ocurrido o hecho hace mucho tiempo, no sólo conserva su valor sino que lo ha aumentado considerablemente». Los objetos que acumulan mucha duración pero han perdido dicho valor se denominan «antiguallas» y los lugares en los que se exhiben y venden los objetos «antiguos», reciben el nombre de «anticuarios».

La palabra «viejo» tampoco es sinónima de «antiguo»: los objetos «viejos» presentan algún deterioro y los «antiguos», por el contrario, están adornados de cierta nobleza. La mera lejanía temporal no implica una valoración positiva: un mamarracho, por muchos años que tenga, sigue siendo un mamarracho. El otro día, una amiga me dijo emocionada que, «finalmente, había encontrado una mesa del siglo XVIII para dignificar el comedor

de su casa». Tenía razón cuando afirmaba que la mesa era costosa —cerca de doscientas mil de las «antiguas» pesetas— pero no acertaba cuando decía que era valiosa, porque ni el diseño ni la calidad de la madera le conferían especial significación estética. Lo mejor que podemos hacer con los objetos «viejos» es tirarlos a la basura.

Pero hemos de tener cuidado con estas expresiones cuando las referimos a los seres humanos porque, a veces, las dotamos de cierta connotación despectiva y, de manera más o menos consciente, contribuimos injustamente a engrosar los índices de la marginalidad familiar y social. En nuestro lenguaje actual —insistimos— es «viejo» el que ha perdido actualidad o vigencia, el que carece de función, de crédito, de prestigio o de autoridad.

Hemos de advertir, además, que, de la misma manera que no todas las obras del pasado poseen calidad, a las creaciones actuales, el solo hecho de ser modernas, tampoco les confiere validez ni le aumenta el valor. A veces nos confundimos y no advertimos que el tiempo por sí solo no eleva una obra a la categoría de clásica ni tampoco resta actualidad a las que poseen calidad científica, histórica o literaria. El tiempo, efectivamente, es una vasija cuyo valor depende de los bienes que en ella depositemos.

Virus

En la actualidad padecemos una verdadera indigestión de la palabra «virus». Antes, cuando describíamos los síntomas de alguna dolencia como, por ejemplo, la fiebre, la tos, los vómitos o el dolor, el médico de cabecera, después de auscultarnos y tras mirarnos la garganta, nos diagnosticaba un resfriado, una gripe, un cólico nefrítico o un lumbago. Ahora, lo primero que nos dicen los doctores es que tenemos un «virus». Cada estación atmosférica nos invade un misterioso y perverso enemigo que, burlando las defensas y neutralizando las guardias, aniquilando los mecanismos de prevención y de protección, postra en cama a un amplio número de ciudadanos, sobre todo, de ancianos y de niños.

Como se advierte por su terminación, «virus» —como *deus*, *campus*, *dominus*— es una palabra latina que significa «jugo», «humor», «ponzoña», «veneno», «mal olor», «fetidez» y «baba». Posteriormente este vocablo se convirtió en un «tecnicismo médico» y se usó para designar el agente que origina las enfermedades contagiosas o la causa de cualquier dolencia, incluso, no contagiosa.

Pero, además de estos «virus» biológicos, nos acechan otros, a veces más crueles y mortíferos, que se inoculan en la economía, en los hábitos sociales, en el pensamiento, en las normas éticas, en los comportamientos políticos y en los gustos estéticos, como, por ejemplo, el egoísmo, la marginación, la intolerancia, el engaño, la tiranía, el terrorismo, la avaricia o el orgullo.

En estos días, los medios de comunicación nos han alarmado sobre los destrozos causados por un «virus informático» que, pro-

cedente de Filipinas y camuflado con una seductora denominación —«te amo»—, invade los ordenadores de Europa y de América, paraliza los centros neurológicos, gangrena sus extremidades y destruye sus reservas de energías, arruinando así la actividad de las instituciones, los beneficios de las empresas y los trabajos de los particulares. Ansiosos esperamos que pronto surjan las vacunas, las medicinas y los antídotos —los antivirus— que nos defiendan de unos ataques tan destructores.

V

Vulgar

«Vulgar» es una palabra derivada directamente del latín —*vulgaris*— y significa etimológicamente «los objetos y comportamientos pertenecientes al «vulgo» —*vulgus*— al pueblo, a la muchedumbre. Inicialmente, por lo tanto, es un adjetivo descriptivo, carente de valoración estética. Observen cómo el verbo «vulgarizar», de la misma raíz, significa «explicar una cuestión de forma que la comprendan los que no poseen una preparación especializada; y «divulgar» una información es hacerla pública, propagarla, transmitir su conocimiento a un gran número de gente. El «latín vulgar» no es, como algunos piensan, el «latín bajo», sino es el lenguaje de las clases medias, derivado del «latín clásico».

Recordemos que la «Vulgata» es la versión latina de la Biblia, elaborada, en gran parte, por San Jerónimo (s. IV) e impresa por primera vez a mediados del siglo XVI. Este mismo nombre se utiliza para designar obras clásicas del pensamiento como, por ejemplo, en el Derecho el *Libro de los Jueces*, la *Vulgata Asturiana*, obra sucesiva de dos monarcas visigodos: Recesvinto y su padre Chindasvinto, promulgada en 654, o, en el campo de la política, la *Vulgata Marxista*, el *Capital* de Marx. Posteriormente este término adquirió un sentido despectivo, y sirvió para designar los comportamientos ordinarios o de mal gusto aunque también es cierto que, a veces, confundiendo la naturalidad con la espontaneidad y ésta con la vulgaridad, algunos lo valoran positivamente. Siguiendo la ley de las oscilaciones, de los vaivenes de los hábitos y de los bandazos rítmicos de las modas, en los últimos años se ha alternado el culto a «lo políticamente correcto» con el despre-

cio a la «corrección política». Si algunos valoran las formas sin sustancia y los formulismos sin contenido, otros, por el contrario, desatienden los modos cuidados y sólo estiman el fondo, aunque se presente de forma tosca y rudimentaria. No faltan, incluso, quienes opinan que cuanto más ordinaria es una expresión, mayor poder expresivo posee, que cuanto más espontánea es una frase, mayor capacidad de comunicación alcanza. Las formas, sin embargo, casi siempre determinan el valor del contenido y siempre lo condicionan. En las relaciones humanas, tanto en el ámbito familiar como social y político, las buenas formas constituyen la manifestación explícita del respeto que nos merecen los interlocutores.

Pero la vulgaridad también se manifiesta en los comportamientos revestidos de atuendos elegantes y adornados de expresiones refinadas. Es vulgar, por ejemplo, escarbar en las vidas ajenas, hurgar en los defectos de los colegas, paladear la basura, disfrutar con los chismorreos; es vulgar y, a veces, infame, usar la descalificación profesional y el descrédito social como herramienta de la acción política. Algunos, incluso, están convencidos de que la vulgaridad se identifica con el progreso y con la modernidad. «Este aparente aire progresista —nos decía don Julio Anguita— nada tiene que ver con la sencillez ni con la sinceridad y han hecho mucho daño a la izquierda».

Xenofilia

Si la xenofobia es el «odio» o la «hostilidad» hacia los extranjeros y, más exactamente, el miedo al extraño o el temor al diferente, la «xenofilia» es el respeto a los distintos, el aprecio a los diferentes y la valoración positiva de los otros.

Ordinariamente, se la suele valorar desde una perspectiva social pero, en nuestra opinión, también deberíamos analizarla desde una óptica personal. Estamos convencidos de que esta virtud humana es la vía más directa y la senda inevitable para adentrarnos en nosotros mismos y para allí, en ese espejo secreto, descubrir las vetas más ricas de nuestra personalidad y las fuentes más fecundas de nuestro bienestar personal. Partimos del supuesto de que la relaciones con los demás constituyen el foco central de una vida verdaderamente humana.

Pero hemos de tener claro que, para lograr esta relación positiva, hemos de cultivar, en primer lugar, una sensibilidad especial que nos descubra los valores que atesoran las personas que nos rodean y, a tal fin, es necesario que realicemos una tarea de aproximación física y de sintonía afectiva. No es posible conocer verdaderamente a los otros sin acercarnos a ellos. Pero, aunque parezca contradictorio, vivimos en el mundo de las comunicaciones y, al mismo tiempo, echamos cada vez más en falta una auténtica comunicación entre las personas. Vamos hacia un mundo de la comunicación total mientras que crece la incomunicación o aquélla se reduce a contactos superficiales.

La recepción cordial al extranjero, la atención al desconocido, la acogida al marginado y a todos los que han sido golpeados por la desgracia sólo es posible si los incluimos en los territorios de

nuestros cotidianos afanes. La acogida de los otros, los que son distintos, no sólo pone en juego la jerarquía de nuestros valores éticos y sociales, sino que, además, mide nuestra capacidad de cordialidad y de solidaridad.

Pero, en mi opinión, estos lazos interpersonales nos sirven, sobre todo, para establecer unas relaciones más auténticas y más gratas con nosotros mismos. La Psicología actual nos aporta muchas e interesantes reflexiones sobre esta aparente paradoja: para acercarnos a nosotros mismos y para descubrir el fondo de nuestras entrañas, el único camino es relacionarnos con los demás; siendo sensibles a los otros logramos conocernos y desarrollar nuestros valores más personales. Para bucear en las aguas de nuestro propio torrente y llegar al interior más profundo de nuestro espíritu, es necesario el diálogo y no la enfermiza confrontación o el rechazo sistemático. No podemos vivir sin absorber las bocanadas de aire limpio que nos llegan cuando descubrimos lo bueno y lo malo de los otros, esa conjunción de desventura y de belleza, de fango y de sol interior que hay en otras vidas: las pequeñas luces que hacen guiños en la noche y los pedazos de cielo que se divisan en las miserias, las flores que, inesperadamente, crecen en los ambientes grises y en los recintos cerrados. Por muy convencidos que estemos de lo contrario, la experiencia cotidiana nos demuestra que el bienestar no lo logramos si ignoramos u ocultamos las desgracias ajenas.

Xenofobia

Un desafortunado comentario de un diputado de nuestra comunidad autónoma sobre los emigrantes del vecino país de Marrueco ha provocado la crítica de políticos y periodistas quienes lo han tachado de «xenófobo». Aunque el diccionario define esta palabra como el «odio» o la «hostilidad» hacia los extranjeros, si analizamos su origen etimológico, tendremos que convenir que es, más exactamente, el miedo al extraño, el temor al diferente. La «xenofobia», por lo tanto, es la reacción de defensa del que no acepta que los otros invadan el territorio de su pensamiento, de su lengua o de su tierra. Es la consecuencia del impulso natural de los animales, de los hombres primitivos y de los pueblos antiguos por mantener la identidad y por acentuar las diferencias. Pero este afán sólo es humano si está equilibrado con la lucha por la convivencia entre todos los seres humanos que se aceptan como próximos y que se reciben como semejantes.

Opinamos que el vacío mito de la globalización —una vencedora y gigantesca identidad— estaría más lleno de sentido si nos abriéramos a otras formas de identidad más profundas que las meramente económicas y si aceptáramos que, en el fondo, somos esencialmente idénticos los unos a otros. Con todas las variantes que queramos, ese ser singular precisa de los otros, es un «indigente», como había dicho Platón en la *República*.

La política es, efectivamente, el desarrollo de lo público, de las ideas que sostienen lo público: un espacio común de individuos obligados, por naturaleza, a vivir en comunidad, a crear comunidad, a inventar solidaridad; en una palabra, convivencia. Y, además, añadamos la otra meta de la libertad pero a condición

de que no la confundamos con el juego, nada azaroso, de las cartas trucadas, de las armas y los desarmados, del poder y de la impotencia. Sólo en los mágicos universos de la fanatización nacionalista y de los más primitivos sueños tribales del amigo y enemigo, de los buenos y de los malos, de los puros y de los puros, puede predicarse la diferencia.

ISBN 84-9828-048-6



9 788498 280487

Anaca
Anciar
Anitr
Antrax
Anete
Autish
Autoes



UNIVERSIDAD
DE MURCIA

SERVICIO DE PUBLICACIONES



UCA

Universidad
de Cádiz

Servicio de Publicaciones